Silvia Terrón

Umbra

CABALLO DE TROYA

SILVIA TERRÓN

Umbra

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@caballodetroyaeditorial

@caballotroyaed

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A José Fernández Laya

Hay fragmentos de palabras
adentro de todas las cosas,
como restos de una antigua siembra.

ROBERTO JUARROZ

Vera

Se hacía tarde, pero era difícil avanzar entre la multitud de la avenida a aquella hora. Los niños volvían a casa después de la escuela, y el tren vespertino que atravesaba los suburbios desde el lago acababa de llegar. Los pasajeros eran un mar de telas ásperas, de bolsas mal cerradas, con sus propias ondulaciones y corrientes subterráneas. Aquellos a los que alguien esperaba se dirigían a paso firme hacia las zonas designadas para facilitar el encuentro, dispuestas en estricto orden alfabético según el nombre del pasajero. En la misma oscuridad y el mismo silencio de siempre, el río de viajeros desembocaba en el mar de los que esperaban. Se acercaban con las manos abiertas a la altura de la cintura, listas para indicar su nombre en lenguaje táctil y reconocerse. Los dedos de los viejos y de los enamorados se volvían más ansiosos a cada intento fallido, a cada gesto negativo, imaginando que nadie había venido a buscarles o que su amor había pasado de largo.

De repente, en medio de la oscuridad se abrió paso un gusano de luz: eran las lámparas portátiles que alumbraban el camino de los viajeros de primera clase. Las pupilas dolían y tardaban unos segundos en acostumbrarse. Para entonces, apenas era ya posible entrever el ala de un sombrero o un pómulo en movimiento. La luz se estiraba y desaparecía con celeridad al atravesar el pórtico trasero, dejando paso a una oscuridad más densa por contraste, a pesar de ser cuarto creciente, cercano ya a la luna llena.

Vera iba de cuando en cuando a la estación a esa hora, aunque no esperase a nadie. Le gustaba rodearse de aquella incertidumbre, pensar en la distancia que traían los cuerpos pegada a la ropa. Buscaba un rincón junto a una columna del gran vestíbulo y se quedaba muy quieta, convertida en obstáculo ligero que los otros tenían que sortear.

En la oscuridad tamizada por la luz metálica de la luna, su perfil era la lama de un cuchillo: fina, espigada, de dedos ágiles y nariz romana. A diferencia de sus congéneres, la mudez no había reducido su boca a un mero apéndice alimenticio. Cuando sus dedos se movían con rapidez en el antebrazo de alguien para comunicarse en lenguaje táctil, le gustaba puntuar las palabras con un arqueo o un fruncimiento de labios, aunque supiese que nadie podía adivinar ese matiz en lo oscuro. Había en ella un instinto que venía de muy atrás, de algún antepasado mediterráneo que hablaba tanto con los gestos como con la voz, dibujando objetos y lugares en el aire y dejando que fueran diluyéndose poco a poco a lo largo de la conversación.

En el fondo, Vera estaba cansada de acarrear consigo los mismos ojos y las mismas manos, que no le servían para nada cuando el deseo de reinventarse era más fuerte que ella misma. Volverse estorbo era su definición de la resistencia. Ponerlo todo en pausa. Estar allí inmóvil, en medio del barullo silencioso, sumida en la oscuridad, era una manera de reafirmarse en lo inútil, de poner sus sentidos atrofiados al servicio de algo. Nadie pregunta a la piedra plantada en medio del camino por qué está allí, aunque muchos la maldigan al tropezar. Quizá la piedra, como Vera, busca romper su soledad de maneras nuevas, aunque sean efímeras. Había en ello un germen de libertad. A diferencia del resto, ella no tenía nada que hacer en la estación. En una sociedad en la que había tan pocas ocasiones para escoger algo, pequeños gestos como aquél le hacían sentirse poderosa. No había venido para despedir a alguien. De hecho, no lo hizo cuando Marcel se fue de la ciudad, y tampoco lo haría para tomar el tren y reunirse con él. Siempre decía que desde que la humanidad se volvió muda había demasiadas restricciones como para dejarse guiar por barreras adicionales, más aún en esta parte del mundo sumida en la oscuridad. En lo que concernía a su vida más íntima —sus rutinas, sus gestos y sentimientos— las reglas las establecía o rompía a placer siguiendo una lógica propia, algo que Marcel había aceptado desde el principio. Eran como cuñas que calzaban una realidad que se había quedado coja, pero no para nivelarla, sino para volverla más inestable, a la manera de un

zapato ortopédico con alza exagerada llevado por alguien que no lo necesita. Esta acción pasiva le servía como anzuelo. Podía influir en la vida de alguien, haciéndole variar ligeramente la trayectoria de sus pasos, pero si pasaba desapercibida no importaba: por unos minutos, había tendido una trampa y cobrado sus presas.

Cuando el flujo de viajeros remitió, reemprendió el paso. A su lado, una pareja joven caminaba abrazada arrastrando una maleta. Intuyó que era su primera visita a la capital. No pudo evitar sentir una punzada de envidia. Habría dado lo que fuese por revivir ese estado intermedio, tan breve, en el que todo parece por estrenar y es demasiado pronto para echar de menos lo que quedó atrás. Doce años antes Vera también había llegado a Ciudad Eclipse en el tren de la tarde, con el mismo andar provinciano de la región de las minas del norte. Entonces estaba acostumbrada a caminar con las manos extendidas hacia delante y a un costado para evitar posibles obstáculos e identificar puntos de referencia. En su tierra todo eran repechos y recodos, montaña y risco, de manera que hasta los días de luna llena la luz se desparramaba en las rocas sin llegar a iluminar, creando apenas un contraste anguloso en las sombras.

Vera desciende por la avenida Meridiana detrás de la pareja. Avanza a paso firme, pero no así ellos, que se detienen confundidos a los pocos pasos. Vera se les acerca e intercambian varias frases. Se entera de que la mujer viene a pasar el examen de logística para trabajar en la industria de alimentación, y que se quedarán en la ciudad para la ceremonia anual del Ruego al Sol. Es un examen difícil, más aún desde las últimas restricciones energéticas, y les ha costado encontrar billetes para el único tren diario, pero la joven lleva dos años preparándose y está confiada. Vera les hace saber que están andando en dirección contraria a su destino. Durante unos instantes, mientras les da indicaciones, revive la experiencia de su llegada. Lo primero que le chocó fueron los olores: una bofetada que era a la vez dulce, cítrica, mentolada y leñosa y cuyo origen se le escapaba. Se recordó mirando alrededor, intentando en vano afinar la vista, sintiéndose perdida por primera vez en aquella negrura matizada. Percibía volúmenes de cristal

que crecían hacia lo alto cerniéndose sobre los transeúntes y cuerpos anónimos en movimiento. En su pueblo las paredes, los árboles y las piedras estaban siempre al alcance de la mano. Allí había recorrido con los dedos los mismos puntos de referencia, día tras día, hasta no necesitarlos. La sombra de cada vecino era un matiz reconocible, familiar. Por el contrario, comprendió pronto que la ciudad era un enjambre desconocido en el que había que tomar otros estímulos como guía. Los habitantes eran tantos y tal la distancia que no podían guiarse por lo físico. Aprendió que el olor a madera se asociaba con los bosques del norte, la lavanda con los campos ahora yermos que en el sur se extendían hasta el mar, los cítricos con el oeste, la dirección en la que se pondría el sol si la tierra volviera a rotar sobre su eje, y el aroma a café con el este, desde donde empezaba a iluminarse el día en otra era. Pequeñas tuberías a lo largo de las paredes hacían de difusor y marcaban los carriles en los que posicionarse al caminar para asegurar el fluir ciudadano sin entorpecer el tráfico.

La pareja se alejó, intentando discernir el olor cítrico que les llevaría hasta su hospedaje. Vera aceleró el paso para llegar al trabajo. No quería retrasarse, pues ese día tomaba el relevo de Hans, que había estado en la cadena toda la tarde. Sería un turno tranquilo, el primero de la noche. Desde hacía tiempo —y esto incluía toda la vida de Vera— la palabra «noche» no estaba asociada al periodo entre el crepúsculo y el amanecer sino más bien al «momento del reposo», pues la oscuridad impuesta había cambiado la realidad y las costumbres, y las palabras habían adaptado su sentido en consecuencia. Los próximos días, según se acercase el Ruego al Sol, serían intensos. Todos querían desearse un buen ritual en compañía de sus seres queridos.

En la misma esquina de siempre, entre la calle Trémolo y un terreno baldío que en otro tiempo había albergado uno de los primeros cines sensoriales que sucumbieron con las limitaciones energéticas, se encontraba el nodo de la cadena táctil en su barrio. Todos los vecinos pasaban por allí al menos una vez al día, y la mayor parte ya se habría acercado de camino a casa. A aquella hora no serían más que un par de mensajeros, uno para recibir y otro para transmitir. Hans le dio el

relevo de la madeja de cuerdas con la que codificaban en nudos los mensajes recibidos y los dos discutieron un rato sobre los detalles de los mismos. Como siempre, pasaría su turno en aquella esquina custodiando los mensajes hasta que llegaran sus destinatarios, transmitiéndoselos en lenguaje táctil y recibiendo y codificando las respuestas respectivas. Le gustaba servirse lo menos posible de las cuerdas. Prefería memorizar las misivas. Cuando era portadora de buenas noticias o de eventos capaces de cambiar la vida de alguien sentía una punzada de emoción al anticipar la reacción del destinatario, pues no se trataba de una persona anónima, sino de vecinos que conocía íntimamente. Había visto a muchos crecer o envejecer a lo largo de aquellos doce años. Le habían confiado los primeros mensajes enviados por buena parte de los niños del barrio, a menudo felicitaciones de cumpleaños. Como transmisora había sido cómplice de amores e infidelidades, de hurtos y contrabando; testigo de ruinas, nacimientos y muertes. Era parte de la memoria de aquel lugar, capaz de recordar eventos que sus protagonistas habían olvidado tiempo atrás.

Sin embargo, sus compañeros sabían que Vera nunca enviaba mensajes personales. Antes de partir, Marcel había prometido escribirle todas las semanas y cumplía su palabra, describiendo el rincón agreste en el que vivía, sus intuiciones y frustraciones para hacer avanzar aquella excavación arqueológica sin apenas personal ni recursos. Ella contenía la respiración y prestaba atención a cada mínima variación de presión de los dedos que le traían sus palabras. Recibía aquellos mensajes sumergiéndose en ellos, permitiendo que desalojasen el aire que la rodeaba para sustituirlo por otro elemento difícil de describir pero palpable. Al final, invariablemente, repetía en el antebrazo del mensajero la señal indicando que no pensaba enviar respuesta. Y es que en el fondo, a pesar de su trabajo, Vera no confiaba en las palabras.

Dimas

Dimas miró por la ventana desde el último piso de la Torre Caléndula. La superficie de la burbuja protectora era apenas perceptible en lo alto. A sus pies se extendía la capital de Umbra, Ciudad Eclipse, convertida en variaciones de densidad en la sombra. La arteria principal, la avenida Vocal, avanzaba hacia el sur en línea recta, desangrándose poco a poco en calles pequeñas que, en vez de desembocar en la principal aportando transeúntes, se los quitaban. La gente se sentía incómoda cerca de aquellas torres con nombre de flores donde vivía la elite de la ciudad y se desviaban hacia las bocacalles tan pronto como les era posible. Él tenía en ocasiones el mismo impulso, pero no podía satisfacerlo. El hecho mismo de acercarse a la ventana resultaba insólito y revelaba que aquel gran apartamento no era el suyo, aunque llevaba varios años viviendo allí. Cualquier miembro de la familia Fumagalli sabía de manera innata que fuera no había nada que ver.

La luz estaba dentro, en las arañas que arrancaban mil reflejos a las superficies pulidas: espejo, bronce, oro, cuarzo. Los habitantes de las torres estaban acostumbrados al resplandor ambarino de la luz de ecoral, pero sólo los Fumagalli mantenían las lámparas encendidas día y noche, convirtiéndose en inesperados fareros de una luz que no giraba, que no buscaba orientar, pero que se mantenía inmutable en lo alto como un punto de referencia. Tanto es así que a Dimas en ocasiones se le olvidaba lo que era la oscuridad. Cuando cerraba los ojos en su cuarto no conseguía conjurar la ausencia de luz, pues las paredes transparentes que se estilaban en Umbra llevaban hasta sus párpados el resplandor de los pasillos aun en el área reservada al servicio. De ahí que de tanto en tanto se acercase al gran ventanal para seguir sintiéndose parte de la ciudad y no sólo comparsa ocasional del señor Fumagalli. Le molestaba saberse eslabón impostor. Si aquella

tarde había formado parte del gusano de luz que recorría la estación a paso apresurado desde los vagones de primera clase había sido por asociación, no de pleno derecho. Tampoco lo quería. Se sentía incómodo en el derroche del ático-faro, pero en las escasas ocasiones en las que se convertía en ciudadano anónimo y se aventuraba en solitario por la ciudad, los dedos de aquellos con los que cruzaba unas palabras dudaban un instante al saber que se trataba del traductor personal de Felipe Fumagalli.

Alzó la vista. El círculo imperfecto de la luna creciente se reflejaba en las paredes de los edificios transparentes. Distinguió algunas figuras en movimiento en las azoteas de los bloques más modestos. Los cuerpos traslúcidos de los umbrios se tendían enfundados en trajes térmicos transparentes, ávidos de un baño de luna. La mayor parte tenían la consistencia marmórea de las estatuas antiguas, abandonadas y olvidadas en los parques cerrados, su carne convertida en una suerte de reflejo metálico en el que se alternaban variantes del gris y el azul. Eran, a la vez, espejos estoicos buscando luz y escudos en rebelión. Su desafío era silencioso, como todo en ellos, pero sus cuerpos parecían gritar: «Mírame. Soy un cuerpo que puede reflejar la luz. Marfil o ébano. Estoy hecho para ser visto. Disóciame de lo oscuro. Mi figura es única, distinta a todo lo demás». Aunque aquello ocurría todos los meses en torno a la luna llena, cada vez se presentaba de manera distinta, en nuevas variantes de la lujuria y el atrevimiento. Tener un cuerpo que ocupaba espacio y que podía tocar y ser tocado no les bastaba. La humanidad era capaz de ver tan claramente como sus ancestros y había heredado la sensación del sol recorriendo su arco diario por el cielo, el derroche de la luz iluminando y creando sombras siempre cambiantes en los objetos más banales, aunque nadie estuviera allí para mirarlos. Los bisabuelos y los tatarabuelos de los habitantes de Umbra habían dado por hecho el amanecer, los colores que absorben frecuencias de onda determinadas y excitan la retina buscando que los nombremos, preferiblemente embarcándonos en alguna pirueta semántica: «verde esmeralda», «azul eléctrico», «amarillo mostaza», «siena tostado». Paseó la vista de azotea en azotea. Los cuerpos de los

umbrios tomaban otro cariz cuando la luna los dibujaba. Distinguía a las parejas jóvenes que se contemplaban sin descanso, ávidos de atrapar gestos que en la oscuridad sólo podían adivinar, mientras que otros se evitaban para no terminar sintiendo disgusto ante su compañero, ajeno y extraño al volverse a medias visible. Los de más edad habían pasado hacía tiempo por aquella fase de disociación y sabían sacarle partido: los días de visión parcial despertaban en ellos sinestesias inesperadas. Las curvas de los objetos y del ser amado se confundían, convirtiendo a éste en un ser multiforme que tenía algo de la curva del sillón, del árbol espigado en el patio, del resplandor ambarino de las canicas de ecoral en el bote donde guardaban sus ahorros.

Dimas no podía abandonarse a esos matices. La voluptuosidad de la luz escasa le resultaba desconocida. Entre aquellas paredes los Fumagalli habían construido una despreocupación poderosa, disociándose del silencio y la oscuridad imperantes. La principal compañía minera de ecoral en Umbra les pertenecía y la leyenda –que, como la mayor parte de las leyendas era completamente falsa– contaba que fue precisamente un Fumagalli, profesor de escuela, quien descubrió durante una excursión por el campo aquel mineral de color miel con alto poder de combustión que pasaría a definir la existencia de las generaciones futuras.

Así, en un salto de varios siglos hasta el presente, aquel modesto profesor que soñó su propio Eldorado se había convertido en una hidra empresarial cuya descendencia bailaba con sus invitados en la sala contigua. Sólo había bastado una época de crisis, un mundo deprimido y necesitado de energía fácil para que su descubrimiento se convirtiera en la respuesta. El ecoral era barato e increíblemente abundante. Progresivamente todo pasó a funcionar a base de aquellas pastillas traslúcidas. También se convirtió en juguete predilecto para los niños cuando se descubrió que guardaba en su interior restos fosilizados de conversaciones del pasado y que bastaba con cascar un fragmento para liberar el eco. Sólo se volvió imprescindible para poder hablar mucho después, cuando llegó el Gran Silencio. Para entonces no sólo la industria, sino también la sociedad se había transformado. Las centrales

eléctricas y las fábricas consumían cantidades ingentes de ecoral dejando escapar un humo leve, como de vapor de agua, que se metía en los ojos en las ciudades fabriles y no dejaba ver con claridad. Las estaciones de servicio inyectaban una lluvia de pastillas de mineral en los depósitos de los vehículos con un tintineo similar al de las monedas en una máquina tragaperras. Las plantas de procesado de ecoral para el habla proliferaron. La música y el ruido del pasado no se habían fosilizado, pero sí la voz humana, y nadie quería dejar de hablar con aquellas bolitas que estaban siempre a mano en el bolsillo. Familias enteras, incluyendo los ancestros del propio Dimas, se mudaron a las regiones del norte buscando construir una vida próspera en torno a la minería. Aquella época de esplendor había quedado atrás hacía tiempo, aunque en la Torre Caléndula poco importaban las escaseces actuales o el racionamiento. La sociedad necesitaba alternativas que no estaban en condiciones de buscar, inmersos en minimizar el impacto perturbador de la oscuridad y reconstruir una sociedad bajo mínimos, en un estado de emergencia que se prolongaba sin remedio. Se contentaban con mantenerse vivos en un entorno extremadamente hostil. Mientras, seguirían abriendo y expandiendo aquellas cavernas que no eran hogar para ninguna especie pero albergaban hileras laboriosas de hombres-hormiga arrancando roca a la roca como niños golosos hasta que sólo quedasen los túneles vacíos, el polvo y un eco extraño, de fiesta recién terminada.

Pero los Fumagalli y sus invitados no conocían la escasez. Su lógica dictaba que para tomar decisiones y dar pespuntes al sistema, evitando que se deshilachase, necesitaban despejar la mente de las necesidades inmediatas: comida, luz, voz. Tener les servía como antídoto frente al desánimo, para que nada ensombreciera su capacidad de juicio. Aquellos túneles de hombres-hormiga en las minas constituían la sala de máquinas de Umbra. Desde las torres creían en su destreza para guiar el timón, aunque ninguno de ellos se dignase a bajar a cubierta o a consultar mapas...

Se abrió la puerta y la doncella le hizo un gesto a Dimas indicando que le reclamaban. Era la hora del juego de ecos.

Al llegar al salón captó un cierto disgusto en el rostro de Felipe Fumagalli, por lo que se apresuró a llegar a la mesa. Por la animación que había percibido a los postres, había creído que tardarían más en solicitarle. Eva Fumagalli era una gran bailarina. Sus soirées eran conocidas por las sesiones interminables de danza y bailes de disfraces, pero aquella noche sus invitados preferían otro pasatiempo. El verbo «bailar», por supuesto, había sufrido una modificación de base en su significado. No se trataba de mover el cuerpo al son de la música, que ya no existía, sino que se centraba en los movimientos mismos, en tocar el cuerpo de la pareja de baile, hacerlo girar, alejarse y volver. El baile popular, que ocurría en la oscuridad, era aún más físico. En él, sin poder apenas utilizar la vista, los bailarines iban buscando nuevas superficies en las que entrar en contacto: las manos, la cadera, la espalda, los muslos. A partir de ese apoyo, se lanzaban a un movimiento en paralelo para volver a encontrarse en otro punto del cuerpo. En la alta sociedad, donde los salones y los corredores interminables estaban jalonados de lámparas de ecoral, también era posible observar sin bailar, convertirse en espectador de un cuerpo en movimiento sin sentirse del todo fuera de la acción. Para el resto de los umbrios el baile era algo exclusivamente carnal, tacto e intuición, imposible de experimentar o apreciar a distancia.

Con la respiración aún agitada recorrieron el largo pasillo hasta la sala de juegos. Se trataba de una habitación circular de paredes en madera negra lacada. La luz era difusa, quimérica; reverberaba produciendo un resplandor lejano e irregular. Los traductores descorrieron las cortinas que ocultaban sus piezas de ecoral y el ambiente de la sala cambió por completo. El brillo del mineral hacía aguas en las paredes. Los invitados se apresuraron a tomar asiento.

El escenario consistía en dos mesas concéntricas de bronce y mármol. Los jugadores se sentaban a la mesa central y sus traductores respectivos justo detrás, en la circunferencia exterior. Tres hombres y tres mujeres se enfrentaban en aquella ocasión: el matrimonio Fumagalli; Laszlo y Romina Hannon, principales exportadores de comida desde la zona de penumbra; madame Turenne, alcaldesa de

Ciudad Eclipse; y Max Wallenstein, promotor inmobiliario en busca de apoyo financiero para construir una urbanización de lujo en la costa Este. Unos conductos de madera revestidos de fieltro comunicaban ambas mesas y permitían a los traductores ir escogiendo bolas de ecoral de los estantes y deslizárselas a sus jefes, pues en eso consistía su labor: daban voz a su pensamiento, o a lo que creían pensar. Por turnos, cada jugador iba cascando las bolas de mineral que iba recibiendo y el eco de la frase oculta durante siglos en cada fragmento se propagaba por la sala. Aquellos duelos dialécticos entre mudos que, sin embargo, tenían una audición perfecta, eran extremadamente elegantes, casi coreografiados. Aunque no había premio, los que observaban elegirían un vencedor al final. Cada participante buscaba que sus ecos, en torno a un tema definido al azar, fueran los más ingeniosos, los más hermosos, los más raros. Era una cuestión de estatus, de inteligencia y riqueza. Por todo ello, la competencia resultaba feroz. Aquella noche la fortuna decidió que el tema del duelo sería el cuerpo, y la forma elegida la poesía.

Madame Turenne, una mujer oronda cuyos brazos hinchados terminaban en unas manos delicadas, abrió la partida. Levantó la cabeza para reclamar la atención de todos y cogió su primera bola de ecoral con parsimonia. Comportándose como un director de orquesta, no empezó la partida hasta que se aseguró de tener la atención de todos los presentes. Una voz dulce y teatral resonó en la estancia:

> Llamo a la puerta de una piedra.
> —Soy yo, déjame entrar.
> Quiero penetrar en tu interior,
> echar un vistazo,
> respirarte.[*]

Todos se miraron con aprobación. Era un eco original, sencillo en apariencia pero profundamente metafísico. A su izquierda, Laszlo Hannon tenía ya su esfera lista, con la concentración del jugador de bolos. Aunque no hubiera trayectorias que recorrer ni objetos que derribar le importaba la técnica de apertura del ecoral: que la voz que

contenía subiera desde abajo, como si viniera de las profundidades de la tierra. Parecía un hombre anodino —un rostro de los que jamás se recuerdan, ropa de buen corte aunque impersonal, un negocio de gran despliegue logístico para un contrato público sin creatividad— pero era un gran amante de los golpes de efecto. Se levantó y dejó caer la bola en el centro de la mesa, fingiendo estar al borde de un precipicio. Incluso sintió un leve vértigo. De allí surgió la siguiente voz, grave y pausada:

> Al pelar un fruto abruma el misterio de la carne.
> Los dientes rasgan un continente oscuro, los sentidos descubren la fragilidad de cualquier límite.
> Palpar la imagen, escuchar la sangre. Oír su sagrado perfume.[*]

Con los ojos entrecerrados, los oyentes imaginaban el fruto, los dientes y los misterios que desgarraban. A menudo en eso consistía la belleza del juego de ecos: escuchar voces que no dicen nada concreto ni útil, sino evocador. El siguiente turno le correspondía a Max Wallenstein. Era evidente que se sentía fuera de lugar, pero no se arredraba. Había venido buscando inversores para su proyecto; una sesión poética no iba a ponerle en evidencia. No era amante de aquellos juegos, pero se aseguró de que su traductor se hiciera con algún eco que fuese de su gusto: breve y conciso. Normalmente sólo empleaba frases que tuvieran una aplicación práctica directa. Aquella partida sibarita le parecía innecesaria. ¿Para qué presumir de riqueza con ecos, malgastar tanto dinero por el placer de escuchar una voz preguntándose sobre la belleza o el sentido del mundo? La riqueza ya la llevaban bien puesta. Más que las joyas, el lujo era sentir sus pupilas contraerse por el exceso de luz, mirar a su espalda y descubrir el gemelo oscuro de su sombra, ver un mosquito girando en torno a su vaso. Las florituras culturales no le importaban. Lo único que tenía claro es que quería más de todo aquello: quería saberse a salvo de la crudeza de las calles oscuras, las comidas racionadas e insípidas en bandeja o los viajes a la esquina de la calle para enviar y recibir mensajes. Pero para ello tenía que ser uno más y ganarse la confianza

de la elite de las torres. Debía hacerlo bien, con naturalidad. Cada uno de sus movimientos escondía un instante de duda y cálculo. Para terminar con todo aquello cascó la esfera de un golpe seco y fue recorriendo la sala con la mirada buscando aprobación:

> Vamos a la deriva;
> volved al aire libre y olvidaos de que entrasteis.[*]

Los más snobs aplaudían cada intervención. Se había convertido en un gesto meramente visual, pues sus manos se chocaban en un perfecto silencio. Sin embargo, tras el eco de Max algunas manos se interrumpieron a media altura, abortando el aplauso, sustituyéndolo por una mirada de duda. Lo que acababan de escuchar era una frase hermosa y poética, pero no respondía a la temática establecida. No había en ella ninguna referencia a la carne o al cuerpo. Max Wallenstein se volvió hacia su traductor, incapaz de disfrazar la furia en su mirada. Aquél sería seguramente el último día que estaría a su servicio aunque había cumplido con su cometido lo mejor que pudo, acostumbrado como estaba a darle una voz práctica, alejada de las florituras. Era una intervención digna, pero Max quería mucho más: habría querido demostrar que era igual a todos ellos, que merecía el poder y la riqueza que podían ayudarle a conseguir. Precisamente ahora, tan cerca de empezar a construir el proyecto que le serviría de pértiga, un estúpido poema le había puesto en evidencia. Creyó percibir un deje burlón en la sonrisa de anfitriona perfecta de Eva Fumagalli. Sentía que sus hombros anchos se encogían, enmarcando un globo desinflado en vez de cuerpo. Y dentro, en el corazón mismo de la decepción, crecían las ganas de levantarse y volcar los estantes, hacer caer todas aquellas bolas preciosas en un guirigay de ecos imposibles de entender. «¡Dadme hechos, no palabras!», querría decirles.

Mientras Wallenstein luchaba por controlar su decepción, Dimas estaba alerta. Se acercaba el turno de Felipe Fumagalli. No había tiempo para compadecer a su compañero caído en desgracia. Debía concentrarse para no desequilibrar la ecuación de intuición y decisión necesaria para ganar el juego. A pesar de no estar en primera línea eran

ellos, los traductores, los que se enfrentaban. Debían adivinar —o, a menudo, crear— el pensamiento de la persona que representaban con grandes dosis de asunción, sin dejar de ser intermediarios invisibles. Y aunque cada una de aquellas familias contaba con varios traductores, debían ser capaces de adaptarse a cada uno de sus miembros y a su propio estilo de expresarse. En ocasiones Dimas se preguntaba cuánto de esa personalidad conversacional era intrínseca a cada uno de ellos y cuánto venía de su intervención. Probablemente era él quien había ido desarrollando esos estilos, poniendo palabras en la boca de sus jefes, dando rienda suelta a distintas facetas del propio Dimas en una suerte de esquizofrenia: ora reflexivo, ora irónico o perspicaz. Si el habla de todos ellos se modificaba a lo largo de su vida solía ser debido a un cambio de traductor, lo que les hacía parecer sorprendentes, ágiles, distintos a su hablar previo. Aunque se creían dueños de una personalidad única, se transformaban a voluntad del traductor. Aquellos hombres y mujeres se presentaban al mundo con una voz que no les pertenecía y un discurso fabricado a medida. No había nada de ellos mismos en sus diálogos. Despreciaban el lenguaje táctil por burdo y popular, negándose a aprenderlo. Al reafirmarse en este rechazo consumaban un vacío en el que los traductores proyectaban un personaje. Así, cuando Dimas deslizaba una serie de esferas a cualquiera de los Fumagalli lo hacía con una autoridad sutil pero que no admitía réplica. Casi siempre quedaban satisfechos con el resultado y le felicitaban por las frases ingeniosas y su creatividad para llevar la conversación a otro terreno, convencidos de que había puesto en su boca justo lo que habían querido decir. Y cuando le regañaban era basándose en pensamientos que ecos previos habían plantado en su cabeza. Dimas tenía algo de esclavo y algo de señor.

Había aprendido pronto que si había algo que las grandes fortunas deseaban era fingir que no tenían limitaciones. Desplazarse por la sala para aprovisionarse de ecoral o sacarlo de cajones o carteras les parecía vergonzoso. Querían emular la rapidez y la despreocupación del que no tiene más que expulsar aire y dejar que los obstáculos en el camino hasta los labios hagan el resto. La mayor parte de la población, cuando

se había podido permitir hablar con ecoral, se daba una breve pausa para pensar y armar la siguiente frase, pero para los Fumagalli y los otros habitantes de aquellas torres las conversaciones se sucedían a un ritmo vertiginoso. Las bolas abiertas de mineral vacío se iban amontonando en el suelo igual que los restos de un largo aperitivo: armazones de gambas o conchas de mejillón que dejaban escapar las ondas sonoras que les estaban negadas a la humanidad. Iban de lo general a lo particular, a las anécdotas, al juego de palabras y a los chistes para volver a la sociedad y de nuevo a anécdotas de sus vidas... Tal ejercicio de dialéctica podía durar horas y dejaba al traductor exhausto. Lo que se esperaba hoy de él era distinto. La posición privilegiada de los Fumagalli les permitía hacerse con remesas raras de mineral que contenían palabras casi únicas, incluso con algunas cuyo significado se había perdido por completo. Solían definirse como coleccionistas de ecos, lo que implicaba comprar a través de marchantes. No dudaban en pagar una locura para hacerse con rarezas en las subastas. La responsabilidad de las compras recaía en Dimas. Él se mantenía al tanto de las fluctuaciones del mercado y de las piezas únicas que se ponían a la venta. A su espalda, en la estantería que le correspondía en la sala de juegos había ecos valiosísimos que los Fumagalli no tenían reparo en utilizar, aunque fuese ante apenas una docena de invitados. Era el placer por el placer. Escuchar, dejarse ir. Ya habría otros fragmentos para sustituirlos, para sorprenderles de nuevo.

Entre los jugadores, Felipe Fumagalli era el más teatral de todos con diferencia. Le gustaba acompañar los ecos con gestos, pese a que en realidad no sabía qué saldría de su bola. Tenía un talento natural para enfatizar con las manos y el rostro, pero a alguien capaz de hablar aquellos gestos le parecerían desacompasados. Separaba las manos abriendo las palmas, cerraba en un círculo el índice y el pulgar de una de ellas y la deslizaba hacia delante con ímpetu, pero al no haber pronunciado nunca y al no conocer el contenido de la bola elegida por Dimas, lo que puntuaba no se correspondía con el énfasis natural de la frase. Si el eco fuese el fluir de un río, el movimiento de sus manos colocaba las piedras para atravesar el cauce de la frase pero de un

modo precario, en palabras aleatorias. El oyente temía caer al agua, perder el significado, pero terminaba evitando resbalar en el último momento. A pesar de la teatralidad fallida, causaba el efecto buscado entre el público. Parecía que quería a la vez impedir al sonido propagarse a toda costa (sacerdote de una voz-secreto que fuese a cambiar el destino y debiera silenciarse) y amplificar la fuente para que los oyentes no perdieran el más mínimo matiz (fuerza imparable de una voz-creadora que da forma al mundo y necesita ser enunciada). Mientras dejaba caer la bola y gesticulaba, todos oyeron un eco nítido y brillante:

> La gente no muere de un órgano enfermo sino de un órgano que inicia una secreta metamorfosis hasta ser animal maduro y dispuesto a abandonarnos.[*]

Su intervención tuvo un impacto considerable. No sería adecuado decir que se hizo el silencio, pero sería lo más cercano. A fuerza de vivir inmersos en él, éste había tomado mil matices. La vocación de silencio en aquel contexto se expresaba con la quietud del cuerpo. A nadie le había pasado desapercibido el contenido de aquellos versos: si pensábamos en la voz como en un órgano, podría haber ocurrido justo lo que profetizaba el poema: se había metamorfoseado y crecido hasta abandonarnos. Si así fuese, cabía la posibilidad de que la humanidad, a pesar de estar sentada en aquella sala respirando, bombeando sangre a través de venas y arterias, generando bilis y jugos gástricos, escuchando las voces de poetas desconocidos que nadie recordaba, y reproduciendo el esquema olvidado del ventrílocuo con muñecos que se creían dueños del proceso sin ser más que un instrumento para encarnar diálogos creados por un traductor todopoderoso, en realidad estaba muerta.

Coro

La historia está compuesta de relatos que se pierden y relatos que no existen. Entremedias se encuentra la ficción que se estudia en las escuelas y nos cuenta lo que parece que fuimos. Según va pasando el tiempo los hechos se van desdibujando, las fuentes documentales desaparecen en inundaciones o incendios, víctimas de descuidos o de la ignorancia, en guerras y situaciones comprometidas. Se esfuman los testigos. Si desaparece la evidencia y perecen los que recuerdan, ese pasado nunca existió. ¡Ocurren tantas cosas todo el tiempo! Acciones y más acciones a cargo de brazos y pechos que se van alternando para ocupar la tierra, multiplicándose, dejando pasar a otros que se les parecen y que repetirán los mismos gestos, olvidando las lecciones que tan caras costaron a sus antepasados. La razón y el absurdo se parecen demasiado. Hasta los encadenamientos de acciones más improbables terminan por repetirse. Después, cuando los siglos han empleado su tiempo en borrar esmeradamente cada trazo de los hechos, los accidentes geológicos se encargarán de transformar el terreno. Nada como un terremoto o una buena erupción volcánica para poner al mundo en su lugar. Donde había ya no hay. O hay igual, pero de otra manera. Decidimos ejecutar sobre el tablero un movimiento cuyo ímpetu nos parece inédito, pero sólo escogemos entre un repertorio de acciones posibles. Es el ajedrez del peón que se cree libre sin saber que avanza siempre igual. Australopithecus, Homo Habilis, Homo Erectus, Homo Neanderthalensis. Más dentro, más hondo, están las mismas células del principio, con su núcleo y su membrana, en su mundo húmedo y eterno. Abre tu cuerpo. ¿Lo ves? Eres una muñeca rusa: cada vez más pequeño pero con el mismo contenido. Tus células primeras son la última muñeca en el juego. Les llevó tanto tiempo reconocerse y asociarse que saben mejor que nadie el trabajo necesario para ponerse

de acuerdo en lo que se quiere ser en el mundo, el consenso para el primer ser pluricelular y los que vinieron después, probando nuevas formas, otros diálogos de la materia unida intentando ocupar una forma en el espacio.

Todo esto —la primera evolución— ocurrió en un silencio perfecto, acuático, acompasado en la densidad. Un crescendo hasta los primeros chapoteos. Quizá pasó desapercibido, a falta de oídos. Mucho después, cuando ya había órganos y vasos sanguíneos, patas, ojos y glándulas, las innovaciones debían ser más sutiles. Entonces llegó el momento de rematar el cuadro. El habla llegó al hombre como la trama de los cuadros flamencos, con Brueghel el Viejo empuñando el pincel finísimo, poniendo con él en cada figura un hilo de voz. Vivíamos en las cavernas plasmando bisontes, pero llevábamos ya dentro ese hilo dorado, la cuerda capaz de vibrar y producir sonido. Era cuestión de tiempo que aprendiéramos a nombrar el cuadro, a describirlo y cuestionarlo.

Avance rápido al mundo del Carbono-14 y lo que siguió. Conseguimos perdurar lo suficiente como para olvidar y hacer desaparecer las pruebas del principio. No hay testigos de la historia de guardia a través de los siglos para defenderla después. Proyectamos la imaginación sobre cualquier indicio en lazos de rodeo texano. En realidad, del pasado no podemos saber nada. Ahora somos el préstamo temporal de algo que no nos pertenece. Al morir volveremos a la materia para convertirnos en otra cosa. Lo único que escapa a esa metamorfosis es la voz, que no se repite y desaparece sin dejar rastro, eludiendo la transformación. Cuando el cuerpo se apaga ella ya ha abandonado el barco; se diría que nunca estuvo allí. Y, sin embargo, aunque no queden trazas, cada cuerpo era capaz de modular el aire de manera única: su sonido desvelaba nuestra presencia o nos hacía viajar lejos sin movernos. La voz era la avanzadilla, una misión diplomática para llevar significado más allá del espacio del brazo extendido y la zancada. Pero fue (resulta obligatorio hablar en pasado) una cuerda que cede a la presión repetida del arco y se parte en dos.

Pasamos tantos siglos dotados de aparato fonador que no había

esfuerzo alguno en hacer vibrar el aire al salir de los pulmones. Infinitas normas sociales estaban basadas en pronunciar algo, contraseñas para entender que el otro estaba inmerso en el mismo juego: «¿Me pasas la sal?», «Dejen salir antes de entrar», «¿Quién da la vez?», «Dile algo a la señora», «Soy yo». Aquel lenguaje eran resortes, engranajes de ruedas dentadas que encajaban unas en otras repitiéndose hasta el infinito. Cada charla de ascensor era un despilfarro de voz. ¿Cuántas frases verdaderas se pronunciaban en una vida? Frases que no sean contar lo que hicimos ni adelantar lo que haremos, sino palabras que nos hagan subir al tablón en el que los piratas hacían avanzar a sus prisioneros, a cada paso más cerca de caer al mar bravío, a merced de sus peligros. La fonación como un megáfono minúsculo, una parte ínfima de la historia. Sólo una voz fuera de la sociedad, fuera de las lenguas, habría sido capaz de nombrar lo que de universal hay en nosotros. Quizá ése era el único objetivo de nuestras voces insignificantes: encontrar la manera de hacer emerger una que no hablase en nombre de nadie, la voz de un planeta que tiene mil recursos para expresarse pero no domina las palabras. Si ésa era la prueba, merecíamos la mudez sobrevenida.

Las caídas empiezan antes de la conciencia de la caída, cuando el tropiezo ya ha ocurrido pero aún no ha sido registrado. La humanidad previa al Gran Silencio no se había percatado de su decadencia. Saltaba de solución precaria en solución precaria, y a cada salto se convencía de haber resuelto todo lo que había quedado atrás. Lo llamaba progreso. El descubrimiento del ecoral fue un regalo inesperado que volvió a dibujar el futuro con letras brillantes: estaba en todas partes y era muy fácil de explotar. Se desempolvó la minería, perdida hacía siglos; la industria vivía un nuevo apogeo. Mientras, la memoria se había vuelto frágil. Cada día se podía empezar desde cero, hacer las mismas cosas, decir las mismas frases, y bastaba. El placer estaba en hacer sin ataduras y después olvidar para volver a hacer de nuevo. Hablar era apenas un acompañamiento en la caída, un ruido de fondo. Las fórmulas mágicas dan igual, siempre y cuando produzcan el resultado esperado. Decir era causa seguida de efecto, un conjuro

certero.

El primer error venía de muy atrás, y era un error de pensamiento: separar a los hombres del resto de los animales. Nos creíamos especiales sólo porque habíamos escalado en la pirámide alimenticia y construido una terraza para mirar desde lo alto. Olvidamos que siempre hay alguien en la cúspide, pero no necesariamente los mismos. Decidimos ignorar que somos una nube de elementos químicos, y lo que ocurre en el centro de una galaxia lejana conjuga las mismas sustancias de las que estamos compuestos. Nada nos diferencia de las grandes estrellas que han ido acumulando una masa inconmensurable, con avaricia, hasta ser decenas de veces el tamaño de nuestro sol. Estrellas que se creen poderosas y que en la muerte, para evitar dispersarse en polvo, se repliegan sobre sí mismas aproximando sus átomos, acumulando densidad, soñando que el techo y las paredes se van cerrando sobre ellas hasta implosionar en un agujero negro, cazamariposas celeste del que nada escapa. Estrellas y hombres implosionan por no perder protagonismo en el último minuto, cuando estaban ya tan cerca de extinguirse, para dar pie a su secuela.

Contempla a la humanidad, análoga a una estrella gigante roja que ha extinguido su voz y cuya fuerza gravitatoria la ha ido condensando hasta el extremo. Ahora, bascula del otro lado. Ya está. El truco es sencillo. Dale la explicación que prefieras: castigo divino, hipnosis colectiva, efectos inesperados de milenios de progreso descuidado. El tiempo pasado desde los albores del tercer milenio parece una eternidad sin serlo. Lo suficiente para que las voces de aquellos siglos se hayan fosilizado. Es una eternidad en bucle que apenas consigue un cambio mínimo en su ciclo tras trillones de insistencias. Ayer o hace varios siglos. Avanzamos, pero hemos cambiado poco. Como casi todo, pasa desapercibido en el resto de la galaxia. Poco importa si las hormigas hablan entre ellas; a esa distancia los eventuales sonidos de los hombres son igualmente irrelevantes. Nos creíamos en la cúspide. Nada indicó que la voz estaba en peligro de extinción, a cada frase más moribunda, perdiendo timbre y brillo. Y así, de un día para otro, las cuerdas vocales pasaron a ser un apéndice obsoleto. Humanidad-

agujero negro, a través de nosotros se pierde no sólo la voz que ya somos incapaces de emitir, sino también todo sonido tocado por la mano del hombre. Devoramos sonido y dejamos sólo los huesos: gestos, movimientos en un mutismo perfecto. Únicamente lo salvaje —un río en el que nadie se baña, los truenos, el viento agitando las copas de los árboles en bosques deshabitados— es capaz de propagarse y ser oído.

En el orden normal de las cosas, aquel día, el que resultó ser el primero del Gran Silencio, debía empezar en un pianissimo e iría construyendo su melodía según la gente y sus objetos fueran despertando. Pero pronto los mirlos dieron la voz de alerta por el silencio inusual. No se levantaba ni un murmullo, ni gritos de niños o rasgueo de guitarra, ni licor vertiéndose sobre hielo en vaso ancho o vidrio rompiéndose en accidente de vuelta de campana salpicando la hierba en ráfaga. Los sonidos de los hombres se habían extinguido como si alguien hubiera apagado un botón de golpe al salir de una habitación, cerrando la puerta a su espalda. Todo parecía estable, pero algo no encajaba. La ausencia de sonido volvía el mundo un lugar distinto. La fauna urbana abandonó desconcertada nidos y madrigueras siguiendo aquel silencio inusual. El cambio no venía de la naturaleza, ni se trataba de una destrucción de su hábitat en manos del hombre.

La ciudad, con sus pasos elevados, sus templos en ruinas y sus torres de basalto, parecía haberse desdoblado. Por un lado el silencio era el de un escenario posnuclear, como si la especie humana hubiera sido barrida de la tierra en un instante y con ella toda su actividad. Sin embargo, esa quietud sonora no se correspondía con un escenario de tragedia pompeyana. La vida cotidiana no había sido sepultada por ríos de lava, sorprendiendo a los hombres en una última postura como instantánea para la eternidad, sino que seguía, dislocada y asincrónica. En ese desdoblamiento paralelo al silencio de la ciudad se desarrollaba una actividad frenética. La gente se había lanzado a las calles: los primeros, sorprendidos al sospechar un virus, después cada vez más angustiados al percatarse de que la aparente afonía no se limitaba a apagarles la voz, sino todo sonido que procediera de ellos. Visto en la distancia parecía una personificación moderna de un cuadro de El

Bosco, cada uno inmerso en su sufrimiento particular, lanzando aire contra las cuerdas vocales con toda la fuerza que le permitían sus pulmones o tirando cosas contra el suelo. Nada conseguía romper el mutismo. Al contrario, parecía abrir zanjas en el aire en las que el silencio germinaba y crecía a una velocidad vertiginosa creando una Amazonia de afasia que se densificaba a cada intento.

Todo aquello indicaba nuestra implosión. Una galaxia de hombres-estrella haciendo desaparecer el sonido, con cambios radicales pero imperceptibles en el espacio que nos rodea, creando una suerte de vacío en el que las ondas sonoras no alcanzan a formarse. Las herramientas o los animales domésticos tampoco escapaban a este influjo. Como un escudo o una forma absoluta de la avaricia. Rechazo o absorción, el resultado era el mismo: todo lo que el hombre tocaba o empuñaba quedaba englobado en una burbuja silenciosa. Observada desde fuera, la desesperación tenía un cariz falso, catapultaba la vida a la dimensión del cine mudo con un patetismo forzado. Faltaban las cartelas explicativas para dar sentido a la trama.

La fauna salvaje reaccionó imponiendo sus sonidos ahora que no tenían competencia. Graznidos, gorjeos y zumbidos se abrían paso hasta los oídos de aquellos mudos repentinos. Ningún verano había sido tan omnipresente el canto de la chicharra. Cualquier hora daba la impresión de ser las tórridas cuatro de la tarde en las que el calor obligaba a la siesta, aunque la imagen que acompañaba fuese la hora punta, la gente yendo al trabajo o las grúas de una chatarrería comprimiendo entre sus garras metal de desecho. Sonido y movimiento se habían desincronizado sin remedio. El mundo, ahora esquizofrénico, vivía dos vidas: la frenética silenciosa de los hombres, intoxicada por la doble frustración de seguir oyendo con nitidez pero ser incapaces de emitir el más mínimo sonido, y la sosegada ruidosa de los animales. A la humanidad le habían amputado de una vez la voz, el ruido y la música pero, como aquellos que pierden un brazo o una pierna, seguían teniendo la sensación fantasma de modular la vibración de las cuerdas vocales, se despertaban en sueños convencidos de haber gritado y recordaban canciones que no podían compartir.

Después vinieron siglos de hipótesis y explicaciones. Hubo quien lo consideró un avance en la evolución: habíamos perdido el pelo corporal y las muelas del juicio, diezmado los recursos naturales y modificado drásticamente la apariencia del planeta. El silencio podría ser un paso más para despojarnos de algo que nos sobraba y concentrar esa fuerza en otra cosa, en otra parte. Otros lo vieron como un paso adelante para concentrarse en el interior: el progreso nos llevaba a bucear en las preguntas esenciales, en una exploración tranquila y profunda que no podíamos comunicar. La pérdida de la dialéctica nos haría avanzar en metafísica. Finalmente, otros consideraban que, igual que la energía ni se crea ni se destruye, sólo se transforma, el sonido que empezó a faltarnos a los hombres podría estar surgiendo en otro lugar de la galaxia, para otras formas de vida que empezaban a necesitar decirse algo. La voz, igual que el oxígeno, podría ser una condición necesaria para avanzar la vida a estadios superiores. Quizá la humanidad había llegado todo lo lejos que podía para decirse algo. En cualquier caso, con el cronómetro a cero, la prueba había tocado a su fin. Sentían el orgullo del derrotado: la carencia se convertía en premio. Lo importante había sido participar, el habla y la música ejercitadas durante tantos siglos. Tocaba perder para reducir las distracciones y regresar a lo esencial.

El resto se paseaba sin reconocer el mundo a su alrededor, con rostros ausentes. Idealizaban la comunicación sonora como si en ella se escondiera una verdad que ahora se les escapaba. Somos siempre idénticos a nosotros mismos: buscamos a toda costa servirnos de lo que ya no está. Y cuando no es posible, el ingenio se despierta para falsear y convencernos. En medio de aquel letargo alguien recordó el juego infantil del sonorama, pequeñas cajitas con esferas de ecoral, regalo popular de días de fiesta que cascaban contra el suelo o la pared a fin de escuchar ecos atrapados como nana o artificio para dar voz a los muñecos. La composición del mineral protegía el eco, la celeridad de su escape impedía que cayera en las redes de nuestro silencio. Sólo hacía falta adaptar el formato para la edad adulta, identificar las frases y venderlas al peso en tiendas autoservicio. Lo hicimos con el entusiasmo

de niños que escapan a un castigo. Si teníamos bolas de ecoral cerca podíamos seguir hablándonos, diciéndonos las mismas naderías y fingir de nuevo. Desarrollar una destreza manual para liberar voces prestadas con la naturalidad con la que antes se movían la lengua y los labios. Dejar pasar los siglos. Llega un punto en el que el funambulista se olvida de la red pero también de la carpa y las cuerdas que anclan los trapecios. Los circos, ambulantes por principio, pliegan su espacio y dejan atrás a los que se olvidan de terminar su número. Cuando la humanidad abra los ojos se encontrará sola, sin trapecio, suspendida en el espacio por la fuerza de la costumbre, y entonces retomará la caída, en el punto justo donde la interrumpió el botón de pausa. Justo a tiempo para perdurar en la oscuridad.

Los arqueólogos

A pesar de la hora, tres siluetas llevan un rato paradas en un cruce de caminos. A su espalda está la excavación arqueológica en la que trabajan, que empieza a abrirse en profundidad en su centro. A un lado se encuentra una caseta de madera seguida de un muro de piedra que apenas llega a la rodilla, cerrando el espacio por uno de sus lados. Los otros extremos no están delimitados, pues pronto se dieron cuenta de que no era necesario marcar fronteras en un terreno que nadie se interesaba en pisar. En aquella llanura desolada los caminos eran muchos, confusos e intermitentes, restos de otra época. Pero de tan poco uso aparecían y desaparecían según soplara el viento y se levantara el polvo. Para evitar perderse, sin voz ni luz para orientarse, los lugareños se alejaban de sus pueblos lo menos posible. Su vida ocurría en proximidad. Lo lejano hacía irrupción a lomos de los vehículos del gobierno que les abastecían una vez a la semana. Los mismos platos de siempre en las mismas bandejas. Aun así, les bastaba. Habían aplastado su curiosidad por el mundo hasta convertirla en una capa finísima de serrín que no servía para nada. No necesitaban más.

Si pudiéramos verlos con claridad, nos fijaríamos primero en Marcel, el arqueólogo jefe, un hombre alto y desgarbado en actitud de escucha. La imagen más precisa para describirle es geológica: una roca caliza, sólida pero porosa, fácil de erosionar si se tiene paciencia. El presente le resulta impenetrable, imposible de descifrar en tiempo real. Esto quizá se debe a que había crecido desproporcionadamente rápido en la adolescencia, rompiendo la sincronía entre el cuerpo y su experiencia, que nunca habían vuelto a alinearse. Para entender el presente debe imaginarlo en el pasado, ver lo que tiene enfrente como si estuviera mirando atrás. Este ejercicio, repetido de manera inconsciente, había sido el mejor entrenamiento para despertar su vocación arqueológica.

A su lado está Antonio, una silueta de piel blanquísima, atlética y nerviosa coronada de una maraña de pelo rizado. Sabe moverse con sutileza, como lo haría su sombra una tarde de verano si pudiera proyectarse bajo el sol. Tiene una mancha rosada de nacimiento en la mejilla que parece dibujar una cartografía, un continente a la deriva entre la frente y los labios donde toma refugio todo lo que piensa y no es capaz de poner en palabras. Por último, cerrando el círculo, está la piel negra de Sonia, que le hace parecer más sólida y rotunda en la oscuridad. Su melena baja por la espalda y se agita con cada movimiento, buscando captar una señal sin conseguirlo. Sus manos, menudas pero firmes, dan la sensación de estar hechas de materia condensada, como si hubieran combinado cuatro pares de manos para crearlas. Cada paso que da está firmemente anclado a la tierra, en eje con su centro. Parece alguien que jamás se ha caído en la vida, que no sabe lo que es levantarse con las rodillas raspadas y el orgullo herido, aunque sabía bien lo que era tener que defenderse. Si estaba allí era por persuasión y perseverancia. Compartía la convicción de Marcel de que aquella excavación podía ser clave para explicar la historia de principios del tercer milenio. Es una mujer de ideas fijas que no acepta un «no» por respuesta, pero que siempre tenía que esforzarse el triple en su persuasión para justificar un borrón en su expediente: desapareció durante un año hacia el final de sus estudios y nadie supo de ella, lo que le valió un expediente del Ministerio de Balizas y Fronteras.

Parece fácil desaparecer en Umbra, pero nada más lejos de la realidad. La vida está tan arraigada a lo básico, tan limitada a lo esencial, que todo está racionado. Si algo sobra en algún lugar es porque alguien falta. Y si ese alguien está en otra parte, allí le faltará lo que sobra en su lugar de origen. Para no errar en los cálculos, todo desplazamiento ha de ser comunicado al gobierno a través de las cadenas táctiles. «Mensaje oficial de presencia desplazada.» Con los años Sonia ha creado una historia frágil llena de imprecisiones pero que defiende con aplomo: un golpe desafortunado durante una excursión en una zona remota, una Sonia amnésica que fue recogida por una familia

que nadie conoce. El caso fue archivado, pero los rumores apuntaban a que había intentado escapar hacia la zona de luz.

Sonia dibuja signos a la vez en los brazos de Antonio y Marcel, expone una hipótesis sobre una diadema de metal que encontraron aquel día, con dos grandes cristales curvados incrustados en la misma. Marcel duda, propone una explicación distinta, Antonio aventura una fecha. Podrían quedarse allí toda la noche; no sería la primera vez.

Se conocen bien. Antes de que Marcel pidiera el puesto de arqueólogo jefe en aquella excavación fueron compañeros en el Ministerio de Geología. El Ministerio, bajo un nombre que aludía a la ciencia, en realidad se guiaba por criterios puramente económicos. Los tres habían pasado día tras día en un cubículo transparente, bajo un pequeño flexo de ecoral, examinando objetos que los ordenanzas les iban trayendo en viejos carros de madera. El propósito estaba lejos de ser histórico: se trataba de objetos encontrados en las exploraciones de posibles minas y lo que se esperaba de ellos era que identificaran el siglo al que pertenecían. Utilizaban los objetos para datar los estratos y evaluar la viabilidad de la explotación, pues no todo el ecoral tenía la misma capacidad como combustible; dependía de la época de su formación. Dada la escasez actual de mineral y su encarecimiento, los esfuerzos se centraban en las vetas con más potencial industrial, es decir, de los siglos XX y XXI.

Marcel estaba especializado en el siglo XX y a él llegaban siempre para una segunda opinión piezas de motor de coche o de jarrones art déco, carros retorcidos de máquinas de escribir, llaveros o formas de plástico de lo más diversas: fragmentos de botellas y de envases o juguetes. Por las características de su diseño o por el material sabía diferenciar cuáles pertenecían a aquel siglo, a los anteriores o a los que vinieron después. También pasaban por su mesa restos más antiguos: tallas de vírgenes medievales, pitilleras de malaquita, aperos de labranza, monedas o vasijas, así como restos de invenciones posteriores. El catálogo de objetos recibido del pasado era tan aleatorio como variado y le hacía viajar repetidamente en el tiempo, adelante y atrás a lo largo del día. Sonia, en cambio, conocía al dedillo el siglo

XXIII, su tecnología y herramientas, mientras que la especialidad de Antonio se remontaba más atrás, al siglo XVIII. Aunque los ecos cautivos habían contribuido a explorar cómo se hablaba y qué se expresaba en cada época, no había claridad en cuanto a los usos de los objetos. A menudo había teorías contrapuestas sobre la utilidad de tal o cual resto, en qué mecanismo encajaba una rueda dentada o qué escondía un CD bajo su superficie de espejo. Los tres, cada uno en su rincón, sopesaban las opciones y una vez identificaban el siglo correspondiente colocaban el objeto en un recipiente para que pasara al siguiente experto, que confirmaría o refutaría su hipótesis. Ocasionalmente uno de los arqueólogos se levantaba con un objeto en la mano y salía a buscar al responsable de la primera datación para pedirle explicaciones. Discrepar era motivo de orgullo. Los altos cargos creían que mejoraba la calidad del trabajo y la mayor parte de los arqueólogos sobreactuaban para dejar ver su celo profesional.

Las tres figuras continúan su diálogo al borde del camino, a pocos pasos de unos matorrales secos. Aquella diadema era un enigma; la habían desenterrado en un estrato muy anterior a la época que le correspondería. No tenía sentido su presencia en él. Además de teorías, cuando agotan las hipótesis sus dedos también hablan de temas prácticos: de herramientas, de la arena acumulada y la desconfianza de la alcaldesa, que cree que terminarán volviendo el pueblo patas arriba, destruyendo el templo a Atón y los edificios que tanto costó construir a las afueras.

Finalmente se separan, Sonia y Antonio abrazados camino del pueblo, Marcel a zancadas en dirección contraria, hacia la casa aislada en la que había decidido vivir. De lo que no hablan ni han hablado nunca, porque lo ignoran, es de lo que ocurre en la excavación cuando no están allí.

Greta

Un rato después de que las tres figuras desaparecieran, una silueta recorrió el camino contrario, escondiéndose tras los matorrales secos para no chocar con nadie. Los senderos estaban siempre desiertos, pero aquella sombra en la sombra sabía que en ocasiones los arqueólogos terminaban su trabajo bien avanzada la noche. Por eso, como hacía a menudo, había salido del pueblo un rato después de la hora de acostarse, cuidando de no engancharse el traje térmico en las zarzas, y se dedicó a esperar. No le preocupaba el tiempo que aquello llevase. La espera suele considerarse una acción pasiva, pero con la práctica había aprendido que esperar no consiste en desear la llegada de algo. Esperar es concentrarse en ejercer de antena para que ese algo ocurra. De otro modo, el deseo no basta para hacerlo llegar. A pesar de no tener más que doce años, Greta sabía quedarse quieta y desplegar el cuerpo en ramas. Cuanto más profunda sea la espera, más lejos llegarán y más sólidas serán las ramas. Tarde o temprano, las acciones y las personas dispersas por el mundo encuentran así un camino de llegada al lugar donde son bienvenidas.

Mientras espera la partida de los arqueólogos, Greta piensa también en el lugar en el que debería estar y no está: en la cama deshecha, con las almohadas que la suplantan, y en sus padres durmiendo en la habitación de al lado. Aquella noche su escapada era algo arriesgada: la luz de la luna podía revelar el engaño si se acercaban a la pared transparente que separaba las estancias. Piensa también en el examen que la espera mañana en la escuela del pueblo, en las horas tediosas de la clase de lengua clásica, viendo al profesor liberar frase tras frase de mineral para explicar la gramática de aquella lengua fosilizada. Para la mayoría de los niños de Umbra la escuela suponía una experiencia de desconexión con la realidad: unos tenues focos iluminaban a ratos, lo

suficiente como para aprender los colores y distinguir los estantes de canicas de mineral con las que construir frases a base de ecos. Aprendían piezas de una lengua muerta —sujeto, verbo, predicado, complemento directo, voz pasiva, complemento circunstancial— pues, aunque las escuelas recibían remesas educativas para todo el año, en su casa jamás habían podido permitirse comprar una frase en ecoral. Hacía mucho que había pasado la época de abundancia, cuando las remesas de mineral eran enormes y baratas y todos seguían hablando con voces prestadas. Pero ahora, ¿para qué aprender una lengua que sólo podía utilizar dentro de su cabeza, y con tanto esfuerzo? Recordar un sonido que no podía repetir era tan vago como rememorar con detalle el rostro palpado de un desconocido. Aquellas palabras le parecían exactamente lo que eran: fósiles de otra realidad cogidos con alfileres a una humanidad que había cambiado tanto que poco o nada tenía que ver con los antepasados que abrían la boca y se decían cosas. El resto de materias, que se impartían en táctil, le resultaba mucho más concreto. Pero lo que más alas daba a su imaginación eran aquellas incursiones nocturnas a las excavaciones.

En la caseta los arqueólogos guardaban los objetos que iban desenterrando, sin percatarse del tablón suelto por el que el cuerpo menudo de Greta entraba y salía sin dificultad. En realidad la caseta era un espacio bastante amplio, con una bombilla en lo alto y un generador a pastillas. Le fascinaba no sólo poder ver sin ser molestada, sino lo raros que eran los objetos. Aquello sí le ayudaba a entender el mundo. Además, nunca se tenía la absoluta certeza de cómo se utilizaban o para qué servían los restos. De todas maneras, ella prefería imaginar que saber. Agarró la diadema que Sonia había dejado en el estante más cerca de la entrada y se la puso. Miró a través de los cristales rajados que bajaban por la frente hasta los ojos. Cualquiera pensaría que las rajas eran debidas a los avatares del tiempo, pero para Greta aquél podía ser su estado original. Los cristales rajados permitían dividir la realidad en fragmentos irregulares. Lo que viéramos en cada segmento tenía un significado. Aquellas extrañas gafas podían ser una forma de clasificar el mundo, o de poner todo en pausa excepto uno de los

segmentos. Había tanto que ver cuando había luz, que le parecía normal tener que dividir el campo de visión para ir procesándolo. Asimilar de una vez los objetos, los colores, las sombras en el ángulo de 180 grados de nuestra visión era una labor titánica para ojos acostumbrados a distinguir matices en las sombras. Greta creía que con el tiempo terminaríamos convirtiéndonos en seres de visión nocturna, en «humanos abisales». Su padre le había contado que en el fondo de los océanos, donde nunca había conseguido penetrar la luz, había peces luminiscentes completamente adaptados a la más profunda oscuridad. Le gustaba imaginarse nadando en vez de caminar, fantasear con que el aire se convirtiera en agua. En el agua no pesaba y no podía caerse, mientras que en el aire era demasiado fácil tropezar y levantarse con las rodillas raspadas.

Fue cogiendo con la mano, uno a uno, buena parte de los objetos de las estanterías que se encontraban a su altura. Observó su rostro borroso en las aguas de un fragmento de CD, también lleno de rayones. Jugó a lanzar en el aire un puñado de tornillos anquilosados, llenos de óxido. Por falta de costumbre en anticipar trayectorias e interceptar objetos en movimiento bajo aquella luz que la confundía, los tornillos se le escaparon entre los dedos y fueron a caer dentro de una olla abollada que estaba en el suelo, provocando un gran estruendo. Greta pegó un brinco y corrió hacia el otro extremo de la caseta, cubriéndose la cabeza con las manos. ¿Qué había sido aquello? Ese ruido era sencillamente imposible. Cada umbrio sabía que nada que haya sido tocado por el hombre es capaz de emitir sonido. La olla, los tornillos, todo lo que la rodeaba había sido desenterrado por los arqueólogos, limpiado, catalogado y colocado allí, pasando de mano en mano. Por si fuera poco, después había pasado también por las palmas de Greta antes de caer. ¡Aquello era mil veces más fuerte que los truenos de las tormentas y sonaba allí, a su lado! Desde el estómago se le despertó una sensación que creía ya olvidada: el miedo a lo desconocido de la primera infancia. Los niños de Umbra no temían a la oscuridad, acostumbrados como estaban a desenvolverse en ella, pero tenían otros pavores que vencer: a ser tocados por manos desconocidas, a la niebla

que se pegaba a la piel o al olor de algunos alimentos procesados y amorfos que debían comer sin rechistar.

Nunca había oído el retumbar de campana del metal al chocar. Ninguno de sus contemporáneos tenía idea de cómo podía sonar aquella interacción. El movimiento del metal cayendo sobre metal no existía en la naturaleza, por lo que nunca había sido oído, ni tan siquiera por los ermitaños que se aíslan y minimizan su impacto en el entorno. Sin ningún tipo de referente para identificar la fuente de la que provenía, pensó en la posibilidad de que aquel ruido no viniera de la olla, sino de algún animal salvaje desconocido que merodeaba la caseta. Su rugido podía haber coincidido con la caída de los tornillos, confundiendo ambas acciones. Sólo podía comprobarlo acercándose y repitiendo el mismo gesto, pero estaba demasiado atemorizada para hacerlo. Esperó un tiempo prudencial sin moverse, afinando el olfato. Podía pasar allí toda la noche, o toda la vida si hacía falta. Prefería que la encontraran allí a la mañana siguiente y confesar sus incursiones antes que aventurarse a salir al exterior. Pero cuando empezó a sentir calambres en las piernas se aburrió del miedo y se decidió a salir. Agarró al vuelo un tubo de metal oxidado de uno de los estantes, lista para clavárselo a la bestia si se la encontraba al otro lado del tablón, pero fuera todo estaba como siempre, en silencio. Echó a correr y no paró hasta llegar a casa. Tan agitada se encontraba que sólo cuando llevaba un rato dando vueltas en la cama se dio cuenta de que aún tenía en la mano aquel tubo de metal agujereado en uno de sus lados. Lo guardó bajo la almohada y fue repasando las conjugaciones de los verbos irregulares en lengua clásica hasta que la venció el sueño.

Coro

Se puede construir una civilización sobre la ignorancia. De hecho, toda civilización está cimentada en la ignorancia. Si supiéramos lo que va a ocurrir nos quedaríamos abúlicos en una esquina o contemplando una amapola como si fuese el centro del universo, dándonos cuenta de que, de hecho, lo es.

Marcel

Lo primero que hizo Marcel cuando se mudó a aquel rincón apartado fue ir corriendo hasta el río, siguiendo el ruido de su cauce. El agua en Ciudad Eclipse está escondida en tuberías y, por lo tanto, su fluir está domesticado, es silencioso. Aquel deslizarse de la corriente sobre las piedras y el chapoteo de las gotas en la orilla era uno de los sonidos más hermosos que había oído en su vida. Lo decía con conocimiento de causa, pues el repertorio de sonidos a los que estaba expuesto un umbrio urbano era muy limitado: el bramar de la tormenta, el repicar de la lluvia contra la burbuja protectora y el canto de las aves que atravesaban la ciudad sin vivir en ella. En la ciudad todo estaba fabricado, moldeado o domesticado; contagiado de la mudez del hombre por contacto. El pájaro que le regalaron como mascota al cumplir los cinco años abría y cerraba el pico en un silencio perfecto y uniforme, cada segundo idéntico al anterior.

Sin pensárselo dos veces, se desnudó y se metió en el agua. Era maravilloso sumergirse en el ruido, dejarse ir unos metros corriente abajo... De repente el sonido se paró en seco. En teoría nada había cambiado, pues el agua seguía fluyendo con la misma intensidad y las piedras del fondo seguían en su lugar, pero sobre la escena se cernía una campana de silencio. La extrañeza duró apenas un instante. Marcel se percató de su imprudencia y salió a toda prisa del agua. Él era humano y, por lo tanto, no había excepción: su presencia contaminaba el río, privándolo de sonido. Por primera vez no se sintió víctima del silencio, sino también verdugo. El placer de darse un baño tenía un precio muy alto: bastaba una persona para enmudecer los sonidos que quedaban en el mundo. Afortunadamente, comprobó que si el contacto con el hombre era tan sólo temporal, los efectos también lo eran. Al darse la vuelta y empezar a alejarse de la orilla, el estruendo regresó de

golpe. Ni tan siquiera giró la cabeza, pero sintió una punzada de alivio. Su error había sido enmendado.

Después de aquel episodio decidió volverse una presencia invisible, reducir sus movimientos a un radio pequeño para no interferir. Se limitaría a contemplar el páramo a través de las paredes transparentes de aquella cabaña cuadrada con apenas muebles, pero no se acercaría a él. Saldría siempre por detrás a buscar víveres, hacia el camino que llevaba al pueblo, y no tocaría tronco, animal o agua. La naturaleza y él convivían cada una mirando para su lado, ignorándose con educación. Cada mañana tenía que recorrer cuatro kilómetros hasta llegar a la excavación, pero no le importaba. Era un precio muy bajo que pagar por el privilegio de una soledad tan rica.

Estar solo nunca le había supuesto un sacrificio. Explorar el mundo, y más aún explorar el propio pasado, es una experiencia esencialmente solitaria. Cuando vivía en la ciudad en la mayor parte de los diálogos se limitaba a «escuchar» con el brazo extendido mientras los dedos del interlocutor iban dibujando frases sobre la piel. Esta introspección era lo que más amaba Vera en él. Después de un turno en la cadena táctil recibiendo y transmitiendo mensajes lo último que quería era sentirse obligada a entablar conversación. Su vida conyugal transcurría en el silencio, como la de todos los que no podían pagarse hablar en ecos, pero la suya acallaba también la gramática táctil. A veces intercambiaban una sola palabra en todo el día. El resto del tiempo paladeaban esa palabra, sus oportunidades infinitas, todo lo que se estaban contando en presencia y ausencia. Les gustaba, sobre todo, decirse algo lejano y exótico que tendrían que imaginar: «La vidriera medieval se refleja en el suelo», «El escarabajo reposa en el pecho del faraón». Sin embargo, Marcel se transformaba cuando tenía entre las manos un objeto del pasado, como si aquellos restos dijeran algo que sólo él podía oír, confirmando una intuición secreta. Entonces las palabras llegaban a borbotones, de manera casi febril. Empezaba con un «¿No te das cuenta?» seguido de la explicación de lo que era aquel material, el porqué de su forma, dónde encajaba y cuál era el mecanismo que lo hacía útil y valioso. Cada resto retorcido y cubierto

de tierra era un triunfo de la tenacidad, una voluntad de perdurar inquebrantable. Poco importaba que hoy en día fuera un objeto huérfano, despojado de su función, aislado de su entorno y de la gente que le daba sentido. En su testarudez contra el tiempo y lo aleatorio se escondían mensajes indirectos de la civilización a la que perteneció.

En realidad los arqueólogos viven en un mundo quimérico. Han de escribir una historia que ya se ha representado y que no han presenciado, una vez se ha terminado la función y cerrado el teatro. Escriben guiándose por los decorados y un par de comentarios del público oídos al vuelo en la avenida, y eso ha de bastarles. Son escritores que no pueden disponer de un mundo imaginario propio, obligados a conjeturar realidades posibles todo el tiempo. Sobre ellos recae la gestión de la posteridad, frente a la que sólo pueden actuar como un personaje de cuento de hadas: buscando el camino a partir de migas de pan, pero sin hadas ni magia. Marcel no sólo acepta el aspecto imaginario de su labor para dar forma al pasado, sino que lo asume como un rasgo de su personalidad en el presente. Ama las migas de pan. Le gusta tratar a sus objetos cotidianos como futuros hallazgos de algún colega lejano, muchos siglos después. Cuando de él no quede nada, quizá de repente aparezca su tenedor, bien anclado en su estrato, como atrezo para contar esta época. Pero bajo esa fachada reflexiva e introvertida en Marcel había también vanidad y ambición. No había sido el altruismo lo que le había llevado a dejar su vida en la capital, sino la convicción de que bajo las llanuras desnudas de aquel puñado de pueblos dispersos se escondían los restos de una gran ciudad que había alimentado mil leyendas a través del tiempo, la Atlántida de aquellos siglos. Marcel Artigas quería pasar a la historia como el hombre que descubrió París.

De París se contaba que había sido una ciudad de amplias avenidas, fachadas de piedra y grandes palacios. Se decía, sobre todo, que había sido la ciudad de la luz, lo que despertaba en la imaginación popular todo tipo de conjeturas. En ella habían vivido reyes, escritores y pintores célebres, pero también delincuentes legendarios, intelectuales pobres y emigrantes olvidados. Las pocas crónicas que habían

sobrevivido relataban cómo había quedado abandonada en torno al siglo XXVI, tras un terremoto que desbordó su río y se llevó sus últimos tesoros hasta lo más profundo de las grietas, pero su decadencia había comenzado mucho antes, cuando Francia se descentralizó y se decretó desmontar y transportar un fragmento de la ciudad a cada provincia del país. «La semilla de París hará crecer nuevas ciudades gloriosas por todo el territorio» parece que fue el emblema de aquel tiempo. Al parecer hubo varios edificios que se mantuvieron en París: el Louvre, Nôtre Dame y la torre de metal que le servía de faro, pese a ser una ciudad lejos del mar, mientras que la Ópera Garnier, el Arco de Triunfo o el Sacré-Coeur fueron a parar a ciudades de provincias, pero hay una gran confusión sobre lo que realmente partió y lo que se quedó. Por su presencia en el imaginario popular, el gobierno había decidido dedicar algunos recursos a aquella excavación, aun en un periodo de penuria como el que atravesaban. Encontrar París serviría para entroncar a Umbra con un pasado glorioso, daría a los umbrios nuevos bríos para progresar en aquel mundo oscuro y silencioso.

Desde los ventanales de resina transparente contemplaba la tierra desnuda. Puede que bajo aquel erial abandonado sus antepasados hubieran descendido una tarde de verano el camino hasta el río desde la colina de Montmartre o desde la estación de Montparnasse, con el gesto olvidado de ponerse gafas de sol para matizar la luz y los colores, diciéndose naderías, parándose a tomar algo en la terraza de un café. Piensa en la suerte que tienen los que viven en un periodo de esplendor, durante los siglos en los que las civilizaciones y los imperios florecen. Qué dulce les debía de parecer el mundo cuando había primaveras, fruta y música, aunque si aquello era todo lo que conocían quizá los problemas menores de la vida se convertían en grandes dilemas y fuentes de infelicidad. En el fondo prefiere la crudeza de las épocas de decadencia, su carácter indefinido. Ver a la gente achicar agua enseña mucho más sobre la naturaleza humana.

Misivas

Como cada 23 de septiembre, a las afueras de Ciudad Eclipse se construye el mismo escenario. De la esfera de un sol pintado se extienden gruesos rayos de un amarillo anaranjado en todas direcciones, pero sobre todo hacia lo alto, alcanzando los treinta metros de altura. Cada rayo culmina en una mano abierta que se tiende esperando algo, en señal de ruego pero también de esperanza. Sobre una de estas manos se abre en semicírculo la plataforma ceremonial, que alberga una tribuna y un gran trono vacío para invitar a Atón, el dios solar, a volver la vista hacia ellos. El Ruego al Sol es un culto anual que ha de desarrollarse lo más lejos posible de la tierra —pues ésta había ofendido al dios—, y lo más cerca posible del cielo, donde Atón seguía su recorrido con la cara vuelta lejos de Umbra, fuera de su alcance.

Pocos serán los eclípticos que no se acerquen hasta allí para unirse en gesto de súplica. Muchos vienen en peregrinación desde las provincias. No se trata sólo de un acto de fe hacia el dios Atón, sino también de una oportunidad para ver el único despliegue de luz y color de todo el año: no se puede escatimar en medios si se quiere convencer a un dios. El rito también tiene lugar en los pueblos, pero en la mayoría no se construye un escenario ni se pintan soles de colores, sino que sus habitantes se limitan a encender una hoguera a la entrada de los templos, algo terminantemente prohibido el resto del año, y a orar a su alrededor. Aquélla era una ocasión especial, pues se cumplían cincuenta años desde que la tierra decidió ralentizar la rotación sobre su eje, girando tan despacio que una parte del planeta queda siempre en la oscuridad, dividiendo el mundo en dos: el país de la luz y el de la sombra. Samas y Umbra.

Vera está trabajando turnos dobles. Según los obreros van armando

las tarimas y colocando las placas doradas, se intensifica el ritmo de los mensajes en las cadenas táctiles. Para que el ruego pueda ablandar a Atón, la tradición pide que cada familia se acerque lo más posible a lo que fue la experiencia de la luz y el calor, retransmitiendo su último recuerdo del sol: lo que vieron padres y abuelos en aquellos años que parecen haber ocurrido al ralentí, cuando se desplegó la gran burbuja que evitó la extinción. Como los anillos en el tronco de los árboles van ensanchando su diámetro, cada año de oscuridad en Umbra iba alimentando la memoria para convertirla en leyenda. Son mensajes más largos de lo normal, auténticos relatos en lenguaje familiar, y por una vez Vera ha de recurrir a los nudos para recordar su contenido al detalle.

Buena parte tiene los tintes rosas e idealizados de quien relata una época idílica en la que todo era como debía. Los destinatarios recibían extasiados las mismas historias todos los años. Apenas importaba la falta de novedad. Como los niños, necesitaban escuchar el cuento una y otra vez para tener una sensación mínima de control sobre el mundo. Sabían cómo terminaba, podían anticipar los nudos y el desenlace, lo que les hacía, paradójicamente, sentirse más seguros en un mundo que ya no tenía nada que ver con el del relato:

> La abuela Teresa y yo vivíamos junto al mar, en la ciudad de Nuxia. El sol aparecía detrás de la montaña como un gran disco dorado que convertía al mundo en otro, completamente distinto del de la noche. Las cosas cambiaban constantemente, parecían nuevas a cada minuto según el sol avanzaba en su recorrido. Los colores no tenían el tinte de plata que les daba la luna, sino que eran bloques diferenciados, cada uno en su longitud de onda, excitando al ojo sin cesar con mil matices superpuestos. El rojo, el amarillo, el verde... El color del cielo variaba desde el azul brillante hasta el gris plomizo que anunciaba lluvia, o el lila de fuego de las tardes. Estos matices significan poco para vosotros, que tan sólo habéis visto los colores en muestras en la escuela bajo pobres lámparas de ecoral y poco más, pero uno podía pasar el día mirando hacia arriba y no aburrirse en absoluto de tanto que había para ver. Después estaba la sensación de calor en el rostro y el cuerpo al exponerse a la luz, y el color de bronce que tomaba la piel a su contacto. Ya habéis escuchado la historia muchas veces: en pocos años la tierra fue ralentizándose, con días y

noches cada vez más largos. Cuando conocí a vuestra abuela hacía meses que el día se mantenía prácticamente constante en la luz de las cinco de la tarde, cuando el sol ya está bajo pero aún no ha comenzado a declinar. Las sombras empezaban a alargarse, pero las formas aún eran nítidas. Era un momento propicio para la reflexión y la melancolía. No sabéis lo especial que es sentirse acompañado por vuestra sombra. Se va caminando solo pero no en soledad, pues nuestra silueta oscura está siempre a mano para darnos la réplica. Así iba a buscar a Teresa, solo pero acompañado, dándome ánimos, y después éramos cuatro avanzando por el paseo frente al mar: Teresa y Gabriel de carne y Teresa y Gabriel de sombra. Creo que las sombras se enamoraron antes que nosotros. Nos observábamos mucho. El tacto era importante, pero la vista más aún. Imaginad la emoción de ver avanzar a la persona que amas de lejos, contemplar sus formas, la piel y los músculos en movimiento. Vivir rodeado de luz es estar conectado con el mundo en la distancia. El horizonte en el mar, el final de una calle, las nubes en el cielo. No estaba allí ni podía tocar aquello que estaba tan lejos, pero podía verlo, y había una conexión. Mis ojos eran capaces de proyectarse, acariciar la imagen, recabar información y volver hasta mí.

¿Cómo podíamos imaginar que llegaría un momento en que se impondría la noche? Aquel último ocaso duró varios años, y en él fueron cambiando mucho nuestras vidas. Nos casamos, habíamos abierto el hotel que quebró unos años después de empezar la oscuridad, nacieron Andrés y Marta. Fuimos muchos los que nos reunimos en la playa para despedir el último rayo de sol, preparándonos para lo que preveíamos serían varios años de oscuridad. Al llegar a casa bajamos las persianas y encendimos las lámparas. El ecoral empezaba a escasear pero aún se podía ver y hablar con ecos sin restricciones. Sólo después nos dimos cuenta de la inutilidad del gesto. Ya no harían falta persianas: ninguna luz vendría a despertarnos a la mañana siguiente.

Otras historias tenían la calidad literaria de la anécdota que define una vida. Según iban pasando los años, la madeja ganaba en grosor, el hilo estaba más seguro de sí mismo, listo para crear una trama. Despojado de prejuicios, el relato ganaba en sinceridad y claroscuro, volviendo más valientes a sus destinatarios:

En la familia siempre hemos sobrevivido. Sobrevivir, ya lo sabéis, no es sólo seguir vivo. Es el ingenio puesto al servicio de la flaqueza para no perecer por su causa. Buscar lo ajeno es también un talento. Os he enseñado

que no hay nada indigno en ignorar las reglas del mundo y romper lo que se nos da como establecido, civil, sagrado. Quienes hacen las reglas no viven la vida en todas sus dimensiones, no conocen por qué una decisión que les parece lógica resulta ser injusta para una parte de la sociedad. Todos tenemos derecho a nuestros motivos y nuestras reservas. Como sabéis, yo era profesora de baile. Nunca conocí la música, pero decían que mis coreografías tenían un ritmo que iba más allá del movimiento, que el baile con música debía de ser algo así. En cualquier caso, aquel talento no me sirvió de mucho. Los grupos de danza clásica consideraban que lo que yo hacía era difícil; a los alternativos les parecía poco complicado o un tanto artificial. Sólo unas cuantas familias bien solicitaban mis servicios para dar a sus hijos adolescentes un modo de expresión. Me recibían en sus casas, en grandes salones repletos de objetos. No entendía aquel sentido de la acumulación. Todo se mezclaba y uno no sabía dónde posar la vista. El instinto llamaba a salir de aquella confusión cuanto antes hacia algún rincón donde sólo una cosa excitara la retina: el marco de una puerta, una baldosa, una taza olvidada. Entonces empecé a pensar en lo ajeno. Al principio eran menudencias que escondía en el bolsillo durante las clases para poder contemplarlas aisladas del conjunto más tarde. Pensé en devolverlas, pero encontrar el sitio exacto en el que estaban se volvía imposible, más confuso que coger otra menudencia y hacerla desaparecer. Aquellas familias tenían tanto que ninguna echó nada en falta y así fui desarrollando ese talento. Era otra forma de baile en el que jugaban mis manos y los bolsillos. Cuando empezó a declinar la luz, en los meses que duró el último atardecer me sentí protegida por las sombras incipientes que volvían mi bolso una forma más, difuminada y mezclada con otras. Una tarde en que un alumno y yo estábamos solos en su casa fingí un mareo. Antes de que el chico me ofreciera un sillón me adelanté y elegí para recostarme el diván del cuarto de la madre. Le pedí que me dejara diez minutos sola para recuperarme, y apenas cerró la puerta me puse a registrar los cajones. Uno de ellos escondía el collar más hermoso que he visto nunca. No parecía brillar, sino al contrario, daba la impresión de que absorbía la luz para alimentar un fuego en su interior. No pude resistir la tentación de ponérmelo frente al espejo. Durante unos instantes, fui otra persona. Pero cuando acerqué las manos al broche para quitármelo y guardarlo en el bolsillo, la luz del sol se reflejó en el espejo, deslumbrándome. ¡Aquel sol moribundo me estaba delatando! El rayo se había impreso en mi retina. Al cerrar los ojos seguía ahí, en una forma de luz difusa grabada a fuego en la oscuridad. Me puse nerviosa. Devolví el collar a su lugar y me volví a recostar con la respiración agitada. Salí de la casa con

las manos vacías. El atardecer duró muchas semanas más, pero para mí la última experiencia del sol fue aquel rayo delator y los minutos en los que se prolongó su reflejo tras los párpados cerrados.

También había bastantes relatos del «casi»: por poco escapamos a la oscuridad, faltó un casi nada que lo echó todo a perder. Vuestra vida hubiera sido completamente distinta; no preguntaríais por el verde de las plantas ni andaríais vestidos con trajes térmicos, siguiendo señales olfativas para orientaros en la ciudad. Los que recibían historias de este tipo invariablemente las vivían como relatos de aventuras. Olvidaban el final y hasta el último minuto operaba la suspensión de la incredulidad: dejaban a un lado las incompatibilidades de la narración con su presente y se adentraban en ella como en una ficción. ¿Y si en el último momento, de tanto contar lo mismo, cambiaba el final?

Es por muy poco que tengo que contaros esta historia. Con un empujón de suerte, vosotros habríais nacido en Samas. Nosotros conocimos los días de veinticuatro horas. Sabéis que la organización de las jornadas viene de la luz: levantarse cuando empieza a clarear, desarrollar la actividad mientras el sol va avanzando por el cielo, recogerse para vivir la noche en casa, al abrigo de los peligros y la oscuridad. Los primeros creyentes en Atón, los egipcios de tiempos inmemoriales, creían que el sol libraba una batalla cada noche en el interior de la tierra, enfrentándose a peligros que buscaban impedir su ciclo natural. La noche ocurría en un inframundo al que nosotros no teníamos acceso. Los humanos sólo podíamos tener fe o hacer sacrificios esperando que todo siguiera su curso. Y durante milenios fue así, por lo que nos olvidamos del culto al sol. Inventamos otras religiones y las rechazamos, dimos todo por supuesto. En la tierra no había nadie velando para evitar que un día algo impidiese el amanecer. Yo sí sentía la fragilidad de todo lo que nos parecía asegurado. La historia nos había puesto muchas veces al límite de la desaparición: las guerras de los últimos siglos, la extinción de tantas cosas que definieron la vida de los que nos precedieron y que después se desvanecieron por un motivo u otro. Por eso, cuando el ciclo del día y la noche empezó a alargarse, no lo dudé. Convencí a buena parte de la familia, vendimos lo que teníamos y nos lanzamos a la carretera con nuestras pertenencias, siguiendo la dirección del sol. Acampábamos en círculo con aquellos carromatos modernos que nos parecían tan confortables. El viaje empezó muy lejos de Ciudad Eclipse, miles de kilómetros al este. Tan lejos

que la lengua que sonaba en nuestras reservas de ecoral era otra, muy distinta a la que conocéis. En esa lengua pasábamos las noches hablando, cascando y liberando ecos, con la incertidumbre de habernos convertido en nómadas, pero felices de haber sido previsores para no perder el curso del sol. Cuando la región en la que estábamos caía en la oscuridad, recogíamos el campamento y avanzábamos unos kilómetros hacia el oeste, hasta donde el ocaso aún no había comenzado. Era hermoso aquel viaje en pos de la luz. Era como ir hacia atrás en el tiempo con tan sólo cambiar el escenario. Acampábamos en bosques, en las afueras de ciudades, o en las pistas abandonadas de aeródromos antiguos. Trabajábamos en el campo, dando clases, cocinando o sirviendo. Fue un viaje largo. Cada etapa nos hacía conocer algo nuevo y a veces nos sentábamos en círculo para contárselo al sol, en ritos que inventamos. Todo aquello debía de darle fuerza a nuestra estrella, que sentíamos como si fuese parte de la familia. En el inframundo en el que se escondía, en noches cada vez más largas, nuestros ruegos sólo podían darle un empujón para un siguiente amanecer.

Así, un buen día terminamos topándonos con un océano. De nada nos servían los carromatos, nuestros utensilios preparados para las peores intemperies, las pilas de cuadros y recuerdos. Teníamos que elegir entre seguir al sol o quedarnos con nuestras cosas. No lo dudamos. Sacamos las joyas de sus escondites, los fragmentos raros de ecoral que habían pasado de generación en generación y fuimos a los anticuarios. Para entonces otros habían tenido la misma idea que nosotros y estaban dispuestos a lo que fuera por viajar hacia el oeste. Lo malvendimos todo por unos pasajes de tercera en un barco que atravesaría aquel océano y nos depositaría en algún lugar de la tierra donde la luz era anterior al mediodía. Pero, como en las historias de aventuras, había un fragmento que teníamos que entregar en mano al traductor de una familia poderosa que venía a nuestro encuentro. Quería verlo y pagar al contado. Sólo entonces podríamos comprar los últimos pasajes. Boris y yo decidimos encargarnos de esa transacción mientras el resto se preparaba y subía a bordo. Hubo retrasos y contratiempos, pero a diferencia de las novelas no conseguimos resolverlo todo en el último segundo. El barco zarpó sin nosotros. Después ya no conseguimos pasaje en otro barco: empezaron a venderse al mejor postor y no teníamos nada más que ofrecer. Nuestra vida encalló. Éramos animales varados en un lugar trampa. Nos retorcíamos y gemíamos como ballenas. Llegamos a construir una embarcación precaria con materiales de desecho que se hundió a unas millas de la costa y casi nos arrastra con ella al fondo. Recuerdo la mano de Boris sobre mi hombro cuando llegamos a la playa. Era la mano de un

hombre que había dejado de luchar, que se rendía a la evidencia: no éramos cuerpos fondeados en aquel puerto, listos para volver a zarpar en un futuro cercano, sino que estábamos sujetos por nudos marineros que nadie desharía. Nos resignamos a vivir en aquel rincón del mundo, equidistante de nuestro lugar de origen y del destino misterioso donde el resto de la familia comenzaría una nueva vida. No teníamos fuerza para emprender el camino opuesto, recorriendo todo el globo hasta llegar a la luz por el otro lado. De hacerlo, sabíamos que en algún momento llegaríamos a una situación análoga: nos toparíamos con otro océano o una cordillera imposible, y allí tendríamos que aprender de nuevo a quedarnos. Nos harían falta décadas para reunir otra pequeña fortuna capaz de sortear tanto impedimento. Aun así, creíamos que en algún momento, muy despacio, meses y meses después, volvería a amanecer. Si hubiéramos sabido que aquellos eran los últimos estertores de la luz y que viviríamos el resto de nuestra vida rodeados de oscuridad podríamos haber cometido una locura. No os quiero mentir: cuando se confirmó el cierre de fronteras pensamos en el suicidio. No hemos vuelto a saber de nuestros padres, tíos, sobrinos. Del otro lado, en Samas, hay rostros, pieles bronceadas que llevan vuestros rasgos, que no han de mendigar una noche despejada de luna llena para adivinar los perfiles de los otros y de lo que les rodea. Pero llega un día en el que la oscuridad se reduce a un contexto, en el que uno ya no piensa más en todas las cosas que hizo una vez, y empezamos a construir otra historia. Vuestra historia.

Entre aquella maraña de relatos había también un mensaje para Vera, de su abuelo. Empezó a escucharlo con actitud impaciente, pero según fue avanzando no pudo disimular su sorpresa. Había cambios fundamentales en la historia familiar que conocía:

Cada año os he contado la misma historia. Estáis hartos de lo mucho que perdimos y lo buenos que fuimos adaptándonos a circunstancias tan duras. Este año os contaré la verdad. Si la oscuridad llegó, por algo sería. Todos se sorprendían, ¡era un castigo divino, impuesto a una humanidad inocente y desamparada! ¿Lo era? Nadie parecía preguntarse si había tenido algo de culpa, por obra u omisión, en aquel cambio. ¿Qué habíamos estado haciendo antes? Expoliar la tierra, una y otra vez. Siglos atrás otros hombres y mujeres que se nos parecían terminaron con el carbón y el petróleo, con el aracilio y los gases de coroca. Sabemos agotar como nadie una fuente de energía. Los humanos somos fáciles y de ideas fijas: encontrada una respuesta a las preguntas de supervivencia, nos lanzamos a ella con los ojos cerrados, con

desesperación y avaricia. Creemos que la solución va a durar para siempre, o al menos hasta que los hijos de nuestros hijos sean adultos. Después da igual si el planeta explota o si morimos de hambre y de sed. Los que mueran ya no seremos nosotros. La respuesta única a la que nos lanzamos en nuestra etapa fue el ecoral. Donde quiera que ponemos hoy los pies hay un subsuelo de galerías y exploraciones. Desperdiciamos siglos de evolución para volver a la minería. Antes de que se fuese el sol hacía ya mucho que estábamos sumidos en otra oscuridad, la de la estrechez de miras, en un mundo que no busca superarse, sino mantenerse en la cuerda floja. Por miedo a otra catástrofe decidimos quedarnos en lo inmediato, desarrollar lo imprescindible para sobrevivir.

Lo que os voy a contar no concuerda con lo que habéis estudiado en la escuela, pero es como pasó. Igual que cuando perdimos la voz muchos enloquecieron y pasaron el resto de su vida forzando la garganta, intentando recuperar el más leve resquicio de sonido, cuando se ocultó el sol otros muchos perdieron la cordura por la oscuridad forzada. Es fácil el papel de víctima, pero no era posible que todo aquello fuera una coincidencia. Teníamos culpa. Había que asumir la parte que nos tocaba. ¿Acaso se habían estudiado los efectos a largo plazo del ecoral? Por supuesto que no. Ya os dije que somos una especie que puede lidiar con una única respuesta. No cuestiones la mano que te da de comer y te deja al abrigo de lo agreste y salvaje. No dudes del mineral que, además de proporcionarte energía, te permite mantener la ilusión de hablar, menos aún cuando da trabajo al cuarenta por ciento de la población, que pasa sus días bajo tierra para extraer las rocas ambarinas en las que empieza y termina todo. Pero la explotación masiva del ecoral algo tuvo que ver, nadie podrá convencerme de lo contrario. Sé lo que me digo. Nuestro último gran acto como humanidad fue el despliegue de la burbuja transparente que nos permitió subsistir. Hoy no hubiéramos sido capaces de tal desarrollo. Nos faltan los medios y las ganas de encontrar otros. Los primeros meses muchos creyeron que era cuestión de seguir viviendo en una suerte de hibernación, reduciendo la actividad al mínimo hasta que la oscuridad tocara a su fin. Nos faltaba, nos sigue faltando, un poco de coherencia: o queremos que las cosas terminen o no, pero acabemos ya con la inconsistencia. Si aceptamos de veras la oscuridad dejemos de imaginar su final; no lo necesitaremos. Hay que estar aquí y ahora, no hace cincuenta años ni dentro de cien. El Ruego al Sol me harta. Nos hace profundamente infelices deseando algo que no llega, que quizá no llegará. Por eso os escribo hoy así, para romper las leyendas.

Me estoy desviando de lo que quería contaros: el fuego. No sé quién tuvo la

idea de encender hogueras, pero estaba claro que era la única respuesta posible. Ningún despliegue de mineral era capaz de fingir la luz que acabábamos de perder. Teníamos que purificarnos, alimentar llamas con cualquier cosa que pudiera arder. Estábamos sin rumbo, incapaces de reinventar otra humanidad. Lo mejor que podíamos hacer era pasar el día en torno al fuego. La luz de la lumbre ejercía el mismo magnetismo primitivo que en los primeros hombres, una fijación hipnótica que permitía renegar de la negrura impuesta y alimentaba una sed difusa pero creciente de venganza. La oscuridad hizo surgir magos que proponían rituales para contrarrestar el castigo de la tierra. Se sacrificaron animales y mucha gente ardió en aquellos aquelarres, algunos lanzándose a las llamas por pura desesperación, otros condenados en tribunales populares. La historia obvia aquel periodo, nos avergüenza el salvajismo, pero es importante recordarlo. Hubo locos y charlatanes, pero también raciocinio. No olvidéis que es el mundo que nos rodea el que construye nuestra lógica. Aquellos tribunales se crearon para mantener el orden público y para buscar respuestas. Cada barrio buscaba y eliminaba a sus culpables: agricultores avaros, ingenieros que hacían quién sabe qué en las profundidades de las galerías, antiguos pilotos retirados, políticos que deberían haber previsto las consecuencias de una fractura tan dramática y se vieron sobrepasados. Yo presidí uno de aquellos tribunales, y no me avergüenzo de ello. Sigo creyendo que fue aquello lo que me salvó. La culpa se puede mirar desde muchos ángulos. No estoy diciendo que aquellos hombres y mujeres hubieran realizado actos concretos para ralentizar la rotación de la tierra a sabiendas, pero sí quizá habían pecado de falta de previsión, o de egoísmo. Somos responsables de nuestros actos y de las consecuencias de lo que hacemos y dejamos de hacer. Visto en perspectiva, eso nos hace responsables de prácticamente todo lo que ocurre en el universo... Y si condenar a unos pocos, más culpables que el resto, permite a la humanidad encontrar una manera de salir de la desesperación, canalizar la falta de respuestas y seguir adelante, ¿no se trata de justicia? El mismo mecanismo opera en la naturaleza: la selección natural. Condené a los que sabía más culpables, declaré inocentes a los que dieron argumentos de peso para inclinar la balanza y me abstuve con el resto. No hice nada de lo que no estuviera profundamente convencido. Eso no me colocó al margen de la ley. También pagué mi parte de culpa. Aunque nadie me juzgó, fui mi propio fiscal. Puse, literalmente, la mano en el fuego. La piel muerta de mi brazo no fue un accidente, como siempre os dije. Fue el precio de lo que había o no había hecho para evitar aquella debacle. Yo mismo me adjudiqué mi propia condena.

Intentad imaginar cómo nos sentíamos entonces. No había tiempo para ver las cosas en perspectiva, no teníamos el lujo de la historia. El ser simple que todos llevamos dentro buscó sustituir una luz por otra, el sol que daba vida por el fuego que destruía. Hubo zonas que fueron pasto de las llamas frente a la mirada apática de la población. Había una cierta belleza en contemplar la combustión de lo que poseíamos. Al menos podíamos ver por última vez los objetos que amábamos bajo una luz cambiante, retorciéndose, derritiéndose hasta convertirse en cenizas que eran la misma sustancia que nos había pertenecido, transformada en otra cosa. Que la materia no es más que un préstamo, una forma transitoria, lo aprendimos entonces más que nunca, cuando la vista perdía pie por falta de estímulos y el tacto aún era el sentido más débil. Parecía casi imposible hacerse a la idea de un objeto al palparlo con manos torpes, se imponía como un conjunto borroso que se nos escapaba. Por eso a la gente le daba igual perderlo todo en el fuego, porque aquellas ya no eran sus cosas, sino una versión desdibujada de las mismas. En la noche perpetua parecía mejor idea agenciarse objetos nuevos y sencillos que no hubieran visto antes para sobreponerse al dolor de la pérdida.

En las hogueras gané mi dosis de piel abrasada, y perdí todos mis recuerdos. Los conseguí sacar de mi mente, uno a uno, y echarlos al fuego. Huelen fuerte los recuerdos al consumirse, a carne quemada. Hoy he recuperado éstos para que la historia no se quede sin contar. Espero que sepáis comprender lo que hicimos y por qué, ahora que aquellos hechos son retazos de historia, aunque nadie la evoque. Si me preguntáis, os diría que es un buen momento para resucitar aquellas ceremonias. Estoy harto de que se nos inocule esperanza. Nada ha cambiado. Claramente, entonces no hicimos lo suficiente. Volvamos a la rebelión de las hogueras. Hagamos un agujero en la burbuja para que la oscuridad traiga consigo los cambios biológicos que dejamos a un lado. Que sobreviva el que pueda. Esos sí serán dignos del futuro y no vosotros, débiles niños que habéis crecido con los ojos vueltos a lo que fue. Sois adultos de cristal. El mundo no puede descansar sobre vuestros hombros. Se hundiría, se está hundiendo.

Afortunadamente, Vera había dejado su mensaje para el final del turno. Si no, no habría podido seguir trabajando. Tras transmitírselo, su compañero Hans la había cogido de las muñecas como si necesitara reposar las manos tras la intensidad de aquella confesión. «¿Quieres hablar de ello?», consiguió escribir por fin en el antebrazo de ella. Vera respondió negativamente. «Lo que necesito es dar un paseo. ¿Me

podrías dejar el quipu para repasar las palabras?» Se alejó despacio acariciando los nudos, sin saber muy bien adónde la llevaban los pies. Hasta entonces, la historia de su abuelo había sido convencional, incluso aburrida. Comerciante local, alto funcionario después, con un brazo quemado en un accidente que a Vera nunca le importó tocar, al contrario: le gustaba sentir una piel de tacto tan distinto. La separación de su abuela cuando su madre era aún pequeña era el único elemento discordante, explicada por un motivo banal. Ella quería volver a su tierra, él quedarse en Tartessia. ¿Había sido el auténtico motivo? ¿Por qué había decidido su abuelo contar todo aquello justo entonces? Quizá los participantes en aquellos tribunales habían hecho un pacto de silencio que acababa de cumplirse, cincuenta años después. Intentó desempolvar las lecciones de historia. Le habían enseñado que tras la llegada de la oscuridad surgieron varias hogueras sin control, por lo que el gobierno había prohibido terminantemente el fuego y ejercía un monopolio sobre el mismo para proteger a la población. Nada se decía de los ciudadanos ebrios de dolor que preferían calcinar lo que ya no podrían ver, ni de aquella caza de brujas catártica.

Al hablar del concepto de culpa y de su flexibilidad, su abuelo hacía despertar otra dimensión del mismo: la culpa heredada. En cuestión de minutos en Vera había crecido un sentimiento de culpa abrumador: por su debilidad y por la crueldad de quien la precedió. A ello contribuía también la indefinición de lo que había ocurrido exactamente. No sabía cómo había actuado su abuelo, dónde ocurrían aquellas reuniones, cuál era el proceder del verdugo si lo había, quién empujaba al condenado a las llamas o si los condenados avanzaban por su propio pie, ofreciéndose en sacrificio para que el resto pudiera seguir adelante. Y qué harían los que observaban, cómo regresaban a sus casas tras haber presenciado aquel espectáculo, cuán penetrante sería el olor a carne quemada en la oscuridad recién estrenada. El horror siempre tiene un espejo que conecta con horrores pasados. Vera conocía la privación, los sentidos mutilados, pero no la violencia. Ahora que había tomado conciencia de estar atada al cordón umbilical del horror se sentía obligada a imaginar y no sabía si lo que se desplegaba en su mente

tenía algo que ver con lo que ocurrió en realidad. Su abuelo hablaba de selección natural. Creyó que gracias a aquellos juicios habían perdurado los mejores y que sus descendientes harían mejorar la especie. Pero para eso hacía falta mutar los ojos para volverlos mucho más sensibles en la oscuridad, dotar al olfato que iba desarrollándose de generación en generación de una sensibilidad sobrehumana, encontrar otro órgano para romper el escudo sonoro y volver a tener voz, o comunicarnos telepáticamente, sin depender de lo táctil y sus cadenas. Nada de aquello había ocurrido, pero él tenía el consuelo de haberlo intentado, aunque fuera a través de la brutalidad. Quién sabe si tenía razón, puede que sacrificando a la mayoría los supervivientes engendrarían una nueva especie capaz de sobrevivir sin burbuja, sin trajes térmicos ni esperanza de regreso del sol; humanos que desdeñen los ecos y desconozcan que hubo un tiempo en el que se hablaba y una estrella nos daba luz... La culpa crecía también por dar crédito a las ideas de su abuelo, y todo se le iba enmarañando en el pensamiento.

Había echado a andar sin rumbo y cuando quiso darse cuenta estaba en una calle que no le era familiar. No podía precisar cuánto tiempo había transcurrido. ¿Media hora, varias horas? Un parque se abría en un lateral: mantenía los troncos muertos del pasado como pilares, madera incapaz de dar sombra o convertirse en brote. Entre ellos crecían aquellas plantas blancas y orgullosas, las únicas que habían proliferado en lo oscuro, desdeñando la fotosíntesis. Ese mundo vegetal a medio gas era un justo reflejo de su homónimo humano. Vera salió del sendero, se descalzó y empezó a caminar sobre la tierra. Pronto se topó con una silueta sentada. Distinguió otras tumbadas a su alrededor. Se acercó para unirse a ellos. Le contaron que estaban utilizando el parque como campamento improvisado al no encontrar alojamiento, y que había otros similares por todo Ciudad Eclipse. Venían de los cuatro puntos cardinales de Umbra. No querían perderse el Ruego al Sol en la capital, especialmente aquel año. Era un aniversario importante. Medio siglo de oscuridad. «Mañana podría cerrarse el ciclo», decían. Se dio cuenta de que muchos creían fervientemente en la fuerza de la multitud unida para ablandar a Atón. Pensó que se les escapaba que los dioses y

los astros no se rigen por el tiempo de los hombres. Cincuenta años podía no significar nada para ellos, igual que los diecisiete días que algunos habían viajado para llegar hasta allí estaban lejos de ser una cifra redonda para medir el tiempo, pero no dijo nada. Umbra y la oscuridad celebraban sus bodas de oro. Un matrimonio forzado. Cincuenta años con sus doce meses y sus trescientos sesenta y cinco días. No respondía a una lógica natural, a la serie de Fibonacci por la que tras un segundo irían 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55. Ese tiempo, de medida irregular pero armónica, quizá tendría más que ver con el sentir de los dioses. Había que desprenderse de la repetición y la aritmética pelada. Si la tierra jamás hubiera girado sobre su eje los días no consistirían en veinticuatro horas. Veinticuatro horas resultaba ramplón, una chapuza. El que se siguieran utilizando medidas de tiempo obsoletas les dotaba de un valor ontológico que no merecían. En aquel desconcierto nadie pensaba en establecer otra convención para dividir el tiempo en cápsulas que pudieran digerir, porque si lo hicieran significaría que habían perdido la esperanza de reengancharse al ritmo previo de los días y las noches, que aceptaban la oscuridad como un estado natural. En el fondo Vera envidiaba su convicción. No se resignaban. Creían que sus acciones podían marcar la diferencia. El mensaje que habían recibido de sus padres o abuelos con el último recuerdo del sol era su verdadero legado. Estaban dispuestos a asumir las privaciones, a aceptar yugos nuevos con tal de sentir la luz del sol en el rostro. Vera se sintió abrumada por aquella fe, cuando ella ni tan siquiera creía en la capacidad de sus pies, tan lejos, tan abajo, para guiarla.

Invitó a varios de ellos a pasar la noche en su casa. Una familia con un niño enfermo aceptó el ofrecimiento y la siguió por las calles desiertas hacia el sur, guiados por el olor a lavanda que emanaba de los edificios. Cuando llegaron, la frente del niño ardía; a cada poco se convulsionaba con los espasmos de una tos que le arañaba la garganta pero, como siempre, no emitía el más mínimo ruido. Bien arropado, fue encontrando la calma y terminó por dormirse. Los padres y Vera siguieron charlando un largo rato siguiendo la convención de las

conversaciones táctiles en grupo: el orador usaba las dos manos a la vez, reproduciendo los mismos gestos en los antebrazos de ambos interlocutores; de ser más en la conversación uno de ellos habría ejercido también como cadena transmisora de manera simultánea.

—Es la primera vez que venimos a Ciudad Eclipse, pero teníamos la sensación de que en Arjaval nuestro ritual no tendría fuerza. Es la unión lo que nos hace falta. Ya nos cansamos de echarnos a la mar a oscuras en barcos que no podemos reparar. Las lámparas de ecoral están secas, no hay manera de contar con suministro y hacer que las expediciones sean rentables. No tenemos otra alternativa que trabajar a oscuras. Lanzar las redes, esperar, arrastrar, volver a puerto. Al menos siguen funcionando los faros. Pero hemos perdido a varios que cayeron por la borda en un descuido. ¿Cómo encontrarles si su chapoteo se vuelve mudo a los pocos instantes de caer al agua?

La mujer, que se había mostrado cohibida hasta entonces, tomó la palabra con autoridad:

—Venimos porque queremos dar a Atón una última oportunidad. Bueno, no a Atón, sino a todos, a todo. No podemos seguir así. No tenemos nada. ¿De verdad han pasado tantos siglos de evolución para terminar siendo unos míseros animales nocturnos y mudos? No venimos a pedir, sino a exigir al sol que vuelva. Y si no nos escucha, habrá que buscar otros medios. Hacer saltar la frontera con Samas, tomar el control de las últimas minas, rebelarnos contra las alcaldesas o atacar a aquellos incapaces de encontrar alternativas: el Consejo, o el ridículo Fumagalli, de quien dicen que tiene siempre las luces encendidas en su torre, como una especie de anuncio de su ineptitud. ¿Sabe acaso que la gente vive con lo mínimo y que la luz es una excepción hasta el punto de hacer que nos duelan las pupilas? Probablemente este viaje a Ciudad Eclipse es lo más emocionante que voy a hacer en mi vida. ¿No es triste? Después volveré a Arjaval y seguiré abriendo todas las mañanas la puerta de la escuela y cerrándola al final del día. Entremedias habrán pasado por allí los niños del pueblo para aprender lo poco que podemos darles. Pues yo no me resigno a tocar cabezas en la oscuridad. Algo hay que hacer. No podemos vivir de

espaldas al sol, aislados, perdiendo facultades. Que no se nos olvide que la otra mitad de la tierra está constantemente bañada en luz, sólo que lejos de nuestro alcance.

—Vale, somos los parientes pobres de la humanidad, pero aquí seguimos —interrumpió el marido—. Si abrieran las fronteras sería un desastre. Todos saldríamos corriendo de aquí con lo puesto, igual que las polillas que, según dicen, iban a la luz hipnotizadas, aunque fuese su perdición. Hay mucho que cambiar, pero debemos hacerlo en esta parte del mundo. Es cierto que allí tendríamos luz, calor, una experiencia constante de los colores, pero eso no cambiaría nada del fracaso de la sociedad de Umbra. Y eso, independientemente de las circunstancias difíciles en las que hemos crecido y vivimos, es nuestra responsabilidad.

—Todos querrían irse allí —intervino Vera—. Mi vida es ésta, todo lo que conozco está aquí. Jamás he visto Samas, por lo que las imágenes que tengo en mi cabeza son producto de la imaginación. Eso me vale. Echo de menos una quimera que nos transmitieron nuestros abuelos. El día y la noche. Pero lo que fue esta tierra antes de Umbra ya no lo será nunca más. Esta época hace que volver atrás sea imposible. Han ocurrido demasiadas cosas desde entonces. Lo que antes era cotidiano se ha vuelto excepcional, milagroso. Si volviera el sol, ¿cuánto tardaríamos en acostumbrarnos de nuevo? Estamos demasiado cerca de aquel pasado, nos han transmitido una nostalgia que pesa como una losa. A veces desearía no tener toda esa información. Queremos de nuevo aquel esplendor, pero no tenemos cómo conseguirlo. Si no tuviera noción de la luz no la echaría de menos. Es horrible añorar algo de lo que se ha conocido apenas un sucedáneo artificial, y eso de manera muy esporádica. Al menos la voz y la música desaparecieron hace ya mucho para todos, tanto en Umbra como en Samas, y nadie anda haciendo ritos para recuperarlas. Pero en cambio me han inoculado la nostalgia de la luz y la visión hasta tal punto que si pudiera ver por un agujerito lo que ocurre en Samas, aunque fuese un instante, creo que ya no podría volver a todo esto. Porque el pasado es previo a nosotros, en un tiempo que no es el nuestro, pero la vida

ignorada transcurre en paralelo y nos es negada.

—¿Y cómo sabes lo que sería o no sería estar en Samas? Sabemos lo que nos dicen, y apenas nos dicen nada. Estoy harta de escuchar a todo el mundo idealizar Samas. No es la tierra prometida. No es más que el positivo de Umbra. Estoy a favor de hacer saltar las fronteras, pero no para ir allí corriendo, sino para que el desequilibrio se reparta. ¿No fuimos hace miles de años un pueblo nómada? Podríamos volver a aquello, migrar por temporadas. Rotar entre las dos zonas. A ellos también les ha de faltar algo de lo que tenemos nosotros. Vete a saber lo que ha ocurrido en estos cincuenta años de aislamiento. En cualquier caso, no vamos a avanzar nada quedándonos con los brazos cruzados. Prefiero equivocarme a esperar. Prefiero la impaciencia a la calma. Si espero, no habré hecho nunca nada.

Sentir la vehemencia de los dedos de aquella mujer, intuir su cuerpo excitado, en alerta, fue un nuevo choque para Vera. Ella estaba en la capital y no se cuestionaba nada. Esa era su vida, el tiempo que le había tocado vivir. Siempre lo había aceptado como un contexto inamovible. Su resistencia era una postura intelectual: no confiaba en las palabras como extensiones abstractas del sentido capaces de emanar de una persona y llegar a otra a través del sonido o el tacto. Nada se puede decir de lo que no se comprende, y la vida es imposible de comprender. Por eso lo mejor era hacer de correa transmisora, llevar y traer mensajes para otros que sí sabían acoger el significado de las palabras y actuar en consecuencia. Aquella pareja, por ejemplo. Ellos sí tenían claro qué hacer con la información. La mujer buscaba, guardaba lo que sabía, le daba vueltas para formar su parecer e iba dejando que germinase para convertirse un día en determinación. El tiempo anterior, aunque fueran décadas, no sería más que una preparación constante para el momento de actuar. Ningún pensamiento, ningún gesto caía en saco roto. Aquella mujer era una roca en el río. En ocasiones resistiría la erosión y otras se dejaría limar sin oponer resistencia, pero todo formaba parte de un mismo proceso. Su forma final sería la elegida por ella, resistiendo y dejándose erosionar por turnos. Cuando llegara el momento, estaría lista para dar el paso

necesario. En comparación, Vera era un descampado en el que la información no dejaba poso. Sólo anhelaba vagamente lo que no había conocido, como le espetaba su abuelo. Hubiera preferido desconocer todo suceso anterior a su nacimiento. Es cierto que creía en la acción, pero en acciones mínimas, en tener el impacto que posee una ráfaga de viento en la vida de los otros, revolviendo un poco el cabello y desapareciendo igual que apareció. Sus pequeños actos de rebelión, el ir a la estación a jugar a ser obstáculo en la oscuridad, le parecieron pueriles. En otra época se hubiera dicho de ella que intentaba tapar el sol con un dedo. ¿A qué estaba jugando?

Coro

No tenéis miedo a dejar de respirar. Al contrario. Lo que os corta la respiración es el aire. Todo ese oxígeno que entra en vosotros os extenúa, el tener que convertirlo en dióxido de carbono. Mudanza tras mudanza. Ser parte de una reacción química obsoleta desde que murieron los árboles, pero aún necesaria. La frontera está cerrada, pero el aire, ebrio de oxígeno y fotosíntesis, encuentra el modo de renovarse viajando desde Samas y entrando en la burbuja. Seguís inhalando y expirando, y a través de la repetición todo se oxida. Es claridad lo que buscáis: querríais que las cosas no se degradasen. Que estuviera todo dicho y no hubiera lugar para lo no dicho en vuestras vidas. Para eso habría que agotar el instante y, una vez exprimido al máximo, detener el tiempo. Pero ¿qué haríais en un momento suspendido en el que no pudierais serviros de trucos: ni voz, ni eco, ni luz, ni historias? Lo eterno os viene grande.

Dimas

Vera no fue la única que pasó la noche en vela: en cada casa se desempolvaban los trajes térmicos más hermosos y los niños se despertaban cada poco, ansiosos de que llegara el momento de salir hacia el ritual. «¿Habrá amarillo? ¿Y habrá rojo también, mamá?», preguntaban los más impacientes, sobre todo los que acababan de aprender a reconocer los colores bajo el brillo pálido de las lámparas de la escuela. «¡Apuesto a que habrá blanco!», «¡Y muchas estrellas!», se disputaban los hermanos para describir lo más maravilloso que se les pasaba por la cabeza.

En la Torre Caléndula las preparaciones eran de índole distinta. Nada de palpar tejidos ni soñar con colores. Los trajes, confeccionados especialmente para la ocasión, estaban en los vestidores, las joyas en el cajón del tocador, los salones decorados con centros de flores traídos de contrabando desde Samas. Quien más y quien menos, todos los habitantes de las torres tenían sus maneras, colectivas o individuales, de pasearse por el filo de la legalidad. Competían para poseer y mostrar lo raro, lo escaso. Un ejército de sirvientes colocaba esos detalles con un buen gusto minimalista que sólo puede venir de quien ha crecido en lo oscuro y sabe que un iris rosa basta para hipnotizar la mirada.

Felipe Fumagalli no estaba allí. Tampoco Dimas. Ambos habían atravesado pasillos y vestíbulos, una calle trasera y otro vestíbulo hasta llegar a un patio con una gran esfera de piedra blanca en el centro. Al otro lado, semiescondido, se encontraba un pequeño edificio de tres pisos. Sus paredes, enteramente transparentes como era costumbre, tenían una peculiaridad: el cristal estaba labrado formando cenefas y escenas en bajorrelieve. A la luz de las lámparas, las figuras talladas cobraban una presencia fantasmal: escenas de caza y danza, barrocas y recargadas, que iban repitiéndose friso a friso hasta el tejado,

volviéndose cada vez más angulosas y genéricas. La mujer que levantaba el brazo y agitaba una cinta por encima de su cabeza en el primer friso, a la altura de la vista, iba perdiendo sus rasgos según se ascendía para convertirse progresivamente en una mujer cualquiera y después en una sucesión de curvas, un triángulo isósceles y, finalmente, en un único punto.

Felipe y Dimas recorrían este camino varias noches a la semana. Conocían bien lo que se escondía en cada una de aquellas salas. En el primer piso, donde las figuras empezaban a perder su forma humana para convertirse en geometría, les esperaba la mujer que buscaban: Bárbara Tarpen. Su cuerpo esbelto recordaba a la tensión contenida de un recipiente lleno de líquido a punto de rebosar. La piel pálida parecía hacer aguas bajo el efecto de la luz, mientras que cada uno de sus pasos estaba dotado de una certeza incontestable, sus movimientos seguros y precisos. Era un temblor felino anclado en la conciencia de tener un espacio propio en el que reinar. A pesar de las olas que contenía y que causaba, nunca iba a la deriva. Felipe parecía necesitar aquella resaca. Al llegar siempre se quedaba quieto en el umbral de la puerta, como si fuese una orilla y estuviera sintiendo el agua retirarse, llevándose poco a poco la arena bajo los pies. Dimas ignoraba cómo se habían conocido, pero sabía más de lo necesario. El momento previo a aquellos encuentros le mostraba a un Felipe Fumagalli vulnerable y ansioso que poco tenía que ver con la autoridad que emanaba el resto del tiempo. Lo que buscaba al llegar allí era despojarse de su apellido y lo que acarreaba. Bárbara recibía su cuerpo y una frecuencia inferior de sus pensamientos, más primaria y animal. Dimas le acompañaba en una paradoja: era a la vez testigo mudo y proveedor de voz. Felipe quería hablarle a aquella mujer, confiarle secretos y con ellos asegurarse de que Bárbara iba a estar allí la próxima vez que él emprendiera el camino desde la torre, esperándole en la noche con sus volúmenes intactos tras las sombras chinescas de los bajorrelieves iluminados desde el interior.

En la bolsa colgada a la cintura Dimas iba bien pertrechado de frases para crear la intimidad necesaria. Poco importaba la veracidad de los

secretos que Felipe le confiaba a Bárbara. Lo primordial era que parecieran confidencias dignas de ser recordadas. En su silla, detrás del sillón, iba abriendo las perlas de ecoral para dar voz a su jefe. Ella, en cambio, se mantenía silenciosa. No contaba con un traductor personal, por lo que sólo de cuando en cuando alargaba la mano al cajón compartimentado colocado discretamente sobre la mesa, a su derecha, para escoger ella misma los elementos de su respuesta. Visto desde fuera lo que se decían no tenía trascendencia, pero para Felipe aquel diálogo era absolutamente necesario. No sabía seducir sin palabras y quería seducir en cada encuentro, aunque hiciera más de un año que había instalado a Bárbara en aquella casa.

El trabajo de Dimas no terminaba cuando el diálogo daba paso a la intimidad física y las manos de ambos se confundían. Su jefe quería seguir diciendo, aún necesitaba voz... Dimas se la proporcionaba tras el sillón, contemplando como un director de escena el avanzar de los movimientos para cuadrar los diálogos en el momento preciso. Sólo cuando los cuerpos se calmaban abandonándose al sueño le estaba permitido retirarse.

Durante bastante tiempo se había preguntado qué opinaba Bárbara de aquel testigo mudo de sus encuentros. Jamás se había acercado a ella, ni habían cruzado una mirada. Dimas era una sombra, el papel que envuelve el regalo, imprescindible para mantener la sorpresa pero inútil una vez abierto. La observaba a varios palmos de distancia y no podía evitar pensar que parte de la escena le era a él debida. Pero nadie agradece al oxígeno por permitirnos respirar mientras nos ocurre algo memorable.

En aquellos ratos a Dimas le estaba permitido dormir en la habitación de al lado, aunque jamás se había acercado al diván que se le ofrecía. Felipe y Bárbara tenían el sueño profundo, y él aprovechaba para recorrer la casa sin ser molestado. A excepción del salón, la iluminación en el resto de las salas era escasa. Con el tiempo se había percatado de que las salas tenían una configuración simétrica, no dentro de cada habitación, sino utilizando como eje las paredes transparentes. Así, la mitad derecha de un salón se correspondía en

espejo con la mitad izquierda de otro. Los objetos y los muebles, si bien no eran idénticos, eran bastante parecidos en forma y tamaño: lámparas, mesas, cómodas. Alguien se había preocupado de medir y buscar equivalencias. El resultado era un espacio que parecía una sucesión de cajas superpuestas. Incluso los cuadros daban la impresión de estar inmersos en un diálogo mudo, espalda contra espalda. De pie en el umbral entre dos salas le divertía aquel juego que era todo menos improvisado, pero del que no había podido desentrañar otro sentido más allá del mero gusto estético.

Quitando eso, la casa era elegante aunque impersonal, propia de un hogar que su habitante no ha elegido (hubo de ser Fumagalli quien escogió e hizo preparar el lugar para ella). Todo estaba en su sitio y sin embargo desde el primer momento Dimas había tenido la sensación de que había algo que no encajaba. Según pasaban los meses y se multiplicaban las noches de sueño profundo de la pareja, Dimas se había ido aventurando más allá de la primera planta, primero tímidamente en un radio corto —la cocina, las escaleras— y después llegando hasta el último piso, donde las mujeres del friso se convertían en un único punto. Allí, en la parte menos noble de la casa, se acumulaban los trastos: el centro de la sala estaba despejado, pero junto a las paredes había un baúl con viejos trajes térmicos, un par de mesas de madera sin barnizar que sostenían un puñado de caracolas rotas, sillas apiladas de estilo anticuado. En un primer momento pensó que todo aquello debía de ser previo al traslado de Bárbara, pero no dejaba de extrañarle que en una casa tan aséptica y minimalista los decoradores no hubieran tirado todos los trastos viejos antes de dar por terminada su labor. Después se fue dando cuenta de que aquellos bártulos no estaban en absoluto abandonados. Cada vez que se aventuraba hasta allí las pilas de sillas eran ligeramente distintas, el hueco despejado en el centro de la sala no tenía la misma forma. Incluso el polvo era inconsistente, como si lo barrieran y lo volvieran a extender soplando sobre las cosas.

Aquella sala había empezado a obsesionarle. Quería pasar del umbral pero no se atrevía. ¿Qué podía estar ocurriendo allí cuando él no

estaba? ¿Quién iba a elegir sentarse en aquellas sillas destartaladas pudiendo hacerlo en los muebles de diseño dos pisos más abajo? Una noche, tras unas semanas muy intensas en las que Fumagalli le había hecho trabajar sin descanso construyendo argumentos para detener la investigación de una fuente alternativa de energía, un Dimas agotado dio un par de pasos sin pensar hacia el interior de la habitación. Cuando se dio cuenta era demasiado tarde: sus zapatos habían dejado huellas en el polvo. Intentó ocultarlas, pero el resultado sólo hacía más evidente la intrusión. Abandonó sus reparos y avanzó hasta el baúl. Entre viejos trajes encontró unas tablillas en las que alguien había trazado con un punzón un mapa para llegar a aquella casa desde la estación central sin tener que guiarse por las emanaciones de olores, atravesando calles traseras y poco frecuentadas. Las caracolas tampoco eran lo que parecía. No estaban rotas, sino que en uno de sus lados habían horadado la superficie nacarada con una forma determinada, un signo que consistía en un círculo con una línea ascendente, un radio que se prolongaba hacia arriba.

Durante el siguiente encuentro de la pareja Dimas estuvo con el corazón en un puño. Por momentos le parecía que ella se vengaría por aquella intromisión con un comentario para intentar volver a Felipe contra Dimas, hacerle recelar de un traductor que no era capaz de quedarse quieto y tranquilo en la sala indicada. Quizá había cosas que se le escapaban y Felipe estaba al corriente de lo que fuera que ocurría allí, pero lo dudaba. Felipe no tenía necesidad de hacer cosas en lo oscuro. Incluso sus acciones y tejemanejes más dudosos los hacía sin esconderse. Era teatral, mas no director de escena. Le gustaba estar sobre las tablas, improvisar hasta llevar la acción a donde quería, pero siempre en primera persona. No. Dimas estaba seguro de que había traspasado la línea de un secreto y que ese secreto le pertenecía sólo a Bárbara.

Aquella noche, según progresaba la seducción, Dimas había ido cascando el ecoral que daba voz a Felipe de manera mecánica, sin pensar apenas en las frases que iba liberando. Hacía a su jefe hablar de una nueva exploración minera en una zona de montañas de tierra roja

que se quedaba adherida a la piel y se pegaba a la garganta. Podía ser un yacimiento importante, de los siglos XX y XXI, la época de mayor capacidad de combustión. En aquella ocasión lo que contaba era cierto. Él mismo había acompañado a Felipe hasta allí y le había visto repartir, como si fuesen caramelos, miniaturas de oro macizo para sobornar a las autoridades locales. Les prometía suministro gratuito para las escuelas y los hospitales, pero cuidándose de aclarar que sería el mínimo para cumplir las necesidades básicas de emergencia. A cambio se aseguraba las condiciones más ventajosas para los contratos y la demolición de las casas que fueran necesarias, pues el yacimiento se encontraba en una zona parcialmente habitada. Cuando la intimidad fue ganando terreno, Dimas hizo a Felipe prometer una joya de ecoral engarzado a Bárbara, la primera gran rareza que saliera de aquella mina. Por una vez, Dimas se limitó a lo real. No tenía la capacidad de inventarse otras confidencias por miedo a que la imaginación le jugara una mala pasada y revelase un indicio de lo que realmente estaba pensando. Un instante después se tranquilizaba y se decía que pasase lo que pasase en la planta de arriba, ella no querría llamar la atención sobre ello. Acusarle a él de haber hecho algo inapropiado sería también ponerse ella misma en cuestión.

Pasó varias horas en aquella zozobra pero, como siempre, Bárbara no hizo el más mínimo gesto dirigido hacia él, ni tan siquiera un reconocimiento de su presencia. Su atención era para Felipe. Cuando todo se calmó y adivinó la respiración profunda de ambos, Dimas volvió a recorrer las salas hasta la escalera, topándose con las simetrías fuera de foco hasta llegar a la habitación. Aquella vez no había necesitado encender la lámpara de la entrada. La luz estaba esperando el momento de abalanzarse sobre los perfiles de lo que debía ser visto. De nuevo había cambios mínimos en la disposición de los objetos: las sillas formaban tres grandes pilas en una esquina, dejando el resto del espacio despejado, y sobre la mesa se encontraban más caracolas que de costumbre. Pero en esta ocasión había algo que le interpelaba directamente. En el centro de la sala, posada en el suelo, se encontraba una de aquellas caracolas junto a una mano de mármol con el índice

extendido en su dirección. Aquel mensaje parecía estarle destinado, pero eso no acalló sus dudas. Quizá la escena esperaba a otro que en aquel momento estaba siguiendo con la yema de los dedos el trazo dibujado en las tablillas para llegar hasta allí. Entonces reparó en que a sus pies había otra mano idéntica a la anterior, solo que con el dedo desportillado, como una invitación dubitativa. Siguió con la mirada la prolongación del dedo hacia su derecha hasta toparse con unos finos biombos en metal oxidado de los que antes no se había percatado o que habían sido añadidos a la escena desde su última visita. Olvidó los reparos que le habían hecho detenerse tantas noches en la puerta y avanzó en su dirección. Tras ellos había de nuevo lo que parecía un amasijo de bártulos viejos o rotos que contrastaban con lo aséptico del resto de la casa, pero un fino resplandor llamó su atención. Avanzó la mano y palpó un montoncito de bolas colocadas en una pila. Bloqueada por los biombos, la luz de la entrada apenas llegaba a aquella parte de la sala. Fue recorriendo el suelo a tientas con la mano, de rodillas. A intervalos regulares se encontraban aquellas pirámides improvisadas, en ocasiones casi perfectas, otras a medio hacer. Si aquello era la biblioteca de mineral de Bárbara, no tenía orden ni concierto. Tampoco podía ser el lugar donde guardaba las pastillas rectangulares de ecoral para alimentar las lámparas y cubrir las necesidades energéticas de la casa. Aquello eran bolas, no pastillas, y por lo tanto estaban allí por la voz que albergaban, no por su capacidad de combustión.

Pensó que quizá Bárbara se divertía colocando el ecoral en pilas para matar las largas horas de soledad hasta la siguiente visita de Felipe. Pero si lo que veía era un mero pasatiempo, podría haberlo practicado en alguno de los numerosos salones de las plantas inferiores, crear montañitas cómodamente, alargando la mano con indolencia mientras languidecía en un sillón. El aburrimiento y el ingenio de lo absurdo no sólo le estaban permitidos, sino que debían de ser una parte indisoluble de sus días de mujer mantenida. Si las ocultaba era por algún motivo. Cuando empezó a pasar las manos sobre las bolas empezó a entender. Cada una de esas pilas no era casual; su contenido estaba lejos de ser aleatorio. Se sintió transportado a sus primeros días en la Escuela de

Traductores, a las clases elementales de interpretación que enseñaban a «escuchar» el ecoral sin romperlo, identificando con las manos las palabras que escondían. Se requería una sensibilidad especial para percibir aquellas vibraciones que a todas luces eran imperceptibles, mínimas, latiendo en el interior del mineral. Durante los primeros meses de clase Dimas se había roto la cabeza para desarrollar una atención absoluta. Se concentraba hasta tal punto que perdía toda capacidad de percibir. Su esfuerzo le anulaba y le hacía pensar en convertirse en funcionario o algún otro trabajo anodino. Las palabras más simples se le escapaban.

Había, por supuesto, un método para aquello. En salas individuales, idénticas y aisladas, los profesores les hacían escuchar sucesiones de palabras una y otra vez, rompiendo el mineral a escasos milímetros de su mano abierta para que sintieran la vibración que liberaban, el impacto minúsculo de las ondas chocando con la palma de la mano y disolviéndose. Se trataba de palabras muy distintas, de ondas contrastadas: sonidos guturales, vocales abiertas, oclusivas, fricativas. Los estudiantes intentaban guardar en la memoria la forma y la sensación de cada onda para asociarla con la palabra que representaban. La segunda parte del entrenamiento era la más dura. Se trataba de reconocer la palabra sin romper el mineral, escuchar sin dejar escapar el eco. Los profesores colocaban frente a cada estudiante una bola que contenía una de las palabras estudiadas y se sentaban frente a ellos a esperar. Reconocer la palabra con el eco aún prisionero en la resina que lo había preservado durante siglos les parecía imposible.

Los profesores les dejaban desesperarse, tirar la toalla y volver a empezar. La misma esfera estaba siempre frente a ellos, mirándoles hora tras hora. Nada más ocurriría hasta que consiguieran reconocer la palabra que encerraba. En la sala sólo se hallaban el estudiante y la esfera, convertidos en enemigos, y el profesor que pasaba a intervalos fijos para comprobar si había algún progreso. Al final de la jornada dejaban el mineral tras de sí en la sala y se abandonaban a otros pensamientos, pero era inevitable: a la mañana siguiente se

encontraban de nuevo con ella, mirándoles burlona cuando encendían la lámpara mínima que daba algo de claridad a la mesa. Aquella primera fase del aprendizaje era lo más cercano a sentarse al borde de un camino esperando la caída de un rayo, sabiendo que podría no caer nunca allí. Hasta que un día, en el momento más inesperado, el rayo caía sin avisar: la vibración llegaba y se anunciaba al tacto, desnuda. Dimas aún recordaba aquella primera palabra, cómo fue creciendo desde un cambio mínimo en el aire, equivalente a un renacuajo recién engendrado en su huevo, hasta convertirse en una onda cautiva que podía interpretar. «Rojo.» Otras siguieron: avestruz, cáñamo, esponja, trágico, expandido, yugo, corpóreo. No eran palabras comunes, y precisamente por ello formaban parte del método. Una vez conseguían reconocerlas, las palabras habituales se volvían fáciles. Poco a poco, los futuros traductores iban identificando frases y luego fragmentos completos, poniendo ambas manos sobre un bloque. Ahí estaba su principal habilidad: sabían escuchar lo que no sonaba. No necesitaban romper el mineral para conocer lo que contenía. Gracias a ellos, las grandes familias podrían tener la ilusión de la voz perdida, pero también una falsa impresión de elocuencia. Como traductores sabrían reconocer las frases insólitas, la retórica más eficaz, y la tendrían a buen recaudo en su biblioteca, lista para ser usada en reuniones de negocios, en maniobras de seducción o fiestas que terminaban en sesiones interminables del juego de ecos.

Dimas no había crecido en una de aquellas familias, pero sus padres aún habían podido permitirse hablar con ecoral durante buena parte de su infancia. Aun así, el material de sus padres no era mineral de primera calidad, sino perlas procesadas industrialmente, de manera tosca, marcadas con muescas para identificar las frases más habituales en la comunicación diaria. Ecoral rutinario o educativo que estaba tan lejano de su labor de traducción como el fondo del océano de la nube que alberga un copo de nieve recién nacido. Agua igualmente, pero irreconciliables. Las frases que se intercambiaban sus padres habían despertado en él la vocación de hacer de adulto lo mismo que le apasionaba de pequeño: imaginarse diálogos entre sus vecinos o la

gente que se cruzaba por la calle. Intrigas, misterios y amores irresistibles poblaban sus historias. Tras su paso por la Escuela de Traductores su imaginación se vio legitimada. Sus jefes buscaban en él que les hiciera sonar ingeniosos y únicos. Para eso tenían que decir lo que otros no podrían. Y eso significaba crear historias corales que se iban reajustando y desarrollando en función del interlocutor y sus acciones. Dimas estaba en el meollo mismo de una novela fuente en constante ramificación. En cada rama aprendía algo de los interlocutores de Felipe, de las situaciones en las que se encontraban, e iba tejiendo la trama en consecuencia. No le pagaban para tener material de coleccionista, sino para que su vida fuera una buena historia, con buenas réplicas. Él construía el armazón de la ficción, a costa de no tener vida propia. Como el escritor vive a través de sus personajes, él existía a través de Fumagalli y los suyos. Eso es lo que se había abierto ante él aquel día en el que consiguió identificar la palabra «rojo» sin tener que escucharla.

El recorrer aquella parte de la sala con la mano sólo sirvió para confirmar sus sospechas: los montoncitos contenían las primeras fases del método de aprendizaje que él mismo había seguido. En cada uno se escondían las mismas palabras en distinto orden: rojo, avestruz, cáñamo, esponja, trágico, expandido, yugo, corpóreo, embarrado, dóberman, llenísimo, mayólica, jabonoso, estropear, canícula, destierro... Lo que no entendía era cómo había podido hacerse Bárbara con aquello. El oficio de traductor estaba muy controlado. Eran pocos los que salían de la Escuela en cada promoción y los materiales didácticos se guardaban con celo. Felipe hubiera podido dárselos, por supuesto, pues al fin y al cabo él era el dueño primero de todo lo que salía de sus minas, pero dudaba mucho que estuviera al tanto de aquello. La única explicación plausible era que en aquella sala se impartían cursos de traducción, y que las caracolas y las tablillas tenían algo que ver. Antes de regresar al salón del primer piso donde debería estar pasando la noche, buscó en su bolsa y, en el lugar de la caracola, dejó varias bolas puestas en fila que contenían lo siguiente: «¿Necesitas que traiga más?», «¿Para qué aprenden?», «¿Quién eres en realidad?».

Descendió la escalera agitado, intrigado por el descubrimiento de aquella escuela clandestina y la intuición de que la relación con Felipe podría no ser más que una estratagema para llegar hasta él y las palabras a las que tenía acceso. Por una vez la historia le incorporaba en primera persona, no como comparsa. Una pizca de vanidad mezclada con una semilla de atracción le provocaron una punzada en el pecho, muy leve, como un muñeco al que le cosen un roto por el que se le escapaba el relleno de serrín.

«Somos las Luciérnagas. Este lugar es nuestro lucernario. Aquí abrimos un vano en el techo de Umbra. Aún no entra nada por él, pero eso cambiará. Queremos saber y que otros, que no saben, escuchen. Necesitamos aprender a traducir para construir sin ser descubiertos el mensaje que recibirán todos los umbrios a la vez para hacerlos despertar. Hasta entonces, cada uno trabajamos ocultos en nuestra concha.» Estas frases le esperaban como respuesta la noche siguiente en el centro del círculo, junto a la misma caracola de la última vez. La sopesó en la mano. Era ligera, pero contenía mil recodos que se le escapaban. La fuerza de la forma estaba en sus huecos, no en sus paredes. Se visualizó en el interior de la misma, trabajando en su biblioteca, escogiendo frases y clasificándolas. Allí, en los corredores circulares, no había cabida para la soberbia ilustrada de Felipe, ni para la curiosidad desenfadada de su esposa, Eva. Tampoco había espacio para su pasado, ni para su habitación en la Torre Caléndula o para los traductores menores que trabajaban a sus órdenes y acompañaban al resto de los miembros de la familia en sus quehaceres diarios. Dimas no se había percatado de hasta qué punto no estaba viviendo su vida. Hasta entonces no le había importado ser una sombra, un mago creando la ilusión de la voz. Tenía poder, pero era invisible. Y ahora, por primera vez, alguien le estaba proponiendo un espacio propio. Cuando salió de allí, lo hizo con la caracola en el bolsillo.

A partir de ese punto, cada visita a la casa había ido tejiendo un lazo que le unía a ese grupo invisible. Dimas iba trayendo kits educativos y otros fragmentos que podían serles de utilidad. Se sentía acompañado, aunque sus compañeros fueran completos desconocidos. Hablaban a

través de esferas que dejaban colocadas en el suelo. Como todos iban aprendiendo a entender sin escuchar, las esferas podían ser reutilizadas una y otra vez. Y, sobre todo, así no había riesgo de que nadie les oyera liberando ecos. Bárbara seguía igual de ausente, ignorándole, con ojos sólo para Felipe, pero ahora percibía esa distancia no como desdén sino como protección.

Apenas se dormían ambos (¿se dormiría realmente Bárbara?) Dimas se deslizaba hasta el piso superior para pasar allí la mayor parte de la noche. Encontraba un regusto especial en pensar que en la casa de la amante de Felipe Fumagalli un grupo de umbrios estaba aprendiendo a entender las vibraciones presas en el mineral. Una vez terminada su formación, que disimulaban hábilmente con algún motivo oficial o una visita a un familiar, partían a las distintas regiones a trabajar en las minas. Dimas les indicaba cuáles eran las más fecundas, los nombres de los capataces, los acuerdos secretos cerrados con las autoridades locales. Día tras día en las galerías iban buscando vetas, picando y cargando ecoral en vagones. Pero, a la vez, iban escuchando con las manos antes de picar, guardándose en un bolsillo interior los fragmentos que podrían serles útiles. Lo mismo hacían aquellos que estaban en el exterior de la mina, distribuyendo y organizando los cargamentos. Así, cada Luciérnaga trabajaba sola pero sabiendo lo que necesitaba su comunidad. En cada región iba construyéndose un alijo de frases potencialmente útiles. Sólo les faltaba lo principal: saber qué debían decir para despertar a los umbrios, si debían descubrir y armar ellos la respuesta o si sería un discurso ya existente, proveniente del pasado. Hasta que lo descubrieran, su labor tenía más que ver con la lingüística —ladrones que archivan su botín en bibliotecas ocultas— que con la revolución.

Ruego al Sol

Desde la primera fila de la tribuna, en el extremo del rayo más alto de aquel sol pintado, Felipe levantó la mirada y se imantó. Aunque llevaba más de veinte años participando en la ceremonia, no dejaba de sorprenderle la visión de la multitud bajo los focos, extendiéndose hasta el horizonte. De ser agua, aquellos umbrios podrían crear una ola magnífica rompiendo en la orilla, jugando a retirarse y a volver una y otra vez. En cambio, estaban estancados en mitad del océano, sin identidad, sin movimiento. Habían llegado hasta allí desde todas partes, corrientes atravesando las calles en un flujo constante, desembocando en una falsa calma chicha. El estatismo repentino les hacía parecer barcos varados en un cementerio marino. Aun así, había chispas de inquietud que iban recorriendo la multitud. Les movía una mezcla de esperanza, curiosidad y aburrimiento. Es cierto que no podían avanzar ni retroceder, rodeados de sus semejantes por todas partes, pero estaban satisfechos de estar allí. Resultaba tan raro encontrarse en una situación en la que pudieran ver con libertad, bañados en luz, que eso ya justificaba el camino y la espera. Los que llegaban lo hacían con los ojos muy abiertos, moviendo la cabeza de lado a lado para que nada se les escapase. Les descolocaba tener de repente ante ellos una porción de mundo iluminado. Según se calmaban iban centrándose en los detalles de los que les acompañaban: los lunares, las arrugas que habían empezado a aparecer en la frente o las comisuras de los labios. La luz plena del Ruego al Sol les hacía descubrir de año en año la evolución en los rasgos de sus parejas e hijos. El resto del tiempo se servían de intuiciones al tacto o a la luz de la luna. Incluso los pocos que tenían acceso a un foco de ecoral en casa o en el trabajo jamás pensarían en desperdiciarlo para mirarse la piel o los matices del color de los zapatos.

Felipe estaba acostumbrado a contemplar la ciudad desde las alturas pero no a ver con tanta claridad lo que se encontraba a sus pies. Si se apagasen los focos, aquella multitud desaparecería y él volvería a encontrarse en su torre. El resto del mundo estaría de nuevo a sus pies como una idea lejana de calles y gente. Él, que podía ver siempre, prefería la idea a la imagen. Podía elegir lo que contemplaba. Escapar de imágenes que se imponían, como la multitud o su fealdad, se le hacía más difícil. Una imagen ocupaba más espacio que la idea, la concretaba, hacía difícil esquivarla.

Pero ahora estaban todos allí, esperando. Quizá lo único que aún unía a los umbrios era la espera, pensó. Una espera imprecisa que venía de su posición en la historia. Les faltaba imaginación. No sabrían inventarse una nueva vida mientras estuviera aún latente el recuerdo del sol y siguieran con aquella tradición absurda de rogar a Atón su vuelta. Tenían que olvidar que una vez hubo un astro que recorría en arco el horizonte, igual que los siglos habían hecho olvidar el recuerdo del aire vibrando en la garganta. Despreciaba la debilidad de todos allá abajo, aguardando a que algo o alguien solucionara un mundo que les era hostil. Él era de los pocos a los que les estaba dado rodearse de brillo. Pero no se consideraba un privilegiado: sus antepasados habían construido un emporio cavando muy abajo, sin miedo de la roca o del fondo de aquella tierra porosa. Él recibía los frutos de una valentía anterior, pero eso no le quitaba mérito. No era un pionero, pero tampoco un inepto. Prorrogaba el disfrute heredado y era, como le gustaba decir, un guardián de la belleza. Para alguien enamorado de las proporciones, los juegos de volúmenes y texturas, aquel mar de gente era lo contrario a lo preciso: los umbrios eran la pulpa pudriéndose antes de llegar a ser papel, una infinidad de huevos de tortuga mal enterrados en la arena que nunca llegarán a abrirse.

Una vez más, habían diseñado un espectáculo contraproducente. Les haría extrañar en vez de reaccionar. Volverían, como cada año, a contarles grandes palabras de unidad y de lucha. De espera. Era un error darles esperanzas. Seguramente allá abajo tampoco creían en lo que estaban haciendo. ¿Era posible que tuvieran fe?

En contrapicado, en ese mar indistinguible desde lo alto, hay corrientes subterráneas, imágenes táctiles que se van transmitiendo de lado a lado: rumores de lo que les espera, descripciones del espectáculo posible. En el silencio más absoluto alguno iba transmitiendo en pulsaciones las palabras de la plegaria que todos conocían de memoria:

Azul, quédate con nosotros
haznos sentir una caricia en la piel
sin tocarla.

Ofendimos al rey que nos dio los árboles,
somos transparentes en la oscuridad.

Vuelve tu rostro hacia nosotros,
déjanos enmendar nuestra torpeza.

En tu giro perfecto todo recomienza,
la tierra se vuelve fecunda,
nuestras pupilas terciopelo.

Permítenos ver
lo que tocamos.

Bajo tu luz
renaceremos
generosos en dádivas.

Oh, Atón,
no he olvidado cómo levantar
la vista al cielo.
Aunque predomine la negrura
avanzo confiado en los colores
que veré.

Junto a ti nada es irreversible.

En algún punto de aquellas corrientes silenciosas, los padres del niño enfermo le abrazaban para darle un poco de sombra. Era la primera vez

que estaba expuesto a los focos y se sentía agredido. No sabía cómo procesar tanta información, menos aún en su estado febril. La plataforma en lo alto estaba demasiado lejos como para importarle. Aunque sus padres evitaban comunicarle su inquietud, él sabía que se preocupaban por su salud quebradiza, por una tristeza que les parecía crónica. No entendía la insatisfacción que intuía en ellos, su percepción de la vida cotidiana como una injusticia y el deseo de que algo cambiase. El mundo pasado de flores y frutos les había sido transmitido como el paraíso perdido, y harían cualquier cosa con tal de recobrarlo para su hijo. Pero él se encontraba bien en la oscuridad. No sólo le bastaba, sino que la disfrutaba. Lo que ellos interpretaban como tristeza era en realidad simple introversión. Al contrario que sus compañeros, que se entretenían con juegos populares que databan de épocas anteriores y fingían la presencia de la luz del día, él prefería crear historias en las que sólo había que tocar. El resto era hacer trampas. Le parecía que la luz se alejaba de la verdadera realidad de las cosas.

Por eso, cuando empezó el espectáculo y se encendió la gran hoguera en el lateral, sólo hubo dos personas que cerraron los ojos: Felipe por hartazgo, el niño por rechazo. Bajo los focos, en un espacio un tanto apartado del escenario y la multitud, destacaban las maquetas oscuras de edificios y troncos de árboles. Se reconocían en ellas las siluetas familiares del horizonte de la ciudad. Allá estaban a escala las avenidas Vocal y Sujeto con sus torres, las formas redondeadas del templo del centro, la explanada que había sido la plaza del Mercado y que ahora servía de lugar de encuentro y contrabando. El fuego consumía aquellas estructuras oscuras poco a poco, imponiéndose sin chisporroteos ni crujidos en un reino de silencio rojizo que bailaba en las pupilas de la multitud. Sublimar la oscuridad, quemarla para que de sus cenizas volviera el fuego supremo, el astro rey.

Empezaba entonces el momento de los discursos. En la primera fila de la tribuna se sentaba un representante del Consejo con la máscara reglamentaria para las apariciones públicas, seguido de la alcaldesa, madame Turenne, los matrimonios Fumagalli y Hannon como representantes de las principales industrias (ecoral y alimentación). Por

último, en un extremo, apocado y nervioso, estaba el ciudadano elegido aquel año para representar al pueblo, jugueteando nervioso con las bolas de mineral que había escogido en el depósito del ayuntamiento para la ocasión. Excepto él, todos contaban con sus traductores en segunda fila, listos para enlazar los discursos y las palabras rituales.

En aquel vasto espacio habían colocado un complejo sistema de pantallas curvadas para amplificar el eco y que llegara a todos los rincones. El representante del Consejo se limitó a dar comienzo a la hoguera y a recitar la misma plegaria que recorría la multitud. Madame Turenne escogió un pasaje bíblico, de la travesía del desierto. Le gustaba emplear ecos de religiones remotas. Antes de que le llegara su turno, Felipe ya sabía que sus palabras serían las más celebradas. Siempre era así. Le gustaba pensar que era por la originalidad de su pensamiento, pero en realidad el mérito era de Dimas, que renegaba de los grandes bloques que contenían discursos completos y prefería crear un mensaje único combinando fragmentos disparejos. No era muy distinto de armar frases con palabras. Él tenía a su disposición discursos anteriores para decir algo que no existía aún. Ni tan siquiera debía darle una forma concreta en su mente: Dimas lo haría por él. Hablar, para Felipe, acababa siendo una suerte de collage privilegiado que le hacía parecer intelectual e inspiraba a las masas.

Se levantó y se acercó al estrado. En un asiento abatible a su espalda, Dimas debía estar listo a la señal. Cuando él abriera los brazos, le llegaría la primera esfera a través del conducto de metal, igual que ocurría durante el juego de ecos. Respiró hondo y abrió los brazos, mirando a la multitud como si no le disgustasen y fuese el primero entre iguales, un camarada benefactor. Pero cuando alargó la mano no encontró nada en el hueco a su derecha, allí donde debería estar el principio de su discurso. Miró sorprendido hacia el asiento y lo encontró vacío. ¿Dónde se había metido Dimas? Había llegado con él un rato antes, subieron juntos a la plataforma. ¿Estaría indispuesto? Dimas no se iría sin decirle nada, menos aún en un momento como aquél, uno de los más importantes del año. Sabía que llevaba días preparando el discurso, que había decidido utilizar fragmentos únicos

que acababan de extraer en las explotaciones del norte. Recorrió la tribuna con la vista sin encontrarle. Una sensación poco habitual le dominó: tenía miedo. Miles de umbrios esperaban sus palabras, en mitad del Ruego al Sol, con la hoguera purificadora cobrando fuerza y su traductor había desaparecido. Darse la vuelta y volver a sentarse hubiera sido admitir su fracaso. Él, Felipe Fumagalli, dueño y señor del ecoral, se había quedado mudo, sin mineral para fingir la voz de la que presumía. Sus bolsillos, como siempre, estaban vacíos. Era Dimas quien se encargaba de proveerle en el momento adecuado. Con los ojos fuera de las órbitas recorría la tribuna con la mirada, esperando encontrar una respuesta. Volvió a mirar al frente. La gente empezaba a impacientarse, se tocaban con gesto interrogativo. A pesar de que el silencio era su medio natural, la espera de unas palabras que no llegaban se estaba volviendo insoportable. Cuando Felipe parecía a punto de estallar, una silueta se levantó de la última fila y se acercó al estrado. Vio una esfera aparecer a su derecha y la tomó con ansia, sin prestar atención a quién se la proporcionaba. Terminó hablando de la unidad del pueblo, de la esperanza, y de cómo otros cambios en la historia más remota de la tierra habían permitido la aparición de la humanidad. Si habían sobrevivido a la falta de luz, sobrevivirían. Habría una nueva etapa de esplendor, encontrarían otra fuente de energía y si Atón no se dignaba a escuchar las plegarias, terminarían por construir un sol artificial. Faltaban los medios, pero no era imposible. La empresa Fumagalli estaba considerando el proyecto. Aquello era falso —no tenían ninguna prisa en buscar fuentes de energía alternativas— pero la gente pareció darse por satisfecha, aunque era evidente el desprecio que sentían por aquel hombre de cabello rizado capaz de desperdiciar mineral para presumir de luz en su torre. Felipe respiró aliviado. No había sido el discurso que esperaba, pero había evitado el ridículo. Cuando se volvió reconoció el rostro de Bárbara, levantándose del asiento abatible y volviendo a su sitio sin alzar la vista. Eva Fumagalli estaba furiosa. No había visto nunca a aquella mujer, pero supo al instante que se trataba de la amante de su marido, quien la había colocado discretamente en la última fila. Hacía

tiempo que sabía de su existencia. Para colmo, había sido Bárbara, y no Eva, quien había estado a la altura de las circunstancias. Ella podría haber reaccionado más rápido, enviando a su traductor, pero sabía que sólo contaba con ecoral social para la ocasión. Un discurso a base de menudencias hubiera sido desastroso. Aquella mujer lo había salvado del ridículo, y ahora Felipe le debía un favor además de la atracción y el deseo que le profesaba.

Entre el enfado de Eva y el alivio de Felipe, habían olvidado la pregunta principal: el paradero de Dimas.

Guardagujas

Había discutido el tema en sus diálogos en diferido con las Luciérnagas y sabía las opciones que tenía, pero aquella mañana aún no había tomado la decisión. Fue una vez sentado en la tribuna, esperando a que empezase la ceremonia y se encendiera el fuego, cuando tuvo la sensación de vaciarse por dentro. Miró su bolsa de mineral y le pareció absurda. Palabras muertas. Doble muerte de aquellos que murieron hace siglos sin saber que algo de ellos había quedado atrapado, latente en resina, esperando a ser descubierto. Frases que les avergonzarían, mentiras, secretos imposibles de distinguir del flujo de verdades, vida cotidiana y conocimiento. Dimas traicionaba lo que fueron, tergiversaba sus mensajes. Aquellos hombres y mujeres del pasado vivían, hablaban, relataban y se referían a momentos de sus vidas sin darles trascendencia, no como un legado para la eternidad. El material de trabajo de Dimas eran voces que hubieran debido esfumarse, y se quedaron.

Desde que pertenecía a las Luciérnagas había reflexionado mucho sobre el origen de los ecos. Las voces habían pertenecido a gente como él, como todos los que se extendían a sus pies hasta donde alcanzaba la vista. Lo que hacía como traductor en casa de los Fumagalli era una traición a quienes habían vivido hablando. Para satisfacer el ego de su jefe creaba discursos autómatas a partir de frases pronunciadas alguna vez. Se sentía como un falsificador de documentos históricos o un asaltante de tumbas, creándole un esqueleto prestado a Felipe a partir de tibias, costillas y falanges desenterradas y tomadas de aquí y de allá. Sintió una repugnancia nueva, recién estrenada. Él era el instrumento de profanación, y no quería seguir siéndolo. Se levantó con sigilo y descendió peldaño a peldaño hasta el suelo. No tenía nada que hacer allí. Cuando Felipe se levantó para dirigirse al pueblo, él ya estaba

lejos, entrando en la estación central. Sólo Bárbara había advertido su partida.

Atravesó la ciudad a paso firme, guiándose por el olor a madera que marcaba el norte, y luego el olor cítrico que le llevaría al oeste hasta llegar a territorio conocido. En su camino se topó con apenas un puñado de umbrios. Prácticamente todo el mundo, por fe, tradición o aburrimiento, se encontraba en la explanada sur participando del ritual. Encontró sin dificultades un billete para el tren del mediodía hacia Ventigallia y se sentó a esperar en el andén. La oscuridad era apacible, monocorde. Nadie quería marcharse de la ciudad aquel día, ni saldría en su búsqueda mientras siguiera la ceremonia y la multitud. El hombre en la taquilla volvió a dormitar apenas él se dio la vuelta. Era el primer billete que vendía aquel día. Se preguntaba si sería el único.

Casi a la vez, Vera se acercaba también a la estación. Apenas había pegado ojo cuando la familia a la que había acogido se despidió de ella camino de la explanada. No pudo volver a la cama. Su cabeza parecía haberse separado del cuerpo, transformada en una maraña de moscas que volaba muy junta, en círculos cerrados. Avanzaba no paso a paso sino en ráfagas, como un olor. Agradecía esa indefinición. En aquel momento no quería vivir nada en primera persona. No podía responsabilizarse de las cadenas de genes apretadas dentro de cada célula. Le habían sido impuestas, como la mudez, como la oscuridad. No eran ella. Pero sí lo eran. Alguien que la había abrazado tantas veces había dictado sentencias de muerte sin temblar. Ella era también aquella persona, lo que quedaría de él cuando desapareciese, su prolongación en la espiral de las generaciones. No se atrevía a preguntarse si ella habría hecho lo mismo en aquellas circunstancias. Ya no era una pregunta hipotética. Quizá su apatía, los juegos con los que se divertía buscando intervenciones mínimas en la vida de los otros o su desapego de las palabras eran la manifestación de algo más profundo: del desprecio. Puede que en el fondo despreciase a Umbra y a la humanidad cobarde que no había hecho sino sobrevivir. La pareja de la noche anterior, cuya visión tanto había admirado, era otra modalidad de la cobardía, la cobardía que habla de acción y se

consume demasiado rápido, dejando paso a la amargura y a la pasividad. Querían intentar algo pero aún no habían hecho nada. Puede que nunca lo hicieran y que la vehemencia de sus palabras fuera inversamente proporcional a su traducción en acto. Al menos su abuelo había actuado, sin miedo de la posteridad. Prueba de ello era que había roto su secreto. Quizá no había sido el único, en un pacto contraído cincuenta años atrás. «Que la historia no se pierda. Aunque hayan silenciado los tribunales que presidimos y borrado sus trazas, recordad que nuestras decisiones quizá fueron lo que nos permitió sobrevivir. Llegado el momento, contemos a los nuestros lo que hicimos, sin miedo a su juicio. Manteneos fuertes. Contad sin justificaros, sin pedir perdón. No hay culpa, hay hechos. Recordemos el consentimiento de aquellos que aceptaban la muerte con serenidad, como un precio necesario para salvar a los que amaban. Actuamos, y eso es mucho más que lo que la mayoría puede decir.»

Pensó en tomar el tren para reunirse con Marcel, pero finalmente subió al de Ventigallia. Marcel le aportaría más preguntas; su abuela, Frida, una puerta abierta a la misma habitación de la memoria. Necesitaba asomarse a ella, saber cómo eran las aguas subterráneas de una vida que empezaba a explicarse: la de sus abuelos, pero también la suya propia.

En aquel tren de un solo vagón apenas viajaban una docena de pasajeros. Sentados cada uno en un extremo, Dimas y Vera ignoraban todo el uno del otro. Cada uno estaba inmerso en su brecha particular. La vida tiene muchas maneras de quebrarse. Ellos ya habían pasado la fase de caminar sobre el hielo creyéndolo firme. A pesar de estar anclados en su asiento se encontraban muy abajo, en el agua helada, y no querían volver a salir a la superficie que conocían. Abajo, en el fondo, debía de haber otra salida y otro oxígeno que estaba reservado a los valientes, a los que no tenían miedo a dejar de respirar.

Las variantes del verbo evitar

Desde el incidente en la excavación Greta tiene miedo del tacto. Al despertar, el recuerdo de los tornillos retumbando contra el fondo de la olla le había parecido irreal. Volvió a aferrarse a la hipótesis de un animal salvaje desconocido fuera de la caseta, aunque conocía aquellas llanuras como la palma de su mano y sabía que los pocos animales que quedaban en ellas eran pequeños y débiles. Se le pasó también por la cabeza que el oído podía haberle jugado una mala pasada, pero incluso ella sabía que una mente con tan pocos recuerdos sonoros no podía albergar los elementos en bruto para inventar un ruido jamás escuchado.

Al final de la jornada se escabulló de nuevo en el campo, golpeando con el tubo de metal todo lo que encontraba a su paso. Quería asegurarse de que el sonido que la perseguía en el recuerdo no había sido generado por ella. A cada manifestación del silencio, siempre idéntico a sí mismo, crecía su alivio. Se prometió no volver a pisar la excavación y decidió desembarazarse de aquel objeto metálico sustraído de la caseta sin querer, pues podía delatarla como ladrona. Y al lanzarlo a lo lejos, volvió a ocurrir: oyó con claridad un ruido desconocido que alguien con más experiencia auditiva hubiera descrito como el del impacto de un objeto metálico contra una roca. Se quedó inmóvil con el brazo adelantado, clavada aún en el gesto del lanzamiento.

Tenía miedo de estar volviéndose loca. Nadie que ella conociera, nadie en la historia desde el Gran Silencio había conseguido romper el escudo sonoro. Pero la evidencia era concluyente. Aquello sólo podía ser un sonido causado por ella. El tubo de metal había estado en su bolsillo todo el día, era su mano quien lo había arrojado para que se perdiera en la oscuridad. Palpó los dedos y la palma, como si acabaran

de crecerle al final del brazo. En la luz mínima de la luna seguía siendo un volumen familiar, pero siempre resulta difícil apreciar los cambios de fondo cuando la forma se mantiene. Al menos chocar una mano contra otra le devolvía la tranquilidad: no ocurría nada más que un gesto silencioso.

Desde entonces Greta pone en práctica todas las variantes del verbo «evitar». Ignora lo que ocurre, pero la intuición le dice que ha de mantener aquellos incidentes en secreto. El problema es que evitar el contacto con la gente y las cosas en Umbra es difícil. Cualquiera podía acercarse, tocarla en el hombro o en el brazo para contarle algo en táctil, buscar sus manos para reconocerla en la oscuridad al llegar a alguna parte: los profesores, sus padres, sus amigos... El mundo llega a ella a través del tacto y no tiene manera de rebajarlo. Para no ver basta con cerrar los ojos; para limitar lo táctil no hay un párpado enorme que recubra nuestro cuerpo y anule las superficies del exterior.

Siempre que puede se escabulle a un rincón apartado con objetos en los bolsillos y se concentra en golpearlos o arañarlos para ver si de ellos surge sonido. Respira aliviada cuando nada cambia y las ondas son, como siempre, repelidas por su mano. Pero hay cada vez con más frecuencia un momento de sorpresa en el que emerge sin avisar un chasquido o un chirrido. Una noche volvió a concentrarse en el gesto del aplauso y el chocar de sus manos se convirtió en una alternancia de sonido y su ausencia, negativo y positivo del gesto remplazándose a gran velocidad, como si subieran y bajaran sin parar el volumen en una grabación.

Las rutinas se le hacen cada vez más difíciles. En el colegio a menudo llevan a grupos de niños a distintos rincones del páramo, con sus colinas y repechos, para que aprendan a orientarse. Les dan instrucciones precisas de qué buscar, cómo reconocer dónde se encuentran y por dónde han pasado ya si empiezan a caminar en círculo. Por miedo a ser descubierta, Greta empieza a hacer justo lo contrario: caminar sin referentes, sin tocar ni buscar nada. Empieza a perderse cada vez con más frecuencia. Los profesores la encuentran sentada en algún punto abrazándose las piernas y no pueden explicar

cómo, de ser la líder del grupo, que guiaba al resto cuando no sabían hacia dónde avanzar, ha pasado a, en apariencia, perder completamente su sentido de la orientación.

Tampoco quiere participar en los ejercicios de reconocimiento en grupo, cuando se colocan en círculo en torno a un gran objeto, un mueble de forma inesperada o algún otro trasto, y les obligan a trabajar en equipo, sumando las percepciones parciales del fragmento palpado por cada uno para intentar averiguar de qué se trata. Antes, Greta se saltaba siempre las reglas e iba de lado a lado, sumando las impresiones de sus compañeros, contrastándolas con las suyas, proponiendo una respuesta común para identificar lo percibido. Ahora, al enfrentarse a situaciones en las que ha de palpar, empieza a fingir el tacto. Acercando las manos al objeto, se queda a unos milímetros de la superficie, lo suficientemente cerca como para dar la impresión de estar reconociéndolo, pero sin que haya ningún tipo de contacto físico. Resulta eficaz como pantomima, pero limita su capacidad de interacción con el mundo. Sus respuestas en los ejercicios se vuelven aleatorias, intentos de adivinación. Cuando hay gente delante ni tan siquiera se atreve a avanzar la mano para descubrir si un objeto es liso o rugoso, está frío o palpita. Se espera a que sean otros los que propongan una hipótesis y después repite una variación de lo mismo. Cuando ella ha de ser la primera en intervenir dice lo primero que le viene a la mente, por descabellado que suene, y se mantiene firme en su hipótesis para dar la impresión de estar convencida de su error.

Los que la rodean empiezan a preocuparse. Parece haber perdido el tacto o que la conexión entre la piel y el cerebro se ha llenado de interferencias. Los síntomas se correspondían con una enfermedad poco común, pero bien conocida: el abismo sinestésico. Los aquejados de este mal sienten que los sentidos se mezclan en una espiral de sinestesia más fuerte que la percepción, embarullándola a gran velocidad. Así, lo percibido sube y baja el camino del cerebro por escaleras falsas, transformándose a cada vuelta en algo distinto. Si la mano palpa la superficie de una piedra con restos secos de musgo, el cerebro da un salto y superpone un color, de ahí a un sonido de la limitada biblioteca

mental de sonidos conocidos, de ahí al gusto, al olfato y de vuelta al tacto en giros rápidos tras los que el elemento original termina completamente desdibujado. De la rugosidad de una piedra salta al amarillo, de ahí al olor del hierro oxidado, al croar de una rana en una charca apartada en un rincón del bosque, al tacto de lo húmedo, al color marrón, al sabor del puré de patatas y al graznido de los pájaros flecha que atraviesan el cielo y jamás parecen posarse. Cuando el cerebro decide emitir su veredicto, la percepción está ya muy lejos del estímulo original: lo que palpo no es una piedra, sino el plumaje del pájaro flecha. La piedra se ha transmutado en ave, y nada puede hacer que los aquejados de este síndrome reconozcan la piedra como tal.

Los profesores van a ver a los padres de Greta: temen que pueda estar en la primera fase de este síndrome. Ellos también han notado que se sobresalta al sentir una mano que se acerca a tocarla, o evita rozar las cosas como si fuesen a hacerle daño. Los profesores son más solemnes: «Parece tener miedo a su propia percepción». Le hacen preguntas a las que ella sólo responde sí o no, para minimizar todo lo posible el contacto de sus dedos con los brazos de los otros. No hace nada por contradecirles. Así no cuestionarán sus extravagancias o sus respuestas incoherentes. Sólo quiere que la dejen tranquila.

Greta desearía que el mundo estuviera desprovisto de todo lo que encumbra el espacio y no sirve más que para degradar mínimamente la sombra. Sueña con una llanura infinita en la que nada obstaculice el paso. No un mundo arrasado en el que todo haya desaparecido, sino la etapa previa al desarrollo social, a la urbanización y las herramientas, o mucho antes incluso: cuando los bosques aún no existían y las montañas no habían empezado a elevarse. En realidad le gustaría ir aún más atrás, a un mundo gaseoso en el que nada tenga cuerpo ni aristas. Sin toparse con nada, sin chocar con nada al avanzar. Tiene miedo y vergüenza de sus manos defectuosas.

Le prescriben unos días de reposo. Por las mañanas, cuando todos están en sus quehaceres, ella vuelve a escabullirse para ir a rincones apartados donde poder tocar sin miedo. Aquellos ejercicios la ven levantar las manos con asco y duda, desplegar unos cuantos objetos

como si estuviera apartando un vendaje para contemplar una herida profunda aún abierta, una visión desconocida de nuestro cuerpo que nos repugna. Algo va mal en ella. No para de repetírselo. Cada vez con más frecuencia sus experimentos causan sonidos claramente audibles. Rascando un árbol con un cuchillo la corteza va cayendo en copos que se separan del tronco seco con un chasquido; al abrir y cerrar la caja de metal en la que antes guardaba sus juguetes se produce un golpe seco seguido del deslizar del metal en el pestillo; al pasarse la mano por el brazo el rozamiento de piel contra piel acompaña la caricia de un suave susurro.

Aunque aún era una niña, los sobresaltos que esto le causaba no tenían nada que ver con su edad. Se trataba de sonidos causados por el hombre y, por lo tanto, llevaban siglos siendo bloqueados, absorbidos, neutralizados por el escudo sonoro. Nadie que estuviera vivo había podido oírlos pero, por algún motivo, en torno a ella se estaban abriendo brechas por las que pasaban las ondas y se propagaban. Quizá la herida no estaba en ella, sino en el espacio que la rodeaba. Se debatía entre la curiosidad y el miedo. La creencia decía que tras la muerte había luz y recuperábamos la voz. ¿Iría acaso a morir pronto?

Cuanto más lejos iba en sus pruebas, más podía la curiosidad. Y cuanto más llevaba los objetos al extremo, golpeando, rompiendo, aplastando, menor era el miedo a la muerte posible y mayor el goce de dominar un sonido por vez primera para ser capaz de causarlo de nuevo. En su mente se iban inscribiendo los registros y el timbre de cada uno. Al faltarle las palabras y el conocimiento previo, iba agrupándolos con clasificaciones que inventaba: los más suaves eran sonidos de brisa, los metálicos sonidos de luna, los agudos sonidos de hielo. Creó una clasificación para todos aquellos generados con el cuchillo rascando, cortando o golpeando: sonidos de filo; y otra para los causados con piedras: sonidos de suelo. Tras romper un fragmento de cristal decidió que aquello sólo podía ser un sonido de estrella.

Durante esos ratos Greta se sentía en una especie de paraíso en el que su labor consistía en explorar e ir descubriendo los sonidos de los objetos. Como Adán y Eva en el Jardín del Edén, no tenía referentes

previos y tampoco podía compartir sus descubrimientos. Aquellos rincones del páramo tenían, además, el peligro añadido de que cualquiera que se acercase —en el silencio más absoluto, como siempre — podría oírla. Tomaba mil precauciones para no delatar su presencia. En estado de alerta permanente, mientras experimentaba con el oído, se apoyaba en el olfato y la vista como sentidos de guardia.

Según pasaban los días fue ampliando el abanico de objetos. Para evitar que chocasen entre sí y la delatasen durante el camino, cada día traía uno nuevo, solamente uno, que escondía con el resto en un hueco entre unas piedras. Cuando llegaba a su rincón escogía unos cuantos y los colocaba a su alrededor, como un director de orquesta que ve desplegarse las cuerdas, los metales y los vientos. En la orquesta de Greta o, mejor dicho, en Greta mujer-orquesta, todo es percusión y retumba, tintinea, cruje. Acaricia y aplasta con el mismo afecto. No le interesan los objetos sino el ruido que contienen. A algunos los vacía de sonido: cristales rotos que sigue rompiendo cada vez más menudos hasta agotar sus resonancias. Las posibilidades de los recipientes de metal parecen no tener fin, con matices siempre distintos en función de la intensidad y el lugar preciso del impacto. Instintivamente va generando ritmos y cadencias, combinando sonidos al golpear con las manos y los pies. Su estado de alerta no evita que se mantenga horas absorta, embebida en la magia que sus manos imperfectas son capaces de generar.

¿Me voy a quedar vacía?

En ocasiones Marcel fantaseaba con vivir en la excavación. Se imaginaba yendo nada más despertarse a la caseta, con los ojos aún legañosos, para tomar el desayuno rodeado de testigos de un pasado del que conocía muy poco, o dormirse allí para tener la ilusión de acostarse tal y como lo hicieron infinitas veces los habitantes de aquella ciudad olvidada y barrida por el tiempo. Para entender la historia remota tenía que vivir como ellos, despojando de preguntas y de importancia lo que iba descubriendo, limitándose a utilizarlo. Empuñar un tenedor retorcido y darle uso, utilizarlo siempre para comer, colocarse la diadema con los cristales rajados y no ver más que a su través. Las roturas y la degradación producida por el tiempo eran un camuflaje que tenía que aprender a ignorar. Si trataba los descubrimientos como piezas de museo nunca conseguiría entenderlos.

Por eso muchas tardes escogía algún objeto encontrado en buen estado y se lo metía en la bolsa. «Tengo una teoría que quiero comprobar», les decía a Sonia y Antonio. La teoría no era más que sacar el objeto apenas se separaban sus caminos y hacer el resto del trayecto con él puesto o en la mano. O si no, al llegar a casa, quitar la comida de la bandeja compartimentada en la que llegaba, siempre idéntica, y mezclarlo todo en un plato de plástico duro del siglo XXI con el dibujo tenue, casi borrado, de un muñeco negro con orejas redondas, sonriente, las manos enfundadas en dos enormes guantes blancos.

Ya que no podía vivir en la excavación, los recorridos de ida y vuelta le servían para separarse del presente a través del fragmento de vida pasada que le acompañaba latiendo en la bolsa. Imaginaba la excitación del objeto, tras siglos enterrado, al volver a salir a la superficie. ¡Ver mundo de nuevo! Solo que el mundo que Marcel podía ofrecerle distaba mucho del que aquellos objetos habían conocido.

Oscuridad y silencio. Casi igual que los siglos que pasaron en su cama de arena, bien acostados en su estrato. Al menos por un rato escapaban al destino de la estantería o el museo. Marcel les daba un electroshock de vida para que recordasen lo que habían sido. «El contacto humano no puede dañar objetos que fueron hechos por el hombre para ser utilizados», se decía para romper con sus escrúpulos de arqueólogo estricto que querían limitarle a encontrar, catalogar e interpretar, pero nunca a usar.

Solía variar los caminos de regreso. Una tarde iba jugando con una pulsera de metal bastante pesada, con cierre magnético, abriendo y cerrando las placas de metal que se volvían a juntar silenciosas apenas retiraba el dedo, cuando empezó a oír una serie de ruidos variados que se repetían en un ciclo e instintivamente buscó refugio tras unas piedras. Se mantenía fiel a su máxima: hacerse lo menos presente en la naturaleza para escucharla sin interferir. Pero algo no cuadraba: los animales que quedaban en el bosque emitían sonidos monótonos, cantos o golpeteos repetidos con mínimas variaciones, muy alejados de la diversidad que oía.

Afinando la vista bajo la luna percibió una figura. Consideró la posibilidad de que fuera un animal llegado de algún lugar lejano, pero tras un rato de observación se rindió a la evidencia de lo familiar: la cabeza y el tronco resultaban sospechosamente humanos. Fue acercándose, hacía durar cada paso una eternidad para no ser descubierto. Los sonidos sólo podían provenir de aquella silueta, coincidían con sus movimientos. Embelesado, no sabía qué hacer para acercarse sin hacerla huir. Sobre todo quería que no se detuviera el flujo rítmico. Cada sonido era distinto al anterior y tal variación sólo podía ser generada por un ser inteligente, pero el hombre estaba privado de esa capacidad.

En un lugar como aquél alguno de los primeros homínidos debió de embelesarse igual, embebido en el placer del sonido por el sonido, aprendiendo que podía combinarlo a voluntad y provocarlo cuando quisiera. ¿Sería música lo que oía, ese placer desaparecido? Volvió al presente para razonar que aquel misterioso perfil no podía ser humano

ni haber tenido contacto con humanos. Pero la evidencia le contradecía: la silueta que se movía a unos metros de Marcel sólo podía ser la de un niño.

No podía dejar que se fuera sin más, pero tenía miedo de espantarla. Se le pasaron por la mente mil acciones posibles. Finalmente se decidió por quitarse la pulsera y lanzarla en aquella dirección. La figura se sobresaltó, mirando a todas partes, juntando un puñado de objetos en un montón confuso que protegía con las manos, metiéndolos apresuradamente en el hueco entre unas piedras. Marcel se apresuró a salir de su escondite. En dos zancadas rapidísimas —el mismo Marcel se extrañó de su agilidad— se plantó a su lado y consiguió agarrarla en el momento justo: cuando se había desencadenado el ímpetu de la huida pero aún no había empezado el movimiento, y la abrazó con fuerza. Greta se retorcía en todas direcciones con una resistencia que tomó por sorpresa a Marcel, poco acostumbrado a hacer uso de sus brazos robustos y su gran estatura, pero no la dejó zafarse. El tiempo del abrazo le permitió constatar que la figura correspondía a una niña vestida con un traje térmico en buen estado. No era una criatura vagabunda. A medida que ella se fue calmando Marcel fue aflojando el abrazo y empezó a escribir con suavidad en su espalda en lenguaje táctil: «No temas», «No voy a hacerte daño», «Sólo quiero hablar contigo, no te vayas corriendo», «Puedes confiar en mí». El miedo inicial de Greta fue poco a poco dejando paso a la curiosidad y al alivio de poder compartir con alguien lo que le ocurría Se sentaron uno frente al otro y ella empezó su relato, remontándose a la noche en la caseta de la excavación y los tornillos oxidados golpeando en la olla. Marcel la interrumpió escribiendo agitado en su antebrazo:

—¡Yo soy uno de los arqueólogos de la excavación!

Greta movió la cabeza a un lado y a otro, prestando por primera vez atención a la silueta oscura de Marcel, quien ciertamente le resultaba familiar. Le había visto a distancia, cuando se escondía entre los matorrales esperando a que el recinto se quedara desierto.

—¡Es verdad! Reconozco la forma alargada de tu cabeza, tus hombros tan cuadrados. ¡Qué casualidad! ¿Quedó la caseta muy

desordenada? ¿Te diste cuenta?

—Me extrañó encontrar la lámpara de ecoral encendida cuando llegué a la mañana siguiente y le eché la bronca a mis compañeros. ¡En estos tiempos es una locura derrochar una noche entera de luz! El gobierno no nos da más que lo justo, y menos mal que admite que nuestro trabajo no podemos hacerlo en la oscuridad, porque si no avanzaríamos diez veces más lento. Esa semana tuvimos que racionar muchísimo el uso de la lámpara, casi no nos quedaban reservas... Era raro que nadie recordase haberla dejado encendida, pero creí que había sido un descuido que el culpable no quería reconocer por vergüenza. ¡Así que fuiste tú! Entonces ¿vienes a menudo a la excavación?

—Antes sí, solía ir un par de veces a la semana a ver qué cosas nuevas habíais encontrado. Me gusta tocar cosas sin saber lo que son ni para qué sirven. A mí me valen para imaginarme historias. Lo que más me gusta son las diademas con cristales. Me las pongo y miro las cosas a su través. Mi juego favorito era elegir el quinto objeto colocado en cada estantería a partir de la puerta e inventar una historia que los incluyera, o una explicación sobre cómo podía utilizarlos todos en una vida imaginaria. Tenía siempre mucho cuidado de dejarlo todo en su sitio para que nada se notase, y luego no tenía más que salir quitando el tablón suelto. Pero a partir de ese día no he vuelto a ir. Ahora la excavación me da miedo; me ha puesto enferma.

La conversación fluía con rapidez; los dedos dibujaban y golpeaban levemente la mano y el brazo del otro. Para Greta era un alivio poder tocar sin temor a que algo rozado por ella hiciera ruido.

—¿De qué enfermedad se trata?

—No lo sé exactamente, pero las cosas ya no ocurren como antes cuando quiero tocar algo. Ahora, de las cosas o de mis manos sale algo, no sé el qué, algo que es un poco como los ecos cuando el profesor abre bolas de ecoral en la escuela, pero que no se entiende. Lo mismo eso quiere decir que yo también me estoy rajando como el mineral y que se me va a escapar todo por ahí y me voy a quedar vacía... Es muy raro, porque lo que sale es distinto en función de lo que toco. Lo mismo cuando me vacíe resulta que me muero y es culpa de ese virus que

había en la excavación. Has de tener cuidado. Es peligroso.

De tanto darle vueltas, por las dudas y el miedo, Greta había disociado su experiencia reciente de la idea del sonido. La voz eran los ecos en el mineral provenientes del pasado; el sonido, algo que se percibía rara vez de lejos en la naturaleza, fuera del alcance de la mano y separado de lo cotidiano. Al surgir de ella, las ondas que se escapaban entre sus manos cuando tocaba algo no podían ser sonoras, aunque todo apuntase a las semejanzas con el graznido del cuervo o el deslizarse de la serpiente en la tierra.

Marcel intentaba pensar con claridad. ¿Era posible que la niña fuese víctima de una enfermedad degenerativa, como decía ella, que va vaciándonos de los sonidos que no podemos emitir y que guardamos prisioneros en la oscuridad del cuerpo desde tiempos inmemoriales? No. Había de ser al contrario. En realidad parecía que ella había conseguido, sin saberlo... Dudaba a la hora de formular la frase. No podía ser verdad lo que estaba pensando.

—¿Quién te ha dicho que estás enferma?

—Nadie. Lo sé yo. Bueno, no. En realidad dicen que estoy enferma de abismo sinestésico, ese síndrome por el que vas asociando cosas sin parar y la mano ya nunca más la percibes como una mano sino como cualquier otra cosa que te pase por la cabeza. Pero eso no es lo que me pasa. Sólo lo creen porque dejé de palpar por miedo a que supieran lo de los ruidos, y porque cuando tenía algún ejercicio de orientación o de reconocimiento en la escuela daba como respuesta lo primero que me venía a la cabeza. Me dejaron tranquila y es mejor. Si me voy a morir por esto, no podrán hacer nada por evitarlo. Por eso empecé a venir aquí, para que nadie se dé cuenta ni se contagie con mis juegos.

—Yo no tengo miedo a contagiarme. ¿Me dejas jugar contigo?

La sintió dudar un instante con la mano ligeramente levantada, hasta que consintió: «Bueno... pero ten cuidado». Greta empezó a colocar cada objeto en el centro del círculo formado por ambos cuerpos, sacándolos uno a uno del montón apresurado que había apiñado entre las rocas. Le dejó reconocerlos al tacto: vidrio, metal, arena. Retomó entonces su juego de frotar y palmear. Para alguien con tan poca

experiencia del sonido, cada ruido parecía completamente distinto al anterior. La memoria se estaba construyendo en directo, excitando neuronas vírgenes con la corteza de árbol descascarillada, las semillas secas retumbando al caer sobre la cerámica, el chirriar de dos cuchillos rozándose o el golpe seco de imán del cierre de la pulsera recién desenterrada. De vez en cuando Marcel cogía alguno de aquellos objetos que ella había descartado momentáneamente de la serie e intentaba repetir sus gestos. Bajo sus manos todo volvía a ser mudo, meros ademanes que ahora, tras oír sus posibilidades sonoras, parecían pobres sucedáneos de algo real.

Aquel rato creó un vínculo entre ellos. Cuando ella se detuvo en seco, el silencio se espesó al volver a ocupar los espacios de los que había sido temporalmente desterrado. «Tengo que volver a casa», le escribió ella en el brazo. Marcel hubiera dado cualquier cosa por no dejarla partir. No lo reconocía, pero tenía miedo de que lo que había vivido aquel rato no hubiera existido nunca. Salir de aquel círculo en el páramo, levantarse y dirigirse a alguna parte era cerrar el paréntesis. En cuanto se convirtiera en un recuerdo empezaría a dudar, a recurrir a la memoria y a sus imperfecciones. Y después la razón, esa carcelera, impondría su lógica: aquello no había podido ocurrir. Pero nada pudo hacer para evitar que Greta se alejase camino del pueblo. Apenas alcanzó a escribirle en el brazo que la buscaría al día siguiente, que la ayudaría. Se quedó sentado a solas repitiendo mentalmente la misma información: Greta Arph, edificio Seuil, ala Susurro, cítrico 2º.

A la mañana siguiente, sin haber dormido, llegó el primero a la excavación. Recorrió la caseta de lado a lado, imaginando la escena que Greta le había descrito. Era allí donde el escudo sonoro de la niña había empezado a rasgarse. Cogió el puñado de tornillos y los lanzó contra la olla desde sus casi dos metros de altura, moviendo la lámpara sin querer. No ocurrió más que la imagen de los tornillos rebotando en silencio hasta quedarse quietos, en un juego de escorzos de luz y sombra por el balanceo del foco. Y, sin embargo, aquellos tornillos habían sido el principio. Algo en ellos, en el estante en cuestión o en la ubicación del almacén debía de tener la respuesta, o al menos parte de

ella.

Cuando llegaron Antonio y Sonia se reunieron con él para planificar el trabajo del día. De manera casual, alegando el poco contacto con la gente por lo aislado de su casa, Marcel empezó a preguntarles por los vecinos del pueblo, dando vueltas a menudencias hasta que alguien mencionó a la familia Arph y el posible diagnóstico de abismo sinestésico de su hija Greta. Los médicos recomendaban enviarla a una clínica donde solían tratar aquellos casos en un vacío de estímulos, lejos de la familia y de los objetos cotidianos para frenar la velocidad de la mente, ese asociar vertiginoso de olores, gustos y formas, pero los padres no podían permitírselo. En la lista de desgracias el siguiente punto era la muerte del señor Irénée, que había hecho a pie cada día durante cuarenta y siete años el camino entre Tiente y el siguiente nódulo de la cadena táctil para que el pueblo pudiera enviar y recibir mensajes de lugares remotos. Habían tardado varios días en encontrarle, apenas un poco desviado de su camino habitual, a unos diez kilómetros del pueblo. Debió de sentirse mal y desorientarse. Walter Oud, el binomio del señor Irénée en la cadena, que siempre se quedaba de guardia cuando Irénée se desplazaba, estaba intentando averiguar si había conseguido entregar los últimos mensajes que portaba y recuperar los que traía de vuelta. Era importante que nada se perdiera por la caída de un eslabón. Marcel pensó en Vera y en el nodo de su cadena en Ciudad Eclipse. Fantaseó con traérsela a Tiente con él ahora que se abría una vacante. Imaginó que la respuesta a su próximo mensaje sería su llegada y que la vería aparecer en la excavación por sorpresa... Pero sabía que Vera no dejaría su puesto así sin más. La arqueología había sido la elección de Marcel; la de ella era estar donde se cruzaran las calles en la capital, rodeada de gente, aunque no creyera en el individuo ni en la multitud.

Sus pensamientos volvieron progresivamente a Greta. No podía dejarla ir, y menos ahora, cuando todo apuntaba a algún tipo de relación entre su trabajo y la capacidad sonora de la niña. Tenía que descubrir más, ayudarla a dejar de temer y a desarrollar el potencial que había despertado en ella. Una idea se abrió paso en su mente hasta

imponer su lógica y cuando quiso darse cuenta estaba ya camino del pueblo, buscando el edificio Seuil.

—Señores, permítanme que me presente: soy Marcel Artigas, arqueólogo y director de la excavación cercana al pueblo. Varios miembros de mi equipo me han hecho partícipes de la preocupación por la salud de su hija, y las dificultades que afrontan ustedes para enviarla a un entorno adecuado para su restablecimiento.

El señor y la señora Arph estaban sentados a la mesa, con un brazo extendido hacia Marcel. Se preguntaban quién era aquel desconocido, por qué habían aceptado recibirle. Si era una visita de compasión, ya habían tenido bastantes. No querían más muestras de afecto.

—Conozco bien la enfermedad —mintió—, pues mi hermana también pasó por ella. La encontramos un día mascando bolas de ecoral, rompiéndose los dientes convencida de que aquello era su almuerzo.

Los padres se sobresaltaron. Hasta entonces no habían pensado en ejemplos cotidianos de lo que podía implicar la progresión de aquella enfermedad.

—Lo siento. No quiero asustarles, sino compartir mi experiencia. Mis padres tampoco tenían los medios para enviarla a una clínica, pero no se rindieron. Nos fuimos a vivir a un rincón apartado. Allí, despojados de objetos, sin rutinas, vecinos ni distracciones, mis padres pusieron en práctica un método análogo al de la clínica. Estefanía, pues así se llama mi hermana, consiguió poco a poco controlar esos giros vertiginosos de los sentidos y es hoy una mujer casi completamente restablecida, con un gusto exagerado por las metáforas y una intensidad sensorial más intensa que la media como única secuela. Lo que les quiero proponer es sencillo: mi casa es una cabaña a unos cuantos kilómetros de aquí. Tras haber vivido en un hogar diáfano, sin distracciones, me quedó el gusto de lo simple. Apenas tengo los útiles imprescindibles para el día a día. Poseo la experiencia de lo que vivimos con mi hermana. Sé qué hacer, y cuento con el espacio adecuado para hacerlo. Déjenme llevarme a su hija unas semanas y se la devolveré restablecida. Por supuesto, no espero que me digan que sí así sin más. Pregunten por ahí, en la alcaldía, pidan mis referencias si quieren al Ministerio de Geología.

Pueden confiar en mí. Me encantaría que lo que viví con mi hermana sirviera para ayudar a otra familia. No me respondan ahora, volveré mañana y si ustedes aceptan me prepararé para recibirla.

Los padres, confusos, le dieron las gracias y le prometieron pensarlo. No querían separarse de su hija, pero no tenían muchas opciones, y la clínica no era una de ellas. Un día después, Greta ya estaba esperándolo sentada a la mesa, con mucho cuidado de no tocar nada. Marcel prometió visitarles cada dos o tres días y mandarles mensajes táctiles a diario a través de Sonia o Antonio. «No serán más que unas semanas», repetían los padres una y otra vez sintiéndose culpables. Una vez en la calle, Greta siguió caminando muy recta, a una distancia prudencial de Marcel. Conocía el camino. Sólo cuando dejaron atrás el pueblo ella se acercó y empezó a hacerle preguntas: «¿Es cierto que tu hermana tuvo esa enfermedad?», «Sabes que yo no la tengo, que mi problema es otro. ¿Por qué me llevas contigo?», «Ante todo, no quiero volver nunca a la excavación. Iré a tu casa, pero no me moveré de allí. O me iré si no me convence». Marcel se mantuvo silencioso. «Sólo quiero ayudarte —le dijo—, y espero poder hacerlo.» La cogió de la mano para que no tropezase, olvidando que ella conocía aquellos parajes mucho mejor que él. La mano era más pequeña de lo que recordaba. Sin empuñar nada se volvía una presencia latente y sudorosa, se replegaba y volvía a ser la mano de una niña perdida en la suya.

No me importa que se rompan

La cabaña de Marcel no era más que un pequeño volumen transparente entre algún que otro tronco seco de árbol. Greta no se había aventurado hasta allí antes. Le dijo a Marcel que era porque consideraba aquel rincón del páramo el más aburrido, pero el verdadero motivo era otro: en aquella parte solían concentrarse las nieblas por condensación en el interior de la burbuja, y a todo niño adentrarse en la niebla le daba un miedo visceral. Sentir la oscuridad pegada a la piel, perder los puntos de referencia de las estrellas era demasiado incluso para aquellos que habían nacido tras la desaparición del sol.

Aun así, le encantó aquel espacio. Lo fue recorriendo con las manos nada más entrar, de lado a lado. Apenas había nada que obstruyera el paso: una cama, un sillón, la mesa con un par de sillas, un mueble de cajones que guardaba tanto los trajes térmicos como los utensilios alimentarios. La habitación del fondo estaba totalmente vacía excepto por unas piñas arrumbadas en un rincón que databan de mucho antes, de la infancia del propio Marcel. Era el único recuerdo que trajo consigo desde Ciudad Eclipse. «Éste va a ser tu cuarto», le escribió Marcel en el brazo, y empujó la cama hasta allí.

Ella siguió un rato tocando y reconociendo el espacio que por unas semanas sería también el suyo. Echaría de menos a sus padres pero no su cuarto ni su casa, que se había convertido en un lugar enemigo lleno de elementos a evitar para no revelar el cambio que se había producido en ella. Y aunque sabía que allí nada le impedía moverse con libertad, no conseguía desprenderse del miedo a provocar sonidos. Marcel se dio cuenta. Le pidió que cogiera una de las piñas y la apretase «fuerte, todo lo fuerte que puedas». Greta la contrajo con ambas manos hasta que de ella salió un crujido al partirse, desprendiéndose unos cuantos piñones resecos que hicieron un ruido mínimo al caer al suelo. «Tengo estas

piñas desde que era pequeño. Jugué con ellas durante años, pero siempre tenía cuidado para no romperlas, porque si se rompían perderían su forma, que era todo lo que podían aportarme. Ahora, gracias a ti, no me importa que se rompan porque he descubierto el sonido que contienen. Escuchar es tan sorprendente que compensa el no poder tocarlas más.» Aquel crujido había llenado el espacio, abriendo puertas y ventanas inexistentes, renovando el aire.

A la mañana siguiente Marcel la dejó sola en la cabaña para ir a la excavación. Le había pedido que le acompañase, pero ella se negó en redondo. Él prometió traerle por la tarde los objetos que había dejado ocultos en su escondite. Pasó el día durmiendo como una convaleciente, habitada aún por el temor de ser víctima de una enfermedad desconocida que la iba vaciando por dentro. Ahora se sentía protegida, cómoda en el capullo que taponaba la herida que no sabía ubicar en ningún lugar concreto y que, por lo tanto, podía ser todo su cuerpo, cada poro de piel por el que escapaba el aliento y le dejaba menos espacio en los pulmones para crear aliento nuevo. Quizá Marcel había llegado a tiempo para salvarla, se decía. No se hacía preguntas sobre aquel hombre que había entrado en su secreto. Lo veía como un pariente lejano al que encontramos por primera vez y, a pesar de ser un desconocido, algo en él nos resulta vagamente familiar. De hecho, sin conocerle lo había entrevisto a menudo, había tocado los mismos objetos en la caseta de la excavación después de que él los hubiera hallado, sopesado y catalogado. A él le correspondían las teorías; a ella las historias. Él venía de la tierra, vivía rodeado de ella, apartándola en brazadas increíblemente delicadas para no dañar nada y rescatar objetos medio asfixiados en su estrato. Para Marcel el tiempo era plano, el antes y el después suponían un mismo punto: la porción de tierra que removía. Así, el tiempo del rescate era siempre posible. Por muchos siglos que pasaran en las profundidades, los objetos no llegaban a asfixiarse. Pero Marcel sólo podía remontarlos a la superficie, nada más. Ella, en cambio, venía del aire, era capaz de hacerles el boca a boca, devolverles el sonido del que habían sido castrados por culpa de los hombres, esos dioses falsos que los habían

creado, no a su imagen y semejanza, sino a su necesidad y gusto, abandonándolos luego a su suerte. Entre Greta y Marcel se había creado una suerte de tándem. Greta era la más fuerte de los dos: había conseguido invertir el agujero negro que drenaba a los hombres de todo sonido. Ella no necesitaba protección para exponerse al mundo: el mundo venía a ella como por ensalmo, atraído por un magnetismo nuevo.

Entre sueño y sueño se dedicó a recorrer la casa de nuevo, habituándose a los platos, los cubiertos, al tacto de cada uno de los pocos trajes térmicos de Marcel, todos prácticamente iguales, ásperos o demasiado suaves, revelando un orden cronológico en el que nada se descartaba: su propia arqueología.

Coro

Eres capaz de alcanzarla. Estás cerca, Greta. Han pasado siglos desde la última cadencia. Subdominante, dominante, tónica. Modulación. Retomar la misma frase en otra tonalidad para decir lo mismo de otra forma, como subir a lo alto de una montaña para repetir el mensaje, que parece distinto por la distancia y el esfuerzo para llegar hasta allí. Y de nuevo la calma después del concierto. Sin aplausos. Los músicos de entonces, antes del Gran Silencio, hacían como tú: pinzar, pulsar buscando sonidos. Pero no son tus iguales. Ellos eran obreros. Se limitaban a reproducir lo que alguien pensó que debía sonar, o armar algo nuevo pertrechados de reglas y limitaciones: lo posible, lo desaconsejado, el límite siempre móvil entre la música y el ruido. Libertad, pero sólo relativa. Aquellos músicos vivían en un campo cercado. Podían recorrerlo, subirse a los árboles, cavar un túnel, pero no salir de sus límites. Les detenía el peso de la tradición, las fronteras establecidas del placer auditivo. Pero hubo también un momento anterior en el que el campo aún no existía y la música era todo posibilidad, sonidos que fluían en un bosque sin límites. Nada queda del instante primero de la música y sin embargo fue. Hombres lejanos palmeándose el cuerpo. Una mujer trepando en una cueva para golpear estalactitas, sus semejantes escuchando el efecto del resonar en la gruta. El rudimento del intérprete y el espectador. Esa mujer dividió la sociedad incipiente entre los que disfrutaban produciendo sonidos y los que preferían escucharlos sin esfuerzo. Dos posturas vitales contrapuestas, pero igualmente placenteras. Reconocemos en ti la misma epifanía: has recuperado el sonido. Una vez superada la sorpresa sabrás avanzar.

Terreno de juegos

Marcel volvió a casa muy cargado aquella tarde, con los trastos del escondite de Greta y una gran bolsa con hallazgos del yacimiento a la espalda, bien protegidos para que no se dañasen. Había ido al almacén secundario que tenían en un ala abandonada del museo local, para elegir los restos que parecían tener más posibilidades sonoras. Greta necesitaba material para experimentar, se decía, pero en el fondo su elección era un tanto egoísta: le podía la curiosidad a la hora de imaginar los ruidos que podían esconder sus restos favoritos, y fueron precisamente ésos los que se llevó consigo.

Los colocó a lo largo de la mesa sin darle explicaciones. Primero una flauta de metal, muy similar al tubo agujereado que Greta había agarrado como defensa la primera noche en la caseta y que luego dejó tirado por ahí en medio de la confusión. Después un destornillador, piezas de un juego de mecano, una botella estriada, un trozo de vinilo, un manojo de llaves, un libro milagrosamente preservado en una caja metálica y un pequeño gong. La niña supo que aquello era su terreno de juegos y que Marcel esperaba algo de ella, aunque no sabía bien el qué. Empezó a tocar, primero insegura, consciente de la fragilidad de aquellos restos, pero después se fue concentrando para buscar con ahínco los sonidos escondidos: las llaves entrechocando, el destornillador cuando rasca la superficie irregular de la botella, el aire mínimamente afectado al pasar las páginas del libro con rapidez. Pero también otras combinaciones menos acertadas: el destornillador frotando las páginas del libro, la botella arañando el trozo de vinilo. Todo valía, no podían anticipar qué sonidos serían los más poderosos o peculiares, ni adivinar si alguno de ellos había tenido un significado en algún momento de la historia. En aquel frenesí de movimiento Greta golpeó el gong con las llaves, abriendo una pausa inesperada: el aire se

llenó de aquel sonido envolvente y sus vibraciones cíclicas. Se propagaba como los olores, emanando en ráfagas. Sólo podía corresponder a algo sagrado. Estuvieron frente a la mesa una pequeña eternidad, Greta golpeando el gong para volver a sentir las ondas expandiéndose en el espacio, la vibración en las superficies que atravesaba, Marcel cada vez más entusiasmado por la posibilidad de conocer mejor el pasado y seguir avanzando en su búsqueda de París. Con Greta se le abrían las puertas del ritmo, de la música, ¿y quizá de la palabra? No podía parar de preguntarse si aquel progreso iría in crescendo, despertando también el sonido en las cuerdas vocales atrofiadas.

Frida

Nada más bajarse del tren en Ventigallia, Dimas se dirigió, preguntando a unos y a otros, hacia el nódulo de la cadena táctil. Debía encontrar a un tal Max, que, después de palpar la caracola que guardaba en su bolsa, sabría guiarle a la mañana siguiente hasta la casa que buscaba. Ignorando el destino de su compañero de vagón, Vera emprendió ruta sin dudar. Había recorrido aquel camino con sus padres muchas veces desde pequeña, aunque la palabra «casa» se quedaba corta para describir el espacio que ocupaba su abuela Frida. Vista desde la parte delantera nada la distinguía, con su puerta de entrada y las paredes transparentes que se habían vuelto obligatorias en Umbra. En lo alto del umbral, una esfera plateada indicaba su condición de joyera. Pero al acercarse empezaban las sorpresas: la puerta no estaba hecha de cristal, sino de espejo, un material prácticamente en desuso que dejó de fabricarse tras la huida de la luz. Tal rareza hacía que al acercarse, a la mínima que el cielo nocturno estuviese despejado y la luna en su ciclo visible, uno sorprendiese otro volumen difuso viniendo hacia él en la oscuridad, imitando vagamente sus pasos en sentido contrario. «Nadie como tú mismo para darte la bienvenida —decía siempre Frida—. Así te acordarás de ti antes de verme.» «Pero ¿¡cómo no me voy a acordar de mí si soy yo!?», respondía siempre Vera de niña, sorprendida de que tal cosa pudiera ocurrir. Hacía varios años que no iba por allí y descubrió que su reflejo estaba más encogido que la última vez. La sombra que avanzaba hacia ella era la de una desconocida que había dejado de esperar todo lo que la había vuelto curiosa en la adolescencia.

El timbre difundió por toda la casa una ráfaga de olor a menta, que se percibió desde el exterior. Frida aún tardó un rato en llegar: la llamada la había sorprendido en el rincón más lejano de aquel gran

rectángulo, rebuscando en las estanterías de su estudio una pieza de ecoral adecuada para su último encargo. «¡Vera! ¿Cómo no me has avisado?», le pulsó en la mejilla mientras la acariciaba. Juntas recorrieron el pequeño recibidor, el salón y el largo pasillo que comunicaba con el estudio. Frida había obtenido un permiso especial para que éste no fuera transparente, dado el valor del ecoral que empleaba en su trabajo. La casa en realidad no era más que la excusa para el enorme espacio del estudio, y era en él donde Frida desarrollaba toda su actividad. Como en los palacios antiguos, un par de salas estaban reservadas a las visitas de clientes o conocidos mientras que el resto, accesible sólo a unos pocos, eran las habitaciones privadas de Frida, muy lejos ya de la puerta y junto al almacén. Había acondicionado el espacio para dormir lo más cerca posible de las gemas que le habían valido la fama de ser la mejor joyera de Umbra. Al otro lado de la pared del dormitorio se abría un hangar que de pequeña a Vera le parecía infinito, con estanterías hasta el techo. La edad adulta sacó sus dimensiones del ámbito del mito, pero no dejaba de ser una sala inmensa. Frida se movía entre los pasillos como pez en el agua, subiendo y bajando escaleras con una lámpara de ecoral en la mano. Aquel espacio era un reflejo de su memoria: sus recuerdos estaban en buena parte ligados a esos fragmentos de mineral; sus historias el contexto en el que había encontrado cada uno de ellos. El orden de los estantes respondía a las asociaciones que éstos despertaban en su memoria. A pesar de ser la labor de toda una vida, buena parte del hangar estaba desocupado.

Frida se había hecho con aquel terreno por un precio irrisorio tras separarse y regresar a Ventigallia, su tierra natal. En el pasado había albergado la fábrica Ad Verbio, donde se procesaba ecoral de bajo calibre como combustible para el transporte. La empresa había cerrado apresuradamente poco antes del regreso de Frida, dejando abandonada la nave y una docena de almacenes colindantes y diezmando la población de la comarca. Muchos cuestionaron su decisión de vivir sola tan a las afueras, pero ella tenía una relación especial con aquel lugar: era allí donde había desarrollado siendo niña, de manera autodidacta,

una capacidad de escucha análoga a la de los traductores. «Ahora mismo nos sentamos, pero antes tengo que encontrar el fragmento que estaba buscando. Tengo miedo de olvidarme de dónde está. Ya no tengo la memoria de antes», le dijo a Vera en táctil. Fueron avanzando entre los pasillos de estantes, Frida con paso firme, moviendo la cabeza alternativamente a izquierda y derecha en un reflejo físico de los recovecos mentales en los que estaba sumida.

Recorriendo la gran nave, Vera recordó el relato escuchado tantas veces sobre la infancia de su abuela, antes de la era de sombra, cuando aquella ciudad de provincias aún estaba jalonada de chimeneas y de grandes grúas en el puerto. No era difícil imaginar su cuerpo menudo condensado en una silueta infantil, los ojos grandes y las manos finas. La veía atravesando los terrenos baldíos entre las naves industriales y los muelles con el mismo gesto de ligereza con el que seguía encaramándose a las escaleras de mano. A la niña Frida le fascinaban los grandes bloques amarillentos reposando sobre palés en el patio trasero, esperando su turno para entrar en la cinta transportadora que los convertiría en pequeñas pastillas del mismo tamaño y potencia calorífica. Había aprendido que eran los ecos de ronquidos los que se seleccionaban para el combustible, pero sabía también que en el pasado los hombres no sólo roncaban, sino que además tenían la capacidad de hablar en sueños. El proceso de fabricación era sencillo: el mineral que contenía frases o palabras encapsuladas entre los ronquidos se apartaba en pilas, de donde partía en grandes contenedores camino de las fábricas de diálogo. Allí se convertiría en esferas, listas para integrar las bibliotecas de palabras de aquellos que pudieran permitírselo.

A última hora llegaban los camiones y vaciaban el patio de mercancía, pero antes Frida solía escabullirse por un hueco en la alambrada y pasaba un buen rato entre las pilas, fascinada por los tonos ambarinos del mineral. Levantaba algunos pedazos cuidando de no cortarse con los bordes y se los acercaba al pecho. En ellos se escondían las palabras que los hombres ya no podían decir y que los expertos al otro lado del muro identificaban gracias a grandes máquinas capaces de leer la vibración escondida sin romper las rocas.

Había oído hablar de aquellos artilugios que captaban la forma de las ondas sonoras y clasificaban los fragmentos en función de su contenido. Después, cuando llegó la oscuridad y las restricciones, cayeron prácticamente en desuso. Quedaban muy pocas en activo, pero en aquel entonces Frida hubiera dado cualquier cosa por tener acceso a una para saber qué palabras escondía el mineral que la rodeaba. La solución más fácil era romperlo, pero eso la hubiera delatado enseguida.

Con el tiempo, a fuerza de palpar y desear entender fue desarrollando una intuición que creció poco a poco hasta convertirse en certeza. Sola, con las rodillas raspadas y las manos sucias de tierra, empezó a ser capaz de escuchar en su mente el eco de las voces capturadas en estratos tantos siglos atrás sin necesidad de abrir el mineral. Primero se trataba de un leve murmullo, como si sintonizase una emisora en el dial, después iban formándose las letras y las palabras. El día en que consiguió oír una frase, sintió miedo. En su cabeza resonaron claramente las palabras «voy camino de». El fragmento estaba incompleto, quizá se trataba de una frase inacabada farfullada entre sueños, pero fue precisamente su carácter fragmentario lo que más le impresionó. ¿Camino de dónde había ido aquella voz saltarina en el pasado? Se quedó clavada en medio de un gesto: de nada le valía haber oído, pues no sabría nunca si el dueño de la voz había llegado a su destino. Quizá fueran las últimas palabras de un soldado abatido por un francotirador un segundo después, pero también podría ser una frase rutinaria, pronunciada por alguien cerrando la puerta para ir a comprar pan. El ecoral con el que aprendía en la escuela era otra cosa. En él no había lugar para la emoción. Su maestro iba cascando fragmentos en un orden definido por el Ministerio, frases aburridas que sólo podían provenir de profesores arcaicos cuya falta de motivación había atravesado los siglos. Otras lecciones, procesadas cortando y alternando fragmentos, le transmitían el conocimiento científico e histórico más reciente. Eran ecos maquinales, desprovistos de humanidad. En el patio de la fábrica, Frida se enfrentaba a algo mucho más complejo: a los sentimientos que transmitían las voces, a frases en estado bruto. Cuando superó el miedo a aquellos fantasmas y

aceptó que no podía conocer quiénes habían sido o cómo habían vivido, empezó a escuchar y terminó por hacer de ello su profesión. «Nunca estoy sola, siempre me acompañan mis voces», les decía a los que se preocupaban por su edad avanzada y su vida solitaria.

Vera conocía mil variantes de aquella historia, y sin duda era la labor de su abuela lo que la había impulsado a trabajar en las cadenas táctiles, a transmitir contenido aunque los mensajes fueran efímeros y no quedara ningún rastro físico de ellos. Pero Vera luchaba sin cesar con su escepticismo. Las voces del pasado eran una mitología falsa: atrapadas en el mineral parecían eternas, aunque de nada servía adorarlas porque una vez liberadas de los cristales no duraban más que su eco. Eran igual de fugaces que sus mensajes táctiles. En ocasiones repasaba los que recordaba de sus años en la cadena y se preguntaba si habría cambiado algún destino al transmitirlos. Invariablemente concluía que no había sido más que una pieza en la cadena de montaje de los días y las vidas de los umbrios: poco impacto pueden tener misivas sobre adónde ir, qué hacer, relatos someros de noticias de familiares. La importancia de su labor era sólo cotidiana, transaccional. Volver a Ventigallia conseguía siempre acallar sus dudas, reconciliarla con la comunicación y su sentido. También son las rutinas, lo pequeño, lo que construye una vida, quizá más que los grandes momentos. Seguir los pasos de su abuela, esperarla al pie de la escalera mientras ella rebuscaba en lo alto de los estantes le resultaba reconfortante. La inquietud que la había llevado a dejar Ciudad Eclipse de manera tan apresurada se alisaba, perdía las aristas y la urgencia. Frida amaba los ecos más que nada, disfrutaba creando correspondencias entre las voces del pasado y los clientes que le encargaban joyas de ecoral para ellos o sus seres queridos: gemas engarzadas que pudieran llevar siempre pegadas a la piel o que pudieran romper en el momento adecuado para decirse lo que contenían. Frida trabajaba en el ámbito de la esencia. Vera tenía el mismo potencial transmisor, sólo que los mensajes que pasaban por sus manos eran de otra naturaleza, no estaban hechos para ser recordados.

Gracias a Frida había aprendido que el ecoral no es uniforme, que sus

matices van desde el amarillo claro hasta el color parduzco de la mostaza o el marrón del barro. Ésos eran los tonos que iban desfilando a su alrededor según Frida avanzaba lámpara en mano buscando el fragmento preciso que recogía una frase de los millares que guardaba en su memoria. Había ido recopilando aquella ingente colección en sus viajes por las grandes minas, guiándose de su intuición. Cada pieza esperaba al cliente adecuado, aunque a menudo viajaba también por encargo, buscando frases específicas. Se veía como una creadora de puentes entre el pasado y el presente. Sabía que estaban lejos de ser capaces de vivencias radicalmente nuevas. Alguien, en algún momento fosilizado, había dicho la frase que buscaba. Sólo tenía que llegar hasta ella. De ahí las salas de la entrada, donde mantenía largas reuniones con cada cliente potencial. Tenía fama de exigente y sólo aceptaba trabajar con gente que tenía claro lo que quería. «Nada de generalidades, nada superfluo.» No era cuestión de lo sofisticado del contenido, sino de su autenticidad. «Creo que no soy la persona adecuada. Te aconsejo que vayas a otro joyero, o que te des más tiempo. Vuelve a verme cuando lo que quieres que contenga la joya haya cobrado su forma definitiva y te habite por completo», decía a aquellos que, a su juicio, no habían conseguido definir aún el mensaje que buscaban para ellos o para algún ser querido. A pesar de su exigencia, nunca faltaba quien se desplazase hasta Ventigallia para encontrarse con ella. Su sensibilidad y una fina psicología hacían que sus joyas tuvieran la reputación de albergar siempre en su interior la frase perfecta para aquellos a quienes estaban destinadas.

El recorrido por el almacén hacía aflorar en Vera paseos similares de su infancia. Volvió a verse en una de las primeras visitas que recordaba a aquella casa: se había despertado mientras todos dormían y la lógica de salir de su habitación e irse a buscar unas cuantas esferas en el almacén de su abuela le pareció irresistible. La luna estaba en cuarto creciente, generosa y sin nubes. Quería —debía, las ganas hacían del deseo un imperativo— jugar con las esferas sin que nadie la molestase. Podía hacerlas rodar, o juntarlas para construir una montaña. Eligió un puñado al azar de los estantes más bajos, pero en su precipitación por

regresar tropezó y las esferas se le escaparon del regazo, estrellándose contra el suelo. Una docena de voces sonaron a la vez, cada una con un tono, timbre y mensaje diferentes, entremezclándose en presencias efímeras pero tangibles, despertando al resto de la casa y delatándola. Sus padres la castigaron varios días y le prohibieron acercarse al almacén. En cambio, Frida no se enfadó. Se llevó la única esfera que no se había roto y cuando se despidieron le puso en la mano un collar que la contenía, tallada y engarzada. «Sobrevivió a la caída, por lo que quiere estar contigo. Te eligió de algún modo, pero también la elegiste tú. Su eco dice "Se me ha clavado una astilla, pero no me importa: siempre me gustó la madera de ese árbol". Sólo te queda saber por qué.» Ahora lamentaba haber dejado el collar en la ciudad, pero no se trataba de un olvido. Hacía mucho que se había rebelado contra esa compañía efímera, casi imaginaria, y lo había escondido en el fondo de una caja. No quería acertijos. Lo que no podía tocarse no existía de verdad, no podía serle de ayuda en la vida real. Por más que aquellos ecos se hubieran convertido en la verdadera familia de su abuela, no eran palpables. Además, nunca se le había clavado una astilla. O quizá sí, quizá la astilla era Marcel con sus gustos anacrónicos y su querencia hacia los objetos, o esa vida que ella había elegido en la capital. O la historia que la rondaba por dentro desde que recibió el mensaje de su abuelo...

Por fin, Frida descendió titubeante de la escalera, haciendo oscilar la lámpara hasta que Vera entró en su halo. «¡Ya la encontré! Vamos, es hora de comer. Pero ¿cómo no me has avisado de que venías?»

Minué

En el primer encuentro entre Eva Fumagalli y Bárbara no hubo palabras, aunque sí comunicación. Cada una a un lado de Felipe sostenía un cabo de la cuerda imaginaria que enlazaba el torso de él. Iban tirando sin que se notase, esperando que fuera él quien resolviera la escena, fingiendo que no se sabía lo que se sabe. Se miraban a destiempo con la curiosidad del niño caprichoso consciente de que le está destinado un regalo y se prepara para detestarlo de antemano. El triángulo se volvía cuadrado con la ausencia de Dimas, pero había demasiada agitación como para pensar en su desaparición. Todos los que estaban en la plataforma elevada durante el Ruego al Sol buscaban ver y ser vistos. Era tan difícil conseguir una invitación a aquel espacio privilegiado que querían asegurarse de no pasar desapercibidos. Pertrechados de ridículos trajes de vivos colores, parecían ir danzando de grupo en grupo. La turba —elite pero turba al fin y al cabo— iba haciendo y deshaciendo los corros, creando combinaciones extrañas. Todos terminaban por encontrarse en aquel minué, pero ningún grupo se mantenía intacto más que unos minutos. Alguien se acercó a saludar a Eva, y desde el lado opuesto otra figura adelantó los brazos para abrazar a Felipe con efusividad. Bárbara no tuvo más que desplazarse unos pasos a su izquierda para encontrarse en otro corrillo, lejos de las miradas de deseo y de odio que le enviaba, respectivamente, cada miembro del matrimonio Fumagalli.

Pronto se cansó de tanto giro y se esfumó. «Si pudiéramos canalizar esta energía cinética, tanto paso perdido y tanta vuelta en redondo, la tierra volvería a acelerarse», pensó Bárbara en el camino de regreso. Había perdido la costumbre de las multitudes. Conocer a Felipe le había hecho perder puntos de referencia cuando se encontraba rodeada de otros cuerpos. A primera vista se había vuelto una mujer aislada,

encerrada en aquella casa con frisos de vidrio labrado en la que las salas se sucedían con pequeñas variaciones, esperando las visitas de su amante y con escaso contacto con el mundo exterior, pero en realidad siempre había sido un tanto solitaria. Había días en que echaba de menos su trabajo anterior, controlando las variables de la burbuja principal que protegía buena parte del terreno habitado de Umbra. Su labor tenía una parte científica, pero se trataba sobre todo de una tarea de observación: ir recorriendo la sección del perímetro que le correspondía para asegurarse de que los conductos del oxígeno no estaban obstruidos, revisar la presión, apreciar en qué partes el agua condensada en la burbuja volvía a caer en forma de gotas sin necesidad de nubes, pues las nubes estaban por encima, lejos de su alcance. Lo que más le gustaba era guiar la labor de los limpiadores que ascendían por unas escalerillas desplegables que parecían no tener fin. La limpieza debía hacerse regularmente para facilitar el paso de la luz de la luna cuando el ciclo lo permitía y para recolectar el moho que se creaba en la superficie al interactuar los rayos lunares con el agua condensada. Las cosechas, abundantes y regulares, con un sabor húmedo que recordaba a los bosques que habían perdido, eran parte importante de la dieta popular.

Disfrutaba subiéndose ella también a aquellas escalas para acercar la cara a la superficie de la burbuja y mirar hacia lo alto, sin miedo del suelo oscuro y lejano, bien protegida por un traje térmico especial. Al otro lado estaba la porción de atmósfera que les había tocado en suerte y contra la que los umbrios luchaban para sobrevivir: las temperaturas imposibles y los tornados, pero también la luna unos cuantos días por mes, abriéndose paso entre las nubes en un trono de luz metálica, siempre cambiante. Por eso, durante el Ruego al Sol, la altura no le había impactado, pues estaba acostumbrada a elevarse aún más arriba, peldaño tras peldaño, pero sí la multitud moviéndose al unísono abajo en la distancia. La visión era muy distinta de los páramos helados y las tormentas extremas.

El edificio de su estación de control estaba pegado a la burbuja, siguiendo el dibujo de la curva en su punto más bajo. De ella surgían

nervios en todas direcciones con los sensores básicos para la evaluación del estado de su sector. Todas las habitaciones estaban orientadas hacia el interior, pero una gran sala se abría frente a la pared de la burbuja, desde el suelo hasta unos veinte metros de altura, con unos focos de vigilancia siempre encendidos para contemplar el mundo indómito del que les separaba apenas una pared transparente. En aquella estancia se hacía guardia por turnos para describir cualquier fenómeno exterior digno de ser registrado. Rara vez se trataba de algo que no fueran las tormentas o los choques de objetos arrastrados por el viento desde los pueblos cercanos, que quedaron desiertos cuando se instaló la burbuja. Lo indómito estaba allí, a un palmo de distancia. Mirando a la izquierda desde la sala se podía contemplar el principio de la Llanura de las Últimas Posturas. Lo que ocurría en ella hacía mucho que no quedaba registrado, pero había sido lo que más le había impactado a su llegada: de cuando en cuando un suicida hacía uso de las cámaras de vacío creadas para una eventual necesidad de comunicarse con el exterior y una vez al otro lado daba un último paseo, avanzando unos minutos en la llanura helada hasta que el frío imposible le dejaba inmóvil para siempre. A los más desesperados les sorprendía la muerte hechos un ovillo en el suelo o arrastrándose intentando volver sobre sus pasos, pero había también suicidas estetas que querían permanecer congelados en un gesto preciso, elegir su postura para la eternidad. Salían previstos de una silla o de algún otro soporte y, una vez alcanzada la postura elegida, se tomaban una droga paralizante para que el cuerpo no les jugara la mala pasada de hacerlos caer al suelo. Querían morir, pero no se olvidaban de la suerte que correría la cáscara del cuerpo desprovista de alma. Ya que por la acción del frío nada los diferenciaría de una estatua, ejercían su derecho a elegir la estatua que serían. Quizá les reconfortaba ese último gesto de rebeldía contra el mundo que habían decidido abandonar. Bárbara era incapaz de imaginar la desesperación que había detrás de cada silueta helada, pero se sorprendía contemplando a menudo desde la sala las figuras que se encontraban más cerca de la estación, olvidando su condición de suicidas muertos hacía tiempo, preguntándoles mentalmente cosas

sobre sus vidas o pidiendo consejo para la suya. En aquel entorno desolado, aquellas presencias inmóviles despertaban en ella una extraña ternura y habían ido conformando algo parecido a una familia.

La porción de la llanura que quedaba dentro del halo de los focos parecía un tablero de ajedrez caótico, o un almacén de estatuas olvidadas. La sala de observación nunca se incluía en el recorrido de las comitivas oficiales que de tanto en tanto aparecían por allí para alentar el trabajo vital que desarrollaban. Los altos dignatarios conocían la crudeza del clima contra el que luchaban, pero una cosa es saber y otra contemplar el desierto helado del exterior o a los suicidas congelados. Durante las visitas se sustituía lo atroz de esa visión por una explicación técnica o por más tiempo en las salas de medición. Bárbara había conocido a Felipe en una de aquellas visitas, en la que él participaba en calidad de principal productor de ecoral, suministrando —gracias a un jugoso contrato estatal— energía a las centrales cercanas para calentar el interior de la burbuja sin descanso, aislándola del frío extremo y haciendo subir la temperatura al mínimo necesario para mantener una vida gélida, pero vida al fin y al cabo. Los trajes térmicos hacían el resto. Si Bárbara se fijó en Felipe es porque tenía algo que le recordaba a uno de aquellos hombres sorprendidos por la muerte, al que era su preferido: la mano colocada en visera sobre los ojos, para poder ver a través de la ventisca y discernir lo que le viene de frente. Admiraba a aquel desconocido que llevaba inerte más tiempo del que ella llevaba destinada en aquella estación. Era a él a quien confiaba sus dudas y pensamientos durante las largas horas de guardia en la sala. Incluso le había puesto nombre: Yves. Durante la visita Felipe pidió ver la sala de vigilancia, y lo primero que hizo al entrar fue acercarse al cristal con las manos en el mismo gesto sobre los ojos para ver lo más lejos posible. Por un instante el escorzo de su posición le permitió a Bárbara contemplar las dos figuras al mismo tiempo; el vivo y el muerto, y fantaseó un segundo con aquella superposición. Ambos hombres debían de ser de aquellos que no pierden nunca el control de sí mismos, ni tan siquiera en el último momento, hombres ostentosamente físicos, con los cabellos rizados dibujando un volumen

tan acusado que parecían hechos de roca tallada. A diferencia de Yves, que era un interlocutor inmóvil cuya vida tenía que imaginar, Felipe se movía con seguridad, ocupando el espacio. Tenía un apretón de manos fuerte, acostumbrado a mirar sin escasez de luz, a escrutar los ojos de quien estaba delante. Una mirada así, para alguien acostumbrado a la penumbra en el mejor de los casos, resultaba demasiado íntima. Parecía llegar en un vistazo, sin tan siquiera buscarlo, a los rincones más secretos de la personalidad del observado.

El deslumbramiento de Bárbara duró poco, lo suficiente como para que la relación entre ambos se convirtiera en un lazo de inercia que hacía más fácil seguir hacia delante que pisar el freno y cuestionarlo. Para Felipe, ella era una especie de emisaria: inteligente y misteriosa, había pasado años escrutando el territorio exterior a la burbuja desde la distancia, preocupándose por las constantes térmicas. Era lo más cercano a una exploradora de tierras lejanas y, sobre todo, era ajena al entorno en que él se movía: el mundo de las torres y los traductores, los bailes de disfraces y las sesiones del juego de ecos. La veía como alguien que se sentiría más cómoda en el interior de una mina abriendo una veta, a pesar de lo rudo de la tarea, que desocupada en un salón. Y, sin embargo, fue eso lo que terminó ocurriendo: Bárbara dejó su trabajo para instalarse en la casa de cristal labrado y esperarle mano sobre mano en el diván. Era la única solución práctica, pues los compromisos de Felipe no le permitían desplazarse con facilidad y las visitas repetidas al cinturón de la burbuja resultaban sospechosas. Para Bárbara, Felipe era una especie de sustituto de Yves y, como nunca había conocido al original, la idea que se había ido haciendo de su personalidad resultaba muy flexible. Yves cada vez se parecía más a Felipe, o quizá era al revés, pues las imágenes mentales de Yves que conservaba eran ya muy débiles y lejanas. En Felipe le impresionaba su seguridad, la facilidad con que todo se abría ante él. A nadie le resultaba un extraño: los que no conocían su figura, identificaban su nombre al instante. Para muchos Bárbara, a su lado, no podía ser otra que la señora Fumagalli, y la trataban como tal. Cuando aquello ocurría, sabía que podía comportarse sin restricciones, con la

familiaridad de la mujer que conoce de memoria a su marido, y jugar con ese rol. La confusión de la historia la entretenía, pues durante los últimos años había fantaseado mucho con la idea de dejarse seducir, que llegara a su vida algo que no fuera un nuevo compañero cortado por el mismo patrón. De ahí la historia imaginaria con Yves, los diálogos inventados, la búsqueda de asociaciones para fingir el tacto de sus ropas o la sensación de peinar su cabello ondulado hacia atrás, sintiendo una leve resistencia entre los dedos.

Pero lo que la conquistó de Felipe fueron los ecos. Nunca antes la habían seducido por medio de la voz. Tenía que ser difícil para los humanos de antes gestionar el amor con tantos estímulos: decirse, tocarse, oír el ruido de cada roce. ¿Qué era lo que les enamoraba en el pasado: los gestos, los sonidos o la voz? Con el silencio, la experiencia amorosa había ganado en sutilidad dérmica, pero había perdido la capacidad simultánea de jugar con significados. El diálogo táctil —que, por otra parte, Felipe denostaba— quedaba fuera de juego cuando las manos recorrían el cuerpo del otro, alcanzando apenas a dibujar una palabra a la carrera. El amor en Umbra estaba anclado a las sutilezas de la piel y sus recovecos; la imaginación y el relato sólo podían compartirse a posteriori. Eso era lo que había conocido Bárbara hasta entonces. Con Felipe, en cambio, descubría la sensación de los ecos acariciándole la piel, en un beso doble que acompañaba al beso físico hasta el punto de que no sabía a ciencia cierta dónde estaban los labios. Ella recibía aquel sacrificio de ecoral, de ecos liberados, como una bacante, lo que redoblaba la pasión. Para hacer aquello posible Felipe tenía su sombra: Dimas. Su presencia discreta no rompía el encanto del momento, ni se diría que hubiera en la sala una tercera persona. Le maravillaba su discreción. Parecía estar hecho en dos dimensiones, capaz de deslizarse y desaparecer en un instante a través de una grieta cualquiera. De hecho, sólo pensaba en él una vez que Felipe se dormía a su lado, al darse cuenta de que había desaparecido.

Pero todas las fascinaciones tienen fecha de caducidad; unos meses después de trasladarse a la casa y vagar por ella en soledad, todo empezó a desvaírse: la pasión por Felipe y la transposición de la

personalidad imaginada de Yves. Felipe era un esteta que se entregaba sin pensar a todo lo que le apasionaba. Bárbara le devolvía un espejo crítico que no estaba allí para reflejar sino para opinar, y de eso no iba a cansarse. Pero ella, acostumbrada al trabajo por turnos y a las rondas de reconocimiento, no podía seguir siendo la mujer que espera. Había rechazado la propuesta de contratar personal a su servicio porque sólo había una cosa que le hacía sentir peor que ser la mujer que espera: que los demás la percibiesen como tal, incapaz de hacer otra cosa.

Lo primero que necesitaba era encontrar una voz propia. Tenía que convertir su rol de escucha en un diálogo, crear reciprocidad. Felipe le enviaba a diario todo lo que podía necesitar: alimentos, trajes, mineral, todo ello escogido como accesorios para la compañera que creía que era, la que había sido por un tiempo. Imaginaba a Dimas seleccionando los fragmentos de ecoral que casarían con los que él traería cada noche, y de hecho así era: ella no tenía más que ir abriendo las bolas recibidas en orden cuando se producía un silencio. Llegó a odiar a Dimas, dudando de si buscaba satisfacer las expectativas de Felipe o si en realidad se divertía armando los diálogos como un director de escena, jugando con actores de carne y hueso que se mueven siguiendo la voz de un narrador.

Su rebelión empezó por las réplicas. Empezó a salir por las mañanas buscando a los marchantes de mineral. A la noche en su cajita se encontraban las frases que había escogido en vez de las líneas del guión. A partir de entonces iba a decir lo que quería. Tuvo que reconocer que Dimas tenía una fina psicología, pues muchas de las frases que le asignaba eran diálogos que ella misma hubiera escogido. Iba, pues, combinando sus hallazgos con el mineral que recibía a diario, cambiando los días, alterando el orden. Al principio creyó que iba a descubrir un gesto de sorpresa en Dimas o Felipe, pero nada de aquello ocurrió. Felipe debía ignorar la existencia de aquellas réplicas preparadas, aunque la lógica dictase que era él o alguien de su entorno quien le proporcionaba ecoral a Bárbara. Y Dimas se mostraba igual de impasible. Seguramente llevaba años perfeccionando ese estar sin estar, sin movimientos bruscos, el rostro vaciado, sin el más mínimo signo de

iniciativa.

Pronto se dio cuenta de que no podía ganar: según se volvían más osados los ecos que compraba, Dimas elevaba la apuesta con las frases que le asignaba y la llevaba al mismo terreno que ella había elegido. Toda iniciativa de choque se veía neutralizada, aunque en el fondo Dimas la estuviera ayudando a encontrar la voz que ambicionaba para sus intercambios con Felipe. Pero por aquel entonces Bárbara no tenía nada más que hacer que buscar los diálogos y obsesionarse con ellos. Se sentía aplastada por aquella maquinaria de vida en pausa que quería convertirla en personaje. Así, cuando los marchantes ya no le bastaron empezó a conectar con el mercado negro y a pagar grandes sumas al mejor postor por aquello que deseaba responderle a Felipe, hasta el punto de vivir al día. «Es mi frase, ¡quiero decirla!» era lo que repetía mentalmente cada vez que la lógica le recomendaba dejar pasar la ocasión, contentarse con los ecos designados. Aquellos individuos la inquietaban al principio al darle cita en rincones apartados, pero Bárbara no se dejaba atemorizar. Su valentía, y lo regular de los contactos, fue haciendo que se convirtieran poco a poco en conocidos. Empezó a saber cosas de sus vidas, primero generalidades y luego nombres propios de parejas, niños, familiares. Ella nunca dijo de quién era amante, pero no ocultaba su condición de mantenida. Cuando se cansaron de venderle a crédito, le propusieron pagar con servicios. «Tienes una casa grande para ti sola, vacía la mayor parte del día. ¿No te gustaría reducir tu deuda y ser parte de algo importante?»

Coro

Se entra en la vida sin saberlo. La consciencia primera ha de alumbrarse en un chasquido de cerilla, sin concebir un tiempo anterior al propio —como si hubiera existido siempre, porque «siempre» es el tiempo que nos corresponde—, y desde entonces va consumiendo oxígeno. Los pulmones sólo sirven para expulsar el dióxido de carbono de la presencia gastándose y evitar que ésta se apague. Alimentando la llama.

Así se entra también en resistencia, alimentando la llama, aunque al principio resistir sea un principio abstracto: ¿contra quién?, ¿desde dónde? No siempre hay guerra o enemigo claro. Resistir es más bien prepararse para ser castillo, pero no resulta fácil convertir la carne en materia que repela y rebote la hostilidad ignorando el arma con la que nos atacarán. Otra imagen, más precisa: resistir es mutar en joven volcán submarino, en bebé de volcán que va despertando la roca en su interior, fundiéndola con mimo, sabiendo que el agua se encuentra encima pero que ésta nada podrá frente a la explosión que se prepara. El agua sólo puede actuar por contacto, no puede apagar un fuego antes de que se desate. He ahí la ventaja del volcán y sus intestinos. Así, al agua no le queda más que seguir estando. Y aun cuando la corteza se rompa y la lava surja por fin, el agua no llevará las de ganar. Tarda en imponerse. Las lenguas ardientes se irán enfriando en su superficie, pero seguirán guardando calor en su interior durante mucho tiempo. Se diría que la lava se enfría por aburrimiento, cansada del peso de un líquido que apenas le hace cosquillas.

El que resiste sabe que el enemigo no es el agua, sino el hueco que el agua llena. No basta con romper el lecho oceánico: hay que salir a la superficie, convertirse en isla.

Marcel y Greta

Marcel empezó a no poder dormir por las noches. Le pesaba la excitación pero también la responsabilidad. ¿Estaba a la altura de guiar a Greta hacia la voz, a que intentase alcanzarla al menos? Le había tocado a él, pero ¿quién sino él? ¿Había acaso algún otro humano en una posición mejor? Al menos podía proporcionarle material para experimentar. La memoria sonora la construirían juntos. No sería muy distinto del resto de su trabajo: suponer, imaginar, proponer teorías sobre cómo era el mundo que había quedado atrás hacía milenios.

De repente, en medio de aquel monólogo interior se abrió paso algo inédito. Sintió un cambio pero tardó un rato en percatarse de qué se trataba. Era un sonido mínimo que apenas llegaba hasta él, repitiéndose de manera rítmica. ¿Estaba acaso despierta Greta? Se acercó hasta la habitación y la veló un rato desde la puerta. La luz de la luna en cuarto menguante daba un mínimo matiz plateado a la oscuridad. En el interior, perdida en el sueño y sin percatarse de ello, Greta había dado un paso de gigante: había empezado a hacer ruido al respirar.

Madejas de polvo

«He venido porque necesito que me cuentes lo que ocurrió, y cómo.» Sentada en la sala, Vera había retomado el dominio de sí misma tras el regreso a la infancia que había supuesto el paseo por el almacén. La urgencia con que había emprendido el viaje se había reactivado, digitando las palabras apresuradamente en el antebrazo de su abuela antes de que ella pudiera tomar la iniciativa y abrir un tema de conversación. «Ay, hija, han pasado tantas cosas que si empezara a contártelas todas no terminaríamos nunca. Tomemos un bocado y luego te cuento lo que quieras. No tengo que entregar la próxima pieza hasta dentro de unos días.» Dando por terminada su búsqueda, Frida apagó la lámpara y ambas se quedaron quietas mientras los ojos se acostumbraban de nuevo a la oscuridad. A pesar de la impaciencia de Vera, Frida se tomó su tiempo en comer. Era una mujer menuda; sus bocados parecían erosionar la superficie de lo que mordía más que hacerla reducirse. En un momento dado se estiró hacia su brazo para preguntarle: «Por cierto, ¿cómo está Marcel?». Vera había terminado su plato hacía rato, pero sabía que Frida no daría pie a la conversación que buscaba hasta que lo creyera oportuno, y era cierto que le debía un relato de su vida reciente. Se acomodó y empezó a contarle en táctil:

—Hace unos cuantos meses que no vivimos juntos. No pasa nada, todo está bien, pero le ofrecieron el puesto de jefe en la excavación arqueológica de Tiente y lo aceptó. Ya sabes que siempre ha estado convencido de que aquél es el emplazamiento de París, y no parará hasta excavar cada palmo del páramo para comprobar si tiene o no razón.

Frida seguía enfrascada en su plato sin dar signos de querer responder, por lo que Vera prosiguió. Ya que no podía llenar el silencio con sonido, el nerviosismo llevaba a llenar el tiempo con palabras

táctiles:

—Me preguntó si quería irme con él. Yo sabía que llevaba años soñando con esta oportunidad, que estaba harto de su trabajo en el Ministerio, que clasificar restos para las exploraciones mineras era una labor técnica y poco valorada, pero le dije que no podía acompañarle. Me ha costado mucho acostumbrarme a la capital, y ahora sólo me siento segura con gente alrededor. Sé que para ti las avenidas de Ciudad Eclipse con sus carriles designados y las pistas olfativas indicando los puntos cardinales son una pesadilla, pero yo me siento acompañada. Hay días en que voy a la estación de tren a pasar el rato antes de mi turno en la cadena. No espero a nadie, sólo busco sentir el roce de la gente al pasar. ¿Qué iba a hacer yo en Tiente, donde todos se conocen y es más habitual ir a buscar a una persona para darle un mensaje que enviarlo a través de la cadena?

—¿Y qué te dijo él? —Frida despertó por fin.

—Ya lo conoces, le pareció bien. Eso también me cansa, que me comprenda siempre, que no haya el más mínimo indicio de descontento o resquemor. Le he dejado irse solo para abrir un yacimiento en medio de ninguna parte y no le importa. Al contrario, así puede vivir constantemente inmerso en la excavación, sin distracciones. Va a acabar convirtiéndose en uno de esos trozos de espejo circulares que desentierra y que quién sabe para qué servían, o directamente en un fósil. Vive en París aunque aún no la haya encontrado; lo demás es accesorio. Pero yo no vivo en París. No puede obligarme a compartir su fantasía, soy incapaz de imaginar una ciudad que desapareció hace tanto y nadie sabe dónde está. Si quedó abandonada y cubierta por el tiempo eso demuestra que llegó un momento en el que no había diferencia en si seguía existiendo o no. Como la voz, como la luz, como todo. Olvidamos cómo eran las cosas antes y nos inventamos otra manera de hacer lo que hacíamos. Mi vida ocurre en presente. Vivo en Ciudad Eclipse y tengo un trabajo que no puedo dejar.

—¿Sigues en el mismo eslabón?

—Sí, es el mismo desde que llegué, pero ya sabes que lo que se busca es la continuidad. ¿Qué iba a pasar con todos si yo me fuera? Hay

quienes vienen buscándome a mí para transmitir sus mensajes y que sólo quieren escuchar la respuesta por mis dedos. No puedo dejarles colgados.

—¿Y eso te halaga?

—En realidad me angustia, pero es mi responsabilidad. Comprendo que para ellos es algo a lo que aferrarse, una intriga. Cada mensaje contiene una novedad, aunque resulta pueril esa confianza ciega en la comunicación. A mí me cuesta tomar en serio los mensajes que me llegan, resulta demasiado abstracto que una persona ajena me transmita palabras que me están destinadas. Marcel me escribe todas las semanas para contarme variantes de lo mismo. Aunque el mensaje refleje fielmente sus palabras, no me llegan de él, sino de tercera mano. El significado se mantiene, pero el tacto que me lo trae es prestado. Yo ya le advertí que no le contestaría. Le contaré todo lo que le tenga que contar cuando estemos juntos y lo que toque sea su piel y no la de un intermediario.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Recibo noticias suyas de cuando en cuando.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

Vera hizo una pausa, sorprendida.

—Tranquila, no conspiramos a tus espaldas. Cuando consiguió el puesto en Tiente me envió un mensaje para que le ayudara a ponerse en contacto con el antiguo jefe de exploraciones de Fumagalli, un buen amigo mío que vive aquí cerca y que, a pesar de haberse retirado hace tiempo, tiene una memoria excepcional. Marcel quería saber si se hicieron prospecciones mineras alguna vez en Tiente, pues la excavación arqueológica llevaba tiempo parada y se había perdido la información de los estudios previos. Le habían dicho que aquellos terrenos se habían explotado hacía muchísimo tiempo, pero no tenía la certeza. Si hubo minas y París estaba allí, algún indicio habrían descubierto, aunque fuera destrozando parte de su trazado. Y, si no era así, tenía miedo de que alguien de la Fumagalli apareciera de repente por allí buscando mineral y lo arruinara todo, sabiendo que eso

primaría sobre cualquier interés histórico... Afortunadamente, Rafael recordaba todos los detalles: hará unos sesenta años habían considerado buscar mineral en Tiente, pero en los archivos constaba que en la primera época tras el Gran Silencio ya se habían explotado y agotado un par de yacimientos en la zona, por lo que no había interés. Lo que no pude contarle a Marcel, porque Rafael me pidió discreción al enviar el mensaje en la cadena táctil (sí, ya sé que juráis confidencialidad, pero los Fumagalli están por todas partes y él ha visto mucho durante todos esos años...), es que en aquel entonces Rafael no había sido completamente honesto con sus jefes. Él es también un apasionado de la arqueología, sabía que los restos de París podrían estar en alguna parte bajo la superficie de Tiente. Y conociendo la empresa y la ambición de los dueños (era el padre de Felipe quien estaba a cargo en aquel entonces), sabía que nada los detendría ante la perspectiva de una buena explotación de ecoral. Llegado ese punto, el Estado no haría nada para defender el interés arqueológico del sitio. Por eso inventó la historia y falseó los registros. Se arriesgó porque nadie más tendría el ánimo de irse a buscar a los archivos.

—Entonces ¿eso quiere decir que puede haber ecoral también en Tiente?

—Eso es lo que quiero decirle, pero he de hacerlo en persona. Si se encontrara una veta de ecoral allí, Marcel seguramente tendría las respuestas que busca, sabría si el suelo que pisa fue un día el de París.

—¿Le has dicho que venga?

—Sí, pero me respondió que no tiene mucho tiempo y que primero quería ir a verte a ti si conseguía escaparse unos días. Espero que no os hayáis cruzado en el camino...

El cuerpo de Vera estaba desgarbado, las manos tensas, su expresión difícil de interpretar. No conseguía adecuar su gesto al estereotipo de «nieta adulta que dialoga con su abuela» o al de «joven inmersa en una conversación». Tardó unos minutos en percatarse del desajuste, y varios más en corregirlo. Le costaba aceptar que su abuela, a quien no veía desde hacía varios años, tuviera noticias que darle sobre su pareja y más aún que fuese portadora de revelaciones que podrían dar un giro a

su trabajo. A pesar de su carácter independiente le dolía estar al margen, que dos personas queridas que se conocían gracias a ella hubieran construido lazos que la excluían. Marcel no había acudido a Vera para mandar aquel primer mensaje destinado a Frida desde Ciudad Eclipse, había preferido confiar las palabras a otro, probablemente para no hacerla partícipe de las dudas que le rondaban. «Para no influir en mi decisión», se dijo. Pero su decisión nunca fue tal, la tomó sin tomarla para continuar su vida intacta: el trabajo en la cadena, los vecinos, paseos al centro. Continuar las mismas rutinas, pero sin Marcel.

Últimamente se encontraba en situaciones así, fuera de lugar. A menudo el desajuste venía de ella: renegaba de los mensajes táctiles para comunicarse aunque eran la esencia de su trabajo, acogía a una familia la víspera del Ruego al Sol y no conseguía sacar nada en claro de una discusión larga y rica. Y después estaba el mensaje de su abuelo, que había hecho aflorar a la superficie una culpa desconocida pero no ajena, que empeoraba por la sospecha de no sentirse lo suficientemente culpable, por albergar en algún rincón del pensamiento la intuición de que quizá ella habría hecho lo mismo.

Se recompuso. Era por ese mensaje que estaba allí, buscando respuestas, pero tardó un rato en formular la primera pregunta:

—El abuelo me mandó un mensaje antes del Ruego. Era una historia distinta a la que siempre nos contasteis. Me hablaba de lo que pasó cuando se fue el sol, de su participación en tribunales populares que enviaron a gente a la hoguera y cómo seguía convencido de haber hecho lo correcto. ¿Es eso verdad?

Hubo una larga pausa. Cuando por fin respondió, el tacto de Frida era lento, como si necesitara sopesar todos los hilos de la historia:

—Debería haberme avisado antes de enviar el mensaje, pero en cierto modo lo sospechaba. Hicieron un pacto para guardar aquello en secreto durante cincuenta años. Me pidieron lo mismo, pero yo les respondí que no podía garantizarles nada y lo respetaron. Les prometí callar durante un tiempo prudencial, nada más. Podría sentir la necesidad de contarlo antes o, al contrario, no sentirla jamás. Y creo

que de no haber venido tú ahora probablemente nunca habría puesto en palabras mi relato de aquel tiempo. Los errores que se cometen cuando las circunstancias nos abruman no pueden ser juzgados de la misma manera. Pero el hecho de haber estado convencidos de hacer lo correcto no quita el peso ni la responsabilidad... Espera. Necesito un momento para organizar mis recuerdos antes de empezar a contarte.

—Claro. Recojo la mesa y voy a organizar mis cosas al cuarto. ¿Puedo ocupar el mismo de siempre?

—Sí, instálate donde quieras, pero tendrás que limpiarlo un poco. No deja de ser hermoso pensar que nadie lo ha usado durante mucho tiempo. El polvo es señal de lo intacto que está. Puedes pensar si quieres que te estaba esperando. De hecho, probablemente nadie lo haya ocupado desde la última vez que vinisteis Marcel y tú hace unos años. Aquí la gente viene por las joyas, no para hacerme compañía.

El cuarto estaba en la zona delantera. Formaba parte de la sección estándar de la casa, de paredes transparentes. Había sido su habitación favorita desde siempre porque la cama estaba colocada contra la pared principal y al despertarse podía inmediatamente mirar hacia afuera, envuelta en la colcha térmica, para atisbar el exterior. Se acercó al ventanal. Ventigallia quedaba a su espalda; de frente se extendían los restos de un bosque seco que había sido denso en otra época. Los días de luna podía pasarse horas mirando la luz metálica jugando con aquellas formas, dando una vida prestada a unos troncos que habían perdido las hojas y la salvia mucho tiempo atrás. Le gustaba imaginarlos como columnas irregulares que sostenían una bóveda de oscuridad matizada. Había fantaseado mil veces con adentrarse en aquel bosque pero por un motivo u otro nunca se había decidido. Se dijo que en ese viaje encontraría un momento para hacerlo, prometió no olvidar aquella intención. Volvió a tomar conciencia del trapo que llevaba en la mano, pero algo le impedía ponerse a limpiar. Al recorrer el borde de la cama con los dedos corroboró las palabras de Frida: todo estaba cubierto de una espesa capa de polvo. Le gustaba la idea del polvo como metáfora del tiempo. Que Marcel y ella hubieran sido las últimas personas que habían dormido allí creaba una suerte de

continuidad. Podía retomar su estancia como si acabara de marcharse. El lapso intermedio no contaba, pues había ocurrido lejos y, por lo tanto, se anulaba con su regreso. El recuerdo de aquella última visita era nebuloso, no había dejado poso en ella, pero ahora tomaba un cariz distinto, de punto de enlace con el presente. Tuvo que admitir que lo que quería era recuperar a Marcel a través de aquel lugar que habían compartido. Desde que partió a la excavación en Tiente su ausencia había sido un botón de pausa: no estaba en su vida, ni ella en la de él; lo imaginaba borroso, haciendo cosas que no importaban porque no las podía percibir con claridad. Las palabras de Frida le habían vuelto a dar consistencia. Escuchar en tercera persona detalles de su vida lo alejaban de ella. Se tumbó en la cama y permaneció un rato muy quieta, dejando que su peso fuera apisonando y dispersando la pelusa hacia los lados. Bajo aquella capa de polvo debía estar intacta la esencia de quien había sido cinco años atrás. Después fue rodando hacia el otro lado de la cama, el que le correspondía a Marcel. Cerró los ojos buscando un resto de calor y se quedó muy quieta, aunque sabía que lo que buscaba no estaba ahí. Dormiría sobre la colcha, limpiando el cuarto sólo con el uso. Los rincones que no utilizase guardarían la capa de polvo intacta para cuando viniera Marcel. Aunque no se viesen, ella le dejaría las huellas de sus gestos recientes. Él, acostumbrado a los estratos, sabría leerlas en su ausencia.

Cuando bajó de nuevo a la sala, lo hizo convertida en una mezcla de tiempos. La capa de polvo que se le había adherido le daba un toque fantasmal. Encontró a Frida en la misma postura, aún sentada a la mesa.

—Siéntate y ponte cómoda. Necesito tiempo. No es fácil dar forma a los recuerdos...

Coro

Estrenasteis la burbuja artificial, un gran escenario en el que no había nada que ver, pero todo ocurría atropelladamente. Lo anterior se va desvaneciendo del fondo de los espejos, que van rajándose y caen a cámara lenta. El mundo externo a aquel gran teatro había quedado fuera de vuestro alcance, sumergido en un frío inconcebible. En el interior se guarda el calor providencial, a golpe de ecoral requisado. El régimen marcial de la supervivencia es el único posible: mantener la temperatura para seguir respirando y multiplicándoos, concentrados en esa protuberancia artificial que le dibujasteis a la tierra.

Lo que os sobrevino fue una versión inferior de la vida, llena de puertas cerradas. Humanos hechos pedazos de roca, cerrados e incapaces de comunicar, mimetizados en las galerías de las minas. Sólo en lo profundo, donde nunca había llegado la luz, las cosas se mantenían intactas. Harían falta más mineros, más combustión de ecoral para que no se os helase la sangre. El resto de las labores perdieron sentido. Se requería templanza para reconstruirlas desde cero, pero aún faltaba mucho para que os centraseis en lo práctico. Tardasteis en daros cuenta de que iba en serio. Continuabais con vuestras rutinas, ya desprovistas de sentido, como asidero. Conocíamos las escenas desde siempre, sabíamos que llegarían a encarnarse: Frida y su marido Lucrecio avanzando a tientas, tropezando, para pasar la jornada sentados en la tienda de diálogo que regentaban, conscientes de que no quedaba una sola esfera en los estantes y que no habría más clientes. Su antiguo proveedor, Ettore, poniéndose con mimo el traje térmico como si fuera un esmoquin, colocando y recolocando cada objeto en la oscuridad para encontrarlos en un orden perfecto. Una artista llamada Dafne cubriendo con telas negras los espejos con los que trabajaba, en duelo por no poder crear más cuadros efímeros en su

azogue. Está poseída por una idea: la vemos recorrer incansablemente el mismo camino para esconder su colección de mineral antes de que vengan a requisarla. Nada se nos escapa, tampoco los últimos minutos de aquellos de los que nunca más se supo, que se cayeron por unas escaleras o tuvieron un ataque y nadie se topó con ellos a tiempo en la oscuridad.

El ámbito del mundo pasó a ser el diámetro de la mano extendida, el pie que tantea el suelo. Los límites de los lugares picaban en la primera partida del juego de luz vaciada. Siempre fuisteis tramposos, faltos de concentración y entereza para afrontar la derrota. Los que quisisteis tomar al asalto la frontera que os separaba de Samas, tras la que se escondía la geografía de la luz plena, os topasteis con una barrera que disolvía todo lo que tocaba y tras aplastar la esperanza, con las manos y las rodillas laceradas, prácticamente irreconocibles, emprendisteis el regreso.

Sólo nos preguntamos por qué tardasteis tanto en cortar el cordón umbilical que os había conectado con el sol y sus ciclos. Notasteis que empezaba a infectarse, llegaron la fiebre y el delirio, pero os aterrorizaba perderlo, aunque pudiera acabar con vosotros. Sin él estaríais faltos de intención, desprovistos de anclaje. Os decidisteis en el último momento, cuando la infección amenazaba con volverse gangrena. Hubiera sido una pena que después de tantos esfuerzos vuestro mérito consistiera en ser los últimos umbrios en morir.

El recuerdo de la luz aún os duele cuando aumenta la humedad, y en el lugar del ombligo os quedó una rabia sorda.

¿Cómo definirías a un culpable?

—Créeme, Vera, no exagero si te digo que perdimos la individualidad y la perspectiva. Nos convertimos en una bandada de hombres y mujeres, sin organización, al margen de la sociedad anterior y muy lejos de la inteligencia colectiva de los animales. Tomamos los campos y las plazas. Había que construir un mundo, pero para nosotros no había tareas urgentes más allá de aquel estar juntos y enloquecer. ¿Conoces la historia de Adán y Eva? Nosotros éramos Adanes y Evas recién expulsados del paraíso, lanzados a una realidad cuyas reglas se nos escapaban. No podíamos hablar, ni mirarnos. Carecíamos de la energía para hacer funcionar nuestros aparatos. Entonces alguien, uno cualquiera del grupo, redescubrió cómo encender una hoguera frotando unos palos. Lo mismo ocurrió por toda Umbra. Al retroceder en el progreso, un camino que hasta entonces había avanzado en sentido único, descubrimos que todo lo que aprendieron nuestros antepasados para sobrevivir estaba intacto en el instinto. Habíamos recuperado el fuego primitivo pero las hogueras, lejos de calmarnos, nos enfurecieron. Al empezar a ver de nuevo todo fue a peor. Creíamos que el mundo tal y como lo habíamos conocido estaba intacto, solo que inaccesible a causa de la oscuridad, pero la danza de las llamas nos hizo tomar conciencia de nuestra naturaleza grotesca. Los perfiles bailaban de manera burlona, las sombras crecían agrandando narices, frentes, manos. Nada estaba quieto. Hasta la mirada más amorosa parecía estar rodeada de un halo amenazador.

»¿Qué le dices a una bandada de pájaros que se olvidan del animal que son? Nuestra respuesta fue la única posible: destruir. La tensión crecía día tras día. Piensa que pasábamos el tiempo en aquella densidad de trajes térmicos recién estrenados, sintiéndonos incómodos a cada gesto, odiando, pues el odio es el sentimiento que más florece en la

desesperación. Los rudimentos del lenguaje táctil iban apareciendo a tirones, con momentos de consenso y otros de rechazo ante aquellos que querían normalizar e imponer su lógica. Los más débiles —que eran en muchos casos los que más fuertes habían sido antes de la desaparición del sol— enloquecieron y se empujaron unos a otros al fuego. Nadie estaba a salvo de convertirse en el objetivo de una explosión de furia momentánea. Se crearon bandas que se movían por una lógica imposible de cuestionar, pues el fantasma irracional que había despertado diluía lo singular. Cualquier excusa podía ser motivo para que alguien terminara siendo pasto de las llamas. Para ellos el valor principal del cuerpo era convertirse en combustible. Lo primordial era que la hoguera no perdiera fuerza y a través del fuego aplacar a los dioses. Muchos acarrearon sus pertenencias hasta allí para intentar ofrecerlas como moneda de trueque: no me quemes, toma mis muebles, que arderán mejor que yo. Los hubo que fueron lanzados igual, después de haber visto reducido a cenizas todo lo que poseían. En aquel reino de lo arbitrario, un grupo de personas intentó establecer un cierto orden. Tu abuelo fue uno de ellos.

»Sabes que siempre ha sido un hombre de pocas palabras. No sé cómo te habrá contado todo aquello en su mensaje, pero no lo creas cruel, ni cobarde. En medio del caos, una docena de hombres y mujeres se alejaron de la explanada. Se dice que la hoguera de Tartessia era de las más grandes, y es posible que así fuera. La altura del fuego había actuado como un imán para toda la región; en vez de intentar encender otra hoguera preferían acercarse a aquella pira monstruosa. Dondequiera que se mirase había riadas de gente. El grupo de tu abuelo era el único que iba en sentido contrario. Tuvieron que caminar varias horas hasta encontrarse solos en la oscuridad, y allí establecieron las reglas de una justicia provisional que redujera la arbitrariedad de las purgas. Nadie podría lanzar a nadie al fuego sin pasar antes por un tribunal. Para permitir los juicios se establecerían normas básicas para unificar los dialectos táctiles y permitir la defensa y la acusación. Los miembros del tribunal irían alternando los roles periódicamente, para no enrocarse en la tendencia al castigo o la absolución, mientras que

los denunciantes debían sustanciar el caso aportando pruebas. La premisa de fondo debía estar clara: sólo podían ser acusados aquellos sobre los que hubiera indicios de culpabilidad. Se juzgaría un único delito: haber impulsado la desaparición del sol, por acción o por omisión.

»Me dirás que en esas circunstancias buscar y juzgar culpables racionalmente es igual de descabellado que hacerlo arbitrariamente, o incluso más, pero no quiero imaginar lo que habría ocurrido si no se hubieran establecido esas mínimas reglas. Íbamos camino de convertirnos en salvajes. Habríamos perecido todos, uno tras otro, pasto de las llamas. El último que sobreviviera, el más salvaje, no habría pensado en crear otra humanidad desde cero sino que, cegado por la furia y el deseo de venganza, incapaz de encontrar un objeto para personalizar su odio, habría terminado lanzándose él mismo a la pira.

»Cuando el grupo regresó, la propuesta no fue bien recibida. Lo vieron como una imposición, otra elite que quería dictar las normas para comunicarse y tener la última palabra en las condenas. Bastante tenían con la oscuridad y la falta de ecoral como para encima dejar que les dictasen un nuevo orden. La respuesta fue clara: la autoridad debía emanar del pueblo, responder a su furia. Dos amigas cercanas intentaron negociar para buscar un acuerdo y acabaron pisoteadas por la turba. Temí por tu abuelo, pero me daba aún más miedo que aquella situación se prolongase. No estábamos seguros en ninguna parte, los grupos violentos lo habían saqueado todo. Tu abuelo y sus compañeros en el Comité de Justicia no se rindieron, identificaron a los cabecillas y se sentaron con ellos a negociar. Lo que querían era simple: dictar sentencias. Lo mismo que hacían, pero con legitimidad. Las bandas exigían ser incluidas en los tribunales. Finalmente llegaron a un acuerdo: cada función sería desempeñada siempre por dos personas, una del Comité de Justicia y otra de las bandas populares. Así, las decisiones serían equilibradas y aceptadas como justas por la multitud.

»Improvisaron un estrado a unos metros de la hoguera, las casas más cercanas se convirtieron en celdas y la maquinaria empezó a rodar.

¿Cómo definirías a un culpable? Ésa fue la primera pregunta a la que tuvieron que encontrar respuesta, porque no bastaba con establecer un tribunal, sino que era necesario ir alimentando a la bestia, personificar el odio y la culpa en unos pocos para que el resto estuviéramos a salvo. El primer juicio que presencié fue difícil. La lengua táctil aún no estaba lo suficientemente desarrollada y daba la sensación de un tartamudeo. El acusado era un hombre de unos cincuenta años, muy delgado, antiguo gerente de una compañía de navegación. Creo que apenas se dio cuenta de lo que ocurría. Muchas frases se perdían, o resultaban disparatadas. Tampoco estaba garantizada la fidelidad de la cadena que transmitía su desarrollo en directo, antebrazo tras antebrazo, multiplicándose para que todo el que quisiera saber supiera. La comunicación ocurría en una lengua ajena que no sólo no dominaban, sino que estaba siendo inventada con cada juicio. ¿Nunca te has preguntado el porqué de las convenciones táctiles limitando la zona de pulsiones digitales al antebrazo, las manos y los hombros? Era para permitir a los condenados comunicarse en una superficie pequeña de piel a pesar de estar maniatados; después se impuso por comodidad. Fue entonces también cuando se estableció que el resto del cuerpo quedaba reservado a la comunicación íntima. El código fijó también un gesto que nadie quería sentir, el de una mano abierta en la parte trasera del cráneo. Ésa era la señal que indicaba a la persona que estaba detenida, sospechosa de un cargo único, siempre el mismo: traición a la humanidad. Tras el veredicto, los condenados pasaban una jornada en las celdas, durante la que tomaban la última decisión de su vida: entrar por su propio pie en la hoguera o ser sedados y lanzados a la misma.

»Admiré a tu abuelo por su valentía para imponer un mínimo orden en aquel caos, pero poco a poco fue perdiendo la perspectiva. Se olvidó de los principios en los que había sido fundado el Comité de Justicia: la pena capital había sido establecida como un mal menor transitorio para reducir la sed de venganza del pueblo. Llegó un momento en el que empezó a creer que los culpables merecían morir para permitir el regreso del sol, y que cuanto antes se les juzgara y condenara antes sobrepasaríamos aquella época oscura. Sus condenas se volvieron más

frecuentes para “limpiar” Tartessia lo antes posible de todo individuo-lastre. Los jefes de las bandas populares se hicieron fuertes e impunes, y tu abuelo aprendió a pensar como ellos. Vi juzgar y morir a maestros, jefes de explotaciones agrícolas, pintores, meteorólogos, científicos, adivinos... Conociendo la dinámica, muchos renunciaban a la defensa y se declaraban culpables, confesando haber actuado en solitario para evitar que sus familiares fueran también acusados de traición.

»Me resultaba doloroso que jaleasen las quemas como un espectáculo, pero así estábamos entonces, sedientos de sangre. Durante el año en que el tribunal estuvo activo se ejecutó a una persona al día. Te parecerá irónico, pero fue un éxito, pues las primeras quemas populares mandaban a decenas a la hoguera a diario. Aun así, no podía convencerme de aquel dogma. Las llamas difundían un olor inconfundible que se me ha quedado impregnado hasta hoy. A pesar de todo, me dije que apoyaría a tu abuelo hasta el final de aquel año. Quería seguir creyendo en él, pero sus acciones y reacciones se alejaban cada vez más del hombre que quise. No le juzgo con severidad, pues probablemente quiso protegerme, callando sobre los horrores que vivía y otros aún mayores que estaban siempre latentes y que yo no conseguía imaginar. De no ser por tu abuelo y los otros miembros del Comité de Justicia puede que ninguno hubiéramos escapado al afán autodestructor de la masa.

»Antes de romper lazos con él, quise hacer un último intento por comprenderle. Ocurrieron dos hechos que cambiaron mi vida para siempre: ese año nació tu madre, Dafne, y mi mejor amiga, que se llamaba igual, murió en la hoguera. Nunca te he hablado de ella, me resulta demasiado doloroso. Era una artista que creaba unas increíbles instalaciones con espejos: salas que parecían estar vacías pero, según las ibas recorriendo te topabas con el reflejo de cosas que no podían estar allí. Parecía magia. Es en su memoria que coloqué el espejo en la puerta de casa. “Su labor robaba luz, quitaba energía al sol” dijo el juez de turno. Tu abuelo me consiguió un permiso para pasar con ella el día previo a su ejecución. Estuvimos mucho rato abrazadas, llorando, pero de repente Dafne recobró la serenidad y me pidió que prestara

atención. Tenía algo que decirme. Antes de que se confirmara la llegada definitiva de la oscuridad, había escondido su colección de ecoral en las calderas de una fábrica abandonada. Me pidió que fuera a buscar su fragmento más querido, que guardaba envuelto en una bolsa de terciopelo rojo. Quería liberar el eco que contenía justo antes de morir. No es momento para relatar las dificultades que encontré en el camino y lo que me costó dar con las calderas y con aquella bolsita, pero regresé a tiempo. “Esta colección ya no me servirá de nada. Quiero regalarla a otros que pasen por lo mismo que yo. No olvides que siempre trabajé con espejos. Los futuros condenados serán mi reflejo. Siento el peso de todo lo que han pensado y sufrido en esta sala los que me han precedido. Yo ya no podré hacer este regalo a los que vengan, pero tú sí.”

—Mi madre me habló de ella alguna vez, cuando le pedía jugar con el collar que lleva siempre al cuello, pero nunca quiso darme detalles de por qué le habías puesto su nombre. ¿Fueron suyas esas esferas? –la interrumpió Vera.

—Sí. En los primeros tiempos era peligroso llevar ecoral visible, así que lo guardé y se lo regalé cuando cumplió dieciocho años. Le conté entonces quién había sido Dafne, historias de momentos alegres que compartimos, pero sin revelar las circunstancias de su muerte en la hoguera.

»Aquella noche pasamos el tiempo que le quedaba planificando cómo yo proveería a los futuros condenados de una bola de ecoral que fuese relevante para ellos y sus vidas. “Ya que nos sacrificamos, que nos permitan la dignidad de decir algo en voz alta antes de partir.” Dafne sabía de mi capacidad para percibir los ecos sin romper el mineral. “Escucha a cada condenado y elige lo que se ajuste más a su deseo de mensaje. Aunque nadie más que ellos y tú lo oiga, la voz tendrá presencia fuera de su cuerpo, el cual en breve va a dejar de ser. Al regalar una voz, regalas también una puerta de entrada a lo inmaterial.” Le prometí que cumpliría su deseo y antes de que vinieran a buscarla sacamos la esfera de la bolsa y la abrimos, liberando el eco que sus padres le habían regalado el día de su nacimiento: “Hay un

paso firme que no se detiene, que va en pos de la luz y que sabe encontrar la magia en las partículas suspendidas en un rayo de sol". Nos abrazamos una última vez y la sentí alejarse, pero no tuve fuerzas para seguirla. Ella fue de los que entró al fuego por su propio pie. Tuve cuidado de esconder los restos de mineral. Me preocupaba que alguien hubiera podido oírnos. Si aquélla iba a ser mi misión, como había prometido, no podía correr ese riesgo. Sólo había una solución: convertirme en carcelera.

—¿En carcelera?

Vera no pudo reprimirse. Imaginar a su abuela custodiando prisioneros, abriendo y cerrando celdas, le resultaba imposible. Frida respondió como si le hubiera leído la mente:

—Te debe de parecer irreal, pero en momentos excepcionales nuestras vidas también lo son. Yo había hecho una promesa, y era la única manera de llevarla a cabo sin exponerme más de lo necesario. No olvides que estaba embarazada de tu madre. Le dije a tu abuelo que quería colaborar con el proyecto y que ésa era la mejor manera, la más tranquila. Hasta entonces los carceleros eran gente de las bandas populares que estaban allí por turnos. No fue difícil convencerle de que esa función necesitaba de alguien con más responsabilidad. La autoridad de Lucrecio Indiana era muy respetada, y que su mujer se presentase voluntaria para un papel tan poco agradable fue bien recibido. Pero yo no podía hacer turnos de veinticuatro horas. Necesitaba alguien de confianza para los relevos. Fui a buscar a otro amigo, Ettore Greco, que había sido nuestro suministrador principal de ecoral en la tienda, para contarle mi plan. Lo encontré muy desmejorado. Del hombre alto y delgado de modales exquisitos quedaba poco. Le temblaban las manos, pasaba el día tumbado boca arriba en el suelo por miedo a sentir una mano tocándole el cráneo para llevárselo preso. Sus dedos repetían la misma frase sin cesar: «Sé que llegará, tarde o temprano. Lo que me mata es la incertidumbre de cuándo será. Así al menos los veré venir de frente». Era imposible reconocer en él al hombre que había admirado, que recorría las minas de todo el mundo para ofrecer el ecoral más exclusivo a sus clientes.

Sin su ejemplo yo no habría pasado de ser una comerciante con un don.

»Aunque la imagen que estoy dando de él es bastante penosa, no te quedes con esta idea. El miedo nos desdobla para convertirnos en otra persona. Quien fuimos pasa a ser una carcasa vacía. El Ettore que encontré tenía los ojos cerrados, pero yo sabía que bajo los párpados sus ojos seguían brillando con la misma intensidad. "Si estás con ellos, sirviendo a la causa, no se volverán contra ti", le repetía, sin conseguir convencerle. Tuve que volver tres veces a buscarle. Hice cada trayecto hasta él con más urgencia. Eran días con luna y gracias a ella, a pesar de ir alejándome de la hoguera, entreveía los rostros temblorosos o endurecidos de los que habían sido mis vecinos. Evitaba mirarles de frente, pero adivinaba en ellos ira, desesperación, o una combinación de ambas. Desde la muerte de Dafne habían sido condenadas y ajusticiadas cinco personas sin que hubiera podido cumplir mi promesa. Sacudí a Ettore por los hombros y le escribí no en el brazo, sino en el pecho: "Entiendo que no quieras aceptar. Tienes razón, sólo te falta saber cuándo vendrán a buscarte. Cuanto antes sea, mejor para ti. Aun sin condena, eres ya un hombre muerto. Ettore ya no existe. Si quieres terminar con este sufrimiento, yo misma estoy dispuesta a darte muerte. Podría hacerlo hoy mismo, ahora mismo. ¿Cómo quieres morir? Si no tienes una predilección elegiré yo". Le acerqué el filo de un cuchillo al cuello. Lo inmovilicé, paseando la hoja por los brazos y el pecho. Bastaba cambiar mínimamente el ángulo y la presión para que mi advertencia se convirtiera en cortes. En las zonas más finas el traje térmico se iba desgarrando, dejando pasar el frío. Se apoderó de mí una compasión y una crueldad infinitas, mezcladas sin contradicción. Estaba dispuesta a ser su muerte si era eso lo que deseaba: desaparecer a manos de alguien querido.

»Finalmente, cuando el desenlace parecía inevitable, sentí que algo despertaba en él. Levantó la mano para decir "acepto". Aflojé la presión y estuvimos mucho rato abrazados, él con el susto de la muerte cercana, yo con la sorpresa de haber encontrado en mí el impulso del verdugo, aunque fuera por piedad. Esa sensación nunca se desvaneció del todo. Intenté utilizarla para conectar con la labor de tu abuelo, pero

no conseguí hallar una visión clara de lo que él estaba intentando salvar para la sociedad futura. Se salvarían los que quedasen, por extenuación o azar. Los que eran absueltos quedaban estigmatizados y pocos volvían a acercarse a ellos. Iban sacrificando piezas, pero la bestia humana en la que nos habíamos convertido tenía demasiadas bocas, innumerables estómagos y un hambre imposible de saciar.

»Tardamos una eternidad en recorrer el camino hasta la caldera. Ettore llevaba semanas sin dar un paso y el agotamiento nervioso parecía haberle vaciado de energía, haciéndole envejecer veinte años de golpe. Le instruí en los últimos avances de la lengua táctil, le indiqué lo que debía responder cuando le preguntasen sus motivaciones para el puesto. No sería difícil, pues Lucrecio lo conocía tan bien como yo. Poco a poco fue recuperando algo de su antigua vivacidad, anticipando lo que encontraríamos en la caldera. No olvides que tras las requisiciones creíamos que nunca volveríamos a tener ecoral en las manos.

»A pesar de las prisas, Dafne había escondido su colección con cuidado. Las esferas estaban guardadas en cajas transparentes siguiendo un orden establecido: las frases sobre el mundo y la naturaleza se encontraban en los extremos, y según nos acercábamos al interior comenzaban los ecos más abstractos, reflexiones filosóficas, científicas y literarias de las mentes del pasado. En la parte inferior se alineaban grandes bloques que debían contener historias o discursos completos. Imaginaba los viajes de Dafne para trasladar todo aquello en solitario, el peligro que habría corrido si alguna de las esferas se hubiera caído en el trayecto, revelando la naturaleza de lo que se traía entre manos. En el centro estaba el hueco dejado por la bolsa de terciopelo rojo. Nos sentíamos honrados, pero también abrumados por la responsabilidad de haber heredado aquel tesoro.

»Había una ejecución al día, por lo que decidimos turnarnos. Cada reo sería la responsabilidad de uno de nosotros. Debíamos hacer lo posible para conocerles, ofrecerles ese último regalo y encontrar en la colección la esfera que más se adecuase a cada uno. Aun así, no anticipamos que la labor sería tan dura. Aquellos hombres y mujeres

llegaban allí para morir, y pasaban con nosotros sus últimas horas. Aprendí mucho sobre la muerte y su cercanía. La sentía sentada siempre a la mesa, soplándonos en la nuca el aliento y las cenizas de la hoguera. Nunca olvidaré al primer condenado al que ayudé. Se llamaba Lucio Óster. En vida (pues su vida había quedado ya atrás al entrar a aquel lugar) había sido cocinero. Le acusaban de haber utilizado productos en vías de extinción, cuya explotación afectaba al ciclo de las estaciones y, por ende, al sol. Su defensa había argumentado que aquellos productos llevaban existiendo desde que el mundo era mundo y que su cultivo no podía afectar al ciclo solar sino en todo caso al contrario. Además, había terminado por trabajar con ingredientes sintéticos cuando la ralentización del sol había ido haciendo cada vez más difícil encontrar materias primas. Eso no ablandó al jurado, cuyos miembros jamás habían probado una naranja o un tomate. Durante su última noche conseguimos, penosamente al principio y con ímpetu después, alejarnos del presente y de su suerte, emprendiendo un camino hacia atrás. Sus recuerdos más felices se remontaban a la infancia, vendimiando en los campos de sus padres. Los Óster producían vino para su consumo personal, pues la sociedad prefería ya entonces los simulacros químicos que producen euforia sin resaca. Para sus compañeros de clase Lucio vivía en la edad de piedra, dando importancia a cosas que habían quedado superadas siglos atrás. Afortunadamente, quedaban aún personas que valoraban el gusto, la textura y el crujido de una zanahoria cruda, y gracias a ellos había hecho carrera. Su último deseo era sentir por última vez la sensación de un sorbo de vino tinto bajando por la garganta, el calor acogedor que producía y el impulso que sus efluvios daban a los gestos y al pensamiento. Encontrar vino era imposible, pero pude localizar un sucedáneo en el eco de una esfera. Primero la tomó entre las manos, dubitativo, pero cuando oyó su contenido se quedó quieto y agradecido: “Decantado en la copa, el sol se convierte en oro líquido, matizado con el color de la tierra. Cada trago nos trae la sangre que nos falta, completa nuestras venas con la savia de los sarmientos, hace crecer sus ramas en brazos y piernas. Al beber, permitimos a la vid

caminar; el cuerpo toma a su vez raíces sólidas que lo amarran al campo. Una gota basta. Tiene el calor expansivo de un río milenario". Sentí a Lucio tragando saliva, saboreando ese vino que le había regalado en palabras. Me dio las gracias. Pocos minutos después se presentaron en la puerta los encargados de custodiarlo hasta la hoguera. Juraría que el hombre que avanzó hacia ellos estaba ebrio. Había recuperado el sabor y el efecto del vino y moriría bajo su influjo.

»Tras él vinieron otros muchos, pero pronto empezamos a sentir que nuestra labor estaba incompleta. Les proporcionábamos un último regalo, mas de ellos sólo quedaba nuestro recuerdo de las horas previas a su ejecución. No podía ser que aquella purga no tuviera memoria. Cuando saliéramos de aquel episodio —si salíamos, pues en aquel entonces todo se movía en lo incierto— era importante contar sus historias, que se supiera quién había sido cada uno de los que fueron sacrificados. Empezamos a preguntarles por la reflexión o enseñanza que querían dejar para la posteridad. "Ahora parece que el mundo está a punto de desaparecer", les decíamos, "que no conseguiremos recuperarnos de esta negrura que nos ha despojado de todo lo que nos hacía humanos, pero puede que esto cambie y seamos capaces de reconstruir otra sociedad sobre parámetros nuevos. Es doloroso pensar que no estaréis en ella, y puede que nosotros no lleguemos tampoco a conocerla, pero cabe la esperanza de que vuestro testimonio se convierta en una lección para los que vendrán." Esa había de ser nuestra labor: regalarles una voz, y guardar su historia.

Aquí Frida hizo una breve pausa, mientras sopesaba una decisión. Finalmente se decidió: «Acompáñame, quiero enseñarte algo». Avanzaron de nuevo por el pasillo hasta el almacén, pero no para perderse entre sus pasillos de estantes. Recorriendo uno de los muros a lo largo, Frida se detuvo frente a una porción de pared idéntica al resto y, tocando distintos puntos de la misma en una extraña coreografía, abrió una puerta. Tras encender una pequeña antorcha de ecoral la cogió con la mano para dirigirla a un punto exacto. La luz apenas daba claridad un metro delante de ella, lo que dificultaba percibir las dimensiones de aquel espacio. Podía ser un zulo pero también una gran

sala abovedada. Finalmente llegaron ante una pared en la que estaban colgados, uno junto a otro, centenares de collares de cuentas que parecían iguales entre sí.

—Ésta es la sala de la memoria. Eres la primera persona que entra aquí. Ettore y yo acompañamos a trescientos veintisiete condenados gracias a las esferas de la colección de Dafne. Pudimos evocar para ellos recuerdos o sensaciones queridas, hacerles reconectar por unos segundos con aquello que más habían amado. Pero, además, recogimos el legado de trescientos doce condenados. Memorizamos sus nombres y sus vidas. Era importante que nada se perdiera. En aquel entonces empezaron a usarse los quipus y a codificarse los nudos que utilizáis en las cadenas táctiles, pero por miedo a ser descubiertos guardamos toda aquella información sólo en la memoria. Tu abuelo me preguntaba a menudo por lo que ocurría en las celdas, le preocupaba que fuese demasiado duro para una embarazada, pero tu madre parecía estar alineada con mi labor y me daba energía más que quitármela. En aquella prisión había tristeza y duelo, pero no violencia. La violencia estaba fuera, en las bandas populares, en los juicios y las ejecuciones. Por supuesto que todo aquel dolor me afectaba, pero había hecho una promesa. No hacer nada habría sido mucho más duro.

»A veces no conseguía dormir repasando las historias, asegurándome de no confundir a tal o cual condenado, armando el andamiaje mental de lo que ves aquí. El día en que nació tu madre había estado acompañando a una mujer llamada Jane Parker, directora de cine cuyas películas estaban siempre ambientadas en un pasado remoto. Sus films más conocidos trataban distintos aspectos de la caída en desgracia de París y su posterior abandono, y es en parte gracias a ella que la fascinación con aquella ciudad permanece, pero también había narrado la desaparición de la mayor parte de las islas bajo el mar o las vidas de los primeros hombres mudos. Tú no has conocido el cine, pero en otro tiempo disfrutábamos proyectando escenas que después recorríamos enfundados en trajes parecidos a los trajes térmicos, programados para hacernos avanzar e interactuar de maneras determinadas. Al ponernos los trajes perdíamos la individualidad y la iniciativa del movimiento

para convertirnos en intérpretes. Había films para una persona, pero también para grandes grupos que nos juntábamos en llanuras y playas y recibíamos un rol al azar. En las superproducciones contaban con un maestro de ecoral para dar voz amplificada a las escenas mudas. Jane había sido muy popular, y seguía siéndolo. Eso la había protegido hasta entonces, pero finalmente se impuso la lógica de las bandas, que razonaban que aquella creación de mundos ficticios sólo podía haber tenido un impacto negativo en el devenir del real. Según su lógica, tanta ficción de desastres y situaciones límite había ido minando la coherencia de los hechos y los días, rompiendo su ciclo natural.

»En aquel trance, Jane volvía una y otra vez a una imagen que la había obsesionado al principio de su carrera: las bandadas de pájaros que emigraban al llegar el frío. Siendo joven había pasado unas semanas en casa de unos familiares que vivían en lo más alto de un pueblo, junto a una gran pradera rodeada de castaños. Un día empezaron a llegar a ella cigüeñas que parecían venir de todas partes. Esas aves habían estado al borde de la extinción varias veces a lo largo de los siglos, pero en los años anteriores a la oscuridad aún perduraban, siempre buscando climas templados. Aquel rincón perdido debía de ser su punto de encuentro. Los castaños parecían haber crecido y mudado de especie con la proliferación de patas y picos, plumajes blancos y alas negras. Cuando estuvieron todas (pero ¿cómo podían saber que estaban todas?, se había preguntado Jane entonces) y todas hubieron comido y descansado, partieron en tropel hacia el sur para pasar el invierno. Verlas alzarse resultaba hipnótico por los movimientos armónicos de sus giros, estirándose y escogiendo el dibujo que trazaban al avanzar. Ahora que su muerte estaba cerca, Jane quería concentrarse en partir así, con la sensación de hacerlo en bandada en busca de un mejor clima.

»Los últimos días del embarazo no fui capaz de recorrer el camino hasta la caldera. Ettore hacía el doble de trayectos, por él y por mí. Al principio siempre teníamos la misma duda: ¿encontraríamos una esfera que se correspondiese con lo que estábamos buscando? Pero en cada visita siempre aparecía el eco idóneo, como si la colección de Dafne

hubiera anticipado las vidas de todos los que compartirían su suerte. Mientras Ettore estaba de camino, yo me puse de parto. No había nadie más allí y tampoco hubiera querido la ayuda de alguien ajeno. Era difícil saber en quién confiar. Fue la propia Jane quien trajo a tu madre al mundo. Lloraba, agradecida de haber presenciado el comienzo de otra existencia antes de dejar la suya. A su regreso Ettore nos encontró a las dos acurrucadas con el bebé en medio. Ya desde aquellos primeros instantes tu madre era muy tranquila. La sentíamos respirar e imaginábamos su extrañeza al salir a la vida.

»No quisimos decir nada del nacimiento hasta después de la hora acordada para la ejecución. Un rato antes, sabiendo que el eco que contenía era más largo de lo habitual, Ettore le entregó su esfera a Jane. Recuerdo aún cada palabra. Fue la primera voz que oyó tu madre: "Hay una laguna en la que se reúne la cigüeña blanca antes de emprender viaje hacia África para pasar los meses fríos. A ella llegan cigüeñas de toda Europa, dejando atrás sus nidos en las iglesias y torres desde las que contemplan año tras año los cambios en la vida de los hombres. Los días que pasan en la laguna son el equivalente de una gran reunión familiar. Como pájaros monógamos, que mantienen su pareja durante toda la vida, esas reuniones sirven también para presentar la nueva descendencia. Se cuentan noticias de los rincones que habitan y anécdotas de las rarezas en la evolución humana, que vista desde lo alto ha de parecer poco más que un bucle sin sentido. Pasan varios días en la laguna y después parten en bandadas, buscando los vientos alisios. Una vez llegan a África las parejas se separan, no sin antes acordar una cita para la primavera. Es hermoso tener dos residencias en lugares tan distintos, sentirse cómodo rodeado de flora, fauna y arquitectura tan diferentes. Pero más hermoso aún es pensar en la pareja separada, viviendo nuevas experiencias que contarse después, en primavera, a su regreso al mismo nido del año anterior, donde volverán siendo los mismos que eran pero también distintos, transformados por las experiencias vividas en solitario. Tampoco hay que olvidar que las cigüeñas nos han servido desde tiempos inmemoriales para explicar el misterio del paso a la vida. Hubo un

tiempo en el que se creía que las almas de los que aún no habían nacido habitaban en humedales. Las cigüeñas eran las emisarias para llevar a esas almas hasta sus futuros padres, traspasando el umbral de lo invisible".

»Los tres lloramos al darnos cuenta de la conexión entre el recuerdo de Jane, el parto y el camino que emprendería ella aquel día. Con mano firme me escribió su mensaje en el brazo: "En la vida he aprendido que todo en nosotros está en constante mudanza. Nada permanece estático: los pensamientos van de punta a punta del cerebro, modificándose en cada vuelta; la sangre cambia constantemente de posición; cada paso que damos, cada gesto, nos lleva a otro sitio. Pero somos menos inteligentes que los animales migratorios. Deberíamos, como ellos, tener dos casas en lugares dispares y pasar en cada una la mitad del año. Ser de una manera en una, y de otra en la segunda, para que no nos quede nada por explorar ni tengamos que negarnos ninguna posibilidad".

»Estas frases son las primeras que compuse después en mineral. Es el que ves aquí. Y acarició un collar que en nada difería del resto, el más cercano al suelo. Lo hice combinando cuentas de mineral con los ecos precisos en el orden adecuado. Prometimos guardar las enseñanzas de cada condenado para la posteridad, y así lo hicimos. Pero para entonces ya habían pasado muchísimas cosas más. El tribunal llegó al último día de su mandato y los juicios se detuvieron. Por aquellas fechas también se disolvieron tribunales similares establecidos en otras regiones. Habían estipulado ese plazo para aplacar las iras, la divina y la humana. A partir de entonces debíamos considerar que se había hecho todo lo posible y que aquéllas eran las condiciones en las que habríamos de vivir. La Junta Energética Central, formada poco antes de la llegada de la oscuridad para construir, desplegar y mantener la burbuja, había sido la única autoridad que se había mantenido estable, pero en un ámbito de supervivencia, al margen de las hogueras y los tribunales. Pasado el año, se hicieron cargo del territorio para establecer las bases de la que sería la sociedad de Umbra. Aquí es donde empiezan las lecciones de historia que conoces: prohibieron

terminantemente el fuego y los juicios populares, bajo pena de muerte. Las nuevas casas habían de ser de paredes transparentes para permitir aprovechar al máximo la luz de la luna, cuando la hubiera. El gobierno estaría constituido por un Consejo de Alcaldesas, que serían la máxima autoridad en sus territorios respectivos y establecerían las normas que tendrían vigencia en toda Umbra. El uso de ecoral estaría muy racionado. Sólo las industrias imprescindibles y los trabajos de máxima necesidad recibirían suministro para alimentar sus lámparas. También se asignaría una cuota destinada a la educación para que no hubiera ruptura y los niños no dejaran de aprender el lenguaje de los ecos. El resto de la vida transcurriría en la oscuridad y en lo táctil, con parámetros que irían fijándose poco a poco. Agotadas las reservas de alimentos, se premiaba a los que quisieran cultivar la tierra en las franjas de penumbra, cerca de las fronteras con Samas, aprovechando la luz tenue y constante, detenida en un amanecer o un atardecer eterno.

»Las bandas populares parecían haber aplacado su ira. Fuimos aprendiendo a no temer a los otros cuando se acercaban a preguntarnos algo. El tacto pasó del sobresalto a ser algo natural, nuestra manera de comunicarnos. Según se ponía en marcha toda aquella maquinaria iba siendo cada vez más palpable la vergüenza que sentíamos por el odio y la superstición que nos habían dominado. No habíamos estado a la altura pero, al menos, habíamos conseguido sobrevivir. De común acuerdo se decidió olvidar el año de las hogueras, enterrarlo como si nunca hubiera ocurrido. Todos juramos silencio, para que los que vinierais después no nos juzgaseis con severidad. La historia de Umbra empieza, pues, en su segundo año.

»Tu abuelo se había convertido en un hombre duro. Las circunstancias le obligaron a ser implacable y justiciero, pero lo hizo para encontrar el frágil equilibrio entre el caos y la extinción. En el fondo, él también estaba arrepentido. Las hogueras tardaron unos cuantos días en extinguirse desde que dejaron de alimentarlas. No sé si te lo habrá contado, pero Lucrecio se juzgó y se condenó él mismo, dejando que las llamas le abrasasen un brazo. Esto quizá calmó su

culpa, pero tampoco me devolvió a la persona que había amado.

»Tú tienes tus diferencias con Marcel, pero ninguno de los dos habéis vivido una experiencia traumática. Creo que tu abuelo tampoco encontraba ya en mí a la compañera que necesitaba. Se convirtió en alto funcionario, en una de las personas más poderosas de Tartessia, y yo en maestra. Hicieron falta años para que surgiera una elite que me permitiera desarrollar mi vocación como joyera. Vivíamos frente a frente para que tu madre creciera entre ambos, pero la pared transparente entre nosotros era real. Durante un tiempo me ilusioné con la posibilidad de empezar una nueva vida con Ettore, pero después comprendí que la intensidad de lo que habíamos vivido juntos lo llenaba todo, impidiendo que surgiera cualquier otro sentimiento. Creamos un primer taller de joyería, empezando a armar los collares con las enseñanzas de todos los condenados, tal y como habíamos prometido. Cuando él murió tu madre era ya adulta, y decidí trasladarme aquí con los collares y lo que quedó de la colección de Dafne. El resto ya lo conoces.

Vera no se atrevía a tocar los collares. Frida le tomó la mano y se la fue acercando a varios mientras le contaba lo que contenían. Después la condujo a la puerta, la cruzaron y la cerraron tras ellas, y remontaron el pasillo.

—Nadie sabe lo que te he contado, pero si has llegado hasta aquí con las preguntas que me dirigías, esta historia te estaba destinada. Gracias por permitir que no desaparezca conmigo.

—Ahora estoy perdida. ¿Qué hago con todo esto?

—Ya veremos cómo hacemos para que se convierta en herramienta.

Las Luciérnagas y Bárbara

Hay dos maneras de avanzar. Una implica dar mil pasos, evitar bosques encantados, salvarse por poco de precipicios y arenas movedizas para llegar al lugar deseado. La otra consiste en encontrar la llave de la puerta que se abre directamente allí, sin esfuerzo ni arañazos, con elegancia. La diferencia entre protagonizar una epopeya o sencillamente traspasar un umbral. Las Luciérnagas querían construir algo con lo que Umbra, tal y como la conocían, se tambalease, pero hasta entonces lo único que habían construido era la buena conciencia de formar parte de un movimiento, entrar en contacto con otros que pensaban como ellos y discutir sobre qué deberían hacer. Estaban divididos en dos bandos: los primeros querían hacer acopio de ecoral sensible mientras definían un mensaje capaz de despertar a la población y hacerles reaccionar. El segundo grupo era partidario de la violencia, de introducir mineral adulterado en los canales oficiales para que explotase en las mesas familiares del juego de ecos o en las reuniones del Consejo de Alcaldesas. Se reunían y discutían, avanzaban en paralelo en ambas corrientes, con agentes que se infiltraban en las minas para escamotear mineral, venderlo en el mercado negro o almacenarlo para el día del «mensaje del despertar». Otros con nociones de química habían cavado zulos bajo tierra para intentar crear ecoral explosivo sin ser descubiertos.

De un día para otro, las Luciérnagas encontraron una llave capaz de abrirles muchísimas puertas, de una manera tan fácil que dudaban de su fortuna. La llave tenía forma de mujer elegante, mantenida, que se había colado entre sus clientes y no dejaba escapar una pieza de mineral cuando le interesaba. Cuando empezó a tener problemas para pagar el precio convenido le propusieron que ofreciera una parte de su casa —que, como ella misma les había dicho, estaba vacía— como

centro de operaciones. Hacía tiempo que la conocían y les daba confianza. Cuantificarían sus servicios de manera justa a cambio de las esferas que desease. Para que entendiera de qué se trataba, la invitaron a una reunión del grupo. Desde la última fila, prestó atención a cada palabra que se discutió allí. Sólo al final se acercó a los que conocía para confirmar su colaboración: «Creo en vuestra causa. Contad conmigo». Bárbara habilitó el último piso como lugar de reunión, pero sólo durante el día. «Por las noches no suelo estar sola.» Un goteo de Luciérnagas de paso desde las provincias empezó a detenerse en la casa del friso de cristal. La puerta trasera, que nunca antes había sido utilizada y al principio parecía imposible de abrir, les permitía entrar y salir sin interferir con la parte noble del edificio.

Aquellas semanas fueron un despertar para Bárbara. Gracias a esos primeros visitantes aprendió mucho sobre lo que ocurría en otros lugares de Umbra, cómo vivía la gente y su capacidad de maniobra. Se sentía, por primera vez en la vida, realmente útil. En su trabajo anterior no había sido más que una pieza de un mecanismo de control establecido. Su labor había sido más bien pasiva: revisar, comprobar que nada iba a peor. No podía mejorar nada, sólo dar la voz de alerta si se perdía el dominio sobre el medio. Sin embargo, aquel recuerdo le parecía frenético comparado con su ociosidad de amante y el ostracismo obligado que le imponía Felipe. Hacía despertar en ella el ansia de rebeldía, primero por puro aburrimiento, después por convicción.

Finalmente Bárbara decidió desvelar la identidad de quien la mantenía, a la vez que reafirmaba su compromiso con el grupo. Parecía tan conveniente que no podía ser cierto. ¿Sería posible que la mismísima amante de Felipe Fumagalli hubiera entrado en la resistencia? Su participación les abrió no una, sino muchas puertas. Era una mujer astuta y con un don estratega innato. Ella fue la primera sorprendida, aunque pronto se sintió cómoda proponiendo y liderando reuniones. Todos la respetaban al saber que había enamorado al mismísimo Fumagalli y que pasaba buena parte de las noches a su lado. Al principio no faltaban los exaltados que exigían que matase a Felipe,

pero pronto tuvieron que reconocer que un asesinato sería una vuelta a la casilla de salida. Aquella situación les ayudaría siempre y cuando todo se mantuviera dentro de los parámetros establecidos: la casa como punto de reunión por las mañanas, por la noche vacía, Bárbara esperando a Felipe con el ingenio y la indolencia habituales, bien provista de esferas con frases llenas de intención. Dimas parecía tener una idea clara de los diálogos que tendrían lugar cada noche, y las frases disruptivas de Bárbara rara vez conseguían guiar la conversación hasta un punto en el que Dimas hiciera a Felipe dar respuestas útiles para la causa.

La idea de atraer a Dimas a las Luciérnagas fue de ella. Sabía que llevaba diez años al servicio de los Fumagalli. Intuía que bajo su hieratismo estaba creciendo el hastío y la duda y no se equivocó. Cada visita de Dimas a la sala estaba cuidadosamente preparada, dosificando información para despertar su curiosidad. Fue también idea de Bárbara convertir su casa en una escuela de traductores, con el apoyo de Dimas, así como el plan maestro de infiltrar a los traductores-Luciérnagas en las viviendas de las torres. En apenas unos meses se convirtió en el puntal principal del movimiento. Nada se hacía sin consultar con ella. Urdió aún otro plan, del que sólo hizo partícipe a Dimas de antemano. Le propuso que rompiera con todo y saliera sin previo aviso en dirección a Ventigallia para averiguar lo que pudiera sobre una tal Frida, de quien se decía que era la mejor joyera de Umbra y que tenía una relación muy especial con el ecoral. El día del Ruego al Sol, mientras Dimas se marchaba a la estación, las Luciérnagas jefes que se encontraban entre el público no pudieron esconder su admiración ante la habilidad de Bárbara para volverse imprescindible y pasar en un instante, gracias a su aprendizaje clandestino, de amante a traductora de Felipe.

La lógica dictaba los pasos: Dimas había desaparecido, Felipe necesitaba un traductor, Bárbara había demostrado poder hacerlo y estaba dispuesta a renunciar a su casa. Su trabajo en ella estaba hecho: el batallón de Luciérnagas que habían pasado por la sala del último piso estaba ya infiltrado entre las filas enemigas. Dimas era la

avanzadilla, explorando el terreno para excavar la trinchera, pues no vale cualquier lugar. Había aprendido que entre la trinchera propia y la enemiga hay que dejar una tierra de nadie lo suficientemente amplia como para que quepa una buena batalla cuerpo a cuerpo.

Marcel y Greta

Desde la llegada de Greta, Marcel sabía que al llegar a casa iba a encontrarse cada día con algo nuevo. Acostumbrado a la soledad y, antes, a la vida sosegada que llevaba con Vera, se le hacía raro abrir la puerta y encontrar invariablemente una explosión de energía. No sabía tratar con niños, pero ella hacía que fuera fácil. Cuando hubo perdido el miedo y tomado las riendas de sus nuevas capacidades, Greta empezó a marcar la pauta. Él no tenía más que seguirla. Su casa, siempre tan vacía, ahora estaba poblada por todo tipo de objetos, que encontraba cada día en configuraciones distintas. Greta pasaba horas trasteando con ellos, explorando su propio cuerpo y los sonidos que iban despertando en él. Los ritmos que creaba de manera innata eran cada vez más complejos. Resultaba hipnótico escucharla golpear, rasgar y acariciar. Dependiendo de los días, parecía incitar a la guerra o a la calma con la semilla de ritmos binarios, ternarios, sincopados, pero ella se mantenía tranquila, como una diosa niña capaz de desencadenar todo tipo de fenómenos a su alrededor, dándoles a todos la misma importancia.

Mitad águila, mitad león

Bárbara disfrutaba su papel de estratega. Nunca se había imaginado conduciendo a la gente a un punto en el que no tuvieran más remedio que actuar como se esperaba de ellos. Mejor aún: que creyeran estar tomando ellos mismos las decisiones. La capacidad de anticipar para forzar la siguiente jugada le daba un tiempo de reposo. Se tumbó en su diván favorito. Desde ese rincón había pasado muchas horas observando un cuadro que la había intrigado desde el primer momento. Debía de ser muy antiguo y no encajaba con el estilo minimalista del resto de la casa. Varias veces había querido preguntarle a Felipe sobre él, pero sabía que ni lo había elegido ni habría reparado en su existencia. Por algún extraño motivo los decoradores lo habían colocado allí. Seguramente no había más que un equipo de interioristas para toda Ciudad Eclipse. Al fin y al cabo, tan sólo un puñado de familias podía permitirse el lujo de ver y tener cosas hermosas que contemplar. Imaginó un almacén a las afueras de la capital con cuadros, muebles, imágenes de otra época, nada que ver con la madera basta y la resina de los cuatro muebles que poblaban las viviendas del resto. Era capaz de visualizar a la persona que había traído ese cuadro, probablemente por error, inadvertido entre otros que sí casaban en el juego de simetrías que reinaba en la casa. Y al final, cuando todo estaba ya listo y sólo quedaba aquella imagen, le habría dado pereza regresar con ella. Ése debía haber sido el último retoque apresurado, de ahí que estuviera en una pared menor en la sala más retirada.

Se trataba de una escena de interior. El elemento principal era una mesa cubierta de tela granate, con mucho cuerpo, pegada a una pared blanca. La luz llegaba desde una ventana lateral en lo alto que quedaba fuera del cuadro, por lo que el foco de luz atravesaba la escena en diagonal. A la izquierda se encontraba un grifo, el animal mitológico

mitad águila mitad león que en una época había sido creado genéticamente como animal de compañía. Tenía las alas desplegadas, quizá para salir volando por la ventana, o simplemente por descontento frente a una situación que ignoramos. En cualquier caso, por enfado o por juego, había atrapado la tela con el pico, dando un gran tirón. Ése es el momento preciso que recogía el cuadro. Todo lo que había en la mesa está saltando por los aires, en distintos puntos de la caída, girando y detenido en una pausa: un jarrón con flores cuyos pétalos se abrían dejando ver la corola que ascendía en forma de escalera; un pescado sinuoso entre translúcido y fosforescente; un huevo de grifo; una cesta con frutas en forma de estrella redondeada; y el busto en piedra de una mujer con el casco iniciático de los calfú, del que salía un enjambre de brazos. Bárbara desconocía el significado del casco; imaginaba las manos como proyecciones para poder hacer muchas cosas a la vez: cortar, doblar, batir. En realidad, aquellos cascos servían para sentir cada brizna de hierba y cada centímetro de piel con un tacto cien mil veces superior al normal. Habían sido prohibidos antes incluso de la época de los grifos y destruidos debido a la avalancha de adictos a la hipersensibilidad que no soportaban la vida sin ellos, pero su imagen había perdurado durante siglos en la iconografía popular. El conjunto parece representar una travesura, aunque en realidad se trata más bien de una escena violenta: el huevo no va a sobrevivir a la caída. Quizá el grifo, sabedor de que darían muerte a su especie cuando la envergadura de sus alas y la longitud su cola dejaran de resultar graciosas, prefería dominar la extinción y ejecutarla él mismo.

Bárbara no tenía manera de saber si los elementos de la escena habían existido en realidad. Por no saber, ni tan siquiera había tocado una flor. Sabía que algunas subsistían, empobrecidas, en las zonas agrícolas de penumbra, pero su acceso estaba muy controlado y nunca había sentido curiosidad. Sin embargo, desde que se aficionó a contemplar aquella escena le surgió una pregunta: ¿cómo sería el proceso por el que las flores se marchitan? ¿Se volvían polvo, o humo? Era difícil imaginar la decadencia de lo vegetal sin referentes de lo que significaba estropearse de manera visible. Empezó a dudar sobre lo que

debía primar: si la voz prestada de los ecos para decir algo, o la capacidad de ver los procesos del mundo. El ecoral guardaba ambos en su interior, el potencial de la voz como eco y la luz como energía, y Felipe Fumagalli, que era de facto el dueño de ambos fenómenos, la guardaba a ella en su interior. Bárbara era el huevo, que podía caer y estamparse contra el suelo pero también podía rebelarse y conseguir nacer antes de agotar su trayectoria. La tercera opción era explotar, sin evitar la propia extinción pero condenando el resto de la escena —las frutas, el pescado fluorescente, el grifo rabioso, el muro, la mesa y la ventana— a su desaparición.

A pesar de la incertidumbre, estaba tranquila. Seguiría desplegando peones y forzando escenas hasta que el desenlace se hiciera evidente. Apagó la lámpara y se tumbó en el diván. El círculo de la luz se le había quedado grabado en las pupilas superponiéndose a la oscuridad. Aquel día, o al siguiente, Felipe cruzaría el umbral para pedirle que fuera su traductora. En previsión, ella ya había guardado sus cosas en un baúl y, con un grupo de Luciérnagas, había vaciado la sala de reuniones, esparciendo polvo como sólo ellas sabían hacerlo. Tras décadas de clandestinidad en museos medio abandonados contaban con depósitos de ácaros y pelusas y una técnica infalible para fingir el paso del tiempo. Cuando terminaron, la sala tenía el aspecto de no haber sido utilizada en décadas.

Permaneció tumbada en el diván durante horas, mirando algo que echaría de menos en su nueva vida: la oscuridad. Sabía que en casa de los Fumagalli no se apagaban nunca las luces. El último piso de la Torre Caléndula servía de faro para recordar a todos que, gracias a su empresa, la humanidad iba avanzando hacia su supervivencia a lomos de la adversidad, domesticándola un poco más cada día. Pero lo que se domesticaba era en realidad la iniciativa de los umbrios, sus deseos y recuerdos. Muchas horas después, cuando Felipe fue encendiendo las luces hasta encontrarla, Bárbara respiró hondo y se preparó para su nuevo papel. Empezaría por algo fácil: por hacerse la dormida.

Felipe se sentó a su lado y empezó a hablarle. Por supuesto, no estaba solo. Venía acompañado de la traductora de Eva. No era

únicamente por el aspecto práctico, sino también por el teatral. Quería golpes de efecto y, sobre todo, las manos libres para encandilar por igual en los negocios y el placer. La acariciaba, dándole las gracias de nuevo por su ayuda durante el Ruego al Sol. ¿Le contaría la traductora todo aquello después a Eva en confidencia? Su rostro, como el de Dimas, no dejaba traslucir nada. «No sabía que tuvieras nociones de traducción. Estás llena de talentos.» Y después: «Hoy no vengo para pasar la noche aquí. Vengo para llevarte conmigo. Dimas se ha esfumado. Así se llamaba el traductor que me acompañaba siempre. No sé qué le ha podido ocurrir. Estaba sentado en la plataforma y de repente desapareció. Estoy intentando encontrarlo pues, como te imaginarás, hay ciertos aspectos confidenciales de su trabajo conmigo que necesito resolver. ¡Llevaba diez años a mi servicio! La verdad, había aprendido a apreciarle como un hijo. O mejor aún: como mi sombra, porque un hijo tiene vida propia y personalidad, y Dimas parecía carecer de ambas, o al menos no dejaba traslucir absolutamente nada en mi presencia. Un intermediario mecánico, eso es lo que era, pero capaz de hacerme decir maravillas. Sabía elegir el mineral como nadie». Le levantó el rostro y lo sostuvo frente al suyo. «Pero quizá era ya tiempo de cambiar. Quiero hablar de maneras nuevas. Y tú me conoces mejor que nadie. —La traductora seguía impertérrita, escondiendo su lealtad por Eva, si la tenía—. Sé mi traductora. Hazme decir lo que quieres que diga el Felipe Fumagalli que amas.» Bárbara alcanzó a duras penas a esconder una mirada burlona. Estaba desarmada, sin esferas para responder. Le hizo un gesto y fue hasta su cuarto a buscar el mineral. En el camino pensaba en lo que ocurriría si se tomase la última frase de Felipe al pie de la letra. ¡Hacerle decir lo que quisiera, como si fuera tan fácil! Algo de eso haría, pero la frase tenía una trampa: «Lo que quieres que diga el Felipe Fumagalli que amas». Aunque ya no pudiera corresponderle, el amor de Felipe era el mejor regalo que jamás había recibido. Por el cariño que aún le tenía, haría lo que tenía que hacer, pero con dulzura. Al regresar a la sala dio la única respuesta que podía dar, la que ya había preparado: «Me honra tu propuesta. Acepto, por supuesto. Dame un rato para prepararme y

me iré contigo».

¿Se vuelven humo las flores al marchitarse?

Había estado muchas veces cerca de las torres, pero nunca en su interior. En vez del camino trasero que recorría Felipe para pasar desapercibido, aquella vez tenía transporte esperando en la puerta, algo que sólo él y una docena de personas más podía permitirse. «Llévate todas tus cosas, que no quede aquí nada tuyo que puedas echar de menos. Hoy se termina este capítulo y empieza el nuevo, el que te corresponde, en la Torre.» Ella descolgó el cuadro y lo metió en el baúl. Dos hombres aparecieron prestos para transportarlo.

El vehículo se elevó en vertical, ascendiendo en la oscuridad. A sus pies debía de estar la ciudad, pero no podía asegurarlo. Las nubes y la luna nueva metían a Umbra aún más hondo en su pozo. Los puntos de referencia habían desaparecido. Hacia el norte estaban las únicas luces visibles de la ciudad, las de las torres, acercándose con rapidez. Vista desde allí, la residencia Fumagalli era ciertamente un faro. Sin esa luz constante habría tenido miedo de sentir la velocidad sin percibir la distancia que atravesaban.

La azotea comunicaba directamente con la vivienda por una escalera de caracol. El salón ocupaba toda una planta, de forma circular. Era un homenaje a la gran burbuja de Umbra. Cuatro grandes focos proyectaban luz hacia el exterior y, más matizada, hacia el interior. A través de un mecanismo, el techo se volvía opaco, descubriendo una bóveda de espejo con alveolos que reenviaban la luz en todas direcciones. «Es la luz de los días de fiesta», oyó. Le agradaba el juego de reflejos, pero le dolían las retinas. Cerró los ojos un instante y al volver a abrirlos Eva estaba allí, a unos metros de distancia. Estaba claro que ella no iba a desplazarse. La traductora se adelantó, lista para un ejercicio de traducción doble, dando voz alternativamente al marido y a la mujer. Felipe y Bárbara la siguieron. Era un juego absurdo que

sólo servía para añadir un toque de ceremonia a la tensión, pues ambos decían lo que ya sabían, lo que era evidente a la vista y sería la comidilla de las torres. El cuerpo de bailarina de Eva estaba contraído en la tensión de la pose elegida, pero antes había ensayado y descartado otras muchas. Sólo el movimiento de las aletas de la nariz la traicionaba. Le estrechó la mano con dureza, marcando su terreno. «Que haga contigo lo que quiera —parecía decir— pero no olvides que éste es mi reino.»

Las Luciérnagas le habían informado bien sobre el pasado de Eva. Su familia, los Cariátide, gestionaba la principal constructora de Umbra que, al igual que la empresa minera de su marido, se había beneficiado de jugosos contratos estatales. Su negocio era la construcción de edificios de apartamentos populares en Ciudad Eclipse y en provincias. El descubrimiento de un material de resina transparente fácil de producir y de bajo coste había sido una revolución. Lo llamaban vidrio, como si lo fuese, pero en realidad era una pasta de agua tratada y solidificada. Prácticamente toda Umbra estaba rodeada de aquellas porciones de océano. El procedimiento era muy seguro e irreversible, aunque resultaba hermoso a la par que trágico imaginar que un día toda aquella agua podía volver a su estado natural, convirtiendo Umbra en un pantano.

Felipe y Eva se conocían desde siempre, por lo que no hubo más que buscar el momento propicio para celebrar su unión. Si Felipe era poderoso, Eva lo era casi tanto como él. Podemos medirlo en distancia: para mudarse a aquel apartamento Eva no había tenido más que subir dos pisos en la torre. Si bien no participaba activamente en el día a día del negocio de su familia, era ella quien viajaba para conseguir las concesiones. Su condición de Fumagalli-Cariátide ejercía una dosis de fascinación en las alcaldesas, pero además su estilo de negociación era impecable en su elegancia e implacable en su eficacia. Como la propia Bárbara, era una mujer astuta. Su apariencia de bailarina y su gusto por las fiestas podían hacerla pasar por frívola, pero no era así. Coleccionaba ecos por vocación, con una fina apreciación de su rareza, y era una gran amante de la historia. A pesar de su papel de mujer

ofendida, ella tenía también un amante a unas calles de allí, Raymond Cahun, pero a diferencia de Felipe con Bárbara, Eva no tenía la necesidad de mantenerlo. Raymond era el arquitecto jefe de los Cariátide. Pertenecía a su clase y era independiente. A Eva no le importaba que Bárbara fuese una antigua operaria de control de la burbuja, pues aunque no estuviera bien pagado era un trabajo de responsabilidad. Lo que desaprobaba era la mezcla de ámbitos, el hecho de que Felipe la trajera a casa y le diera un trabajo de confianza.

Eva se retiró, tras notificarle que por la mañana se reuniría con ella para hacerle partícipe de las normas de la casa. Bárbara indicó a la traductora su intención de asumir su rol desde aquel momento, y ésta la guio hasta la biblioteca. Le entregó una copia de la llave de la puerta, así como la única llave del armario que guardaba el mineral que pertenecía a Felipe. Se extendía a lo largo una pared infinita. La traductora, que pudo por fin recuperar su individualidad, le dijo que se llamaba Cléo y se disculpó por no poder ayudarla más. Aquella zona era del dominio exclusivo de Dimas y a ella nunca le había estado permitido acercarse. A Bárbara le estaría vedado el armario opuesto, que guardaba la colección de Eva. «El factor sorpresa es importante, y ellos lo valoran mucho.» Con aquello quería decir que no querían que los traductores se coordinaran entre sí. Buscaban la espontaneidad, que cada uno tuviera que reaccionar a los ecos del otro, como si de una conversación real se tratase. «No te preocupes, lo entiendo. Iré poco a poco aprendiendo cómo funcionan las cosas aquí.» Afortunadamente, Dimas le había indicado las grandes líneas de cómo había organizado aquel armario. Recogió unas cuantas esferas en su bolsa y volvió al salón del piso superior a encontrarse de nuevo con Felipe.

Sin embargo, ser a la vez traductora y protagonista era más difícil de lo que había anticipado. Felipe estaba en su territorio, en una casa desconocida para ella y que quería mostrarle. La llevaba de la mano y la miraba en cada estancia. Ése era el momento de la voz, cuando ella debía poner eco a su pensamiento. Intentó hacerle decir algo en la sala del juego de ecos, pero sonó ajeno, formal. No podía ponerse en su lugar y hacerle explicar con emoción un espacio que desconocía por

completo. Si tan sólo pudiera utilizar aquella noche un mínimo de lenguaje táctil... pero sabía que nadie más allá del servicio lo utilizaba en las torres. Lo desdeñaban como una lengua tosca e imperfecta y ni tan siquiera se dignaban a aprender sus rudimentos. Tomó unas esferas para hablar en primera persona: «¿Te importa si me muestras la casa en silencio? No puedo darte voz para explicar tu espacio. Creo que necesito unos días para adaptarme antes de estar plenamente operativa». Felipe comprendió y la tomó de la mano. Siendo quien era, resultaba infantil verle guiándola sala tras sala en silencio, señalando detalles aquí y allá, desprovisto de su abrigo de palabras. Recorrieron salas y largos pasillos. Le enseñó el que sería su cuarto, donde ya habían instalado su baúl. Para no herir susceptibilidades, se trataba del antiguo cuarto de Dimas, en la zona del servicio, pero con mejores muebles y una lámpara de cristal de colores que hacía bailar los reflejos en el techo. Tampoco la llevó a los dormitorios de sus hijos, pero sí al suyo. Al fondo, tras una pequeña puerta, se escondía la que luego supo que era su «sala de soñar», en la que un hábil juego de espejos y luces creaba la ilusión del reflejo siempre cambiante del sol sobre el mar. Allí durmieron, abrazados, inmersos en el silencio que Felipe se jactaba en evitar.

Cuando se despertó tuvo problemas para encontrar su cuarto. ¿Era el segundo pasillo a la derecha o el tercero a la izquierda? Todos parecían el mismo, una combinación de muebles antiguos en marquetería de tonos amarillentos y piezas experimentales utilizando la técnica de los Cariátide de maneras nuevas. La forma de estos muebles se podía modificar a voluntad. Su materia se volvía a solidificar una vez obtenida la apariencia deseada. Hasta que aprendió su funcionamiento, aquellos muebles se deshacían cuando los tocaba, convirtiéndose en una montaña amorfa de materia acuosa. Finalmente consiguió llegar hasta su cuarto antes de que despertaran todos y lo recorrió con detenimiento. La pared frente a la puerta era un enorme ventanal que se abría sobre Ciudad Eclipse, pero la imposibilidad de apagar la luz impedía ver nada de lo que ocurría en el exterior. Los cristales de la lámpara conseguían, en menor medida, el efecto de la «sala de soñar»

de Felipe, pero en colores primarios. Los reflejos iban encontrándose de tanto en tanto, superponiéndose para ofrecer durante unos instantes un cuarto color en el reflejo. Lo último en lo que reparó fue el aparador, sobre el que se encontraba un jarrón con unos lirios. ¿Serían flores de verdad? ¿Cómo era posible? Por mucho que se hubiera relacionado con Felipe, estaba claro que no pertenecía a aquel mundo. No tenía la menor idea de dónde habían salido la mayor parte de los objetos en aquella casa. Recordó una vez más el cuadro del grifo, lo mucho que la habían hecho soñar aquellas flores con corola en forma de escalera. Lo sacó y lo colocó junto al jarrón. Sentía que en aquel momento ya no representaba el huevo sino el grifo, que podía hacer volar todo lo que había en aquella habitación por los aires para ver si la escena se detenía o si, por el contrario, se precipitaba a su destrucción. No quería preservar las flores, sino saber por fin qué ocurriría cuando se marchitasen.

Coro

Creemos que somos un cuerpo blindado y protegido, pero basta una inspiración para abrir las puertas de par en par a un virus mortífero. Nos engañan el tamaño y las proporciones, la ilusión de ser superiores a todo lo pequeño. Es fácil: no hay más que levantar el pie y aplastar al insecto, o dar un empujón y abrirse camino entre la multitud. El tamaño nos hace fuertes, o más bien nos da la ilusión de serlo. Pero qué impotentes somos frente a lo que se nos escapa en su pequeñez. Impotentes porque hay demasiado universo en el que no podemos entrar. Estamos atrapados en metros y centímetros, en la programación de un único canal. Ésa es nuestra seguridad: las imágenes que se suceden en proporciones conocidas.

El principio del tamaño se aplica a todo lo demás. La partícula subatómica y la infidelidad insospechada están hechas de la misma sustancia, tienen la misma entidad. El bosón y la persona que ocupa el tiempo que no te pertenece en la vida de tu pareja son iguales. Ambas no entran por la puerta, se quedan fuera de nuestra percepción por demasiado pequeñas o demasiado grandes, o porque su forma no encaja a través del marco. La dimensión desproporcionada y la ignorancia se calcan. Lo que no puedo saber ni palpar es incapaz de afectarme o convertirse en parte de mí. Sólo engendrar un niño permite atravesar puerta tras puerta desde lo inefable hasta los dominios de lo métrico, en un vértigo que pronto se para y vuelve a ser proporcional: una criatura que existe en centímetros, que podemos ver y tocar, y cuyo cuerpo se incrementará en tamaño dentro de una horquilla amplia pero conocida.

Las grandes estafas se construyen así, trabajando para eliminar de la mente de la víctima cualquier indicio de sospecha antes de que pueda formarse. Todo pasa por el pensamiento. En lugar de un principio de

pregunta ha de haber un espacio en blanco, un hueco para respirar sin recordar aquello que habíamos empezado a discurrir. Lo mismo ocurre para los grandes descubrimientos: requieren acotar el espacio de la reflexión, cubrirlo con una gran sábana hasta asegurarnos de haber olvidado todo sobre él. Sólo entonces se hará evidente lo nuevo con su lógica innata, distinta, pero con un fondo familiar. Al fin y al cabo se trata de una variante lejana del mismo artilugio. Porque, si hay algo claro, es que no hay más que un mecanismo, el mismo para todo lo que ocurre.

La vida contradice al pensamiento: en el instante en que el virus entra en nuestro organismo nada le indica a la conciencia que algo ajeno ha atravesado sus barreras. El nuevo huésped se confunde con el cuerpo, pasa a formar parte de él. No busca destruir, sino transformar, crear un cuerpo radicalmente distinto, el lugar en el que le gustaría vivir. Así obran las Luciérnagas, encontrando puertas y fingiendo decorados de cartón piedra. Abriéndose paso en las casas en las que cada semana se celebran partidas del juego de ecos. No sienten la soledad, pues ya está todo dicho y saben que tienen un rol preciso, la parte mínima pero imprescindible de una misión cuyas dimensiones escapan a lo métrico: luciérnagas solitarias, cada una bajo su baldosa, capaces de abrir un túnel kilométrico que sólo se siente cuando el terreno cede y se hunde el piso.

Los traductores

En todo oficio hay un ciclo de renovación. La gente cambia de trabajo, se jubila, muere o, sencillamente, deja de ejercer. Las Luciérnagas forzaron ese ciclo. En una vista transversal de las torres, si pudieran emitir luz como sus insectos homólogos, veríamos un enjambre de puntitos luminosos desperdigados. Muchos de los traductores-Luciérnagas habían pasado por la escuela de Bárbara antes de ser contratados, pero también, como con Dimas, se las habían ingeniado para atraer a traductores titulares que apoyaran la causa. No hay que subestimar el hastío de aquellos traductores experimentados, atados día tras día a la misma persona. Al principio el juego resultaba divertido, el pasar a formar parte de un mundo reservado a unos pocos, sin obligaciones personales, pues su yo quedaba borrado al atravesar el umbral. Nadie se dirigiría a ellos directamente ni los pondría en evidencia. Se sentían, incluso, poderosos, pues sus jefes decían lo que ellos decidían. Con el tiempo el entusiasmo inicial fue bajando. Eran creadores a los que les habían cortado las alas: imaginaban los diálogos pero no controlaban la escena. Les quedaban, aun así, pequeños triunfos, situaciones que surgían gracias a su destreza lingüística, respuestas inesperadas por parte de otro interlocutor, éxitos en el juego de ecos. Y quedaba también el amor por el mineral, su total libertad a la hora de buscar las provisiones para sus jefes y aumentar sus colecciones. Pero eran premios menores en los que su papel rara vez era reconocido. Lo ideal sería desarrollar su labor siendo invisibles, sin estar allí físicamente, al lado de su interpretado. Todos aquellos a los que servían buscaban la ilusión de un diálogo con voz, emulando la comunicación humana del pasado. Así nacía en los traductores, consciente o inconscientemente, una suerte de rencor. «Querríais hablar solos, ¿verdad? —pensaban—. Eliminarme para decir lo primero que se

os pasase por la cabeza. Pero no contáis con que vuestra elocuencia no es vuestra, sino mía. Vuestros diálogos serían un pálido reflejo de lo insulso de vuestras vidas. Si pudierais hablar, no tendríais nada que contaros.»

Ahora los traductores, tanto los experimentados como los que venían directamente de la escuela de Bárbara, tenían una misión. Para algunos era una respuesta al desprecio que recibían por su trabajo. Para otros, una manera de devolver al pueblo los ecos más preciados de aquellas colecciones. Se habían comprometido a ponerlo a buen recaudo, pero necesitaban un sustituto para no desvelar que las bibliotecas se estaban quedando vacías. El comando partidario de crear mineral explosivo sintió que su momento había llegado, pero una vez más fue Bárbara quien propuso la opción más apoyada: emplear las nuevas técnicas de los Cariátide para crear un falso mineral sólido que se volviera un montoncito amorfo y acuoso al intentar cascarlo. Las Luciérnagas camufladas en las fábricas Cariátide redoblaron sus esfuerzos para proponer un método de fabricación sencillo sin exponerse. No les resultó difícil hacerse con el polvo que servía de base a la resina. Lo sacaban en bolsitas dentro del traje térmico y después desarrollaban el procedimiento en un lugar seguro, mezclándolo con colorante y dándole su forma esférica característica.

La resina fue infiltrándose en las colecciones a la misma velocidad que el mineral desaparecía rumbo a Ventigallia, donde Dimas había convencido a Frida para albergarlo en su almacén. Los grandes armarios de las bibliotecas estaban tan repletos como siempre y sus dueños mantenían intacta la seguridad de haber invertido en la palabra. Sabían que un buen eco del pasado no tenía prisa. Si había tardado miles de años en llegar hasta ellos bien podía esperar unos días o unos años más hasta que se presentara el momento propicio para ser pronunciado. Ésa había sido la gran dicha de sus jefes: creer que gracias a sus colecciones, jamás se les agotaría el decir.

Coro

¡Viva la próspera industria de la voz vaciada! Contemplados desde lo alto, resultáis admirables. Insectos incansables a los que se les ha confiado una misión: robar, falsificar, transportar, esconder. Cada uno repitiendo incansable el mismo gesto: la mano prensil que se alarga hasta la esfera valiosa y se cierra sobre ella, el brazo que gira con fuerza para mezclar el polvo con agua y verterlo en moldes, el puño cerrado colocando en el interior del equipaje la bolsa de esferas —auténticas o falsas da igual, el gesto es el mismo—, la espalda alerta en el respaldo del tren, el puño de nuevo alargando la bolsa al siguiente eslabón en la carrera de relevos.

Tenéis un aire de reposteros meticulosos creando una tarta para una fiesta sorpresa, colocando cada fresa y cada pegote de merengue en su sitio. Y como buenos organizadores que sois, os llenáis de entusiasmo al anticipar el asombro. Cuando todo esté listo, dejaréis la escena a sus protagonistas para que, en solitario y sin comparsas, desenvuelvan su regalo.

Ventigallia (Alejandría)

Dimas se sentía liberado de su irrelevancia. El descenso en solitario de la plataforma del Ruego al Sol había sido su primera acción voluntaria en años. De ahí que tras tanto tiempo dedicado a la palabra ajena ya no pudiera despegarse de la actividad en primera persona. Sus días se habían convertido en verbos en una rápida sucesión: ir, recibir, traer, acompañar, venir, guardar, ordenar. Cuando llamó a la puerta de Frida haciéndose pasar por un cliente potencial no imaginó que aquella mujer menuda pudiera guardar tantos tesoros. Le inspiró tal confianza que no utilizó ninguna de las argucias que tenía preparadas para ir dosificando la información y calibrar su interés en participar en el proyecto. Se lo soltó todo en un momento: «Me llamo Dimas. Soy el antiguo traductor de Felipe Fumagalli. No sé si ha oído hablar de las Luciérnagas. Somos un movimiento de resistencia. Queremos vaciar las colecciones de ecoral de las torres y llevarlas a un sitio seguro para que ellos dejen de tener el monopolio de la sabiduría y la belleza del pasado. Que se queden con la luz pero no con la voz». Frida no dijo nada. Lo tomó de la mano y lo llevó hasta el almacén. «¿Crees que este espacio bastará?»

Los cargamentos llegaban a diario, a veces unas cuantas esferas, otras varias bolsas. Con madera seca del bosque cercano estaban armando nuevas estanterías. Aquel lugar parecía infinito. Podría caber en él toda la sabiduría del mundo. Dimas empezó a llamarlo «La Biblioteca Presente» porque en ella estaba, en presente, lo mejor que se había pensado y dicho en el pasado. De ahí su valor condensador de tiempos. El almacén era la nueva Biblioteca de Alejandría, un gran embudo para un fin aún por definir.

Frida iba de un lado a otro intentando construir un orden para la colección, pero era difícil ordenar algo cuya dimensión y contenido

desconocían. Por primera vez en la vida estaba descuidando su trabajo, rechazando los encargos nuevos. Aunque no lo reconociera, tenía la ilusión de volver a ver piezas de las que se había enamorado en el pasado pero que no había podido conseguir, cuando los traductores sobrepujaban cantidades obscenas representando a sus jefes. Por su parte, Dimas sólo aminoraba el ritmo cuando las esferas provenían de Bárbara, pues habían sido su vida: se trataba de piezas que él mismo había elegido, una a una, recorriendo las minas y los marchantes. Le extrañaba pensar que hubieran pasado por otras manos y viajado para llegar de nuevo hasta él. Se sentía el padre no ya de los ecos que contenían, sino de las personas que los habían pronunciado tantos siglos atrás. En la torre su única distracción había sido imaginar cómo serían aquellas personas, sus rasgos, sus vidas. Ahora tenía la sensación de estar llevándoles al lugar que merecían, como si las esferas pudieran trabar amistad y contarse sus avatares. En cuanto a Vera, la llegada de Dimas había provocado en ella el final de las reflexiones y las preguntas. El relato de su abuela había despertado una admiración profunda. Frida había sido capaz de arriesgarse por aquello en lo que creía. Vera, en cambio, tenía la sensación de no haber hecho nada en la vida. Había ido acumulando un puñado de dudas y desencantos de niña mimada; sus momentos de rebeldía eran tan leves que resultaban irrisorios, poco más que un juego. Las Luciérnagas habían llegado a ella como un regalo. Era la oportunidad de arriesgarse y hacer algo concreto. Tras conversar con Dimas, tomó un trapo y limpió el polvo de su cuarto. No necesitaba más símbolos para conectar con quien era. Marcel buscaba lugares y objetos del pasado, ella ahora protegería sus voces. Se encaminó al centro del pueblo y se ofreció como voluntaria en la cadena táctil. Anunció el cambio a su antiguo nodo en Ciudad Eclipse. Acostumbrada a los edificios altos de la capital y la densidad de población, se sorprendió al descubrir que las casas bajas y la vida tranquila de Ventigallia le servían de bálsamo. Junto a Max, el hombre que había dirigido a Dimas hasta la casa de Frida, se convirtieron en el binomio táctil de la operación. Por ambos pasarían a partir de entonces todos los mensajes cifrados de coordinación.

Marcel

«Marcel, no sé cuándo recibirás este mensaje. Ignoro con cuánta frecuencia pasas por el pueblo, pero quiero que sepas que estoy en casa de mi abuela. Es una larga historia, pero voy a quedarme aquí un tiempo. He cambiado mi puesto en Ciudad Eclipse y ahora formo parte del nodo de Ventigallia. Sé que Frida te pidió que vinieras. Las dos tenemos mucho que contarte, pero no temas: es todo bueno. Frida ha averiguado ciertas cosas que podrían ayudarte en tu trabajo, información sobre el páramo de Tiente, pero no puedo decirte más. Ven cuando puedas. Te echo de menos. Vera.»

Marcel hizo que le repitieran el mensaje. La remitente era Vera pero su contenido parecía proceder de otra persona. Había dejado la capital, le pedía que fuese a verla y decía que le echaba de menos. Todo aquello no podía estar más alejado de la mujer que había dejado unos meses atrás. La Vera que conocía no enviaba mensajes, era incapaz de abandonar su puesto en Ciudad Eclipse y desconfiaba del lenguaje para expresar sentimientos. El mensaje había llegado unos días antes, pero él rara vez se acercaba al nodo. Sintió un momento de debilidad, pues había fantaseado con recibir un mensaje así de Vera. ¿Y si se iba a pasar un par de días a Ventigallia? El recuerdo de Greta se impuso. Lo que tenía en casa era un pequeño milagro. Su cuerpo iba dando saltos de gigante para disolver el escudo sonoro que lo rodeaba. Ni tan siquiera la cercanía de Marcel conseguía silenciar los ruidos que su cuerpo empezaba a emitir de manera natural. Venía de contarles a sus padres que la niña iba haciendo progresos, poco a poco, y que, aunque los saltos sinestésicos de su supuesta enfermedad iban amainando, necesitaría seguir tratándola un par de meses más. En realidad, todo él estaba habitado por un sonido nuevo que había oído aquella mañana: el del corazón de Greta batiendo con regularidad. No podía dejarla

ahora. Al contrario, necesitaba más tiempo para ver qué era capaz de crear con sus nuevas facultades. «Vera, tu mensaje ha sido una gran sorpresa. Significa mucho para mí, pero ahora mismo no puedo dejar Tiente. Ya te explicaré yo también» fue su respuesta.

Se dirigió a la excavación. Cuando llegó, sus compañeros estaban discutiendo de manera acalorada. Se escribían en el brazo con fuerza, quitándose la palabra el uno al otro. Sonia y Antonio se acercaron y le explicaron lo que pasaba: se habían topado con ecoral en la excavación, y parecía ser un gran bloque. Eso podría significar que había más, y discrepaban en si debían o no informar de ello a las autoridades. Hacerlo podía significar el cierre del sitio, pero no hacerlo era un delito de traición. Aquel descubrimiento contradecía la creencia de que Tiente había sido explotada mucho tiempo atrás. Se preguntó si sería eso lo que quería decirle Frida. Marcel medió entre la pareja:

—No nos precipitemos. ¿Qué hemos descubierto en el tiempo que llevamos aquí? Un buen número de objetos que podrían corresponderse con los últimos siglos de París, pero no hemos localizado aún puntos de referencia claros, o edificios significativos. Somos sólo tres personas, ¿cuánto tiempo tardaremos en descubrir lo que buscamos? Nos mandaron aquí a sabiendas de que era prácticamente imposible que consiguiéramos resultados en poco tiempo. El año próximo se revisa la misión y, si no tenemos nada que mostrar, puede que nos manden de vuelta al Ministerio de Geología. Y de repente nos hemos topado con ecoral. Si informamos de ello, se acabó la excavación. En unos días vendrán los operarios de Fumagalli a hacer prospecciones, y después en lugar de nuestra caseta estarán las minas y los mineros.

—¿Y si hablamos con la alcaldesa? —propuso Antonio—. Tiene la ilusión de gobernar el antiguo terreno parisino...

—Sí —intervino Sonia—, pero no nos olvidemos de que antes que la presencia de un lugar mitológico, necesita trabajo para su gente. Puesta a elegir, preferirá una mina a una ciudad arqueológica.

—Es cierto que tenemos dificultades y pocos recursos, pero somos afortunados por estar aquí. Es la única excavación arqueológica en activo en toda Umbra. ¿Cuántos han soñado a lo largo de los siglos con

encontrar París? Si ésta es su ubicación, informar sobre el mineral es irresponsable, implicaría su destrucción. Hemos de proteger la posibilidad del descubrimiento. Os propongo que sigamos excavando y veamos si se trata de un bloque o de una veta y que cuando tengamos un fragmento, lo abramos para ver si el eco nos da alguna pista concreta.

Las manos de ellos se quedaron quietas, dubitativas. Para atajar las dudas de ambos, Marcel añadió:

—A vosotros no os pasará nada. Yo asumo toda la responsabilidad si algo va mal. Sólo os pido vuestro compromiso y vuestro silencio.

Ambos reflexionaron un rato y finalmente le apretaron el brazo en señal de aceptación.

Cavaron con cuidado durante horas. Cuando vieron que la superficie ocupada por el mineral se extendía, cortaron un bloque del tamaño de un arcón. A pesar de ser un mineral relativamente ligero, tuvieron muchas dificultades para desplazarlo hasta la caseta. Después cubrieron el lugar del corte con tierra. Nadie pasaba por allí, pero no querían correr riesgos. Sabían que el protocolo adecuado hubiera sido convocar oficialmente a algún experto en mineral, o algún traductor capaz de revelarles su contenido, pero necesitaban respuestas rápidas. Se dieron cita al día siguiente a primera hora para romper y escuchar el fragmento.

Pero ¡eso es hablar!

Aquella tarde Greta le estaba esperando en la puerta. «Tengo una sorpresa para ti —le dijo en táctil—, llevo tiempo preparándola.» Le hizo sentarse en la sala y se quedó de pie frente a él. Tomó la mano de Marcel, poniéndola sobre su garganta. Él la sintió inspirar y al expirar apreció cómo subía no sólo el aire, sino también una vibración desde el pecho. Vio los labios moverse y oyó un sonido apresurado e imperfecto, pero milagroso: «ola». Marcel dio un salto y la abrazó. ¡Había hablado! «Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo lo has conseguido?», repetía una y otra vez. Cuando se calmó, Greta le explicó que había conseguido hacer ruido con la garganta, primero un sonido rasposo que había ido modulando poco a poco a otros ruidos más suaves, para que no le doliera la repetición. Entonces se acordó de que entre las cosas que había traído de su casa había unas bolitas muy pequeñas de mineral, de un antiguo juego infantil que había pertenecido a sus abuelos. Le daba miedo abrirlas, pero necesitaba escuchar algún eco para ver si era capaz de reproducirlo, y no quería pedírselo a él porque quería que fuera una sorpresa. Resultó que las bolitas decían todas lo mismo, «agua» y «ola», por lo que había podido ir repitiendo el eco hasta aprender a pronunciarlo, colocando la boca de maneras distintas hasta que dio con la clave.

«¡Greta, pero eso es hablar! ¡Eso que has hecho es la voz! ¿Sabes lo que esto significa?» Y sí, desde la perspectiva de una niña se daba cuenta de que aquello era excepcional, pero su concepto de lo posible y lo imposible era muy elástico. Había aprendido en la escuela que el Gran Silencio se había llevado la voz y la música y que nadie había hablado desde hacía siglos. Pero si ella lo había conseguido podía ser simplemente que el resto no hubiera aprendido cómo hacerlo, o no lo hubiera intentado lo suficiente. Greta seguía viéndolo como un juego.

Sabía decir una palabra, podría aprender otras. Animaba a Marcel a que lo intentase. Pero por supuesto, por más que probase a imitar a Greta, la garganta de Marcel sólo emitía el mismo silencio de siempre, igual que sus manos, igual que su corazón y sus pulmones.

Preguntó a Greta si le gustaría escuchar más ecos, y ella respondió entusiasmada. Quería aprender más, y sólo podía hacerlo escuchando. En otras circunstancias no hubiera podido ayudarla, pero en la caseta les aguardaba la gran pieza de mineral esperando ser abierta. «Mañana vendrás conmigo a la excavación.» Ella tenía aún miedo de aquel lugar, seguía asociándolo con la angustia inicial que le provocara el ruido, pero las ganas de escuchar eran más fuertes. Empezó a aplaudir de alegría. Marcel impuso las condiciones: «No podrás hacer ni decir nada. No quiero que emitas ni un solo ruido, ni que te acerques a ningún objeto. Y no te olvides de que se supone que estás enferma. Aparenta estar cansada y desganada, arrastra un poco los pies». Ella prometió y volvió a prometer que así lo haría y se acostó sin rechistar. Marcel, en cambio, no consiguió dormir en toda la noche. Se le quedó rondando la naturalidad con la que Greta había aceptado el germen de su voz: «No entiendo cómo nadie puede, lo mismo no lo habéis intentado bien», le había dicho. El argumento tenía lógica. Quizá no habían sabido cómo hacerlo. Acaso lo que el Gran Silencio había hecho era cambiar las reglas del juego, mientras que la humanidad había seguido aplicando las reglas obsoletas sin obtener resultado. Cabía la posibilidad de que la voz que había encontrado Greta no tuviera nada que ver con la del pasado, aunque sonase parecida. Podía tener su origen en un lugar distinto del cuerpo, o de la mente. En la niña todo progreso era natural. ¿Habría habido acaso quien ocultó su capacidad en el pasado por miedo a convertirse en objeto de estudio? Nada excluía tampoco que en el presente otros hubieran roto también el escudo sonoro. Su mente se debatía entre el deseo egoísta de que Greta fuese un milagro único que le había sido dado a él y la lógica evolutiva de un salto cualitativo que podía permitir a algunos o incluso a todos en el futuro recuperar el habla.

Registro sonoro

A pesar de su aspecto improvisado, había cierta solemnidad en la ocasión. Habían colocado el bloque bajo la lámpara de la caseta, con cuatro sillas a su alrededor. Greta cumplía su papel a la perfección, lánguida y cabizbaja, sin prestar demasiada atención a lo que la rodeaba. Al principio Sonia y Antonio se habían opuesto a la presencia de la niña, alegando que no era seguro. Les preocupaba que pudiera contar el hallazgo a sus padres, poniéndoles en una situación comprometida. Marcel les respondió que en su estado todo era confuso y que cuando se recuperase no sabría qué había sido cierto y qué no durante su enfermedad. Escuchar ecos podía serle beneficioso, una manera de hacerla salir de sus espirales sinestésicas. Greta seguiría con Marcel aún unas cuantas semanas, lo que durase el tratamiento, y después todo aquel periodo permanecería borroso en su mente. «Os lo aseguro, no hay riesgo.»

Una vez convencidos, Marcel cedió a Sonia el honor de dar el golpe con la maza. Ella les miró bajo la luz vacilante de la lámpara. Los dos hombres le mantuvieron la mirada, reafirmando que, fuera lo que fuera lo que ocurriera después, estaban juntos en ello. Hicieron falta varios golpes hasta que se creó en el centro una brecha lo suficientemente ancha como para ir dejando escapar el eco. Allí no había una voz, sino muchas que buscaban salir atropelladamente y se confundían en un murmullo denso. Los ecos tenían volúmenes distintos, algunos eran un susurro apenas perceptible por el que estuviera más cerca, pero otros se oían claramente, resonando por toda la sala. Abrieron una brecha en cada extremo y se sentaron, cada uno en una esquina, a escuchar:

> «¿Te acordaste de coger el bocadillo?»
> «Estoy al lado de las escaleras mecánicas, en el segundo piso.»

«No me cuentes más historias. Me sé de memoria el cuento de tu familia y tu trabajo. Ya estoy cansado de esperar. La próxima vez, o te vienes conmigo o ya no volveré.»

«¡Pedro me ha roto mi muñeca! ¡Mamá, mira, está rota!»

«Ven, te invito a un café.»

«¡Cuánto tiempo! La última vez que nos vimos fue en la casa de campo, cuando aún vivía el abuelo, ¿verdad? ¿Hace cuánto sería? ¿Diez años?»

«¡Corred, que me había confundido de vía! ¡A ver si llegamos!»

«Aquí no, que nos ven. Espera a que estemos en casa.»

«La novela no está mal. Habla de una pareja que se pierde de vista en un supermercado y ya no consiguen salir jamás de allí, ni volver a encontrarse. Me quedan sólo veinte páginas. Te la paso después si quieres leerla.»

«¿De verdad que no puedes quedarte? Podrías intentar cambiar el billete para dentro de unos días.»

«Pero ¡cuánto has crecido! ¿Te acuerdas de mí? Soy tu tía Encarna. ¿Se te ha comido la lengua el gato?»

«Por el amor de Dios, ayúdenme. No tengo trabajo y tengo cuatro hijos. Una moneda, por caridad.»

«Vengo cargadísima. Traigo un montón de libros que necesito para el doctorado. Menos mal que me llegó ya el dinero de la beca, que si no habría estado comiendo pasta todo el mes.»

«Atención, señores viajeros. El próximo tren con destino Niza llegará a la vía dos en breves instantes.»

«Ten cuidado con lo que deseas. Podría hacerse realidad.»

«Deme un té negro con leche caliente, una limonada y un café solo.»

«Buenos días. Quisiera alquilar un coche pequeño durante diez días. ¿Qué es lo más económico que me pueden proponer?»

«Voy a comprar una revista, que las películas me aburren siempre.»

«El tren sale con retraso. No llegaré a la hora a la reunión. Te envío mis comentarios sobre el documento para que los tengas en cuenta. Y no te comprometas a nada hasta que yo llegue.»

«Bienvenidos a la estación de París-Montparnasse. Son las cuatro de la tarde y siete minutos. La temperatura exterior es de doce grados centígrados.»

Los cuatro dieron un respingo. ¡Bienvenidos a París! ¡Aquello eran los ecos de una estación de tren! Pero las frases seguían sucediéndose. No podían permitirse perder uno solo de esos ecos. Cada uno volvió a su puesto de escucha.

«Por favor, preparen sus billetes y su documento de identidad para ser inspeccionado.»

«Ha hecho un tiempo horrible, pero ahora está un poquito mejor. Esta tarde podemos salir a pasear.»

«Para su seguridad, preste atención a todo bulto abandonado e indíqueselo a un miembro del personal de la estación.»

«¡Papá! ¿Dónde está la torre? ¡Yo quiero ver la Torre Eiffel!»

«No encuentro mi teléfono. Creo que me lo he dejado cargando en el asiento. ¡Espero que no me lo hayan robado!»

«Estos jabones están en oferta. Comprando tres le regalamos una crema para las manos de lavanda.»

«Voy al baño. Enseguida vuelvo. Guárdame la maleta.»

«Deme una tarrina pequeña de chocolate y vainilla. María, ¿quieres tú algo?»

«Para ir hacia Nôtre-Dame, tome el bus 96 en dirección a Porte des Lilas. Es la parada Cité-Palais de Justice, y diríjase luego a la derecha. No tiene pérdida.»

«Hicimos un tour en barco por el Sena ayer por la noche. Estaba precioso, todo iluminado. Lástima que nos dieran una comida tan mala. ¡Y fue carísimo!»

Las frases se sucedieron durante varias horas. No había manera de parar el fluir de los ecos pero, aunque su atención se mantuvo intacta, sus mentes se habían desdoblado, pensando en las consecuencias de su descubrimiento. Si era cierto que el lugar que habían encontrado era la estación de tren de Montparnasse, el mineral debía de ser un registro condensado de frases pronunciadas en ella. Sintieron vértigo al pensar en la cantidad de viajeros que habían pasado por allí a diario, hablándose, en lo fácil que debía de ser viajar en aquella época, cuando la energía no era un problema. Qué distinto resultaba el mismo espacio en el presente: una trinchera excavada en el páramo rodeada de arbustos secos. Una cabaña de madera y dos hombres, una mujer y una niña como única población.

Tenían demasiadas preguntas como para abandonarse a la emoción. Lo primero era contrastar el descubrimiento. Si la estación se encontraba en aquel lugar, debía de haber algún indicio de la misma en las profundidades. Además, la veta de ecoral continuaba. Podría haber

un estrato similar en otros puntos de la ciudad. Quizá debían alejarse de la excavación y empezar otra, a unos kilómetros de distancia. Si en algún lugar estaban enterrados los raíles, siguiéndolos podrían reconstruir los principales ejes de la ciudad. Pero ¿en qué dirección? Corrían el riesgo de alejarse y perder tiempo y energías que no tenían. Ahora no podían ni querían pedir ayuda. Lo que ocurriera sería el resultado de los esfuerzos y las decisiones de los tres. Les faltaba también por decidir qué harían si encontraban otro fragmento de mineral, si volverían a abrirlo o si seguirían el procedimiento reglamentario... En el fondo reconocían que las circunstancias del descubrimiento traerían más problemas que alegrías. Como había dicho una de las voces: «Ten cuidado con lo que deseas. Podría hacerse realidad».

Coro

Sería hermoso que las ciudades respondieran a las leyes naturales. Que, igual que conocemos el cuerpo de un caballo —el porte noble, la cabeza alargada, cuatro patas finas y largas, una grupa fuerte, los cabellos de la cola cayendo por detrás— pudiéramos reconocer una ciudad a partir de un punto cero en el que ya está toda comprendida: la ubicación de los parques, los edificios administrativos y los museos, de los barrios residenciales y las grandes arterias de comunicación. Que aunque uno llegase a una urbe desconocida, fuese evidente que hacia el este de los hoteles encontraría la zona comercial. Así, desentrañándose como una espiral, la sabríamos siempre densa en el centro y aérea y amplia en las afueras. El cuerpo de la ciudad sería un animal que respira y nos envuelve sin agobiar, pues lo conocemos de antemano.

En cambio, la ciudad no es animal, sino objeto, un cúmulo de casualidades prolongadas en el tiempo: un río, terrenos especulables, montañas de paneles publicitarios, restos de basura, grandes avenidas, casas adosadas, rótulos luminosos, terrazas, monumentos en ruinas y las pequeñas plazas donde habita el escepticismo, todo colocado al azar, como un dibujo hecho por aburrimiento. Así no hay quien se oriente, menos aún en una ciudad escondida que ha ido borrando sus mapas con cuidado, casi con mimo.

Greta

Un hombre desemboca en el bulevar Saint-Germain desde la rue de Rennes y lo atraviesa. Lleva prisa. Está empezando a llover y no tiene paraguas. Va hablando para sí: «Llego tarde, llego tarde». Entra en una librería buscando un regalo: «¿Tendría un libro ilustrado de mitología clásica? Es para mi hija. ¿Que cuántos años tiene? Veamos... estamos en 2017, así que tiene ocho años». Al salir se cruza con dos mujeres, una mayor y otra joven, con un parecido físico evidente. Se dirigen hacia el río por la rue de Seine. La mayor va hablando: «No hace falta que me digas más. Siento decirte que yo ya lo vi venir hace tiempo. Ese hombre no era para ti. No tenéis nada en común y tú te has amoldado a él como un calcetín. Cuando veníais a casa no te reconocía. Esto es lo mejor que te ha podido pasar».

Un grupo de adolescentes avanzan camino a Saint Michel a paso rápido. Van riéndose y bromeando, molestándose los unos a los otros. «¡Venga! ¡A ver quién llega antes a la otra orilla!», dice uno y salen todos corriendo, esquivando a turistas y parejas. Algún coche toca el claxon airado, pues los rezagados se han puesto a cruzar en rojo. Se detienen por fin, exhaustos, apoyándose en el pretil del puente. «Esto no es nada. ¡Hay que llegar hasta Châtelet!», y la carrera recomienza, con algunos que desisten, avanzando a paso rápido con la mano en el costado para recuperar el aliento, mientras los más valientes se alejan hacia el otro extremo de la Île de la Cité.

De un autobús desciende un pequeño ejército de turistas. Van de dos en dos, desenfadados y sin prestar atención al tráfico. Han pagado el paquete completo por lo que, como niños, creen que alguien se encargará de todo lo práctico, incluyendo detener la circulación si fuera preciso. El guía, levantando un banderín rojo, va diciendo su cantinela por un pequeño micrófono: «La construcción de la catedral de Nôtre

Dame empezó en el año 1163 y finalizó en 1345. En este lugar estaba ubicada la primera iglesia cristiana de París, la basílica de Saint-Étienne, erigida en el siglo VI después de Cristo, que fue sustituida por una iglesia románica que permanecerá en este lugar hasta el comienzo de la construcción de la catedral. En ella encontramos reminiscencias del románico y la plenitud del gótico. La fachada principal está organizada en torno a tres niveles horizontales y tres zonas verticales, y rematada por dos torres en los extremos». Los turistas sueltan suspiros de sorpresa y admiración. «Es más bonita que en las fotos.» «Pues a mí no me parece gran cosa. La imaginaba más alta.» «¿Podremos subir a las torres?» «He visto unas tiendas de souvenirs a la vuelta. A ver si podemos comprar unos llaveros.» Un artista callejero avanza embutido en su disfraz para colocarse en un lateral. La bandada de palomas que tomaban el sol en ese punto levanta el vuelo ante su cercanía...

Greta se despierta agitada en plena noche. ¿Qué ha sido aquel sueño con lugares y palabras que desconoce? Lo más extraño es que por encima de las imágenes se superponía la visión del páramo tal y como lo conocía, como si hubiera una correspondencia entre las calles del sueño y sus puntos de referencia cotidianos.

Despierta a Marcel para contarle. Era un sueño en estratos, como si aquellas escenas de la ciudad se hubieran quedado atrapadas en alguna frecuencia, repitiéndose hasta el infinito, y hubieran encontrado la manera de llegar hasta ella escapando de una caja negra. Le cuenta las frases y los nombres. Describe cada rincón: edificios, vehículos, árboles, incluso los objetos que llevaba la gente en la mano y cómo era la luz. O tenía mucha imaginación o realmente había visto todo aquello en el sueño, pues se trataba de cosas que no podía conocer ni haber visto nunca, que no estaban en las estanterías de la caseta de la excavación. Marcel no sale de su asombro. «¿Habías escuchado hablar antes de esos sitios?» Greta responde negativamente. «¿Y podrías recordar dónde estaba cada lugar?» La respuesta es hablada: «¡Sí!».

Trazas

Se suele hablar de sueños premonitorios que anticipan el futuro. En el caso de Greta había funcionado al revés, eran sueños en los que la flecha del tiempo apuntaba hacia atrás. Anticipar lo que ocurrirá es igual de difícil que saber lo que ocurrió en un pasado remoto: sus espacios y rutinas han desaparecido de la historia.

Esto ponía a Marcel en una posición complicada. Siempre se había regido por el pensamiento científico, buscando indicios y evidencias. La conclusión venía después, tras las pruebas y la reflexión. Todo lo que aparecía en un estrato había llegado hasta allí por un motivo, aunque en ello jugara un cierto papel el azar y los avatares del destino. Si le contaba a Antonio y Sonia el relato de Greta pensarían que estaba loco, por más que hubieran empezado a moverse en un terreno incierto tras el descubrimiento de la veta de mineral. Una cosa es conjeturar, y otra muy distinta tomar decisiones de trabajo basadas en visiones imprecisas.

Fue con Greta a buscar los lugares con los que había soñado. Afortunadamente ella conocía el páramo como la palma de su mano. Empezaron en el cruce entre el bulevar Saint-Germain y la rue de Rennes, que no era más que un bosquecillo de matorrales bajos. Caminaron unos minutos hacia el noreste. A sus pies debía de estar el antiguo cauce del Sena, mientras que a su derecha la Île de la Cité estaría enterrada bajo los troncos secos de lo que fue un pinar frondoso. Ella se paró en un claro y no dudó un instante: «Aquí estaba la fachada de la catedral. Y en ese lado estaba el hombre disfrazado. El río seguía por allá».

A pesar de su desconocimiento histórico, Greta jugaba con ventaja. Había visto las escenas, seguido a los personajes a través de las calles de la ciudad remota. A su lado Marcel era una enciclopedia inútil.

Podía citar teorías e hipótesis, pero el saber no le valía de nada contrapuesto a un paisaje yermo y sin indicios. Aquel lugar era como cualquier otro. Y, sin embargo, la creía.

Abeja reina en colmena desierta

La alcaldesa de Ciudad Eclipse, madame Turenne, se despierta angustiada por algún sueño difuso que, por más que lo intente, no puede recordar. A pesar de tener el corazón aún encogido, disfruta del instante al tomar conciencia de estar en su cama, en el confort de la residencia de la alcaldía. Intenta volver a conciliar el sueño, pero despertarse de noche activa su estómago sin remedio. Una vez vencida la pereza se alegra de estar en pie mientras la ciudad duerme, tanto que, en vez de dirigirse a la cocina, atraviesa la pantalla que la separa del balcón corrido. La planta noble de la residencia domina lo que un día fue el corazón histórico de la ciudad. Bajo ella se encuentra la parte pública del edificio, diez pisos de forma cilíndrica rodeados por dos escalinatas entrecruzándose en espiral. El balcón es una suerte de mosaico de grandes fragmentos de piedra, hierro y cobre, restos de edificios demolidos tras la Gran Oscuridad amalgamados por la resina transparente de los Cariátide. Si hubiera luz serían pocos los que se atreverían a pasar bajo el balcón al nivel de la calle, pues tendrían la sensación de estar a punto de ser aplastados por una gran roca en caída libre.

Eso había querido la primera alcaldesa de Ciudad Eclipse cuando lo mandó construir: un recordatorio de lo cerca que estamos siempre del desastre. Con el tiempo madame Turenne había aprendido a apreciar el simbolismo del balcón suspendido, cuajado de amenazas potenciales que se mantienen mágicamente en equilibrio. A pesar del silencio y la oscuridad de la luna nueva, sabía que desde aquel punto la ciudad se extendía en todas direcciones, demostrando que era posible sobrevivir y crear un orden nuevo. La capital era un animal hibernando, con las constantes reducidas al mínimo y la conciencia apagada, espaciando los latidos, pero indudablemente vivo. Le llegó una ráfaga de olor, la

mezcla familiar de madera, lavanda, limón y café, vaporizada desde las entrañas de la alcaldía para indicar los puntos cardinales. En momentos así le daban ganas de organizar una audiencia como las que habían marcado el principio de su mandato, cuando los ciudadanos venían a contarle cómo vivían y sus carencias, pero de inmediato recordaba el brazo rígido, casi insensible de tanto escuchar en táctil —lengua que conocía pero detestaba— y la repulsión de ser tocada por las manos de otros. Gobernar sus vidas era una gran responsabilidad; no se le podía exigir también que los escuchase.

Los ciudadanos le parecían un flujo inagotable de variantes de la misma persona, y en muchos aspectos lo eran. Gente anónima en casas anónimas recibiendo las raciones alimentarias asignadas, creciendo, tocando, desplazándose. Muriendo al fin y desapareciendo bajo tierra, desintegrándose en un humus en el que ya nada podía crecer. Aunque la ciudad la poblase un único habitante, su manera de gobernar sería la misma: ante todo que lo básico estuviera cubierto, pese a que faltara todo lo demás, en un entorno que preservaba la vida y la entumecía a partes iguales. Mantenía viva aquella ciudad como una enfermera de guardia vigila a un paciente en coma, tomando sus constantes vitales de cuando en cuando, anotando cualquier anomalía. Ese paciente representaba a todos los que dormían mientras ella contemplaba los matices de la penumbra desde el balcón.

Madame Turenne tenía una deficiencia que no le había supuesto un problema en su etapa de crecimiento, pero que se había hecho evidente en su vida adulta: era incapaz de identificar una cara. Para ella toda persona era la misma, se le presentaba en la memoria con un borrón en vez de rostro. Podía fijarse en un labio, en su consistencia carnosa y el leve pliegue bajo la nariz, en la forma de los ojos, almendrados o saltones, enmarcados por unas cejas pobladas, las orejas cerrando el paréntesis. Por más que intentase retener los detalles, su acto de mirar era visión en estado puro y se deslizaba sin dejar rastro. Tenía que asociar a cada persona un olor característico o una manera peculiar de tocar para poder reconocerlos. Desde que había asumido el cargo, unos años atrás, el protocolo obligaba a la iluminación de la estancia en la

que se encontrase, aunque aquel trabajo se hacía mucho mejor en la oscuridad. La luz es una distracción cuando hay que gobernar una ciudad que vive a oscuras. No hay beneficio en ver lo que otros no ven, más bien al contrario: la colocaba en desventaja. A diferencia de los habitantes de las torres, que elegían lo que querían contemplar, ella tenía que mirar todo lo que se presentaba ante sus ojos. Su posición privilegiada no era tal, pues la exponía a la fealdad de lo que el resto no veía: basura visual que tenía lugar ahí fuera. Sin embargo, cuando se reunía con alguien en alguna de las salas de la alcaldía, le gustaba aprovechar el privilegio de la luz para concentrarse en los rostros de sus interlocutores o sus traductores, fijar la vista en cualquier rasgo hasta agotarlo o hasta que la otra persona comenzaba a revolverse, incómoda. Era un descanso poder abandonarse a una acción que no dejaba poso en ella sin tener que dar explicaciones. En su memoria un labio era siempre un labio sin dueño.

La inquietud del despertar había desaparecido. En ese momento sólo existía ella apoyada en la balaustrada, bien protegida por la soledad que decretaba de noche en la residencia. El servicio y el personal de la alcaldía vivían en uno de los edificios de la plaza. No volverían hasta la mañana. Custodiada por guardias en las entradas principales, de noche madame Turenne era la abeja reina de una colmena desierta. Antes de que se encendiera la primera luz en el cuarto contiguo y empezara a pasar ante ella el desfile de rostros irreconocibles, sería el olor a sésamo tostado y a agua quieta lo que le revelaría la cercanía de Andreas, su colaborador más cercano.

Pero para eso aún faltaban varias horas. Su estómago protestó, recordándole el motivo de su desvelo. Al girar para entrar y dirigirse a la cocina, le pareció ver una luz que se movía en el piso inferior. Había sido una ráfaga muy rápida, pero no había otros estímulos para confundirla. Se puso de rodillas, acechando a través del suelo transparente. Unos minutos después, con las piernas dormidas y a punto de volver a la cama, pues el hambre había acabado por disiparse, la luz volvió a aparecer, errática, levemente refractada por la resina. No cabía duda: había alguien en la biblioteca.

Era imposible que ese alguien se hubiera escabullido entre los guardias. Las puertas estaban bien vigiladas, así como el acceso a las escalinatas laterales. No sentía miedo, ni se le pasó por la cabeza dar la voz de alarma. Estaba curtida en el lenguaje de la violencia. El puñado de sentencias de muerte que había dictado durante aquellos años no habían sido meras decisiones, sino ejecuciones por su propia mano. Si la ciudad delegaba en ella la autoridad para distribuir los recursos y organizar el espacio, esperaba también que se encargase de la aplicación directa de la pena capital. Al principio le había costado, pero después aprendió a disociar su gesto del cuerpo que caía inerte. Andreas, que tenía una larga trayectoria en la alcaldía a sus espaldas, había sido su profesor. Era cuestión de identificar el punto justo de la nuca en el que golpear con el martillo ritual y el condenado caía inerte, sin sufrimiento.

A falta de martillo, que se encontraba en su despacho varios pisos más abajo, tomó al pasar una figura de metal con el símbolo de Ciudad Eclipse: una esfera con una luna en cuarto menguante superpuesta. En unos segundos ya estaba frente a la puerta de la biblioteca que, efectivamente, estaba entreabierta. Se deslizó a través de la rendija y esperó. Desde aquella posición podía ver con claridad el haz mínimo de luz que se iba desplazando a lo largo de los estantes, como si estuviera buscando algo. Cuando el foco se acercó a la salida, madame Turenne encendió una lámpara en esa dirección, deslumbrando al intruso a la vez que cerraba la puerta. Alcanzó a ver la bolsa con mineral y las manos que la sostenían. El rostro le resultaba tan indescifrable como todos, imposible saber si pertenecía a alguien conocido. No percibió tampoco ningún olor familiar, por lo que cuando el hombre intentó huir le golpeó con la figura por detrás, desplomándolo. La bolsa acolchada evitó que el mineral se rompiera en la caída, pero una vez en el suelo las esferas se desparramaron en todas direcciones, escondiéndose bajo los muebles. Sólo después, cuando encendió las luces y contempló el cuerpo inerte percibió, muy sutil y perdiendo fuerza bajo la sangre derramada, el olor a salitre y talco de Lalo, el traductor que llevaba apenas un par de días a su servicio.

Relevos

La noticia de la muerte del traductor se extendió con rapidez. Los trabajadores de la alcaldía fueron los primeros en llegar tras la voz de alarma. Al subir a la biblioteca encontraron el cuerpo rodeado de sangre manando aún de la herida, de un rojo vivo y fluido. La sangre parecía querer escapar, exiliarse en otro humano, como si desconociera los peligros de abandonar un cuerpo. Se iba agolpando sin saber qué hacer, convirtiéndose en mancha, en pantano que se seca y pierde brillo. No le valían de nada los miles de kilómetros recorridos en el circuito cerrado del cuerpo de Lalo. Muerto él, venía después la muerte lenta de su sangre, y de los globos oculares al bajarle los párpados. La figura de metal que había servido como arma estaba caída a un lado en el suelo. De su base surgían finas grietas que el impacto de la caída había causado en el suelo.

Madame Turenne, sentada en una silla, intentaba comprender lo que había ocurrido. Los días, con su sucesión de escenas que no hace falta entender para poder vivirlas, en ocasiones desembocan en abismos en los que es fácil caer si no se los ve a tiempo. Ambos, Lalo y ella, se habían asomado al mismo precipicio junto al quicio de la puerta, y era él quien había caído. Como alcaldesa había hecho lo correcto: aquel hombre había violado las reglas y la reacción había sido justa, con un perfecto golpe ritual, sin sufrimiento.

Pero tras el paréntesis de quietud que abre la muerte, empieza la logística de la ausencia, el engorro de limpiar y desplazar. Así, en un deslizamiento sutil, todo retoma su cauce. La mujer que ha matado pasa a ser la mujer que explica su historia, que dispone y da órdenes mientras recuerda la aparente timidez del traductor, que tan sólo dos días antes realizó allí mismo la prueba de aptitud con un magnífico discurso encadenando fragmentos sobre la idea y la práctica del bien

común. Cuatro de los hombres que han llegado hasta allí respondiendo a la urgencia vuelven sobre sus pasos cargando el cadáver en equilibrio hasta una sala vacía en la planta baja. El quinto, en cambio, se queda en la sala, solícito. Le corresponde la ingrata tarea de diluir la sangre con agua hasta hacerla desaparecer, de quitar los fragmentos de cuero cabelludo de la figura con el símbolo de la ciudad. Ha de convertir, en definitiva, lo visible en efeméride.

Pero este funcionario anónimo tiene vocación de artista, quiere dejar también su granito de arena en el resultado final. Entre pasada y pasada se toma un descanso. Cuando las superficies han vuelto a su estado y ubicación habitual, se encarga de la última tarea: ir recogiendo por el suelo, en las esquinas y entre los muebles, las esferas de mineral que Lalo presuntamente había intentado robar y volver a colocarlas en los estantes. En un hábil juego de manos, bajo el guardapolvos coloca con cuidado cada bola recogida en una bolsa en el vientre y casi al instante ya tiene en la mano otra, indistinguible de la anterior, pero salida de otra bolsa en las costillas. Al terminar, la sala parece haber recuperado el estado previo al asalto, aunque sólo en apariencia. El funcionario ha tomado el relevo de Lalo, rematando lo que él no pudo terminar. En las repisas transparentes de los armarios antiguos, bien alineadas en sus soportes, las esferas de ecoral de madame Turenne han vuelto a encontrar su orden marcial, equidistante. Aunque otro traductor tendrá que ordenarlas según su contenido, al menos están todas ahí, desplegadas en batallón hasta donde alcanza la vista. Pero la vista, además de cara, es engañosa. El funcionario ha convertido la biblioteca en un campo de minas, con los ecos más preciados sustituidos por las esferas falsas creadas siguiendo el nuevo método que las Luciérnagas llamaban ecariátide en vez de ecoral. Si alguien se hubiera dedicado a contar cabezas se habría dado cuenta de que, a partir del mediodía, el personal de la alcaldía tiene un miembro menos.

Rumor

La imaginación popular es el lugar desde el que el mundo ha sido creado. Las bacterias y las plantas se desarrollaron de una manera determinada porque una comunidad de células decidió imaginarse un futuro mejor. Con los hombres ocurre lo mismo, sólo que al revés: en vez de imaginar primero y llevar a la realidad después, preferimos inventar a posteriori, fingir que las cosas ocurrieron de otro modo. Noticias como la muerte de Lalo corrían como la espuma en la cadena táctil. Parecía que todos conocían a alguien que había estado allí, era amigo cercano de uno de los funcionarios o había intimado con el traductor. Las descripciones eran sobre todo olfativas y táctiles: la biblioteca estaba inundada del olor metálico de la sangre, la alfombra húmeda y pegajosa, partes de la figura utilizada como arma mantenían aún el frío habitual del hierro, de tan rápido que había sido el impacto. Las opiniones se dividían: desde los que lo consideraban un vulgar ladrón de ecoral que se había hecho pasar por traductor, hasta los que lo admiraban por su intento de dar un golpe al poder establecido. Estos últimos —los más— clamaban contra la esclavitud de verse reducidos a lo literal y necesario. Ellos también querrían abrir de un portazo la puerta en una de las casas de las torres y sentarse a la mesa para el juego de ecos. «Son también las voces de nuestros antepasados, y las despilfarran.» También se intercambiaron numerosos mensajes con historias contradictorias de lo que había ocurrido después: para unos, Lalo había sido amortajado siguiendo la tradición, con una bola de mineral en el paladar y las manos cubriendo los ojos, mientras que para otros había sido todo lo contrario en castigo a su crimen: le habían sacado los ojos como venganza y la boca vacía le dejaba desprovisto de voz para el más allá.

De esa maraña de mensajes, las Luciérnagas consiguen extraer, con

discreción y sin sospecha gracias a sus informadores, detalles sobre las disposiciones tomadas y las posibles represalias a la familia de Lalo. Son conscientes de que se les está agotando el tiempo para actuar encubiertos. La desaparición de Dimas y la muerte de Lalo son dos noticias demasiado seguidas para una profesión que se caracteriza por estar sin estar. Se dan dos días de plazo, pero la ventana de oportunidad para terminar lo empezado es pequeña. Hace falta redoblar las precauciones, escapar a la vista, sustituir las esferas que se pueda sin despertar las sospechas del servicio y abandonar el barco los primeros, antes incluso de que se ponga rumbo hacia el iceberg ignorado.

Recoger el tablero

No hacen falta instrucciones para saber cómo escapar. Es cuestión de abrir una puerta, poner un pie delante de otro y seguir haciéndolo. Con prisa o con una lentitud infinita, para que nadie pueda percibir el movimiento, escondiéndolo tras otras acciones: comer, asentir con la cabeza, lavarse las manos. Lo importante es ensayar el gesto, saber hacia dónde dirigir su ímpetu. El futuro prófugo aprende a separar la acción visible de la invisible. De nuevo la mano y el guante. La mano debe ser impecable en su quietud para que el guante no tiemble ni se desplace, aprovechar la distancia mínima que lo separa de la piel como ámbito para el ensayo, haciendo llegar la corriente de movimiento hasta los dedos, refrenándola en el último instante. El objetivo es que una vez empezado el movimiento nadie se dé cuenta de que el guante va a desplazarse irremediablemente. Requiere prudencia, pero es también un acto de fe, pues una vez desencadenada la acción su éxito depende de la existencia de la puerta, de que nada salga a su encuentro obligando a cambiar de dirección o a ponerse a cubierto.

Visto desde arriba, en el tablero en el que se dirime la partida, las otras piezas ignoran las reglas del juego, e incluso su existencia. Están inmersos en la gravedad o la frivolidad de su presente. Se creen protagonistas de su propia historia y desdeñan su papel como figurantes en las de otros. En los juegos superpuestos somos compañeros de vagón, transmisores de virus, generadores de basura, fibras que se mojan cuando llueve para llevar el agua al lugar en el que se evapora. Otros que ignoramos se sientan en la misma tapicería, queman los desechos, descubren los charcos.

Les corresponde mover ficha a los traductores. Las posibilidades de la jugada han sido consideradas hasta el infinito para que nada evite el jaque, un jaque inédito que no consiste en conquistar la casilla final del

otro sino en desaparecer del tablero llevándose consigo los cuadritos blancos y negros que servían de punto de referencia. Cada peón-traductor da un paso y se coloca al margen de las salas y los pasillos, fuera de las paredes cariátide, las lámparas y las flores de contrabando. Parece que van a caer, pues no hay nada que los sostenga, pero la inercia les mantiene en equilibrio sobre el aire que les separa del suelo. Están suspendidos en torno a las torres y con elegancia, como quien apaga la luz al salir de una habitación ignorando si queda o no alguien dentro, se agachan y recogen el damero, que se pliega como un pañuelo de seda. Es el momento de realizar los movimientos largamente ensayados con todo su ímpetu. Un pie delante de otro, tomar el ascensor por última vez, o bajar las escaleras. Salir a la calle como siempre, pero a partir de ese punto empezar el desacato. Todavía están ahí las obligaciones pendientes como traductores, pues la divergencia no es aún aparente, pero van ganando terreno las acciones nuevas que les llevan a la estación de tren o a escondites seguros, donde la mano alargada de sus jefes no pueda encontrarles. Avanzan ligeros, pues una de las consignas era marcharse sin nada que pudiera incriminarles. Les resulta extraño moverse sin las bolsas que todo traductor lleva siempre a la cintura. A cada minuto vuelve la sensación instintiva de haber olvidado algo, pero no es más que el muslo extrañando el roce del fieltro al que se ha acostumbrado, y también el deleite de no tener que dar cuenta de cada movimiento ni sentir a intervalos regulares el perfil ondulado de las esferas contra la piel.

El proceso de sustraer y sustituir ecoral por ecariátide ha tocado a su fin. Han sido eficaces: en cada visita a la biblioteca para preparar los diálogos de los compromisos del día habían ido sustrayendo unas cuantas joyas, dejando bisutería en su lugar. Lo más delicado había sido la entrega al siguiente eslabón, para lo que habían ido desplegando Luciérnagas entre los miembros del servicio, o entre los repartidores que traían a diario los productos más exquisitos de la zona agrícola en penumbra. Entre todos, y gracias a aquel tráfico, crearon y custodiaron museos de falsificaciones en las torres.

Las Luciérnagas que trabajaban bajo tierra creando ecariátide en los

talleres clandestinos de las afueras vuelven a salir a la superficie, impregnadas del olor a azufre de los polvos sustraídos en las fábricas, con los pulmones congestionados y las manos teñidas de naranja. Su regreso a la superficie es el del guerrero tras la batalla, necesitado de meses de agua y aire limpios para recuperar las manos claras y la respiración sosegada. Pero como estaban más cerca del saboteador que del soldado, vivían en la espera más que en la calma: hervían de excitación esperando que llegara el momento en que los flamantes nuevos dueños de ecariátide dejaran de ignorar su existencia y descubrieran el regalo que les habían hecho, con sus mejores deseos, todas y cada una de las Luciérnagas.

Mientras, en las torres, aún no ha tenido lugar ningún movimiento nuevo, pero cuando ocurra mirarán alrededor y no sabrán dónde poner los pies. Sin orden no hay reciprocidad, cada pieza puede colocarse donde quiera, avanzar el equivalente a tres casillas, o quedarse entre dos. Y lo peor: sin reglas no es posible ganar. Les han dejado sin trama.

Caldo de cultivo

Por las mañanas, el silencio en las vidas de los habitantes de las torres duraba poco. Apenas los matrimonios se levantaban mandaban llamar a sus traductores, que ya estaban esperando en la mesa cuando se sentaban a desayunar. El resto del personal iba guiándose por el sonido de las voces para conocer dónde se encontraban los señores. Solía haber un tercer traductor para los niños, que iba alternando las voces en los juegos y los acompañaba a la escuela, un edificio de tres plantas en el patio central. Allí, tutores personalizados les enseñaban todo lo que necesitaban saber para vivir según su rango. Cuando llegasen a la edad adulta y empezasen a trabajar —casi siempre en la empresa familiar— recibirían un traductor para ellos solos. Los tutores y los traductores charlaban en táctil durante las pausas mientras los niños corrían y jugaban en un patio iluminado, comenzando los amores y los resentimientos que les acompañarían el resto de su vida. Habían nacido en aquellos edificios y en ellos permanecerían, en un piso más alto que el actual a ser posible, emparejándose con alguien que ya se encontraba allí, con quien asistirían a cenas, almuerzos y juegos, y cuyos hijos volverían a repetir el mismo círculo. Eso no significaba que todos se sintiesen cómodos con el papel que les había tocado en suerte. Fran, el hijo pequeño de los Fumagalli, solía quedarse aparte en los juegos para observar fascinado el movimiento de los dedos de los adultos durante los recreos. Después se iba a una esquina con el muñeco del que nunca se separaba e intentaba repetir los gestos, inventando que estaban charlando de algo y que el otro le respondía. Los tutores se daban la vuelta y fingían no verle, retomando sus diálogos con discreción, pues aunque veían con buenos ojos el interés de Fran por aprender otras formas de comunicación, los padres pedían expresamente que los niños no estuvieran expuestos a «esa lengua vulgar» en la que se comunicaba

el pueblo.

Otra niña un poco mayor, Atsuko, sentía la misma fascinación que Fran por lo prohibido, y había conseguido que su cocinera le enseñara unas frases en táctil, señalando objetos y fingiendo acciones para hacerse entender. Sus padres estaban separados, cada uno en un apartamento distinto, intentando reconstruir su vida sin hacer demasiado caso a la niña, que consideraban un recuerdo molesto de lo mucho que odiaban a su ex. Atsuko era fuerte y decidida, en parte por haber estado expuesta al desencanto desde una edad muy temprana. Tomó a Fran bajo su protección, pues los mayores lo veían demasiado pequeño y sensible, y solían empujarle al pasar. Ellos eran todo lo contrario, estaban ya inmersos en la idea de ocupar su lugar en el mundo y miraban con intensidad, casi con violencia, todo lo que les rodeaba, buscando poseerlo. Fran, en cambio, parecía no poder gestionar tanta información, y a menudo se refugiaba en una esquina con los ojos cerrados. A pesar de la ambición que les habían inculcado desde el nacimiento, aún no habían interiorizado del todo los mecanismos del interés social. Nadie tenía miramientos por el hecho de que Fran fuese el hijo de Felipe y Eva Fumagalli, dueños de la empresa más poderosa de Umbra. Para ellos era un inadaptado, y lo trataban como tal. Además, los otros niños creían también que sus padres eran los más importantes del mundo, fascinados por sus fiestas, aunque poco a poco empezaran a intuir que el piso en el que habitaban tenía algo que ver con el rango social que les correspondía. Pero en aquel patio, mientras los que les cuidaban les miraban de lejos sin intervenir, eran ellos los que establecían las reglas de la comunidad infantil.

Los más pequeños se comunicaban sin necesidad de palabras, con gestos improvisados que les servían de lenguaje, pero pronto empezaba la labor de socialización. Los traductores infantiles preparaban cajitas de esferas para los niños, con colores asociados en los compartimentos para indicar cuándo utilizarlas, si durante el recreo para jugar o cuando estaban enfadados, alegres o tristes, para responder sí o no, pedir ayuda o indicar un malestar. Los niños se sentían adultos cuando sacaban sus cajitas y buscaban algo que decir, imitando a sus padres. El sentido de

las frases aún no había cuajado en ellos por lo que, más que hablar, se trataba de un juego. Era como si estuvieran aprendiendo solos a fumar, sin saber que tenían que tragar el humo, o ignorando incluso que era necesario encender el cigarrillo. Abrían las esferas de cualquier manera, con manos inexpertas. En ocasiones el eco tardaba mucho en salir, o las golpeaban repetidamente sin conseguir liberar la voz atrapada, poniendo la conversación en pausa hasta que otro llegaba y les mostraba cómo hacerlo. El ecoral era también su primera moneda: intercambiaban las esferas como quien cambia cromos. Los ecos que encerraban palabras de enfado valían doble. Una vez realizado el intercambio, ambos debían cascar las esferas como caballeros para comprobar si habían obrado conforme al honor en la transacción y las esferas contenían lo que habían prometido. El placer estaba en ser el que decía algo mejor, no en guardarlo. Acumular era innecesario: al día siguiente volverían a tener sus cajitas bien repletas.

Atsuko miraba a diario la cajita de Fran y le ayudaba a utilizar sus frases. Compartía también con él los regalos que recibía de su padre para compensar la culpa por estar ausente: bloques de mineral del tamaño de una mano adulta que guardaban en su interior la historia completa de un cuento infantil. Se ponían los dos muy juntos en una esquina del patio y escuchaban las aventuras de una tal Caperucita Roja, o de la Ratita Presumida, en ocasiones invitando a los más pequeños a unirse a ellos. Los adolescentes miraban con ojos burlones aquel «círculo de los cuentos» mientras comenzaban a hablar de cosas más serias: de chicas y chicos, de negocios, fiestas y los recovecos del poder, de cómo marchaban las cosas en Umbra. Aquella generación estaba perdiendo el gusto ilustrado de sus padres por la dialéctica y la poesía. Las partidas adolescentes que les entrenaban para el juego de ecos giraban en torno a otros temas: negociaciones, guerras, descripciones de grandes comilonas y, para los mayores, sexo. Eran más físicos y materiales. Entre las chicas había varias que aspiraban a ser la futura alcaldesa de Ciudad Eclipse —las alcaldías siempre eran dirigidas por mujeres—, proyectar la urbanización de los ensanches de las ciudades o renovar el sistema ferroviario de Umbra. Ellos solían

decantarse más por temas de logística y de diseño de nuevos materiales, la optimización de la burbuja o la creación de una nueva, más eficiente. El patio no era pues más que un caldo de cultivo. Ese puñado de niños y adolescentes marcaría el rumbo de Umbra, aunque no conocieran mucho más que el mundo de las torres y sus salones, y cuando salían al exterior lo hacían como transición para llegar a alguna parte. Los que gobernarían vivían la realidad de Umbra como el malestar inherente a un trayecto, sabiendo que al otro lado siempre les esperaba algún lugar iluminado y bien caldeado, sin depender de los ciclos de la luna para adelgazar la oscuridad o de tener que acercarse a un nodo de la cadena para saber de familia y amigos.

Deserción

La consigna era partir a mitad del día, durante una breve pausa banal. El caos se haría evidente con mayor rapidez, pero ralentizaría la capacidad de respuesta. En una horquilla convenida, cada traductor aprovechó un paréntesis en las rutinas diarias para desaparecer. Lo hicieron despacio, cada uno como había definido de antemano. Los que los vieron salir recibieron de ellos inclinaciones de cabeza como saludo, el rostro distendido, los labios con la media sonrisa vacía habitual del estar sin estar en las conversaciones de sus jefes. Con la misma discreción con la que daban voz a negocios y amoríos, al salir habían asestado una estocada al refugio irreal en el que trabajaban. La herida aún no dolía, pero por ella se iba escapando la perfección artificial que habían construido.

A sus espaldas todo quedaba a medias, en una multiplicación de lo inacabado que no había puesto la acción en pausa, sino más bien al contrario. En los despachos y los salones, los hombres y mujeres empezaron a impacientarse. Algo debía de haberle pasado a su traductor, un malestar, un tropezón desafortunado. Se miraban con gesto de embarazo, apelando a la comprensión del otro para perdonar el silencio que iba llenándolo todo. Cuando la situación se hizo insostenible, buscaron con desgana la bolsita de mineral que cada traductor había dejado sobre su silla y se la pusieron en el regazo. A decir verdad, no sabían muy bien qué hacer con aquellas esferas, ni cuáles debían elegir. Desde que habían entrado en la vida adulta, a excepción del juego de ecos, apenas habían abierto ellos mismos un fragmento de ecoral. Les parecía sucio dejar caer al suelo los fragmentos vacíos. Al menos, todos se conocían en mayor o menor medida y estaban en la misma situación. Aquella tarde las conversaciones tomaron un cariz absurdo, con diálogos descabellados:

—La productividad puede aumentar si conseguimos reducir costes.

—Quédese con el cambio.

—Tomé el primer tren esta mañana, y ni tan siquiera he podido desayunar.

—Es importante echar la harina gradualmente, tamizada, e ir batiendo la masa con brío para que ligue bien.

—No me digas que no puede ser, no puedo quitarme tu cuerpo de la cabeza. Tú también quieres esto, tanto como yo. Es el destino.

—Tenemos que despedir a algunos obreros y ampliar los turnos.

—El antiguo río ha dejado una superficie erosionada de varios metros de profundidad, ideal para armar en ella una línea ferroviaria.

—Todo esto es una porquería, ni me entiendes ni te entiendo. No me escuchas, jamás me has escuchado. Me pregunto qué fue lo que pude ver en ti.

—Los últimos informes indican que será posible volver a abrir el hotel antes de la primavera.

—No hay nada como utilizar verduras de temporada. Mi cocinera hizo el otro día un plato riquísimo con berenjenas y alcachofa.

Llegó un momento en el que tuvieron que interrumpir las conversaciones, pues eligiendo las bolas al azar no conseguían decirse nada concreto y estaban creando una serie de malentendidos que sería difícil aclarar después. Era mejor parar, darse la mano, sonreír de nuevo y convenir que aplazaban la conversación hasta el día siguiente, cuando hubieran vuelto los traductores. Pero para entonces los traductores estarían ya lejos.

Cada uno volvió a casa en su búsqueda. Otros, tras despedir a los invitados, recorrían las estancias preguntándose por la posible causa de su ausencia. Se cruzaban con el servicio e intentaban interrogarles, pero la comunicación era imposible. Estaban demasiado acostumbrados a moverse por la vida acompañados de alguien que imaginara y cargara su voz por ellos. Al faltarles ese apoyo, no tenían manera de expresarse. Cocineros, doncellas y mayordomos se les acercaban con respeto y dudaban un momento antes de atreverse a tocarlos. Eran los señores, y a los señores no se les toca, y mucho menos para hablarles en táctil. Pero estaban solos y sin esferas. Ninguno sabía cómo romper aquella

barrera inédita. Los que eran tocados veían los dedos en su antebrazo como una aberración, la ofensa de los pobres que les palpaban contando quién sabe qué tonterías. Tras un par de intentos, al servicio le quedó claro que sus jefes no conocían ni una palabra de la lengua táctil en la que ellos se comunicaban, y que sus traductores ya no estaban allí para hacer de intérpretes.

En un principio creyeron que se trataba de una deserción aislada. No era más que una casualidad que los traductores de la señora Marker y la señora Vega, que habían quedado tranquilamente a comer en casa de una de ellas para hablar de sus respectivos hijos y de los futuros planes para su unión, hubieran desaparecido a la vez. Quizá mantenían una relación en secreto y habían decidido escaparse juntos. Los traductores tenían también derecho a sus sentimientos, siempre y cuando renunciaran a su trabajo o redujeran sus horas de servicio, pasando a traductores de rango inferior, pero era fastidioso que les hubiera ocurrido justamente a ellas y que no se hubieran atrevido a decírselo claramente. Aun así, a pesar de la incomodidad de tener que cambiar de traductor y verse obligadas a pedir prestado el de sus maridos mientras duraba la búsqueda, aquella historia sería una anécdota magnífica: el día que ambas se quedaron a la vez sin traductor en medio de una comida y tuvieron que terminar sus platos en silencio. Pero cuando se encontraron con sus parejas entendieron, al verlos solos y alicaídos, que compartían el mismo problema.

No sabían lo que era estar obligado al silencio. Aquella tarde la pasaron mustios e inquietos. Se levantaban y daban una vuelta por la habitación, mirando al otro que, a su vez, tenía la mirada baja y una expresión de aburrimiento. Querían contarse algo pero no tenían cómo hacerlo. Se asomaban al pasillo, iban hasta el ala del personal, donde recibían miradas de lástima de aquellos que les servían. No, los traductores aún no habían regresado. Y remontaban de nuevo el pasillo o se acercaban a la casa de algún vecino donde no tenían necesidad de hacer gran cosa más que mirar el mismo rostro intranquilo y comprender en un instante, tras haber atravesado en silencio la barrera de la doncella a la que nada podían decir, que ellos también, que en su

casa faltaban las mismas personas que en la suya.

La gente que tenía cenas previstas no supo cómo anularlas. Los comensales acudían a casa de los anfitriones esperando la normalidad que a ellos les faltaba. La comida estaba lista, pero estar juntos el tiempo de tres platos sin que nadie pudiera pronunciar una palabra era demasiado. Aunque no fueran capaces de reconocerlo, los traductores no les habían dado únicamente voz, sino también construido el armazón de sus acciones: lo que les hacían decir inspiraba en ellos la acción siguiente, que a su vez alimentaba la frase sucesiva, incentivo del movimiento posterior y de lo que pensaban al respecto, pues era inconcebible una divergencia fundamental entre lo dicho y lo pensado. Si mentían, era porque el traductor había comprendido la necesidad de mentir, la intuición de lo que debían ocultar. Si cambiaban de opinión, era como consecuencia de una nueva evidencia que el traductor volvía ineludible en su retórica. Era una maquinaria bien engrasada. Ahora que faltaba una de las ruedas, el resto se volvía apático y borroso. No estaban acostumbrados a ser ellos los que creasen su personalidad. Durante la cena contemplaban los gestos de los otros y calculaban los suyos, imitándolos. El brazo sosteniendo el mentón un rato, cuando empezaba a ser demasiado apoyarlo sobre la mesa, cruzar una pierna, calcular el tiempo adecuado para mirar fijamente el rostro del comensal que tenían enfrente y mandar un mensaje de interés sin resultar inquisitivo.

A los postres, en varias de aquellas casas, algunos –el señor Smith, la señora Benjamin, los señores Pichette– tuvieron la misma idea a la vez: aceptar el azar y buscar la voz de otra manera, aleatoria, hasta que volvieran los traductores o encontrasen otros nuevos. Podían crear una versión nueva del juego de ecos, una en la que se fueran diciendo cosas sin orden ni concierto. Hicieron entender al resto que debían trasladarse a la biblioteca y, una vez allí, abrieron los armarios y fueron tomando esferas, entregando una a cada comensal, recogiendo un puñado más en una bolsa y dirigiendo la comitiva hacia la sala del juego de ecos. Recuperaron el ánimo durante el trayecto. Estaría bien por una vez olvidarse del sentido y de la lógica en las conversaciones.

Bien pensado, en otras circunstancias sus intentos del mediodía para continuar los diálogos interrumpidos, haciéndoles caer en el absurdo, les habrían hecho reír. Si todos se encontraban sin traductor, estaban en condiciones de igualdad. Podían poner la seriedad en pausa y divertirse unos días con sus colecciones de ecoral mientras averiguaban a qué se debía aquella desaparición misteriosa. Sentados a la mesa redonda del juego, sin nadie en la fila trasera para hacerles llegar el mineral, estaban expectantes. Algunos intercambiaban las esferas que les habían tocado en suerte y se miraban con ojos divertidos. La escena, repetida en varias casas con mínimas variantes, no era muy distinta a la de una fiesta adolescente cuando los padres se ausentan varios días. O, mejor dicho, era el momento previo a la fiesta, cuando ya están todos juntos aunque nada ha comenzado y se pueden anticipar de manera absoluta la diversión y el desenfreno.

Los anfitriones sintieron la obligación de ser ellos los que rompieran el hielo para animar a sus invitados. Era una noche excepcional, y querían dejar claro que no debían sentir pena por abrir fragmentos que podían tener un valor incalculable. Lo que contaba era que tenían ecos en la mano y la iniciativa era de nuevo suya. Pero al golpear la esfera inicial contra la superficie de la mesa no se produjo el sonido de un eco liberado. Quizá no lo estaba haciendo bien, al jugador se le había escapado algún detalle... Alertados por su rostro horrorizado, todos siguieron su mirada hasta el tapete. En vez de la esfera abierta en pedazos, había una sustancia acuosa que no mojaba pero que se extendía por la mesa en finas hebras hacia todas las direcciones. El resto soltaron sus esferas de manera instintiva. Aquello no era, no podía ser ecoral, el ecoral se rompía en cristales y se mantenía sólido. Sin embargo, aquellas bolas que habían recibido tenían el color, el peso y la consistencia del mineral que conocían. Aunque, bien pensado, ¿cuánto tiempo hacía que no sopesaban mineral en la mano, que no lo contemplaban con atención? Varios se levantaron, separándose de la mesa con un brinco. Los más tranquilos apelaron internamente a los buenos modales y a su valentía para mantenerse sentados con su esfera en la mano. La agarraban con fuerza, como si así fueran a impedir que

se desparramase. Mientras, la sustancia misteriosa de la primera bola parecía haber encontrado una forma definitiva, dibujando una suerte de estrella radial con mil brazos finísimos que llegaban hasta los extremos de la mesa, y se había vuelto a solidificar. No estaban para más sorpresas. Cuanto más tardaran en hacer algo, lo que fuera, mayor sería el disloque de la realidad que conocían, más intenso el miedo a salir de aquella sala y volver a enfrentarse a sus vidas. Uno tras otro, los valientes fueron rompiendo sus esferas, liberando un silencio idéntico a sí mismo y encontrándose una y otra vez con la metamorfosis del mineral sólido convertido en una mancha líquida que tomaba formas diversas. Fueron amontonándolos en una esquina, donde formaron una pila anaranjada que tenía un cariz de insecto monstruoso. Alguna que otra esfera, en cambio, sí que liberó ecos, pero se trataba de frases inconexas, de poca utilidad: «Pásame la grapadora», «Parece que ha vuelto a refrescar», «Ya no hacen jerséis como los de antes».

Después siguieron nuevas rondas de sonrisas embarazosas que ya no podían ocultar el sentimiento de angustia e impotencia. ¿Qué iban a hacer si no podían comunicarse con sus amigos o sus parejas? Quedaban en ellos coletazos del reflejo habitual de la ley de la oferta y la demanda. Incluso si habían desertado todos los traductores en activo —pensaban durante el camino de vuelta a casa—, habría siempre alguno desempleado buscando trabajo tras la muerte de la persona a la que daban voz. Era cuestión de ser rápidos y adelantarse a los Vossen, que siempre eran los primeros en adoptar las modas y parecían conocer a gente en todas las áreas de actividad imaginables... Sí, lo mejor sería guardarse la idea y no decir nada, aunque de todas formas cómo iban a decirlo, era imposible compartir el pensamiento. Mientras no se resolviera la situación estaban condenados al hastío de aquel silencio incómodo.

La tubería escondida en el muro

Hablar en nombre de todos los traductores es tan abstracto como hacerlo en nombre de la humanidad. El mismo sinsentido se produciría si los habitantes de Samas, inmersos en su exposición ininterrumpida a la luz solar, tomaran la palabra en nombre de los umbrios. Aunque quizá no tanto: siempre es más fácil representar lo que no se conoce, para no perderse en los detalles. Hubo un sentimiento común a todos los traductores: el del preso que cumple su condena y se encuentra de nuevo en libertad, pero en cada uno se manifestó de manera distinta. Les resultaba extraño volver a estar en contacto con el mundo en primera persona, sin tener que medir lo que querían decir o hacer sus jefes. Las primeras veinticuatro horas fueron las más duras, pues el reflejo les llevaba a echar mano a la bolsa del costado, para darse cuenta de que ya no estaba allí.

Se decía de los traductores que eran el espejo de la familia, reflejando sus virtudes y maquillando los defectos. Su labor rayaba en la invisibilidad: no hacerse notar, como la tubería que, escondida en el muro, hace viajar el agua pero en la que nadie piensa salvo cuando gotea. Cuanto más pequeños, más fácil les resultaría pasar desapercibidos. Por eso los altos habían aprendido a encogerse, y los bajitos evitaban mirar hacia arriba. Las Luciérnagas que los acogieron esa noche recibieron seres que parecían tener cuerpos transparentes, que evitaban tocar y saber en primera persona, pero según pasaron las horas su voz táctil resurgió con intensidad, incluso con fiereza. Querían contar, opinar, posicionarse ante cada evento, por mínimo que fuera. Dimas había atravesado esa etapa antes que el resto. De no haberse refrenado, el día de su partida se habría puesto a hablar en táctil con cada persona que se cruzaba, desde el escenario del Ruego al Sol hasta la estación, y en el tren hasta Ventigallia. Todo merecía una reacción

para confirmar el resurgir de su yo anulado. Por eso recomendó que los traductores pasaran unos días de convalecencia para recuperar su personalidad antes de partir en solitario.

A cada uno le había sido asignado un destino: Cuentaleser, Felinas, Gódila, Giralate, Nallet-del-Eclipse, Sirte, Zartrino... Como las finas líneas de la primera esfera de ecoral falso, los destinos se extendían en radios desde Ciudad Eclipse. Un traductor por región, con una misión precisa: recorrer el territorio que les había sido asignado para valorar el ansia de voz y su grado de sensibilidad. Los puntos de enlace tenían prevista la manera de obtener alimentos sin declarar su presencia, y asegurada su conexión con las cadenas táctiles. La urgencia de dar el mejor uso posible a las colecciones robadas debía ser sopesada con una evaluación profunda de la vida de aquellos a los que estaban destinadas. La consigna inicial de las Luciérnagas había sido despertar a los umbrios pero, como todas las consignas, era vaga, idealista y difícil de concretar. No podían arriesgarse a hacer lo que recomendaban los más exaltados en el grupo: repartir las esferas por región, reunir al pueblo y obligarles a escuchar. Eso hubiera sido una imposición y, además, contraproducente. Los ecos eran de un solo uso. Si no dejaban poso en aquellos que los escuchaban, toda la operación sería inútil. Los umbrios de provincias vivían en condiciones aún más duras que en Ciudad Eclipse. Era probable que al ver una esfera de ecoral se abalanzasen sobre ella sin pensar más allá de su valor económico y energético. El hecho de que albergase en su interior una voz del pasado les parecería anecdótico, probablemente tomarían cualquier referencia a la sabiduría o a la belleza de las frases contenidas en ella como una ofensa. ¿Cómo iban a pensar en la belleza por encima de la obviedad del trabajo físico y la comida racionada, cuando el mejor futuro que podían proponerles a sus hijos era un trabajo en la mina, como ellos, sus padres y abuelos? Pedirles que escuchasen sin más podía despertar su ira y dar al traste con toda la iniciativa. No buscaban un motín. Ya habían hecho bascular el sistema quitándoles la voz a la elite y acumulándola en el inmenso pulmón-biblioteca de Frida. Ahora que las voces volvían a ser ellas mismas, ecos del pasado sin dueño definido y

no accesorios sonoros de los poderosos, tenían que decidir cómo compartirla.

Hermetismo

Todo lo que sube baja, aunque haya que esperar siglos para verlo declinar. Hay cosas, como el calor, que siempre ascienden, y otras que se mantienen en el mismo lugar, pero se vuelven inaccesibles. Les correspondía a los adultos de las torres gestionar los cambios que se habían producido en su mundo cotidiano. Seguían siendo los mismos: umbrios mudos en posiciones de poder, solo que el andamiaje que les permitía quitarse ese adjetivo se había desplomado. Su poder se mantenía, sus propiedades estaban intactas y las últimas órdenes que habían dado seguían ejecutándose. La inercia hacía que todo siguiera avanzando. Les habían herido el orgullo, eso sí. Ningún Hannon, Smith, Benjamin, Pichette, Vossen había sido objeto de tal ofensa en su historia. La idea de la conspiración de los traductores se volvía cada vez más evidente y la rabia que sentían les hinchaba por dentro, pues no tenían manera de comunicarla. Ahora tenían que dirigirse a la cocina, abrir la alacena e indicar con el dedo el plato que deseaban para el almuerzo, mientras sus empleados parecían entenderse a la perfección. La lengua táctil tomaba ahora un cariz de código secreto que les excluía. Igual que la primera generación tras el Gran Silencio había envidiado la capacidad de los animales salvajes para seguir comunicándose, ellos ahora codiciaban el lenguaje basto del servicio. Hubo algunos empleados que, fieles a sus jefes, intentaron mostrarles alguna que otra palabra, pero el orgullo les impedía aceptar aquel ofrecimiento. Ellos habían sido siempre el ejemplo, no iban a rebajarse a convertirse en aprendiz.

Felipe era el más dolido, pues en su caso la traición había venido de su propia amante. Él, que la había sacado de la estación de control y le había dado todo, que la había llevado a su casa y había defendido su presencia en ella no soportaba ahora cruzarse con Eva por el pasillo. Su

sonrisa sarcástica, el «Te lo dije» que no podía decir aunque estaba allí, impregnándolo todo, le hacían sentirse doblemente burlado. La Bárbara que se había metido en su cama cada noche lo hacía tras sustituir las joyas de su colección por burdas imitaciones. Mientras le besaba en la sala de espejos debía de estar pensando ya en las esferas que seguirían el mismo destino al día siguiente. Mientras la llevaba a cenas y la sentaba a su lado, dándole un rango que ningún otro traductor disfrutaba, ella estaba planificando su huida. Se revolvía al recordar cómo Bárbara se había levantado de la mesa el día de su desaparición, acariciándole la nuca al pasar, la servilleta manchada de carmín junto al plato a medio comer, como si fuese a regresar un instante después. Pasaba el día solo en sus habitaciones, mirando al techo. No soportaba la condescendencia en la mirada de sus vecinos, que no necesitaban confirmación para saber que ni tan siquiera él se había salvado de la broma. Iban a llegarle nuevas esferas provenientes de las minas en tan sólo unos días, pero había perdido las ganas de hablar. Tardaría años en volver a armar una colección que, en cualquier caso, no sería más que una pálida imitación de la que tenía, perdidas para siempre las piezas que había heredado de sus antepasados. Decir por decir, abrir esferas nuevas recién extraídas sólo por escuchar no tenía interés. Era como si le propusieran realizar acciones al azar, sin lógica ni sentido. No era la voz la que debía dominar, poseernos con la acción sugerida en la misma independientemente de dónde nos encontremos. La voz debía adaptarse a su vida, estar en consonancia con ella. Ponernos a correr, a empujar o apuñalar sólo por seguir el dictado de lo dicho sería hacerlo todo al revés. Se planteó incluso apagar la luz del faro, pero se echó atrás al recordar que aquella luz no le pertenecía: si la extinguía, con ella caería el orgullo de los Fumagalli. Él, parecía decirse, heredero de la dinastía que había descubierto el ecoral y creado un emporio, no iba a ser el origen de su decadencia. Pero en el fondo, como todos los que descienden de cabeza en la historia, intuía que su voluntad era impotente para dictar lo que vendría después, y que el declive no es un destino tan malo comparado con su alternativa: el olvido.

Al principio sólo Felipe tenía miedo a ese vacío. Los demás seguían

viendo aquellos días como un paréntesis incómodo que terminaría de un momento a otro, cuando llegasen traductores nuevos y otras esferas. Pero aquel deseo indolente que ni tan siquiera era deseo, sino certeza, se empeñó en no cumplirse. Empezaron a desencadenarse algunos episodios de histeria entre los vecinos. La primera fue la señora Hannon. Harta de no saber qué hacer se decidió a salir a la calle. No aguantó más que unos minutos. Allá afuera había gente que la tocaba y la cogía de la mano, la rozaban al pasar, avanzando en la misma dirección como si fuesen uno solo. Y ella, acostumbrada a ser bien recibida al llegar a los sitios, a acompañar cada acto de una intención, no podía sino revolverse a manotazos, tropezando al correr en dirección contraria hasta llegar a su casa. Después de aquella experiencia decidió que no volvería a salir de las torres sin voz, aunque aquella reclusión durase el resto de su vida. El tacto, la gente, los olores intensos eran una agresión.

El siguiente fue el señor Benjamin. Siempre tan esbelto y elegante, empezó a descuidar su aspecto y a recorrer los pasillos con la mirada perdida. Sentado en el rellano, levantaba la cabeza con una sonrisa inédita, casi infantil, cada vez que alguien se aproximaba, como si fuera a decir algo, pero después volvía a tomar conciencia de que no tenía manera de hacerlo y se quedaba encogido mirándose los pies.

Las torres se convirtieron en un manicomio en potencia, pero el servicio mantenía una ilusión de normalidad, ocupándose de los alimentos, las manchas y el polvo. Constituían el motor de aquellas vidas y lo sabían, pero eran conscientes de que no podían estar al mando. Si los señores no retomaban el contacto con el mundo, no les quedaría más remedio que recoger sus cosas y marcharse ellos también.

Aquí hay dragones

Cada mañana, Atsuko y Fran seguían yendo a la escuela. Los dos solos, sin adultos que les acompañasen, emprendían el camino y sus compañeros se les iban uniendo. Los profesores, que sabían lo que estaba ocurriendo en los pisos superiores y buscaban ante todo preparar a aquellos niños para la vida, cambiaron totalmente su método de enseñanza. Se centraron en hacerles comprender los rudimentos del lenguaje táctil. Sus padres hubieran protestado, pero estaban encerrados en un mundo del que no podían salir. El rechazo a todo lo que no sea hablar con ecos les había convertido en seres aislados en un entorno ideal, y el resultado estaba a la vista. Si los adultos no estaban en condiciones de gestionar las necesidades más básicas, les tocaba a ellos tomar el relevo. Podían elegir entre asimilarse a la locura silenciosa que tenían en casa o rebajarse a aprender aquella lengua popular nacida cincuenta años antes. Habían tardado medio siglo en necesitarla, en encontrarse en una situación análoga a la del principio de la oscuridad, en la que no podían comunicarse de otro modo.

Sin embargo, contaban aún con algún privilegio en su percepción de la realidad. El ataque de los traductores se había dirigido únicamente al ecoral de diálogo, no al energético. Les habían robado la palabra, pero la luz seguía perteneciéndoles. A diferencia de los umbrios de los primeros tiempos, ellos podían seguir viendo a sus interlocutores y sus gestos, lo que facilitó mucho el aprendizaje. Su sentido del tacto tardaría más en alcanzar el nivel del resto de Umbra, pues memorizarían de manera visual —para ellos eran maneras de colocar los dedos en el antebrazo del interlocutor, no sensaciones de presión recibidas— pero al menos podían aprender observando los gestos y lo representado. Los matices y las sutilezas que marcaban la ironía o el sarcasmo en el lenguaje táctil se les escaparían aún durante mucho

tiempo. Y, si bien los estudiantes mayores pensaban como sus padres y eran reticentes a tocar y a ser tocados, convencidos de que no valía la pena darle la vuelta al programa de estudios por una situación puntual y transitoria, otros como Atsuko mostraban orgullosos las frases que conocían e iban dando el ejemplo a los más pequeños. El círculo de los cuentos se mantenía, aunque hubiera cambiado su naturaleza. Ahora, en vez de sentarse a escuchar en torno a los bloques de ecoral que traía Atsuko, aquellos niños iban proponiendo palabras sueltas en táctil o señalando objetos que los maestros les iban enseñando a nombrar, y así entre todos iban construyendo una historia absurda que no tenía necesariamente la belleza de un cuento de hadas, pero sí la ventaja de ser algo que ellos creaban con sus manos y que les ayudaría a no aislarse del mundo.

Cuando regresaban a casa por las tardes lo hacían con una cierta aprensión, como si volvieran de un viaje siendo más altos y tuvieran que recalibrar el tamaño de las cosas. Aunque habían estado fuera tan sólo unas horas, nunca sabían lo que se iban a encontrar. Sus padres solían estar recostados en sus habitaciones, jugueteando con algún objeto o con la puerta cerrada, entregados al sexo para encontrar una manera de intercambiar movimientos cuyo sentido compartían. En la mayor parte de los casos no habían desaparecido las muestras de afecto hacia los niños, pero sí había una barrera invisible que iba desdibujando el recuerdo anterior de sus progenitores. Los rostros que conocían se habían convertido primero en una sucesión de muecas cuando querían comunicar algo, con una cierta brutalidad para compensar la impotencia de no ser entendidos, y después en piel y músculos flácidos para recuperarse del esfuerzo. Pasaban de la frente arrugada, los ojos muy abiertos con la mirada y el mentón orientados en una dirección precisa, a las mejillas caídas, la boca abierta y la mirada vidriosa. Entre urgencia y urgencia estaban perdiendo el interés en el mundo que les rodeaba. Para combatir aquel síndrome cada familia iba desarrollando a trompicones un código propio que puntuase sus rutinas, pero sólo funcionaba para lo más inmediato. A los niños se les hizo evidente que buena parte de lo que sus padres habían

representado para ellos había sido una construcción externa. El recuerdo estaba lejos de los seres alucinados en los que se estaban convirtiendo. Ni tan siquiera sabían si pensaban como habían hablado antes, o si en realidad habían pasado la vida cómodamente refugiados en una región blanda de la mente mientras los traductores mantenían el andamiaje oral de sus vidas.

Una vez caída la tramoya, empezaron a percibir la voz de la que habían gozado como lo que era: un artificio. Los parecidos familiares en el temperamento y las maneras de expresarse eran una fantasía. Ningún adulto tenía nada que decir porque nunca había dicho nada. Quizá, se decían los adolescentes, en realidad nunca se habían parecido a sus padres más allá de las evidencias físicas —los ojos azules, las manos grandes— y sus verdaderos parecidos eran con los hombres y mujeres desconocidos que constituían la fuente de los ecos, pues eran ellos los que, a través de los préstamos de los traductores, les habían enseñado a vivir.

Ahora que el capital de sus colecciones de ecoral se había esfumado, de poco valía idealizar las voces. Que una voz fragmentaria, mezclando ecos de personas distintas, hubiera podido marcarles de manera duradera había sido una fantasía. Les había sido imposible percibir si los ecos provenían de un hombre o una mujer, si se trataba de un niño o un anciano, con la respiración entrecortada tras una carrera o la cortina perezosa del recién despertado. Una vez desmantelada no sólo la idea de familia sino también sus artificios, no quedaba más que la idea romántica de ser un fin de raza.

Ante la apatía que los rodeaba, los niños fueron tomando las riendas. Condensaron el tiempo escolar, centrándose en profundizar en el lenguaje táctil y desarrollar la creatividad, pues la necesitaban, y mucho. Empezaron a tomar decisiones sobre las comidas, la decoración, las cuentas, el personal. Todo lo que les rodeaba pasó a tener un cariz a su medida, más colorido y gráfico que los mármoles y los jarrones de sus padres. Ocuparon los espacios e hicieron de ellos lugares de trabajo. Los empleados de sus padres venían a ellos con preguntas, cada vez más, según se agravaba el aislamiento del mundo

de los adultos. Para los niños no era una carga. Llevaban la casa y los negocios como si de un juego se tratase. Los hijos de los Hannon cambiaron los menús de las raciones estatales para hacerlas más variadas, y en toda Umbra se acusó el cambio. Puede que los alimentos fueran menos nutritivos, pero tenían más sabor en la oscuridad.

Por las noches, cuando todo se calmaba, los hermanos se dirigían a la biblioteca, o se juntaban en casas de amigos para jugar con el ecoral falso que les habían dejado los traductores. Hacían competiciones para ver quién conseguía darle la forma más original al líquido ecariátide que contenía antes de que se volviera a solidificar. Creaban esculturas en tiempo real. En ocasiones, en vez de mineral falso se topaban con algún fragmento que no había sido intercambiado, y al darse cuenta de que lo que liberaban era un eco todos se quedaban muy quietos, conscientes de la intensidad del momento, preguntándose si aquélla sería la última vez que tendrían la oportunidad de escuchar uno. En esas ocasiones, Fran entornaba los ojos para que no se le escapara nada. Había heredado el cabello ondulado de su padre y los rasgos finos de su madre en un rostro que era todo ojos. Se asomaba a ellos de tanto en tanto, como si fueran una gran vidriera que dejaba pasar la luz y las imágenes sin necesidad de estar constantemente acodado en su barandilla. Pero cuando se asomaba lo hacía a conciencia, no contentándose con la imagen recibida, sino sacando una suerte de periscopio al afinar la mirada y enarcar las cejas. El mundo oscuro del exterior le parecía enormemente atractivo porque era el lugar donde vivía el misterio. Por más que agudizase la vista las imágenes que le llegaban eran huidizas, disfrazadas de negro para que nadie pudiera cazarlas. Si sus padres le hubieran dejado, habría empezado a pasearse por las calles mucho tiempo atrás.

Cuando en los juegos nocturnos sonaba un eco, los padres asomaban ilusionados la cabeza por la puerta, pues seguían esperando la llegada de algún traductor para poner fin a aquel interludio, pero inmediatamente se desencantaban con la visión de los niños y las horribles esculturas de ecariátide con las que se divertían, y regresaban a sus cuartos. En aquellas ocasiones, Fran solía ir detrás de su madre y

se sentaba en el suelo junto a su diván. Eva le acariciaba la cabeza de manera mecánica, pero en las oscilaciones del movimiento Fran captaba las sutilezas de lo que ocurría en el interior de la mente de ella, el instante en el que dejaba de lado su indolencia y lamentaba su aislamiento. Él intentaba entonces tomarla de la mano y decirle algo en táctil, buscando despertar en ella la curiosidad del significado, pero la chispa duraba poco y la sentía volver a replegarse en sí misma, convirtiendo su código en morse mudo.

Desconectado de sus padres, Fran echaba de menos a Dimas, que aunque no fue el traductor de los niños, había encontrado siempre momentos para jugar con él. Le había enseñado a crear escenas colocando un par de muñecos en una situación inventada, sentados a una mesa o escalando una montaña, y habían formado un equipo para darles voz. Dimas colocaba esferas en círculo, Fran las señalaba con el dedo y así, al azar, hacían moverse a los muñecos en función de lo que dijeran las voces, a veces cayendo en lo absurdo, otras en lo mágico. Aquel simulacro del mundo era el que él prefería. Su cosmología consistía en una serie de círculos concéntricos: en el interior estaban las escenas inventadas con las que jugar a crear una historia, a dibujar vidas a su antojo. En ese espacio, que Dimas le había enseñado en ratos perdidos, había aprendido a ser un dios, sin saber que jugar a ser dios conllevaba responsabilidad además de poder. Después estaban las historias que venían ya hechas, en las que no podía tener ninguna influencia, como los cuentos que Atsuko compartía en el patio. Era ahí donde habitaban sus padres y la vida que habían tenido hasta entonces, pero en ella Fran era un mero espectador que se dejaba llevar. En torno a ese segundo círculo se abría otro cuyo diámetro era incapaz de imaginar. Se correspondía con el resto de Umbra, una inmensidad habitada por la oscuridad y las imágenes disfrazadas de negro. La leyenda medieval «aquí hay dragones» que marcaba los límites del mundo conocido en los mapas había desaparecido de la historia, pero de haberla conocido Fran la hubiera aplicado al círculo central y no a los exteriores. Los dragones formaban parte del dominio de lo imaginario, mientras que el círculo de lo oscuro no era más que un

mundo estable por explorar. Que no lo conociera no quería decir que hubiera en él algo que temer.

Habría querido meter a sus padres, sus hermanos y las torres enteras en el círculo primero, donde podría crearles una vida a su medida, haciéndoles reaccionar como sabía que lo harían. Pero ya había aprendido que aquello era imposible y se había ido retrayendo poco a poco al límite donde empezaba la oscuridad, hasta que un día, cansado de cerrar los ojos para buscar un espacio de calma, y harto de las circunstancias que le habían hecho madurar mucho más allá de sus ocho años, decidió que había llegado el momento de explorar la vida en la zona de sombra.

Fran

Al contrario que la señora Hannon, a quien los otros cuerpos a su alrededor habían hecho perder la cordura, Fran se sentía acompañado a cada paso que daba. Había imaginado tantas veces cómo sería formar parte de la multitud que le parecía haber vivido ya aquellos primeros momentos de libertad. Nadie le conocía, y aunque así fuese nadie podría saber que el niño menudo con aire despistado que tropezaba bajando la avenida Sujeto, agarrándose de los pliegues de los trajes térmicos de los que lo rodeaban, era el hijo pequeño de Felipe Fumagalli. Se preguntó si allá, en el mundo exterior, estarían al corriente de los últimos acontecimientos en las torres, si les compadecerían o seguirían envidiando el lujo de tener la luz siempre al alcance de la mano. No se le ocurría pensar que los sentimientos de la gente hacia su familia y sus vecinos estaban más cerca del odio que de la empatía. Para él la luz era una imposición de la que no tenía modo de escapar. En su casa, aun con los ojos cerrados, la claridad se metía por todos los recovecos, atravesando los párpados. No había manera de expulsar la visión. Todo brillaba: blanco, naranja, amarillo.

Se sentó en una esquina, pero las ráfagas de olor que emanaban de la pared se volvieron demasiado intensas, impulsándole a seguir su camino. Torcía a la derecha y a la izquierda al azar, y pronto se dio cuenta de que no sabría volver sobre sus pasos. Al levantar la vista percibió a lo lejos el foco de luz en lo alto de su torre. Desde allí había pasado los últimos años mirando hacia fuera por los ventanales, sin poder distinguir gran cosa. Ahora, desde la calle, imaginaba a su padre perdido en su cuarto de espejos, su madre en un encierro felino, con la fuerza de una leona en celo y la abulia de un enfermo que empieza a sentir los efectos de la anestesia. Si quisiera podría volver allí guiándose por aquel sucedáneo de estrella. El pensamiento le

reconfortaba, aunque sabía que no lo haría, al menos no por el momento. Sus hermanos podían ocuparse sin él de lo que quedaba de los Fumagalli.

Terminó desembocando en una plaza tranquila, punteada por los esqueletos de árboles secos que, a pesar de no brotar ni dar sombra, seguían evocando en los umbrios un espacio para el asueto. Eran muchos los que se acercaban al centro, donde un par de figuras se mantenían quietas ante uno de los árboles, esperando. Toda persona que llegaba pasaba un instante con aquellas siluetas, y después salía de la plaza por una de las calles radiales. Se fue acercando hasta percibir que se tocaban brevemente, con un propósito claro, y después se apresuraban a marcharse, mientras el otro se dirigía ya a la siguiente persona. Cuando la afluencia disminuyó, Fran se puso también a la cola. Delante de él una mujer bajita se ajustaba nerviosa las mangas del traje una y otra vez. Cuando terminó su turno, Fran percibió que se llevaba las manos a las mejillas, como si estuviera enjugando el llanto. Se halló de repente ante la figura con la que todos querían encontrarse y no supo qué debía hacer. Cuando ésta se agachó para ponerse a su altura, percibió que se trataba de una mujer. De sus cabellos le llegaba un olor a violetas. «Hola. ¿Quieres enviar un mensaje?», le escribió en el antebrazo. ¡De modo que era eso! La gente esperaba allí para enviar mensajes en lenguaje táctil. Pero él no tenía a nadie a quien mandárselo, a menos que... Al responder, sus dedos torpes evidenciaban que el táctil era todavía para él un idioma extranjero.

—¿Puedo enviárselo a quien quiera?

—Claro, siempre y cuando sepas quién es y dónde está. También es imprescindible que la persona esté viva.

—¿Y puedo enviárselo a alguien que no sé dónde está?

—¿Te has perdido?

Fran se calló, pues la respuesta no era clara. La réplica correcta habría sido «sí y no» pues si bien era cierto que no sabía dónde se encontraba también lo era que no tenía intención de volver al territorio conocido. Perderse implicaba querer encontrarse. De repente sintió un escalofrío que le dejó intranquilo. No debía exponerse tanto mientras

no conociera las normas. Había sido una temeridad ponerse en aquella cola, resultaba evidente que no era su entorno.

—No, todo bien. Me voy a casa. Muchas gracias.

Se alejó sin mirar atrás para parecer seguro en sus movimientos al escapar del tacto de aquella mujer. Le alegró darse cuenta de que no podía ir tras él, pues se había vuelto a crear una cola de gente ante ella, esperando su turno. Pero apenas dio la vuelta a la esquina se arrepintió de haber tenido miedo. Empezaba a sentir hambre y no sabía cómo conseguir comida o encontrar un sitio para dormir. No había pensado en ningún detalle práctico de la vida hacia la que se dirigía. Todos vivían, ¿verdad? Pues entonces debía de haber un orden, una planificación tenaz para que a nadie le faltara lo necesario. Al menos eso era lo que había aprendido en la escuela de las torres. Los que residían allí habían puesto lo mejor de sí mismos para construir Umbra y que la gente no muriera de frío o de inanición. Gracias a ellos la población había sobrevivido. Nada se decía de su situación privilegiada, ni del dinero que les reportaban los monopolios que ostentaban. Si realmente las necesidades básicas estaban cubiertas para todos, los hombres y mujeres que le rodeaban podían dedicarse a hacer de sus días lo que mejor les pareciera, sin tener que preocuparse por buscar un lugar donde vivir, asegurarse alimentos o calor. Les vendría dado, como a ellos, solo que en la oscuridad. Se le escapaba que todo tenía un precio, que recibían lo mínimo a cambio de trabajar duro y que había una gran diferencia entre cubrir las necesidades básicas y vivir de manera confortable.

Se alejó un poco, pero antes de perder el sentido de la orientación volvió sobre sus pasos. No se decidía a marcharse, como si el hecho de haber tenido contacto con aquella mujer hubiera creado un lazo entre ambos. Esperó lo que le parecieron varias horas, y después se volvió a asomar a la plaza. Seguía habiendo dos siluetas oscuras de pie en el centro, pero ahora nadie se les acercaba. Fran se aproximó a la mujer y le tiró de la manga. «En realidad estoy buscando un sitio donde dormir», le pulsó apenas ella le reconoció. «Espera un momento», y la vio volverse hacia su compañero, intercambiar unas frases y volver a su

altura. «Vamos a un rincón más tranquilo», le dijo, y él la siguió hasta un parque cercano. Le había tomado de la mano con naturalidad, para indicarle el camino con una leve presión. No recordaba la última vez que alguien le había guiado de aquel modo. Puede que nunca. En su familia abundaban las caricias pero no las ayudas. Se consideraba que todos, desde el más anciano al más pequeño, debían valerse por sí solos. Se indicaba y se explicaba, pero no se acompañaba. Sentados en un banco la mujer le dijo que se llamaba Lambda y le puso largo rato las manos en los hombros, algo cuyo significado él ignoraba pero que servía para indicar al interlocutor que no le haría ningún mal, que estaba ante él con el espíritu abierto y dispuesta a escuchar.

—Entonces ¿estás perdido?

—Es difícil de explicar. Realmente no. Sé de dónde vengo y podría volver fácilmente. Aún no deben de haberme echado en falta. Pero en realidad necesito conocer todo esto, aunque sea unos días.

—¿Qué quieres decir con «todo esto»?

—Esto, lo que nos rodea. La oscuridad, las calles, lo que haces tú en la plaza.

—Pero esto no ha cambiado nada, todo lo que describes está siempre aquí. No puede ser que lo desconozcas. ¿No eres de Ciudad Eclipse? Me he dado cuenta de que tienes un cierto acento, pareces no conocer bien la lengua táctil.

—Sí, siempre he vivido aquí, pero de otra manera. Déjalo, eso no importa. Lo que importa es que quiero quedarme aquí, pero no sé cómo funciona. ¿Cómo se hace para encontrar una casa?

—Esta noche puedes quedarte conmigo. Pero mañana te llevo a donde sea que vives. No quiero que tus padres se inquieten.

—No te preocupes por eso. Pero antes quiero que me cuentes bien cómo funciona lo de los mensajes. Hay alguien a quien me gustaría mucho enviarle uno, pero no sé dónde está.

Lambda le contó el mecanismo de las cadenas táctiles, los mensajeros siempre de guardia para recibir o enviar mensajes, los quipus que utilizaban para recordarlos en épocas de mucha actividad. Fran aprendió que había nodos de la cadena en cada pueblo de Umbra por lo

que, si Dimas estaba vivo, lo más normal es que pasase por la cadena de cuando en cuando allá donde estuviera para recibir o enviar mensajes. «¿Sería posible mandar un mensaje abierto, para encontrar a alguien? Es muy importante para mí. Era el traductor de mi padre, y lo echo de menos.»

Fran se sinceró con Lambda, confesándole que había pasado la mayor parte de su vida en las torres o en lugares que eran como ellas, espacios protegidos donde el contacto con el resto del mundo no existía. Le contó también que la persona que buscaba había sido el traductor de su padre, y que se había ido hacía un tiempo, antes de la deserción. Lambda contaba en su vecindario con un puñado de personas que trabajaban en las torres. Estaba al corriente de lo que había ocurrido y de las costumbres erráticas de los adultos, que seguían sin querer aprender la lengua táctil y pasaban el día encerrados en sí mismos, incapaces de retomar el control de sus vidas. «Se llama Dimas, pero no sé su apellido.»

Lo contrario a un niño salvaje

Al despertarse, Fran creyó estar aún soñando. Los ojos abiertos daban a la misma oscuridad. Nada cambiaba al cerrar los párpados. Era el deseo que nunca había podido realizar en su casa, agrandar las pupilas hasta su máxima expresión y, aun así, que todo fuesen sombras. La pareja y los hijos de Lambda ya estaban despiertos en el comedor, pero Fran no lo supo hasta que atravesó el pasillo y se topó con los cuerpos en movimiento. «Hemos reducido las raciones de todos para tu desayuno, pero tenemos que resolver adónde vas a ir.» Los niños se fueron a la escuela, el padre al trabajo —era uno de los pocos conductores de trenes de Umbra— y Lambda se quedó en casa con Fran. Su turno en la cadena no empezaba hasta por la tarde. Estaba dispuesta a dedicarle todo su tiempo para entender quién era y de dónde venía. Él estaba aún aturdido por la sensación irreal de despertarse en una casa desconocida, multiplicada por el efecto de la negrura. Pero, sobre todo, hablar con aquella mujer hacía aflorar el niño que era, le hacía desear conocer la vida y el mundo de manera gradual, guiado por alguien, y no con la brutalidad del autismo paterno que había provocado su huida. Lo hubiera dado todo por tener una conversación sincera con su madre en la que ambos pudieran elegir las frases que iban a intercambiar y su significado, sin vacíos ni intermediarios. Lambda era precisamente eso: la mujer que busca el tiempo para entender por medio del diálogo. Pasaban por sus manos tantas historias que tenía la sensación de conocer cada recoveco de la especie humana, pero Fran se le escapaba. Nunca había estado cerca de alguien que viviera en las torres, le costaba imaginar cómo había sido el día a día de aquel niño que chapurreaba el táctil y abría los ojos como platos para que no se le escapase un ápice de oscuridad. Ambos eran un desafío para el otro, y no estaban dispuestos a pasar por alto lo dispar. Es más, querían

sumergirse en lo que les separaba, hasta que las diferencias les resultasen tan familiares como su propia mano.

Pasaron la mañana sentados a la mesa, contando y aprendiendo con los brazos extendidos. Fran tenía mil preguntas sobre la vida cotidiana, Lambda sobre el mundo del que él provenía. Ella no podía evitar el afán didáctico y le corregía todos sus errores en lenguaje táctil. En las pausas, mientras él pensaba cómo decir algo, ella le sentía palpar los objetos en la mesa: el vaso, el mantel, una piedra porosa que habían traído de una excursión en provincias. Pronto comprendió que el niño, a pesar de su torpeza y de una sensibilidad muy acusada, pertenecía más a su mundo que al de la elite. Había llegado allí por elección y, a pesar de su aparente fragilidad, demostraba tener una tenacidad inquebrantable. Era sensible a la belleza, pero rechazaba la que le había rodeado hasta entonces. Le parecía una falsedad contentarse con lo visual: parecía pintado, demasiado brillante, incluso agresivo. En cambio, la oscuridad que todos odiaban le servía de bálsamo, aunque le hiciera perderse y no fuera capaz de identificar las cosas por el tacto. Resultaba increíble encontrar a alguien que conociera tanto de una parte del mundo, pero con una ignorancia tan absoluta del resto. Era indómito, pero en el sentido contrario a un niño salvaje; le faltaba la crudeza de la supervivencia.

Lambda comprendió que Fran tenía la clara determinación de no regresar a su casa, y sabía que no podía dejarle salir al mundo en aquel estado. La mayor parte de los umbrios concentraban en las torres y en sus habitantes un espectro de sentimientos que iba del odio a la frustración. Fran era ajeno a ese resentimiento: creía que había un orden en la sociedad, que todos sobrevivían del mismo modo aun en condiciones distintas, como si la luz o la oscuridad fueran una elección que cada individuo tomaba en función de preferencias personales. Para él caía por su propio peso que la mayor parte de la población hubiera escogido la oscuridad para estar más tranquila, pero resultaba evidente que él nunca había estado expuesto a la negrura. Le quedaba mucho que aprender si quería vivir en el exterior; sus días estarían inevitablemente plagados de desilusiones. Lambda tenía el corazón

dividido entre las ganas de adoptarle durante un tiempo para hacer la transición más fácil, o dejarle ir para que aprendiese sin paliativos. Finalmente se decantó por una solución intermedia: debía localizar a ese Dimas del que tanto hablaba.

Encontrar a alguien en Umbra no era tarea fácil. Sólo las autoridades conocían el paradero de todos los umbrios registrados, debido a la distribución de alimentos. Pero había también los que desaparecían, que emprendían el camino hacia el exterior de la burbuja para acabar con sus vidas o que se escondían para huir de algo y encontraban maneras de alimentarse de contrabando. Y estaban también aquellos que adoptaban la identidad de otros, las muertes de jóvenes no declaradas para que otro tomara la vida que había quedado libre, a menudo ligada a la actividad de las Luciérnagas, de las que todos conocían la existencia pero pocos su realidad. Al no contar con más datos, Lambda lanzó una llamada a sus compañeros de las cadenas táctiles, contando con su confidencialidad: «Fran está en lugar seguro, fuera de su hábitat. Busca a Dimas, antiguo traductor de Felipe F en Ciudad Eclipse. Si éste quiere dar a conocer su paradero, que lo haga respondiendo al nodo 3-12». Enviar un mensaje así era como lanzar una botella al mar, pero poco más podía hacer aparte de acoger temporalmente a Fran a la espera del resultado de la búsqueda. No había querido indicar el apellido, aunque resultaba bastante evidente de quién se trataba, y eso le daba miedo. Cada día en la cadena temía que alguien fuera a buscarla para pedirle explicaciones; se había expuesto demasiado al lanzar el llamado. También le preocupaba que la familia de Fran no tuviera noticias de él. Como madre, sentía el impulso de caminar hasta las torres para contarles que el niño se encontraba bien, pero aquel era un mundo que le resultaba desconocido y una expedición así resultaba arriesgada. No sabía de lo que serían capaces sus hermanos, o en qué estado se encontrarían los padres. Le daba miedo ser acusada de secuestro, no volver a salir de allí. Pensaba en su pareja y en sus hijos y volvía entonces a sus rutinas, acompañada siempre de Fran, a quien presentaba como el hijo de su hermana, que estaba pasando una temporada con ellos.

Fue Vera quien recibió el mensaje en Ventigallia. Tales llamadas de socorro eran raras. No le cabía duda de que el mensaje estaba dirigido a Dimas, y así se lo hizo saber. Lo sintió desarmarse, respirar desde un espacio que hasta entonces había estado clausurado. Los ratos con Fran eran de los pocos recuerdos de su pasado con los Fumagalli que no estaban empañados de hastío, al punto que no los había compartido con nadie. Le costaba imaginar cómo habría cambiado la casa desde la partida de Bárbara, y le preocupaba el devenir de Fran. ¿Sería posible que aquel niño soñador se hubiera escapado de las torres y le estuviera buscando? Podía ser también un intento de Felipe para localizarle aprovechándose de la debilidad que el traductor sentía por su hijo menor. Se le hacía difícil creerse las informaciones recogidas por las Luciérnagas, que hablaban de los adultos completamente encerrados en sí mismos. Bárbara había sido el talón de Aquiles de aquel hombre, pero el Felipe que había conocido era demasiado retorcido para abandonarse así como así... Tras mucho dudar, temiendo poner en juego toda la operación pero sabiendo que no podía dejar a Fran desamparado, la respuesta la transmitió la propia Vera antes de dirigirse a la estación: «Alguien se presentará en el nodo 3-12 para buscar a Fran».

El cómplice

Resulta extraño regresar al lugar en el que se ha sido otro. Uno siente la persona presente encorvándose sobre la que fue y, aunque ambas parezcan muy distintas, una vez replegadas las siluetas, el muñeco es siempre el mismo. Nunca fuimos otro, sino la vivencia intervenida por la ilusión de haberlo sido. La Vera sentada en el tren era una persona con los perfiles más firmes. La sensación de estar haciendo algo de verdad por primera vez en su vida le daba rotundidad al caminar, un pisar que ocurría a la vez por encima y por debajo de la tierra. Pero los cambios sólo se consolidan cuando son puestos a prueba. Le había costado tanto desprenderse de Ciudad Eclipse que no sabía si a su llegada volvería a fundirse con sus calles como antes, o si sería una extraña. Se sentía como una hija pródiga que regresaba sólo para recoger la herencia, con miedo de ser apedreada por haber despreciado la vida que tuvo allí. El trayecto era la fusión de tres temores: el de Lambda, el de Dimas y el suyo propio. Había acordado con Dimas que recogería a Fran para llevarlo hasta él, pero para asegurarse de que no había peligro no iría directamente de regreso a Ventigallia, sino que se dirigiría primero a Tiente. Comunicó a Marcel su intención de pasar allí unos días, acompañada del hijo de una amiga que estaba cuidando y recibió como respuesta un mensaje corto indicando que no era buen momento para una visita. El tono del mensaje era apresurado, disociado de la persona que conocía. En cualquier caso, no tenía elección. Ya estaba todo acordado. Llegaría hasta la casa de Marcel escoltada por uno de los miembros del nodo de Tiente, que trabajaba también para las Luciérnagas. Tendría que prepararse para confrontar lo que fuese que Marcel no quería contarle, si se había enamorado de otra persona o algo grave había ocurrido en las excavaciones, y si el encuentro le resultaba demasiado violento buscaría otro refugio. Pensar

en todas aquellas etapas llevando al lado un niño desconocido, miembro de una familia tan poderosa, se le hacía aún más cuesta arriba. No sabía tratar a los niños, y menos aún si éstos habían crecido en un entorno tan distinto. El otro escenario, en el que no quería pensar, era que a su llegada a la estación estuviera esperándola alguien que trabajase para Felipe con el cometido de sonsacarle el paradero de Dimas... Respiró hondo y dejó que la lógica la invadiera: nadie estaba informado de su llegada.

Al bajar del tren tuvo un momento de vértigo. Sus compañeros de vagón avanzaban buscando la zona designada para los encuentros, con las manos levantadas a la altura del pecho, mientras que ella caminaba con paso firme para mezclarse cuanto antes con la multitud. Por un instante pensó que iba a encontrarse consigo misma parada junto a una columna, repitiendo su juego de convertirse en obstáculo, pero nadie le dificultó el paso. Vera no estaba esperando a Vera. El muñeco se había replegado del lado del presente. Fuera, la avenida Meridiana no había cambiado un ápice, ni había variado la luz lejana en lo alto de la Torre Caléndula. Se dirigió directamente a la plaza donde se encontraba el nodo 3-12. Lambda la estaba esperando, y apenas se redujo el flujo de vecinos dirigió a ambos al parque donde se había sentado con Fran por primera vez.

Vera se hizo cargo del niño con naturalidad. Sintió una ternura innata por la manera en que arrastraba las palabras en táctil, arañando tiempo para encontrar cómo decir la siguiente, pero pronto se dio cuenta de que era más fuerte de lo que parecía. Tardó en percatarse de que había pasado a tener un cómplice. Ella, siempre tan independiente, descubrió que la compañía de un desconocido al que la unían lazos muy vagos la volvía más fuerte. Aquella silueta mínima, demasiado pequeña para su edad, daba la impresión de estar cubriéndole las espaldas. Le reconfortaba pensar que tenía un testigo, alguien que viviría lo mismo que ella durante los próximos días y que podría contar la historia si ella no era capaz de hacerlo. Antes eso nunca le había importado, pero quizá era la sensación de aventura unida al hecho de no conocer en absoluto a aquel niño que iba moviendo la cabeza

levemente de un lado a otro, como si estuviera sopesando algún pensamiento. Partían de cero: la Vera que se empezaba a formar en la mente del niño sería un reflejo de quien fuese ella en esos días que compartirían, sin pasado ni futuro. A cada paso Fran sentía cómo se balanceaba la bolsa que Lambda había preparado con un par de trajes y útiles de aseo. El peso de la mochila y el leve tirón de la mano de Vera le bastaban para sentirse reconfortado. Sabía que al final de aquel viaje le esperaba Dimas.

A continuación Vera fue a su casa, que había dejado con la intención de estar ausente un par de días. Nada más abrir la puerta les sacudió un olor acre reconcentrado que había invadido todas las estancias y se metía en la nariz como una presencia física, despertando un dolor agudo en la frente. Fran, acostumbrado a ver, era menos sensible, y a pesar de la repulsión no se paralizó. Fue él quien recorrió las salas que desconocía con la nariz tapada hasta encontrar el culpable en la cocina: una ración de moho que Vera había olvidado tirar antes de partir y que había crecido, inundando toda una esquina de la estancia. Ella abrió puertas y ventanas y se dirigió a la casa de sus vecinos para disculparse por aquella fetidez que debía de llevar días incomodándoles. La recibieron de manera efusiva. Su hijo no quería confiar sus mensajes a nadie más que a ella, y había llorado cuando tuvo que acudir a otro de los miembros de la cadena para recibir sus felicitaciones de cumpleaños. Le pusieron al día de las novedades del barrio: muertes, nacimientos, separaciones, y el rumor de la desaparición de los traductores. «Espero que sea cierto. Les está bien empleado. Ya era hora de que se les bajaran los humos.» Siempre había admirado que la gente pudiera disociar la persona de Vera de su labor como mensajera. Mientras charlaban, Vera ponía al margen todo lo que sabía de aquella pareja: siendo muy joven, ella había tenido un hijo que había dejado a cargo de una familia en un pueblecito costero junto a un extremo de la burbuja, y cuya existencia el marido desconocía. Ella le enviaba mensajes de cuando en cuando, haciéndole creer que le llegaban por un extraño contrabando imposible desde Samas, como si fuera posible atravesar aquellas fronteras impenetrables. Para ese hijo, ella inventaba

una vida cotidiana bañada en luz. Quería que a través de sus descripciones, cuajadas de incoherencias por su imaginación imperfecta, su hijo creyera que vivía en Samas y que le resultaba imposible reunirse con él. Sobre todo, quería pintar para él un universo ideal para permitirle escapar de la oscuridad pueblerina. Le hablaba de animales y lugares, describía el sabor de alimentos y la utilidad de objetos que no existían. Vera sospechaba que aquellos mensajes, largos y elaborados, eran para ella una manera de habitar un mundo imaginado en el que no existía ni su pareja, ni su hijo en común, ni el que estaba lejos. El marido, por su parte, era adicto al juego. Para que nadie se enterase, iba al otro extremo de la ciudad a apostar en peleas de lagartijas, y cada poco se ponía en contacto con su hermano para que le ayudase con las deudas. Sin embargo allí estaban ambos, disociados de esas partes de sus vidas, tal y como eran en la historia común que habían construido. Vera sabía lo que ignoraban el uno del otro, pero tras tantos años de trabajo no le costaba poner todo aquello al margen y tratar en cada momento con la parte de sus vidas que se le ofrecía.

A su regreso encontró a Fran en el estudio de Marcel, abriendo cajones y tocando su colección de restos de teléfonos del siglo XXI. Pensó regañarle, pero estaba claro que no sabía que había cosas que no debían tocarse sin pedir permiso. «¿Qué son?», le preguntó. «Ten cuidado. Son muy antiguos, objetos que utilizaron nuestros antepasados hace muchos siglos. Parece que cuando el hombre era capaz de hablar se servía de estos aparatos para decirse cosas en la distancia.» «¿Como una especie de ecoral? ¿Guardaban la voz ahí y se la enviaban?» «Algo así debía de ser, pero más rápido.» Le dejó jugando, tras pedirle que no saliera del piso, y se acercó a su nodo de la cadena. Hans seguía allí, igual que siempre. A éste le dio la impresión de que ella iba a empezar su turno, como cualquier día de los últimos doce años, pero a la vez sentía que la Vera que le alargaba la mano había cambiado por completo en aquellas semanas. Los vecinos la reconocieron y se acercaron. Fue contestando uno a uno que estaba de visita, que ahora vivía en Ventigallia, trabajando en el nodo de la cadena, que había ido

a pasar unos días con su abuela y la había encontrado muy desmejorada, y prefirió mudarse allí una temporada para hacerle compañía. Sí, claro que podían enviarle mensajes. Marcel sigue en Tiente, al frente de la excavación arqueológica. No, aún no se sabe si París se encontraba allí, pero si hubiera cualquier avance ella sería la primera en comunicárselo, en un mensaje colectivo desde Ventigallia. Se siente abrumada por el cariño que le profesan. Con poca gente podría dialogar con tal confianza. Vera conocía todo lo que habían comunicado de su vida y todos los mensajes que les habían sido destinados. Aquellos cuerpos que le daban palmadas en la espalda en la oscuridad eran casi de la familia. Eso era lo que le había impedido dejar la capital cuando se fue Marcel: el miedo a fallarles. Ahora volvía sin culpa por su ausencia, pues había comprendido que no bastaba con vivir las vidas de los otros y dejar la suya al margen. Había encontrado por fin el ímpetu de una acción real, que podía caerse como un castillo de naipes pero la tenía a ella como protagonista. Por primera vez se estaba concentrando en hacer en lugar de transmitir.

Imaginar la fruta o el pueblo

Tiente les recibió bien anclado en su páramo, con sus edificios de dos pisos y sus calles estrechas. Tenía algún parecido con Ventigallia, pues todas las ciudades de provincias se parecían, con sus falsas pátinas burguesas y sus calles llenas de recodos. Antes de la Gran Oscuridad, Tiente había sido una ciudad de agricultores. Algo quedaba en ella de los individuos quemados por el sol y de las recolecciones, algún que otro molino industrial persistía en las afueras, desafiando la falta de fotosíntesis que había dejado desiertos los campos. «Estas tierras fueron muy fértiles. Hubo una época en la que una pieza de fruta de aquí tenía un tamaño tal que era capaz de alimentar un pueblo entero», les dijo Walter, su contacto. A Vera se le hacía difícil imaginar una fruta, asignarle una forma o un tamaño. Para ella un tomate podía ser tan grande como una mesa o concentrarse en el diámetro de un dedal. No tenía referentes. Fran, en cambio, estaba acostumbrado a encontrar piezas enteras en la mesa, peras, manzanas e incluso fresas, pero no sabía cuántas personas podía tener un pueblo. Cada uno, acompañado de esas imágenes mentales, fue atravesando los antiguos campos para dirigirse a casa de Marcel. En un momento dado, Walter les indicó el recinto vallado y la caseta de la excavación. Se acercaron, pero era tarde y no parecía haber nadie, por lo que continuaron camino hacia la casa. Así que allí era donde ocurría todo, se dijo Vera. Le resultaba raro dar entidad física a la ilusión de Marcel, ver los tablones tras los que se concretaba la quimera de París, los montones de tierra desalojada. A través de los mensajes de Marcel, Vera había ido construyendo un entorno mental que no correspondía, con otras sombras y otros olores. Ahora que lo confrontaba con el lugar real se daba cuenta de que tendría que borrar la imagen previa y construir otra desde cero.

Llegaron a la casa más tarde de lo previsto. Sin saber dónde estaban

los límites del camino, Fran se enredó un par de veces entre las zarzas rasgándose el traje térmico, y Vera se entretuvo en quitarle una a una las espinas antes de continuar. Aquella meticulosidad escondía unos nervios que no quería reconocer. Llevaba meses sin ver a Marcel y su autosuficiencia anterior se había disipado. Había pasado de espectadora a ser un cuerpo que actúa, que hace del presente una materia maleable. Pero también había aprendido que hacer algo requiere tarde o temprano hacer con otros para no desfallecer.

Walter les indicó que les esperaría en una roca algo apartada de la casa para no interferir. Según se acercaban algo empezó a incorporarse en la escena desde los márgenes del oído. Era un ruido, no cabía duda, pero no un eco, sino una vibración que desconocían y que debía de provenir de algún animal de la zona. No sintieron miedo, más bien quedaron atrapados por la variedad del sonido y siguieron avanzando. Dentro de la casa, de pie frente a Marcel, Greta le estaba demostrando sus progresos soplando una de las flautas que provenía de la excavación.

Cuarteto

Marcel sintió que Greta se sobresaltaba y lanzaba la flauta hacia una esquina. Algo había ocurrido en la porción de aire a su espalda, atemorizándola. Al darse la vuelta apresuradamente se chocó con Vera. Reconoció su olor antes que la silueta, y se alegró al darse cuenta de que había venido a pesar de su mensaje y sus reservas. No era propio de ella el ser impulsiva. Siendo tan celosa de su espacio y sus decisiones le extrañaba que no hubiera tenido en cuenta su último mensaje. Él había respetado el silencio de ella desde que partió. Sabía que no era una decisión gratuita, sino que estaba anclada en su manera de ver el mundo. Ella nunca había cuestionado su desconexión del presente, al contrario: le había alentado en su manera de mirar atrás. Tenía que haber pasado algo para obligarla a emprender el viaje. Y, aunque hubiera preferido no exponer a Greta a nadie, ya no tenía remedio. Vera había oído la música y debía de estar preguntándose qué era aquel sonido, quién era la niña.

Tampoco era mala idea compartir el secreto con alguien. La alegría de haber hecho un descubrimiento tan especial le llenaba de ligereza y de esperanza, pero rápidamente se abría paso en él la responsabilidad de gestionar la situación. No podía esconder a Greta para siempre. Era una niña, sus padres la reclamarían en unas semanas. Ella era plenamente consciente de lo que la esperaba. En algún momento su don se haría evidente y los que la rodeaban tendrían que tomar una posición: rechazarla o maravillarse. Ninguna de las dos reacciones se ajustaría a lo que ella buscaba: seguir siendo la Greta de antes, la que jugaba, saltaba y tocaba, ansiosa por conocer el mundo por todos los medios. Para ella el cambio no era fundamental. Queriendo aprender cosas nuevas había encontrado el habla, pero nada más.

Vera no quiso pedir explicaciones a Marcel por el momento. Prefirió

dejar al margen la sospecha de lo que le había parecido percibir. Ella tampoco estaba lista para contar su historia. Pero llevaban ya un rato de pie, quietos. Había que romper los ovillos, entrar en ellos con unas tijeras y sacar un cabo suelto, aunque fuera pequeño y desangelado:

— ¡Vera! ¿Cómo tú aquí?

—Te dije que vendría.

—Y yo te respondí que no era buena idea...

—Bueno, aquí estoy. Éste es Fran, el hijo de la amiga que te mencioné. Tiene algún problema de aprendizaje, su lenguaje táctil es aún imperfecto.

Marcel alargó la mano para saludar a Fran, pero para entonces los dos niños ya habían empezado a hablar en táctil en una esquina, la mano de Greta dejando escapar el sonido del roce con la manga rasgada del traje de Fran. Marcel y Vera retomaron su diálogo. Por el momento no eran más que submarinos que lanzaban al océano para sondear el terreno del otro. Era mejor conformarse con poco, alegrarse de estar en el mismo mar, a pesar del alto riesgo de naufragio.

Tenían toda la noche por delante, y la necesitaban. Sus relatos respectivos empezaron siendo el agua de un remolino para ir convirtiéndose en las gotas destiladas al final del alambique. Cada uno creía tener la llave de algo grande y no querían abrir la puerta de golpe para hacer entrar al otro sin antes pedirle que mirara por la cerradura o por el batiente entreabierto. Al final se dieron cuenta de que si hay un continuo en el que habita lo dicho, sus historias estaban en habitaciones contiguas. Para conectarlas, abrieron vanos: por un lado el almacén de Frida, las Luciérnagas, Dimas recibiendo el ecoral robado, la ambición de compartir los ecos y la responsabilidad de llevar a Fran a Ventigallia, su condición de Fumagalli; y por el otro Greta escondida en el páramo sacando el jugo sonoro a un puñado de objetos, la mentira de Marcel a los padres, la niña probando y experimentando hasta llegar a hablar, el ecoral encontrado y su ruptura clandestina, los sueños de París... Ambos parecían haberse topado con aves del paraíso extraviadas en medio de un basurero y no les había importado meterse cada vez más en el fango y la porquería para ir tras ellas. Sabían que

las aves podían levantar el vuelo en cualquier momento dejándoles allí, entre restos que se pudrían y que terminarían por descomponerles a ellos también, pero no les importaba. Sin la presencia de lo excepcional, Umbra no sería más que aquel basurero en el que los hombres buscaban unas mondas de patata para seguir adelante en la oscuridad.

Para cuando llegó la hora de despertar a los niños, ambos se habían puesto de acuerdo en un punto: Greta debía irse con Vera a Ventigallia. En el almacén de Frida estaría expuesta al mineral, habría esferas menores que podría cascar y escuchar para progresar en el habla. Greta debía estar donde estuvieran los ecos. Aunque le costaba separarse de ella, Marcel sabía que su labor estaba hecha. Sentía que no le había enseñado gran cosa, pues era ella quien había ido descubriendo las facultades que a él le estaban negadas, pero al menos le había dado un espacio seguro para poder hacerlo. El paréntesis en el que había vivido, sabiendo que al volver a casa ella siempre tendría algo nuevo que mostrarle, la conciencia de tener un milagro para él solo, tocaba a su fin.

Greta había sido el vehículo del mayor regalo que había recibido nunca. Fuese o no verdad que bajo los lugares que identificaba en sus sueños había arterias de París, sus relatos de aquellas visiones nocturnas daban una entidad real a la ciudad perdida. Tras cada sueño ambos iban al lugar designado y Greta desgranaba nombres que no podía conocer de calles y plazas, la forma y el color de los edificios, señalando sus dimensiones con pasos más grandes de lo normal para dar cuenta de su majestuosidad. Marcel, que en muchos casos desconocía los lugares de los que le hablaba, callaba pensando en lo complejo que parecía hacer desaparecer una ciudad y en lo sencillo que era en realidad: sólo hacía falta tiempo. Señalaban los lugares con piedras, dibujaban líneas en el suelo. Una vez trazado el esquema se detenían, agotados. Así habían cartografiado un puñado de lugares que podían o no estar allí: la torre St. Jacques, la isla Saint Louis, el jardín de Luxemburgo, Pigalle. Tras cada sueño Marcel le hacía siempre la misma pregunta: ¿había visto una torre alta de metal con forma de

obelisco que va ensanchándose por abajo y termina reposando sobre cuatro patas? La respuesta era siempre negativa. «En los sueños hay gente que habla de ella, pero por más que miro nunca la veo.» Esto le hacía dudar. Los relatos que habían sobrevivido hablaban de aquella torre como el corazón mismo de la ciudad, siempre presente al doblar una esquina o al mirar a lo lejos entre los edificios.

Si Greta se iba la cartografía quedaría incompleta, pero por ahora era mera especulación. Debían cavar aquellos lugares hasta llegar a la capa de mineral, si la había, escuchar los ecos en busca de pistas sonoras. Y, en caso de encontrarlo, abrir nuevas excavaciones, más profundas, para sacar de nuevo a la superficie las piedras y los restos. Tenían trabajo para décadas, tres arqueólogos frente a toneladas de tierra. Greta podía estar fuera muchísimo tiempo y cuando regresara aún no habrían terminado de desenterrar lo que había indicado. No podía mantenerla a su lado sólo por el egoísmo de seguir recibiendo de ella nuevas descripciones, lugares de nombres incomprensibles que bien podían ser inventados, pero bastaban para dar alas a los sueños de Marcel.

Para poder llevársela hacía falta urdir otra historia que les sonara convincente a los padres de Greta, y eso requería recordar cada cabo de lo que les había contado hasta encontrar alguno del que anudar aquella pirueta. Contarles, por ejemplo, que Vera era una psiquiatra amiga de la familia que iba camino a un nuevo sanatorio en Ventigallia, donde podría terminar el tratamiento de Marcel sin coste alguno. O mantener parte de la verdad: que Vera era su mujer, pero convertirla en psiquiatra. Explicar que el niño que estaba con ellos tenía un trastorno complementario. En vez de las piruetas sinestésicas de Greta, a él nada conseguía despertarle una evocación, todo se reducía a formas a las que le costaba muchísimo poner nombre, de ahí sus vacilaciones y sus pausas extrañas al comunicarse en táctil. Y terminar con la propuesta: Vera quería poner en práctica una terapia nueva, consistente en emparejar a dos pacientes cuyas dolencias son opuestas para tratarlos simultáneamente hasta que encontrasen un equilibrio. Marcel le había hablado a Vera de Greta y la conexión había sido inmediata.

Hicieron falta varios días para convencer a los padres. El grupo al

completo emprendía cada tarde el camino hasta el pueblo para explicar los beneficios y las razones de aquel tratamiento. Vera, acostumbrada a transmitir mensajes en estilos muy distintos, era capaz de expresarse como un médico, dejando caer términos inventados para que en medio de la sala fuese tomando forma una montaña de ciencia a la que los padres tendrían que prestar atención. En aquella troupe artística cada uno tenía su papel y lo cumplía a la perfección: Marcel el hombre práctico y altruista, Vera la psiquiatra empática y sabia, Fran el niño que no sabía relacionarse con su entorno como si cada cosa fuera nueva para él, y Greta la niña amada pero ausente. «Con mi hermana pasó lo mismo. Hemos conseguido que pueda detener el vértigo, hacerla más fuerte que las asociaciones automáticas que la asaltaban antes. Ahora sólo falta una última fase para que aprenda de nuevo a conectar con el mundo tal como es, con los sentidos abiertos en frecuencias lógicas y fáciles de manejar, igual que nosotros. No será más que un par de meses. No podemos perder esta oportunidad ahora que estamos tan cerca de curarla del todo.» Finalmente abrieron las palmas de las manos, ella dirigiéndose a Vera, él a Marcel, cubriendo el dorso de la mano del otro en un apretón firme que quería decir: «Estamos de acuerdo».

Dédalo

Bárbara eligió para sí el destino más difícil: Natan-Baur, la región Este, en los confines del Umbra habitado. A través de la puerta que llevaba ese nombre habían entrado en la seguridad de la burbuja los habitantes de los pueblos y ciudades que quedaban fuera de sus límites, cargando con toda una vida a las espaldas, dejando atrás sus casas abandonadas y a los ancianos que no tuvieron fuerzas para emprender el viaje.

Aquel lugar, por su condición de tierra de nadie y lugar de paso, escapó a la locura de las hogueras, pero en ella todo estaba improvisado. Se convirtió en ciudad sin querer, con casas precarias y dispersas en las que vivían los descendientes de los que no habían podido partir. Bárbara había pensado muchas veces en ir hasta allí. Ya que no podía salir a buscar la casa abandonada, seguramente irreconocible por el efecto de la intemperie y las tormentas, Natan-Baur era el lugar que más podía acercarle a las historias de su familia: el valle habitado en verano por un millar de saltamontes, las mantas rojas que les acompañaban en cada excursión, la fragancia que creaban para cada bebé el día de su nacimiento. Esa fue la región que se asignó, la más intrincada, donde los suministros de alimentos llegaban a puntos de distribución a los que la gente se acercaba, pero donde no había certeza de dónde vivía cada uno. Se decía que había muchos más habitantes que los declarados, y que se alimentaban del moho que recogían ilegalmente de las paredes de la burbuja. La desconfianza era tal que ni siquiera había miembros de las Luciérnagas entre sus habitantes, y la cadena táctil allí era en su práctica totalidad una cadena cerrada, sin interés de comunicar o recibir noticias del exterior.

Llegó acompañando una de las entregas de comida, pero no se quedó en la parada a esperar a que vinieran a recoger las bandejas, sino que empezó a caminar. Lo primero que percibió fue una serie de volúmenes

desordenados. Al ir acercándose, la luz de la luna en el cielo despejado fue revelando en aquellas dunas los perfiles confusos de objetos apilados al azar como si fuesen cáscaras vacías, envases de algo que ya no contenían, desprendiendo apagados brillos de metal y vidrio. Los montículos se volvían cada vez más altos hasta convertirse en auténticos muros entre los que se abrían estrechos pasillos, en ocasiones casi un desfiladero por el que había que pasar de medio lado. Pronto empezó a tener que tomar decisiones: dirigirse a la derecha o a la izquierda, volver sobre sus pasos cuando se topaba con una muralla sólida cerrándole el paso. No tenía conciencia de que aquella estructura era un enorme laberinto de objetos pegados con una argamasa precaria, ni siquiera sabía qué era un laberinto.

A cada vuelta fue perdiendo los referentes hasta que todos los muros le parecieron conocidos. Le fallaba la orientación, pero aún creía en su ingenio. Si no podía encontrar el sendero de salida, podía escalar un muro para buscar un punto de referencia, pero las paredes estaban cubiertas de una sustancia resbaladiza que la mandaba de vuelta al suelo sin remedio. Concentró todas sus fuerzas en atacar un muro a patadas y puñetazos para intentar derribarlo, tirando de todo lo que pudiera servirle de agarradera en la maraña intrincada de desechos. Tardó en darse cuenta de que le sangraban los nudillos y, cuando por fin perdió toda esperanza y se sentó a dejarse morir, la pared a su espalda se derribó, engulléndola en una avalancha.

Cuando recuperó la conciencia constató que no siempre basta con la voluntad para hacer bascular una situación. Había conseguido derribar el muro, pero el muro se burlaba atrapándola, convirtiéndola en parte de él al hacerse pedazos por el suelo. Al caer, una mesa que formaba parte de la amalgama había creado una bolsa de aire que le permitía respirar y mover la cabeza, pero el resto del cuerpo estaba atrapado en una masa compacta, asaeteado aquí y allá por los desechos. El olor a humus y a óxido tenía un matiz acogedor. Antes de volver a perder la conciencia pensó que no estaba tan mal morir así, en el abrazo fuerte de la tierra.

La escucha apagada de la cabeza bajo el agua

El muro había caído en el silencio más absoluto, pero lejos de abrir un camino posible hacia la salida del laberinto, el hueco liberado volvía a abrirse a ambos lados, rodeado de otros muros y pasillos. Había sido un esfuerzo inútil. Sin embargo, alguien desde el otro lado percibió la nube de polvo, densa en un primer momento para después ir deshaciéndose en hilos plateados que subían como imantados hacia la luna. A aquella persona le correspondía ir a buscar los alimentos y colocarlos en un gran carro que iba empujando por los atajos del laberinto. Nunca, en los años que llevaba realizando ese recorrido, había percibido un cambio de tal envergadura en su disposición. Las bandejas seguirían esperándole aunque tardara un rato más, así que se dirigió a ver de qué se trataba.

A pesar de ser bajito y regordete, Mirko tenía una agilidad sorprendente y una fuerza inversamente proporcional a su altura. Cuando se encontró frente a los escombros, la curiosidad le llevó a ir apartando restos para ver si había algo que mereciera la pena. Todo lo que los muros tenían empotrado había perdido su valor hacía mucho tiempo, pero a Mirko le gustaba entretenerse jugando con aquellas chucherías. Fue descartando cosas por demasiado grandes o estropeadas, hasta que al agacharse percibió un mínimo destello entre la tierra que hacía rebotar la luz de la luna. Se puso de rodillas para excavar con más facilidad, hasta llegar al origen del reflejo: una pulsera que Felipe le había regalado a Bárbara el día en que se la había llevado a vivir a su casa como traductora. Se trataba de un brazalete rígido en dos tiras de metal que terminaban juntándose en la parte superior, cada una de ellas convertida en un labio. No era un experto, pero a Mirko no se le escapaba que aquel objeto estaba demasiado nuevo como para llevar años atrapado entre los muros. Siguió cavando con más ahínco

hasta descubrir la mano que lo había portado, un brazo manchado de sangre y, por último, el rostro inerte de Bárbara.

Cuando despertó, Bárbara tenía una leve conciencia de haber sido transportada en un carro que traqueteaba con las piedras del suelo, como para mostrarle lo fácil del camino de salida que ella había sido incapaz de encontrar. A pesar de lo aparatoso del accidente, sólo se había roto un brazo y un par de costillas. Mirko se lo había entablillado con pedazos del marco de un cuadro. Pronto aprendería que en Natan-Baur todo provenía de fragmentos de algo anterior. La casa de Mirko era una mezcolanza de trozos de madera, piedra y metal en los que era fácil reconocer los objetos a los que habían pertenecido: muebles, juguetes, maquinaria, bases de estatuas. La suya era la casa más cercana al laberinto. Desde allí partían una serie de callejuelas retorcidas en las que resultaba difícil distinguir las viviendas de los montones de trastos, pues todo formaba parte del mismo mosaico.

Su lengua táctil era un dialecto cerrado. Bárbara tuvo que pedirle a Mirko que le repitiera las frases varias veces, «¿Quién eres? ¿Por qué has venido?», y ella misma hubo de digitar muy despacio, sopesando las respuestas para no despertar sospechas: «Me llamo Bárbara. Vengo a visitar Natan-Baur porque fue aquí por donde mis abuelos entraron a la burbuja». Y, para darle un toque más realista, lo remató con una personificación de Yves, su suicida favorito: «Lo he perdido todo y quiero volver donde empezó mi historia, mucho antes de mi nacimiento. Por ahora he llegado hasta aquí, pero quizá lo que busco es salir de la burbuja para morir un poco más cerca de la casa familiar que nunca conocí». Él era de naturaleza amable, pero desconfiado, «Entonces quizá debí dejarte entre los escombros», a lo que ella respondió, agradecida: «El muro cayó sobre mí y no me dejó opción. Si decido terminar con todo quiero que sea mi propia iniciativa. Escoger mi postura final y saber que permaneceré en ella para siempre». Mirko sabía que sólo una suicida habría emprendido el camino hasta Natan-Baur. Los que se fueron de allí nunca habían regresado, y hacía décadas que no llegaba ningún visitante inesperado, más allá de los suministros de comida y el eslabón de la cadena táctil, que una vez al mes

permanecía varias horas en la parada a la entrada del laberinto, esperando que alguien acudiera buscando noticias del exterior, lo que ocurría en raras ocasiones.

Durante los días en que tuvo que guardar cama, Mirko venía por las mañanas y le dejaba algún que otro plato de sus raciones de comida y una generosa ración de moho. Él mismo se encargaba de recolectarlo y prepararlo, ascendiendo a pulso por unas cuerdas que habían atado a los travesaños de la burbuja. Bárbara no olvidaba que estaba allí para intentar entender aquel lugar y sus habitantes, anticipar cuál sería su reacción si les expusieran a la belleza de los ecos robados. Le pidió conocer a algún vecino, y poco a poco fueron apareciendo por allí las siluetas nerviosas de varios niños que saltaban a su alrededor y se ponían a jugar con el traje térmico hecho jirones que Bárbara llevaba en el momento del accidente. Las madres siempre tenían algo en las manos y le daban forma mientras seguían el relato de Bárbara. A ella le resultaba extraño sentir el brazo de sus interlocutores moviéndose en otro gesto, limando, cortando o encajando a la vez que ella digitaba, pero aprendió que en Natan-Baur todo estaba en transformación constante. Fabricaban todo lo que les hacía falta a partir de algo ya existente. Aquellas mujeres eran capaces de seguir cada una de sus palabras, a pesar de las diferencias de su dialecto táctil, sin dejar de lado su labor de manufactura.

Un día Mirko regresó a casa acompañado por un hombre que, aunque era mucho más alto que él, caminaba tan encorvado que parecían tener la misma estatura.

—Es el profesor Fontana —le informó apenas cruzaron el umbral.

A Bárbara aquel nombre le resultaba vagamente familiar. ¿Dónde lo había oído antes?, se preguntaba mientras el hombre se sentó a su lado y extendió la palma sobre su brazo para empezar la conversación. Tardó un poco en darse cuenta de que su táctil era impecable. No parecía ser de allí.

—Me dice Mirko que vienes en busca de la puerta Este de la burbuja, para acercarte al lugar de donde vino tu familia. Te entiendo, porque yo también llegué aquí queriendo acercarme a algo. Solo que luego se

me olvidó, o dejó de importarme. Quién sabe, puede que a ti te ocurra lo mismo.

—¿Y qué fue lo que vino a buscar?

—Aquello que no pude proteger.

—¿Proteger de qué?

—Del abandono. De la pérdida. Por las noches volvía a recorrer en la memoria los lugares de mi infancia, la casa que colgaba en lo alto de una montaña y el camino de pórticos rojos que llevaba hasta ella. Todo el lateral de la casa se abría y una parte móvil de la ladera ascendía mecánicamente para permitir que el bosque entrara en ella. Los arbustos se colaban en el salón y yo aprendí a respirar a la vez que a llenarme del olor a cedro que lo impregnaba todo. Me gustaba meterme en la piscina, sumergir la cabeza bajo el agua y escuchar el sonido apagado de lo que quedaba en el exterior. Una vez allí nada podía alcanzarme. Había creado mi primera burbuja, solo que dejaba fuera demasiadas de las cosas que amaba. Así despertó mi vocación.

Fontana parecía llevar años esperando la llegada de un forastero para contar su historia de aquel modo, sin simplificar las frases ni adaptarse al dialecto local. A pesar de que aquel hombre era la persona con la que más tenía en común desde hacía semanas, Bárbara no podía evitar un cierto rechazo ante su figura doblada. El rostro pendía del cuello como al final de un largo tubo atraído por la gravedad, y en vez de hacerle frente se dirigía a ella desde abajo, dándole a Bárbara una falsa sensación de superioridad.

—Cuando se está lejos de algo, uno tiene la sensación de que ese algo se mantiene intacto, tal y como estaba la última vez. Para guardar las cosas sería necesario no volver nunca a ellas, no tener que verlas ni tocarlas nunca más.

—Lo mismo ocurre con las personas...

—Sí, solo que las personas nunca se están quietas. Aunque fuera posible atraparlas con el mismo gesto con el que las recordamos, no valdría de nada. Se volverían ancianas y terminarían por morir.

—¿Ha intentado hacerlo alguna vez?

—Sí, lo intenté conmigo mismo. Intenté quedarme donde estaba,

como estaba, con quien estaba. Tuve pronto la conciencia de la plenitud. Sólo me confundí en el modo de atraparla.

—¿Lo consiguió, al menos durante un corto tiempo?

—Ni tan siquiera. Creo que lo que conseguí fue ir corriendo detrás de una idea. Hubo una mujer. Le di un nombre que no era el suyo, y ella lo aceptó. Ese nombre la hizo abrir la puerta y entrar en mi tiempo. Yo también pasé a llamarme de otro modo, hace muchísimos años, antes de la oscuridad. Ya dije que mi vocación eran las burbujas. Me divertía creándolas en torno a insectos, haciéndoles vivir en su interior unos instantes, hasta que su movimiento las rompía sin remedio. Hallé la mejor solución jabonosa, la mezcla perfecta de agua, la temperatura ideal. En el ático de aquella casa creé espacios en los que era posible mantenerse suspendido indefinidamente en el interior de una pompa de jabón de dos metros de diámetro. La sala, cerrada herméticamente, estaba desprovista de la más mínima vibración o corriente de aire, el flujo de agua y jabón se mantenía en un equilibrio perfecto. Era posible permanecer en la burbuja hasta que se agotara el oxígeno o hasta que, por aburrimiento, uno decidiera agitar la mano hasta la superficie, haciéndola explotar. Cuando conocí a aquella mujer, el mundo me sobraba. No conseguía estar con ella en ninguna parte. Siempre hacía demasiado calor, o un frío excesivo, se hacía tarde para algo. A ella le pasaba lo mismo. Nos cansaban los procesos: el camino del animal al alimento era demasiado largo, de la mano a la boca había una eternidad, las flores se marchitaban mil veces entremedias. Necesitábamos un espacio aislado en el que no ocurriera nada más que nuestra presencia, y a ello me dediqué en exclusiva. Probaba materiales, presión, medía las dosis de dióxido de carbono. Estudiaba la composición de las minúsculas burbujas de aire atrapadas en ecoral para comprender su contenido. Mientras, ella languidecía en la espera. Le empezó a cambiar la expresión del rostro. La miraba y apenas le correspondía el nombre que le había dado: Clarice. De no se sabe dónde aparecían sombras que la acechaban, borrando el brillo de la frente y afilando la nariz. A su lado en el espejo yo seguía teniendo el mismo perfil, bajo una luz familiar cuyos rayos ya no conseguían rebotar en su

carne. Aun así, cada vez que nos sumergíamos en una de aquellas burbujas temporales en el ático reconocía en ella la pasión de los momentos de presencia pura. Me decía que era cuestión de tiempo, anticipaba la felicidad del pequeño universo que estaba construyendo para los dos solos.

»Cuando por fin lo conseguí era demasiado tarde. En la espera Clarice, que no sabía procesar bien la duración de las cosas, se desincronizó. El cuerpo de la mujer con la que entré en la burbuja no tenía veinte años, sino ochenta, y sólo me di cuenta de ello cuando nos miramos por vez primera en aquel espacio perfecto. El proceso siguió acelerándose. En unos días estaba encorvada y arrugada, como yo ahora, hasta tal punto que quise detenerlo todo y romper la burbuja para buscar un espejo y comprobar si era yo el que se engañaba. Dudaba si había perdido la noción del tiempo y se me habían escapado sesenta años en vez de unos meses preparando aquel espacio. Clarice me detenía con la mirada, coqueta y sabia. “Nos ha costado tanto... Ven, no pierdas el tiempo.” Y sentía entre mis brazos sus huesos, vueltos de cristal, mientras buscaba en mí una debilidad equivalente que no existía. Mis músculos estaban bien torneados, la piel tersa, el apetito intacto. Cuando murió a los pocos meses yo seguía teniendo veinte años, y supe que me quedaría para siempre huérfano de ese espacio. Al contrario que las hormigas reinas, que al ser fecundadas consiguen vivir diez veces más que las obreras, Clarice basculó y pasó a vivir en un cuerpo humano la esperanza de vida de un insecto. Aunque no conseguimos compartir los años soñados, ella vivió lo que a mí me pareció un suspiro como una vida larga y plena, en la escala temporal en la que se había transmutado. Desde entonces nadie ha vuelto a descubrir aquel nombre, ni he vuelto a nombrar a nadie.

Bárbara recordó por fin de qué conocía al profesor Fontana. Era él quien había diseñado la burbuja de Umbra. Los técnicos de las estaciones de control admiraban la perfección del sistema que había permitido preservar la vida en la oscuridad, pero se desconocía el paradero de su creador desde hacía varias décadas.

—Aunque ella nos dejase usted consiguió salvarnos a todos...

—Ah, veo que mi nombre no te es desconocido.

—Trabajé en una de las estaciones de control de la burbuja. Conozco bien las constantes que hay que medir, el ángulo de inclinación, las cámaras de vacío para salir al exterior, pero nada de ello explica cómo fue capaz de tal logro en tan poco tiempo.

—No fue más que una prueba de vanidad. Tras la desaparición de Clarice sólo me quedaba dejarme morir yo también. Me dediqué a ello con el mismo ahínco que había empleado en crear el espacio en el que habíamos vivido el final de nuestra historia común, pero nada cambiaba. El tiempo parecía detenerse en días eternos, hasta que me percaté de que no se trataba de una impresión, sino de una verdadera ralentización de la tierra. La técnica que había creado para vivir en pareja podía valer para preservar la vida en una porción de territorio si nos quedábamos atrapados en la zona de oscuridad. Quise salvarnos para convencerme de que la única muerte que me importaba no había sido culpa mía.

—¿Se convenció de ello?

—No, y eso fue mi peor traición. Cuando hubo que definir el terreno que quedaría a salvo del frío, busqué mil motivos para evitar preservar la casa y el bosque en el que crecí y donde murió Clarice. No podía albergar una burbuja muerta dentro de la nueva. Y para evitar que así fuera, por si había cambios de último momento, fui hasta allí e hice volar todo. Saltó por los aires en un momento, pero en mi recuerdo duró una eternidad, como si hubiera tenido que reconocer cada escombro, saber de qué había formado parte cada fragmento convertido en proyectil. Creí que así podría entrar en esta otra burbuja y empezar de cero, pero me equivoqué. Al principio, recorriendo su perímetro para asegurarme de su buen funcionamiento, me libré de la locura que nos invadió durante los primeros meses, pero en aquellas largas horas empecé a sentir terribles remordimientos por haber calcinado y dejado en el frío y a la intemperie el lugar que tanto me había dado.

»Como puedes imaginar, ese lugar está hacia el este, a diez días de camino de la puerta de Natan-Baur. Llegué hasta aquí decidido al suicidio, a morir de frío lo más cerca posible de la casa, pero después

me faltó valor y fui enredándome en otras rutinas. Me calmaba transformar objetos en otros, pasearme por las montañas de restos e ir tomando cosas de aquí y allá hasta conseguir dar forma a lo que necesitaba. Fue pasando el tiempo y se me fue la urgencia de la muerte. La culpa y la vanidad se evaporaron. Lo que quedó fue este cuerpo encorvándose, una cadena de células que van a terminar tarde o temprano en el mismo sitio, pero ya no tienen prisa...

Fontana se levantó y se paseó por la pieza. Se movía con dificultad, pero su silueta se había enderezado visiblemente, como si el peso de aquella historia fuese lo que le atraía hacia el suelo. Mirko se asomó un instante, para indicarles que les dejaba solos: tenía trabajo que hacer para la reunión del rito. Antes de que Bárbara pudiera preguntar de qué rito se trataba, Fontana, recuperado del esfuerzo de la memoria, reclamó su historia a cambio:

—Ahora es tu turno. Parece que eres una suicida pero, o te falta la convicción, o el accidente en el laberinto te ha marcado más de lo que parece. No me has interrumpido una sola vez, ni te ha temblado la mano. Tú no tienes prisa por morir. Yo llevo aquí treinta años, pero recuerdo perfectamente cómo era cuando llegué. Así que cuéntame quién eres en realidad y por qué estás aquí.

Bárbara, desarmada, no pudo mantener ante él su mentira. Empezó relatándole lo que había ocurrido en el resto de Umbra durante los últimos treinta años y se dio cuenta de que nada de ello sorprendía a Fontana: o todo seguía igual, o ya había anticipado aquellas derivas. Probablemente fuera lo primero. Ése era el único mundo que Bárbara había conocido y para ella todo se acentuó al vivirlo como adulta, pero para alguien que había sufrido las pérdidas del principio de la Gran Oscuridad el resto no era más que una larga coda; la expansión continua del universo se convierte en una menudencia si uno ha presenciado el Big Bang. Notó que despertaba cuando le habló de las Luciérnagas y de la huida de los traductores, como si no hubiera esperado el más mínimo cambio en el devenir del mundo y ahora tuviera que reajustar su percepción, darse cuenta de que para otros Umbra seguía siendo una pasta maleable, cada vez más rígida pero a la

que aún buscaban dar una forma distinta para la siguiente generación.

—Tiene razón, no estoy aquí para morir. O, si ocurre, no será por mi propia voluntad. No he mentido del todo. Es cierto que mi familia entró a la burbuja por esta puerta, y me dije que si algo iba a pasarme querría estar cerca del lugar que tantas veces he imaginado, pero en realidad vine a Natan-Baur en una misión de exploración. Las Luciérnagas nos hemos hecho con la voz de nuestros ancestros, hemos recuperado el ecoral más valioso y queremos compartirlo con el pueblo. Pero es difícil saber lo que ocurre en el resto de Umbra. Es cierto que hay Luciérnagas en todas partes, pero son los traductores los que han de evaluar el ansia de voz y el provecho que recibirían los umbrios si hoy pudieran escuchar la belleza y la sabiduría del pasado. Necesitamos conocer y, una vez sepamos, actuar. Yo la primera. He estado expuesta a bastantes ecos, pero ha sido siempre para decir otra cosa, para manipularlos en un diálogo en presente, profanando la voz de los que nos precedieron. Ahora es distinto. Queremos que todos puedan escuchar, pero para eso hace falta voluntad. No nos olvidamos de que los ecos son de un solo uso. Si estamos pensando en otra cosa, o no prestamos atención, todo se perderá. Estamos convencidos de que si escuchamos, sabremos actuar. Estoy aquí para descubrir si Natan-Baur está listo para esa escucha.

—Permíteme que me mantenga escéptico. Los años me confieren ese privilegio. Me da la impresión de que todo lo que me cuentas lo habéis hecho para sentir que hacíais algo. El que estés aquí ahora lo demuestra. Este viaje debería haber ocurrido mucho antes. Tendría que haber sido lo primero en vuestra lista, antes de definir cualquier acción. Estáis haciendo algo en nombre de un pueblo que no conocéis. Os arriesgáis a romper el orden establecido sin pensar en las consecuencias, pensando que es lo necesario. Y probablemente lo sea, ¿cómo no va a tener sentido devolver las voces del pasado a todos? Nos pertenecen. Pero la gente tiene demasiadas preocupaciones para pensar en aquello que podéis proporcionarle. O, mejor dicho, pueden escuchar y disfrutar de los ecos, pero no les dejará el poso de acción que esperáis. Piensa en Mirko. ¿Qué crees que haría si le haces escuchar un

eco que le descubra los procesos matemáticos detrás del laberinto que conoce tan bien? Eso no cambiará sus rutinas arrastrando el carro para recoger las bandejas, ni le hará más fácil el ascenso por las cuerdas para buscar moho. Las revoluciones han de cambiar las vidas, si no se quedan en buenas intenciones. Te acabo de contar mi historia. Yo estaba tan concentrado en crear la burbuja para Clarice y para mí que no me di cuenta de que su tiempo había descarrilado. «Cuando estemos en la burbuja todo irá bien», me decía, y no fue así. «Cuando podamos escuchar de verdad todo estará bien», os decís vosotros. Imagina que el resultado de este viaje es que no estamos listos. ¿Qué haréis entonces, esperar a ver qué pasa, guardar las esferas durante años? Mientras, se creará otro orden que será una continuación del anterior, sin ecos, pero su ausencia tampoco importará porque los ecos son ya una rareza. Los habitantes de las torres en Ciudad Eclipse volverán a construir su supremacía, o serán otros los que lo harán en su lugar. Todo eso queda muy lejos de aquí. En Natan-Baur los ecos son algo remoto, un lenguaje que se aprende en la escuela pero luego no se utiliza jamás y se olvida. Aquí sólo llegan los suministros de lo básico, y el resto nos lo inventamos. No nos falta ingenio, ni materia prima, con todos los objetos que la gente fue dejando por el camino cuando se volvieron demasiado pesados o perdieron su valor. Ya has visto lo difícil que es llegar aquí por tu propio pie. Aunque el terreno marque una supuesta continuidad en el extremo oriental de Umbra, esta región es una isla. Somos celosos de nuestra independencia. No queremos formar parte de algo más grande si no concuerda con el universo tal y como se ha construido en este rincón, un universo de corta y pega, pero que nos vale. Piensa que lo que la gente quiere es tener la sensación de avanzar. Lo que les importa es el movimiento, aunque sea en círculo o en reversa. Vosotros les queréis regalar sabiduría para que puedan utilizarla como argamasa en un Umbra nuevo, pero vuestra opción no es necesariamente más atractiva que seguir como hasta ahora, viviendo en táctil, parcheando aquí y allá. El saber del pasado puede estar sobrepasado por las rutinas. La gente que vas a encontrar aquí no es sabia, pero tampoco estúpida. Vive en otro orden de cosas. Aún no te

has paseado, pero hay algo que tienes que descubrir en primera persona. Será mejor que no te cuente nada.

Mirko volvió a asomarse. «¿La llevamos mañana al rito?», le preguntó Fontana, y se quedó un momento pensativo antes de contestar. «Creo que será un buen momento.»

Él lo sabe escuchar, y lo libera

Cuando Mirko vino por fin a buscarla había tenido tiempo de desmantelar y volver a montar, pieza por pieza, el motor de sus acciones. Agradeció la distracción que prometía el misterioso rito, le ayudaría a dejar de pensar. Era la primera vez que Bárbara salía a la calle tras el accidente. Sabía por Mirko que estaba a las afueras de Natan-Baur. A su izquierda se cernían los altos muros del laberinto. La luna llena estaba enorme y parecía surgir de su interior. Vistas desde allí, las paredes perdían el aspecto amenazador. Más bien al contrario, emanaban una sensación protectora, y se mezclaban a la perfección con el resto de la ciudad. A ambos lados de la calle se iban sucediendo las casas, cada una ligeramente distinta a la anterior pero todas siguiendo el mismo principio aglutinante de objetos apilados y combinados hasta crear una estructura sólida. La gente desembocaba en la multitud, saludando a los vecinos con espíritu festivo y avanzando en una sola dirección. El terreno era tan intrincado que sólo se iban descubriendo los lugares cuando se estaba prácticamente encima, como una apertura en la maraña de casas y gente. Era difícil distinguir los perfiles habituales en una ciudad, pues los espacios colectivos consistían en el mismo collage de cosas repetido hasta el infinito. Sólo Mirko veía una clara diferencia entre los muros de un taller y las pilas de objetos esperando ser modificados y convertidos en otra cosa. «Quitando la comida y el ecoral educativo, aquí no ha entrado ningún objeto nuevo desde el principio de la Gran Oscuridad.» Mirko repetía con orgullo la frase que Fontana le había dicho el día anterior. Era cierto que todo parecía atrapado en un tiempo que ella no había conocido, reliquias inservibles que no se cansaban de transformar en otras cosas. A su lado una niña acunaba una larga cabellera a la que le habían cosido unas gafas. Su madre llevaba en la mano una antigua pantalla de lámpara,

abollada mil veces y esculpida toscamente para darle una vaga forma de bolso. Todos llevaban pequeños trozos de espejo, los hombres en la pechera, las mujeres en la parte superior de los zapatos para crear en aquella noche de luna llena lo más parecido a un deslumbramiento.

Mirko era conocido por todos y a nadie parecía extrañarle la presencia de Bárbara, por lo que intuyó que su llegada no había pasado desapercibida. Llegaron a una plaza ovalada en cuyo centro habían instalado los restos de una fuente alta, a la moda de otra época en la que se hacía fluir el agua a través de una cascada de esferas de metal que brillaban con el sol. Las esferas, ahora secas y oscuras, servían de soporte a un escenario precario pero firme, sostenido a ambos lados por las inevitables montañas de objetos apilados. Alrededor de éste se había creado un espacio circular separado del resto por planchas abolladas de metal. En su interior, un grupo de gente esperaba concentrada, cada una con un objeto en la mano. Cuando hubo dejado de fluir gente de las calles y todo Natan-Baur estuvo en la plaza, alguien subió al escenario. Su cuerpo era el de un niño, pero era difícil calcularle la edad. Sobre el traje térmico llevaba una capa cuajada de trozos de espejo. Debía de ser pesada, pues sus movimientos eran asincopados e irregulares, y arrastraba los pies. Empezó a recorrer el escenario en círculos, muy despacio, como si estuviera calentando los músculos, hasta encontrar un ritmo regular. Tras varias vueltas empezó la sorpresa: se puso a dar palmadas que resonaban en el silencio de la plaza. Bárbara se quedó atónita, pero a los otros ya no les movía la extrañeza, sino la pura fascinación. Debían de asistir regularmente a los rituales de aquella extraña figura a la que el escudo sonoro parecía no afectar. Todos los ojos estaban fijos en ella, y sabiéndose observada volvía sus gestos más teatrales, acaparando la luz de la luna en su capa y reenviándola a varios miles de retinas en una danza hipnótica. Empezó a oscilar de una pierna a otra sobre la tarima de madera, golpeándola alternativamente con los talones. El sonido seco de cada tacón comenzó a crear el embrión de un ritmo binario, cada golpe un poco distinto del anterior, alternando suavidad con fuerza como si no pudiera decidir hacia dónde encaminarse. A pesar de haber crecido

alejados de todo instinto de ritmo sonoro, las cabezas se movían al unísono. En su porción mínima de suelo, cada espectador empezaba a reproducir la misma oscilación, de izquierda a derecha. La plaza entera subía y bajaba a la vez, en un silencio perfecto, roto únicamente por la figura de la plataforma. Mirko cogió a Bárbara de la mano para decirle que no se preocupase, que allí era una más y el rito la incluía también a ella. Se dejó ir; lo difícil era mantenerse quieta mientras todo Natan-Baur se entregaba a aquella danza hipnótica. Y entonces advirtió de dónde provenía la fuerza del rito: era ella quien realizaba el movimiento, pero éste estaba acompañado de un sonido que coincidía a la perfección con los movimientos de los pies. La figura estaba poniendo el ruido que faltaba en el gesto compartido. En paralelo al movimiento, la mente de Bárbara daba vueltas. Necesitaba alguna analogía que devolviera la situación a un ámbito de referencia conocido. La figura danzante era una especie de traductor que en vez de dar voz daba ruido al movimiento, emitiéndolo en presente, en primera persona. Tuvo que rendirse a la evidencia: el ruido que oía estaba ocurriendo según lo veía. En un momento dado, cuando la danza había llegado al paroxismo, la figura abrió la boca y comenzó a emitir un sonido grave:

> Ooooooooooaaaaaaaajjjjjjjjjjjjjjjjsssssssssssshhhhh
> hhhhhhhhhhhhhhhrrrrrrrrrrrrrrrr
> Ooooooooooaaaaaaaaeeeeeeeee
> Ooooooooooaaaaaaaaeeeeeeeee
> Iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiieeeeeeeeeeiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiieeeeeeeeeeee

Bárbara nunca había visto nada parecido. Sentía que la tierra se había abierto y las rocas desnudas le gritaban. Era un ruido oscuro, de águila rascando sus garras contra una roca, pero sabía que se trataba de una analogía inventada. Nunca había oído a un águila, menos aun arañando una roca. ¿Así era como sonaba una voz humana? No tenía mucho que ver con los ecos, que se centraban en el lenguaje, en transmitir significado, mientras que aquel extraño canto parecía querer tan sólo sonar, hacer vibrar el aire a su alrededor y propagarse. Por el

silencio reinante, y la fuerza de los pulmones que lo rompían, la melodía debía de escucharse en toda la ciudad.

Después, cuando todos se hubieron convertido en un solo bailarín, la figura se acercó al extremo de la tarima y se detuvo en seco, agachándose y estirando la mano hacia los que estaban en el círculo central. Uno a uno, le fueron entregando un objeto que el personaje sopesaba unos instantes, como si estuviera preguntándose qué hacer con él. Una vez definía el destino que le daría, se detenía frente a la persona que se lo había entregado para darle a entender que había tomado una decisión. Lo que sucedía después dependía del objeto o el momento: lo lanzaba contra un muro, lo partía con las manos o lo frotaba con las uñas. «Está buscando el sonido de cada objeto. Él lo sabe escuchar y lo libera», le dijo Mirko apresuradamente para responder a la curiosidad de Bárbara, que tiraba de su manga de manera mecánica sin darse cuenta de estar haciéndolo. Algunos de los objetos le resultaban conocidos —una cesta, un marco, una rueda— mientras que otros eran una extraña combinación de elementos que debían de provenir del trabajo laborioso de la ciudad para crear lo que necesitaba, o lo que imaginaba, a partir de los restos. Por eso a veces el sonido era una extraña combinación de algo agudo rompiéndose mezclado con el débil impacto de otro material al rebotar, y otras veces surgía una extraña música o una vibración sostenida.

Cuando todos los objetos hubieron encontrado su sonido y los que estaban en el círculo se quedaron con las manos vacías, la figura recorrió la plaza con la mirada, girando sobre sí misma para que ningún rincón se le escapase, y terminó por sentarse en el suelo con la cabeza gacha. Hubo aún unos instantes de comunión en los que se mantuvo el encantamiento hasta que, poco a poco, el pueblo fue despertando. Cada uno volvió a ser un ser individual, cada movimiento una iniciativa propia sin guardar relación con los del resto. Era difícil saber cuánto tiempo había transcurrido, si una hora o varios años, tal había sido el nivel de fascinación. Mirko le indicó que tenía algo que hacer, pero que podía seguirle hasta el escenario. En la tarima la figura no se había movido. Parecía estar recuperándose del esfuerzo. Mirko,

acompañado de una pareja, se dirigió hasta él. Entre los tres le despojaron de la capa y le ayudaron a quitarse una espesa película de maquillaje blanco bajo la que fue surgiendo la cara de un niño de unos doce años. Sus ojos parecían mirar de frente aun estando de medio lado, como en la pintura egipcia. Una de las mujeres le acariciaba la cabeza. En el extremo del rostro, los labios finos e inmóviles se habían convertido en una compuerta, cerrando el paso a la fábrica de sonido que escondían. Una vez esfumado el personaje y la plaza vacía, lo que quedaba era un niño normal, que se separó de los adultos para reunirse con un grupo de amigos de su edad que le esperaba. Mirko presentó a Bárbara a la pareja, que resultaron ser los padres del niño. Una vez más, se dio cuenta de que Mirko debía de haber alertado al pueblo sobre su presencia, pues se dirigieron a ella con familiaridad. Supo que el prodigio se llamaba Adriano y que había tenido una infancia normal hasta que hacía cosa de un año había empezado a emitir sonido.

—A Adriano le encanta subirse a las pilas de objetos en bruto, saltar de una a otra y jugar al escondite. Siempre le decimos que juegue cerca de casa, pues allí las colinas son más pequeñas, pero eso no le parece suficiente reto. Aunque se lo prohibimos, él y sus amigos prefieren irse a las afueras, cerca del laberinto, o junto a la pared de la burbuja. Les decimos desde que eran pequeños que les puede caer cualquier cosa encima o que pueden hacerse daño, pero no nos hacen caso, y fue precisamente eso lo que pasó. Adriano metió sin darse cuenta la pierna en un jarrón y bajó rodando la colina. El jarrón se dio contra una roca y se rompió en pedazos, haciendo un ruido tremendo. Sus amigos se asustaron y salieron corriendo. Afortunadamente sólo se había magullado y pudo volver a casa por su propio pie. Al principio pensamos que se lo inventaba todo. Rompió otro jarrón en el patio para convencernos de que algo extraño le ocurría, pero se hizo añicos sin el más mínimo siseo. Días después, cuando el cambio en él se hizo permanente, tuvimos que rendirnos a la evidencia: las cosas que manipulaba recuperaban el sonido. Nos asustamos pensando que era cosa de brujería, pero su don no le había cambiado en absoluto, excepto una curiosidad voraz para extraer a las cosas el ruido que

llevaban tanto tiempo callando. Cuando los padres de sus amigos se enteraron, vinieron a vernos, y así fue como empezó el rito. Todos llegaban con sus objetos favoritos a pedirle que les sonsacara algo que pudieran escuchar, hasta que decidimos juntar aquellas sesiones en una ceremonia colectiva una vez al mes. En esos ratos Adriano se transforma en el sacerdote sonoro de Natan-Baur, más aún desde que empezó a poder utilizar también su propia voz. Ahora el entusiasmo con el que transformamos y creamos objetos tiene una nueva faceta: los creamos no sólo por su utilidad práctica, sino también imaginándonos cuál será el sonido que emiten al ser golpeados, acariciados o rasgados. No tenemos más que esperar a la siguiente ceremonia para que Adriano nos lo revele.

Horas después, cuando ya les había dado tiempo a contarse las historias y los porqués que los habían juntado a todos en una misma habitación, Bárbara pudo conocer a Adriano. Para que su vida normal no se viera afectada, habían establecido que nadie en Natan-Baur podía pedirle un sonido fuera del rito, pero como forastera hicieron una excepción. Ella decidió no acercarse a él con un objeto, sino que le pidió que le dijera algo, lo que quisiera. Él tomó su mano y la puso sobre su garganta: «Jiiiiiii, ñññññññ, ooooooooo, mmmmmaaaaaaaa». Bárbara sintió las vibraciones en su palma. A pesar de estar acostumbrada a tocar mineral y descifrar el contenido de sus ecos, era incapaz de saber qué resonancia emergería. Se dio cuenta del alcance de aquel don: no venía de un pasado cautivo, sino que obedecía a la voluntad del momento. Adriano decía lo que quería decir, dando vida a un sonido que un instante antes no existía. En él no se posaban voces antiguas, como un insecto estirando las patas. Lo que decía parecía absurdo porque no significaba nada para ella, pero más allá del goce de sonar, cada cadencia debía de tener un sentido para él.

Aquella noche tampoco pudo dormir. Seguía dando vueltas a las palabras de Fontana. Había llegado allí para evaluar la capacidad de escucha de los otros, y era ella la que había sido retada. Buscando la escucha, una voz —primitiva, insegura pero fuerte— salía a su encuentro. La gente de Natan-Baur había cambiado las fichas del puzzle

que ella traía bien armado en la cabeza, transformándolo en una montaña en la que nada encajaba. Iba tomando cada pensamiento entre los dedos para organizarlo siguiendo una cierta lógica: la esperanza y la tristeza de los refugiados cincuenta años antes — las pilas de objetos abandonados, o robados y descartados — un campamento que surge como lugar de paso y termina convirtiéndose en fortaleza para los que no pudieron irse — el orgullo de haber sido olvidados transformado en fiereza al construir el laberinto — la superficie de la burbuja, tan cerca, en el límite de lo habitable — generaciones que se suceden sin un solo forastero hasta la llegada de Fontana y, décadas después, la suya — su misión: evaluar el potencial de escucha — la realidad: un pueblo unido en los gestos propuestos por un niño — Natan-Baur tiene sed de sonido, pero quizá no sed de voz — considerar el porqué del milagro, qué había permitido a Adriano romper el escudo: un virus, un cambio en el aire filtrado en la burbuja — no saber la causa de la voz igual que se sigue desconociendo el motivo del silencio impuesto a los hombres — quizá los años en la oscuridad habían expiado las culpas — intuir el comienzo de algo — qué mensaje llevarse de vuelta de aquella estancia — no poder determinar si los ecos les harían bien o si ignorarían toda voz del pasado — Fontana, sembrando la duda en su convicción — Mirko solícito pero dudoso de cómo seguir tratándola, preguntándose cuándo sería el momento de proponerle otro alojamiento — partir a Ventigallia y contar su relato — pensar en volver a Natan-Baur cargada de ecoral, aunque no sirviera de nada y las voces se perdieran para siempre — recordar que los sonidos inventados de Adriano debían de ser la expresión del sentir de su pueblo, dado el nivel de comunión en el rito — intuir que con que escuchara Adriano bastaría, si estaba más expuesto a la lengua muerta podría resucitarla, su garganta tenía que ser capaz de hablarla — pero cómo enseñarle dónde colocar la lengua y los dientes si nadie lo sabía — y si su lengua inventada quería decir algo para él y sus vecinos, podría también traducir lo que aprendiese, contárselo en esa lengua — darse cuenta de que Adriano podía ser un multiplicador de ecos, un oráculo de voz — si memorizaba lo que escuchase no se perdería.

La cuerda de pensamiento de la que había ido tirando con cada idea había sacado a la superficie un cubo desde lo más hondo del pozo, y en él estaba la única conclusión posible: no bastaría con que volviera allí cargada de ecoral. Debía llevarse a Adriano con ella a Ventigallia.

Coro

Todo ejército se basa en la división de tareas. La victoria depende de ir encadenando acciones, una tras otra o en paralelo: obtener inteligencia, reconocer el terreno, abrir paso, infiltrarse en filas enemigas, combatir cuerpo a cuerpo, avanzar en carros blindados. Desde la clandestinidad, los traductores os habéis convertido en zapadores, expertos en el proceso de avanzar e impedir que el enemigo lo haga. Se espera de vosotros construcción y destrucción a partes iguales: desplegar puentes precarios al llegar a un desnivel, y después hacer volar los caminos para quedar lejos del alcance del fuego enemigo. Desconocéis lo que ha sido de vuestros antiguos jefes en las torres, si hay alguien buscándoos para haceros pagar la osadía del robo y el abandono. Desconocéis también qué está ocurriendo entre los vuestros. Os encontráis con Luciérnagas aquí y allá que os acogen pero nadie sabe dar cuenta de la suerte de los otros traductores errantes, tanteando el terreno. Aunque no lo habéis visto, sabéis con certeza que el arsenal de voz construido entre todos está bien guardado. A vosotros os corresponde crear la infraestructura, abrir huecos en la corteza de los pueblos para asomaros y ver qué hay en el interior. Vuestra consigna es rastrear, descartar, seguir avanzando. Cada uno os habéis inventado una historia y un motivo para justificar el recorrido: la región de los abuelos o una labor de reconocimiento para mejorar la distribución alimenticia, pidiendo trabajo para limpiar las calles o para talar árboles muertos y convertirlos en muebles, fingiendo incluso amnesia para quedaros unas semanas dando vueltas en una ciudad sin despertar sospechas. Todo vale para abrir la brecha que os ha sido encomendada y dictaminar si el momento es propicio.

Quisierais ser imparciales, pero os cuesta. Es duro pensar que tras infiltraros, robar y huir, puede que nadie os lo agradezca y el mineral

se quede acumulando polvo, volviéndose anacrónico no sólo en su contenido sino en la posibilidad misma de ser abierto. Fontana tiene razón: en el fondo os da miedo que vuestros actos contradigan la voluntad de los umbrios, que terminéis muriendo con un pasado absurdo en vez de glorioso. Trece de vosotros realizaréis un descubrimiento único y singular. Os veréis obligados a girar la vista hacia el interior, sorprendidos en cada caso por un niño que rompe las reglas del escudo sonoro sin esfuerzo, con la misma naturalidad del caminar. La historia de cada niño será distinta: adorados, repudiados o clandestinos según sea la cultura y la reacción ante lo desconocido en cada comunidad. Niños capaces de hacer retumbar una puerta o silbar, recluidos en habitaciones apartadas por miedo al contagio, objeto de burla y escarnio o de sesudos estudios de médicos de pueblo que quieren extirparles las amígdalas o paralizarles la lengua para saber cómo dan forma al soplo vibrador. Los habrá valientes y cobardes, capaces de imitar la lengua de los ecos o apenas emitir unos gemidos guturales, convencidos de su don o sumidos en una negación que no sirve de nada: por más que lo intenten, al correr no pueden evitar sorber con ansia y ruido el aire a bocanadas.

Como los imanes de polos opuestos, desde que encontréis a vuestro niño no podréis desentenderos de él. Aquello no se corresponde con la misión que os ha sido encomendada, pero intuís que el verdadero cambio está en ellos. Su voz lo cambia todo, hace palidecer vuestro gran gesto. Pensaréis en permanecer allí donde estéis, mandar un mensaje a Ventigallia diciendo que no llegaréis, que tenéis que proteger algo que no estaba previsto, pero después os daréis cuenta de que quedaros allí no cambia nada. Vuestra presencia es la de un testigo protector, no la de un agente del cambio. Nada conseguiréis convirtiéndoos en jardineros de una planta tropical que, contra todo pronóstico, empieza a crecer en medio del invierno. Veréis claro que, en vez de construir un invernadero, debéis llevar los brotes al clima que les corresponde. Cada especie tiene un lugar propicio, y el suyo son los aposentos de Frida. En un instante de claridad comprenderéis que la capacidad de escucha que importa es la del niño, pues en ellos pueden

seguir viviendo las frases del pasado. Si escuchan y recuerdan, podrán contar y volver a contar, hacer evolucionar las frases congeladas, insuflándoles aliento para hacerlas regresar al presente, a una forma nueva que será la de la lengua que definan.

Os corresponderá navegar el territorio de la sorpresa, capitanear un barco tierra adentro con un único pasajero, en ocasiones huérfano, y en otras lo habrán dejado partir con mil precauciones o en base a una mentira: inventaréis que hay un puñado de niños en Umbra que han recuperado la voz y el gobierno los está reclutando para encargarse de su educación. Por su rara facultad, serán los líderes del mañana. Fingiréis el tono de lo oficial, las promesas de bienestar para la familia. Convertiréis el «sí» doloroso en la única respuesta posible por parte de los padres tras largas horas sopesando. La mentira del traductor errante, una falsa profecía que terminará autocumpliéndose porque ninguno de vosotros sabréis que es cierto que hay más de un niño y que Ventigallia será el germen de lo que Umbra podría ser en el futuro.

Emilia, Margarita, Valerio, Rafael, Alice, Lionel, Ramón, Phi, Véronique, Romeo, Amaya, Adriano y Greta irán llegando a Ventigallia de vuestra mano. También estará Fran, que sólo acompaña en silencio, como un niño-puente permitiendo el pasaje entre varios mundos: el silencio y la voz, el páramo y las torres, el ecoral y los quipus. Llegaréis cada uno convencido de vuestro lugar en la historia, anticipando la sorpresa de Dimas y Frida, pero sólo uno de vosotros tendrá la primicia, los ojos grandes ante el prodigio, el salto hacia delante en el pensamiento de los que os reciben. Los demás encontraréis la puerta de esa nueva era ya abierta. La incertidumbre ante el futuro seguirá siendo la misma, pero la carpa del circo estará más cerca del cielo, el trapecio a otra altura para describir una curva distinta. Vuestra labor no terminará ahí: habréis de aseguraros de que pierden el vértigo y, subidos en los trapecios sin red, se tienden la mano en el momento justo para sacar los pies de la tragedia y posarlos, uno tras otro, sin prisa, en la magia.

Registro sonoro II

Tras la partida de Greta, Marcel se siente como un niño al que sólo le hubieran dejado abrir la mitad de su regalo. En aquella casa apartada del pueblo había construido una soledad a su medida, pero ahora no consigue encontrar su espacio en ella. Sin el antídoto de la voz de Greta, el silencio parece hincharse y absorberlo todo. La aparición de Vera en Tiente fue breve, pero perturbadora: ahora ya no podía mirar con nostalgia su vida en común en Ciudad Eclipse, pues se interponía un encuentro más reciente, pero en esos días apenas habían tenido tiempo para nada que no fuese planificar la partida con Fran y Greta y comunicarse a grandes rasgos las experiencias de cada uno por separado, como las cigüeñas. Se habían hablado consecutivamente, sin poder construir el espacio común que deseaban para entender qué significaban aquellos cambios y hasta qué punto ponían patas arriba su mundo en pareja.

Tras el descubrimiento del ecoral de la estación de Montparnasse, Marcel sabe que se está asomando a la eternidad más que nunca antes. La hipótesis de que París se encuentra bajo el páramo va ganando terreno, pero eso no cambia el hecho de que él y sus compañeros son tres arqueólogos sin recursos con una misión limitada. La tarea les supera. Pensaban que en el año que les había sido otorgado encontrarían más indicios para desarrollar hipótesis y empezar a desenterrar algún edificio que la evidencia conectaría con la época que buscaban. Encontrar una veta de mineral que contradecía la información en los archivos de Fumagalli —región explotada y vaciada de ecoral— les había abierto las puertas a otra dimensión de hallazgos.

Marcel recorre solo los rincones del páramo que Greta le señaló. Según ella, en aquellos parajes de arbustos secos, árboles muertos y moho blanquecino se encuentran nada menos que el palacio del

Louvre, la Bastilla y la Asamblea Nacional. Quizá tenga el mapa del tesoro, pero le cuesta decidirse. El científico que hay en Marcel intenta rebelarse, pues la única evidencia con la que cuenta proviene de fuentes contradictorias a la ciencia: los indicios eran los relatos de aquellos sueños en los que Greta había visto la rutina de una ciudad, hombres y mujeres caminando por la calle, hablándose, pasando junto a edificios icónicos y atravesando las puertas de entrada, recorriendo sus pasillos, parándose a mirar por las ventanas. Descubrir París podía ser fruto de una revelación o no ser más que una imaginación onírica desbocada. Eso era lo que frenaba a Marcel cuando pensaba en compartir sus reflexiones con Sonia y Antonio. Se conocían bien, pero tenía miedo de perder la autoridad y el rigor que le caracterizaban. Terminó por contarles que quería probar una hipótesis, que había realizado determinados cálculos basándose en relatos antiguos de la distancia aproximada entre ciertos lugares de la ciudad. Si habían localizado la estación de Montparnasse, como parecía, no tenía más que alejarse de allí en una dirección determinada para llegar a Nôtre Dame, por ejemplo. Era muy difícil hacer un cálculo preciso y no desviarse, pues la información que sobrevivió era muy aproximativa, pero hacer una prospección podía darles una idea rápida de lo que se escondía en el subsuelo del páramo en ciertos puntos, precisamente los definidos por Greta.

Desempolvó la perforadora que guardaban en la caseta y la adaptó para que pudiera recoger muestras subterráneas. Las prospecciones dieron fruto con rapidez: unos días después tenían ante ellos una selección de prismas de ecoral. Como la vez anterior, se sentaron los tres en la caseta y fueron abriendo las piezas una a una. De la primera empezaron a emanar frases que parecían provenir de una mezcla de tiempos, correspondiéndose con la profundidad de la veta de mineral.

—La carroza del marqués está a punto de llegar, la he visto girar la esquina. Dirijámonos al ala oeste para recibirle, y más tarde podremos seguir la conversación en los jardines para que no nos oiga nadie.

—¡Se me ha acabado el carrete, justo cuando llegaba a la Venus de Milo! ¿Puedes hacer tú la foto y luego te pido una copia?

—Ese hombre es un pordiosero, viene mendigando la atención de la corte. No me extrañaría que terminase en las mazmorras.

—Nos conocimos en las tierras de los condes de Montpensier.

—¿Qué opina de la situación, cardenal Mazarino?

—Pues yo me imaginaba la Gioconda más grande...

—La salsa está casi lista, ¿vienes a probarla y darme tu opinión? No quiero que se queje la reina, y tal y como tengo la cabeza, puede haberme salido completamente al revés... No puedo quitarme de la cabeza lo que me cuentan de mi primo. Parece que se niega a pagar el impuesto a la sal, y no hay manera de hacerle entrar en razón.

—Vete si quieres ver la parte de Egipto, yo no puedo más. Nos vemos en la tienda de souvenirs. Mi tía me ha pedido que le envíe una postal de la pirámide.

—¡Eso no lo veía yo desde la época de la guerra de los Cien Años!

—Es magnífico el efecto de la perspectiva en *Las bodas de Caná*. Vas a ver el detalle de las columnas y las telas. El Veronés era un genio.

—Nuestra Francia está arruinada por culpa de este cardenal, haz que sus años sean cortos, suya es la culpa de nuestro mal.

—¡Eso no se toca! ¿Quieres que venga el guardia y te detenga?

No cabía duda de que aquellas voces provenían del Louvre, en su doble condición de palacio y después, en otro tiempo, museo. Los tres se abrazaron, llenos de entusiasmo. Se apresuraron a descubrir lo que se escondía en los otros cilindros.

—¡Señor ministro, lo que dice usted es pura demagogia! Sabe tan bien como yo que lo que propone es irrealizable.

—Cálmese, por favor, o tendré que hacer evacuar el hemiciclo.

—¡Deje de mentir, está hablando de mala fe!

—No sólo tengo derecho a decir lo que digo, sino que estoy obligado a hacerlo. Debería estar avergonzado de promover políticas populistas que dan resultados falsamente positivos. En unos años sus tejemanejes quedarán desmontados, cuando los votantes se den cuenta de que eligiéndole a usted votan en contra de sus intereses. Durante su gobierno el desempleo ha aumentado un diez por ciento, los jóvenes no tienen acceso a una vivienda, la gente llega a la edad de jubilación y sus ingresos se ven reducidos un cuarenta por ciento... Difícilmente se pueden calificar sus políticas como igualitarias.

—Somos víctimas del pensamiento único. El pueblo tiene derecho a

escuchar otros puntos de vista que el gobierno quiere descartar como si fueran en contra de los franceses. ¡Los ciudadanos de este país saben perfectamente quién puede responder a sus necesidades!

—No olvide que mi partido fue el primero en proponer ese proyecto de ley y quiso llevarlo a votación.

—Francia es una potencia en Europa. No podemos volver la espalda a nuestros aliados.

Con el siguiente prisma pasaron del Parlamento a un entorno culinario.

—Bienvenidos a La Tour d'Argent. Tienen suerte, acaba de quedarse libre una mesa para dos, pero es de fumadores. ¿Les importa?

—Les traigo la carta de vinos. Si van a tomar ostras les recomiendo un Muscadet-Sèvre-et-Maine.

—Concéntrate en gestionar bien la sala esta noche, no quiero más errores.

—Para el suflé lo más importante es batir las claras a punto de nieve, pero por más que lo intento, en casa no me sale nunca. Aquí los preparan exquisitos. Te aconsejo el de Grand Marnier. Es la especialidad de la casa.

—¿Qué tal la botella de Saint-Estèphe?

—Ahora mismo llamo al aparcacoches.

Y de allí a frases que sólo podían haberse pronunciado en distintos tiempos en la Bastilla.

—¡El fin de los privilegios se acerca! ¡Abajo el rey!

—No vamos a dejar piedra sobre piedra. ¡Traición!

—Ciudadanos, está claro que sólo hay una solución: ¡tomar las armas!

—Para *La flauta mágica* sólo quedan billetes de la categoría uno, son 150 euros por persona, demasiado para mi presupuesto.

—¡Queremos la Bastilla! ¡Queremos la Bastilla!

—¿Qué haces aquí? Eres demasiado joven para luchar. Esto no es un juego. Guarda esta navaja, te puede ser útil. Con ese palo no vas a ir muy lejos.

—Dile a mi hijo que tenga cuidado. Me da miedo no volver a verlo.

—¡Bajad el puente!

—Vas a ver, la acústica es mucho mejor aquí, en la ópera Bastilla, que en la ópera Garnier. Está pensado para grandes producciones. El otro escenario hace tiempo que ha sido sobrepasado por las necesidades técnicas modernas,

ha quedado para hacer ballets y poco más.

—Ha corrido la sangre, el gobernador nos ha traicionado, ¡hay que destruir la infame prisión, vengarse del gobernador innoble!

—Dame ese tambor y la bandera.

Los arqueólogos se abrazaban sin cesar. ¡Aquello era el mayor descubrimiento de los últimos siglos! Había que acotar, seguir tomando muestras, elegir dónde abrir nuevas excavaciones... Al rato el entusiasmo dio paso a la preocupación. No podían emprender aquella labor titánica ellos solos. Hacía falta conseguir más recursos, movilizar al pueblo, volver a Ciudad Eclipse a comunicar el hallazgo en el Ministerio. La naturaleza de su tarea cambió entonces: ya no se trataba de buscar, sino que ahora era cuestión de defender una causa, convencer. Empezaron por el pueblo. Se encontraron con una apatía generalizada en Tiente. Nadie quería presentarse voluntario para cavar en medio de la nada si no recibían algo a cambio, y los arqueólogos no tenían nada que ofrecer. Varias veces estuvieron a punto de tomar el tren hacia la capital, pero cambiaron de idea en el último momento: les daba miedo que Fumagalli se enterase de que habían descubierto ecoral y había potencial minero en la zona. Ignoraban hasta qué punto habían cambiado las cosas en las torres. Finalmente tuvieron que enfrentarse al dilema último: saber que bajo sus pies se encontraba París y resignarse a no poder descubrir más que una parte ínfima a un ritmo ridículamente lento, o dar la voz de alarma y arriesgarse a que la ciudad que había pasado tantos siglos durmiendo desapareciera por completo a causa de la minería. Decidieron callar.

Desde entonces, la conciencia de París les acompañaba sin descanso. No fueron víctimas de sueños como los de Greta, pero no podían mirar o detenerse en un sitio sin sentir el peso en vertical hacia el centro de la tierra. Habían encontrado una ciudad cuya existencia no podían demostrar ni compartir con nadie. Tuvieron que aprender a calmar las manos nerviosas que querían retirar los obstáculos con rapidez para ahondar las brechas y obligarse a avanzar con la cautela habitual.

De cuando en cuando elegían al azar un rincón del páramo y realizaban una extracción, pero desde que se agotaron las pistas

proporcionadas por Greta las prospecciones no daban más que tierra o fragmentos de mineral con frases anodinas de lugares imposibles de identificar, y se frustraban. París se les escapaba entre las manos... Sólo después se daban cuenta de la dificultad de descubrir y preservar una ciudad que sólo se les había manifestado en forma de sonido. Habían tenido suerte con las primeras perforaciones, o eso les hacía creer Marcel. Ahora era un desafío más complejo. Los lugares parecían jugar al escondite en los recovecos subterráneos del espacio que habían habitado desde siempre. A Marcel le daba pena seguir extrayendo ecoral, pues privarían a los estratos inferiores de las voces que les hacían compañía. Entendió que la razón real de las voces fosilizadas había sido permanecer junto a los lugares que fueron y ya no son. Con el tiempo, la minería debía de haber ido colapsando los lugares enterrados, aplastando estratos en el subsuelo de Umbra que ya no tenían dónde apoyarse, debilitados por la falta de sonido petrificado. Fueron dejando de lado la perforadora. A pesar de su curiosidad, no querían seguir descubriendo. Siguieron desenterrando con la lentitud habitual en el mismo yacimiento, como si no hubiera pasado nada. En el fondo, sabían que habían encontrado lo que buscaban: habían oído el bullicio apresurado de las conversaciones de la ciudad soñada. Aunque nunca fueran capaces de devolver sus edificios a la superficie no importaba. Habían tenido el privilegio de conocer la ciudad escuchada, la más efímera, pero también la más viva de las dimensiones de París.

La voz

Primero fue la nada y, con ella, un silencio que no era tal pues no había manera de descubrir lo que había y si algo faltaba. Nada existía antes de ser dicho.

No saber ser, no saber decir.

Cuando hubo voz y ésta crecía por todas partes, superponiéndose en el aire, agarrándose a los hilos y las ondas, no había nada más poderoso que no decir: subirse a un púlpito y quedarse quieto mirando los ojos que quedaban allá abajo, mendigos de palabras, sin hacer nada por apaciguarlos.

Decir la fuerza de no decir.

Después, cuando el silencio que subyacía bajo las palabras y que iba lanzando efluvios entre las mismas se hizo fuerte y se comió la voz, la vida consistía en aprender a ser algo bajo un cielo vaciado, abriendo la boca como un pez fuera del agua.

Decir sin necesidad de decir.

Ahora, el péndulo elige otro campo de batalla: escuchar la pregunta de una esfinge, en una voz atrapada durante una eternidad, una voz que viaja en sentido único buscando ser escuchada. Quedarse ante ella buscando dentro de uno la posibilidad de armar una respuesta que esté a la altura, capaz de desescombrar el camino y catapultar la voz como un proyectil, atravesando aire y muros hasta llegar a la esfinge y despertarla. Que no sepa qué hacer con la respuesta tanto tiempo después, sin querer reconocer que ha olvidado la pregunta. Girar las tornas: ver a la esfinge luchar, esforzarse para encontrar una pregunta digna de la respuesta recibida.

Decir, si es que la voz aún tiene sentido.

Génesis

Vera, Greta y Fran fueron los primeros en llegar. Para entonces Frida y Dimas habían conseguido por fin establecer un orden en el almacén, pues el no saber cómo serían los fragmentos que recibirían no les había permitido desarrollar una lógica de antemano. Las piezas obtenidas por los traductores eran auténticas joyas acumuladas por las grandes familias durante generaciones. Frida, acostumbrada a viajar para buscar ecos concretos pero poco familiarizada con las colecciones de las dinastías de las torres, no cabía en su asombro. «Sería tan hermoso poder escucharlos...», se decía. A Dimas, en cambio, habituado a las grandes sesiones del juego de ecos, la rareza y el valor del ecoral que habían recibido no le impresionaba. A él lo que le cautivaba era el valor histórico de los collares que Frida había compuesto metódicamente, destilando sus recuerdos para que no se perdiera el legado de los que perecieron en las hogueras. Se paseaban entre las estanterías con una mezcla de temor y fascinación, sabedores de que en aquel lugar estaba condensada la memoria más completa de las voces del pasado. La Biblioteca Presente. Ambos sabían que se trataba de algo pasajero, que tal concentración de ecos tenía un objetivo concreto: ser devuelto a sus legítimos herederos, los umbrios reducidos al trabajo y a lo inmediato. La escucha sería su regalo. Llegado el momento las esferas volverían a salir de allí, rumbo a todos los rincones de Umbra para ser abiertas. Aunque ellos no fuesen a estar en los momentos ceremoniales de apertura de ecoral en cada ciudad y pueblo, saber que durante un tiempo todo el mineral estaría allí, cerca de ellos, esperando su turno, les llenaba de un entusiasmo infantil.

La llegada de Greta y el resto de los niños dio un giro a la función de aquel lugar. Lejos estaban los días solitarios de Frida en la fábrica abandonada. Catorce niños y dieciséis adultos (Frida, Dimas, Vera y los

trece traductores) se repartieron por las estancias, creando todo tipo de dinámicas. Dimas y Bárbara se habían encontrado de nuevo, pero era como si lo hicieran por primera vez, lejos de las noches en las que él daba voz a Felipe para que la sedujera y de los intercambios cifrados posteriores, convertida ella ya en traductora, a través de las cadenas táctiles. Y a pesar de sentirse un poco fuera de lugar en su condición de único niño mudo allí, Fran estaba feliz de hallarse con Dimas, quien admiraba la valentía del pequeño para abandonar su vida y encontrar su camino en un mundo cuyas reglas desconocía por completo.

Todos sentían que estaban en el lugar adecuado. Los niños que habían sido perseguidos o rechazados por su don recuperaban poco a poco la confianza y tomaban conciencia de lo que se esperaba de ellos, mientras que los que habían tenido menos contacto con el lenguaje de los ecos, como Adriano, aprendían a articular con rapidez imitando a sus compañeros, y enseñaban al resto la lengua sonora que cada uno de ellos había inventado.

Fue Frida quien les fue recibiendo uno a uno y explicándoles lo que era aquel lugar.

> Bienvenido a la Biblioteca Presente. Aquí están guardadas las voces más bellas y más especiales del pasado. Construimos este lugar preparando una fiesta a la que pensábamos invitar a cada pueblo de Umbra. Mejor aún: la idea no era que vinieran aquí, sino ir nosotros recorriendo pueblo a pueblo para sentarnos todos juntos en círculo a escuchar ecos. Sí, ya sé que los ecos son cada vez más infrecuentes, que no pueden liberarse así como así, como si estuvieran por todas partes al alcance de la mano en vez de ser extraídos laboriosamente de las minas. Pero la ocasión lo merecía. Por eso era una fiesta.
>
> Los tatarabuelos de los tatarabuelos de nuestros tatarabuelos hablaban mucho. Eran gente como tú y como yo, solo que decían cosas todo el rato. La mayor parte del tiempo no se contaban nada que mereciera la pena pasar a la historia: los profesores les dictaban la lección y los niños la aprendían de memoria y la repetían. Por eso es tan aburrido aprender la lengua del ecoral en el colegio, porque lo que escucháis son frases monótonas pronunciadas sin entusiasmo, sin pensar en lo que querían decir. Los jefes decían a sus empleados lo que debían hacer, los clientes iban a las tiendas y preguntaban sobre las cosas que querían comprar... Todos hablaban de lo que hacían,

comían y veían, pero era repetitivo, inane. Llevo muchos años trabajando con ecoral y creo que la mayor parte del tiempo charlaban nada más que para tapar el silencio y evitar sentirse solos. Pero la voz también servía para decir cosas maravillosas, los secretos y los descubrimientos más originales. Ésos son los ecos que guardamos aquí, los que nos dan una idea de cómo era el mundo de entonces, con luz y voz. Con vuestra llegada y el prodigio de que hayáis roto el escudo sonoro, nos hemos dado cuenta de que lo que tenemos que hacer no es organizar una fiesta tal y como la imaginábamos, sino enseñaros a vosotros cómo dar la fiesta cuando volváis a casa.

Sé que echas de menos a tu familia y a tus amigos. No queremos apartarte de ellos, sólo que te quedes con nosotros un tiempo, para que después puedas regresar a casa con un gran regalo. No será como si volvieras con un fragmento de mineral que, una vez lo abres, su contenido se escapa y ya no vale para nada. No. Te vamos a enseñar a hacer regalos que no se agotan, porque seguirán existiendo gracias a tu voz. Queremos que escuches los ecos que hay aquí con mucha atención, que los entiendas y los recuerdes. Si alguno te parece demasiado complicado, no te preocupes: los vamos a discutir para intentar descifrar su sentido. Hay muchas cosas que no sé yo tampoco, y que lo mismo tú comprenderás mejor que yo. Trabajaremos juntos. No hará falta que recuerdes palabra por palabra lo que escuchemos, sino que seas capaz de recordar la imagen, la sensación o la idea que transmiten y que después lo cuentes a tu manera.

El mundo ha cambiado tanto desde la era de los ecos que resulta irreconocible. Conoces las historias y las leyendas de cómo era todo entonces, pero las leyendas no bastan para imaginar lo que significaba en realidad vivir en aquella época, despertarse por la mañana en un espacio íntimo, con unos objetos determinados, hacer uso de ellos, ir a sitios, decirse cosas. Para no ir tan atrás, piensa en el sol, por ejemplo. ¿Recuerdas la historia que comparte tu familia cada año antes del Ruego al Sol? Seguro que en algún momento tus abuelos te han descrito la sensación del calor del verano sobre la piel, despertando cada poro, o la forma de luz brillante que se quedaba impresa en la retina durante unos instantes, incluso con los ojos cerrados, tras haberse deslumbrado. Son sensaciones que yo aún conocí cuando era joven, pero que están fuera de tu alcance. Y esto no es sólo debido al tiempo que ha pasado. No puedo imaginar la sensación de hablar y hacer ruido, y para ti ya se ha convertido en parte de quien eres. Yo puedo conectarte con lo que fue el sol, y tú puedes conectar el futuro de Umbra con las voces del pasado porque podrás contarlas de nuevo, una y otra vez, en la misma lengua o en aquella que inventéis.

No sé si esto es sólo el principio y habrá otros muchos que recuperarán la voz en el futuro o si es un privilegio que se os ha dado únicamente a vosotros. Lo ignoramos. Pero no vamos a esperar a saberlo para comenzar. ¿Te parece si nos ponemos a ello?

La respuesta era siempre afirmativa.

Habilitaron un espacio circular en el centro del almacén, lo más lejos posible de las paredes exteriores para asegurarse de que los ecos no pudieran ser oídos desde el exterior. Frida se encargaba de traer las esferas seleccionadas para cada sesión. El ambiente era muy relajado, pero no podían evitar adoptar cierta solemnidad en el momento de abrirlas. Comentaban cada eco, imaginando su posible sentido, quién pudo decirlo, dónde y por qué. Y, sobre todo, intentaban pensar qué podría aportar su contenido a los umbrios en cada región, cómo dar forma a la idea de fondo para que fuese relevante y pudiera inspirarles en su manera de estar en el mundo. Dedicaban días a las distintas materias. La literatura y la filosofía siempre venían de la mano, despertando en Dimas los recuerdos de las mejores partidas del juego de ecos.

Aprendían experimentando. Cada niño estaba bajo la tutela del traductor que lo había descubierto, pero los niños tenían también momentos y espacios que estaban reservados sólo a ellos para que pudieran relacionarse entre sí sin ser condicionados por los adultos. En esos ratos se enseñaban unos a otros maneras de contar en las lenguas que cada uno había inventado, voz y música, con los ritmos y los sonidos que eran capaces de arrancar a sus cuerpos y a las cosas. Ventigallia se convirtió en una especie de Torre de Babel inversa en la que en vez de partir de una lengua única se partía de todas las posibles. Cada niño actuaba como una red de arrastre, dejando pasar el mundo a su través y armaba una lengua propia con el plancton de fonemas que se le quedaba prendido. Nombraban y decían con la convicción de que sus voces recién estrenadas eran capaces de capturar la realidad de lo dicho. Para cada uno de ellos, las palabras creadas para nombrar algo eran su verdad. Compartían los hallazgos, y escuchándolos en ocasiones daba la impresión de que se estaban poniendo de acuerdo para crear un

idioma común, y otras veces que tan sólo comparaban notas en lenguas de hablantes únicos, irreconciliables. Lo que estaba claro es que la lengua muerta de las únicas voces que habían perdurado hasta entonces, la de los ecos, estaba definitivamente superada.

Los adultos en la Biblioteca sabían que les correspondía hacer de puente para permitir a los niños avanzar hacia lo desconocido. Se estaban estirando al máximo para evitar que se cayeran, pero como resultado del proceso el otro extremo se iba también separando de su orilla. Al final de aquella experiencia serían un puente a la deriva en medio de un río crecido, personas obsoletas obligadas a reinventarse desde cero. Tendrían que aprenderlo todo de los niños.

Pero según fueron liberando los mejores ecos científicos, mitológicos, históricos o geográficos, según los debatían y repensaban e iba aumentando la pila de cáscaras de ecoral vacías, el guirigay de las voces y los cantos se fue acallando. Cuando el grupo de niños se reunía solo apenas se oían palabras sueltas y melodías aisladas. Vera, extrañada, empezó a espiar sus reuniones por si la voz hubiera sido una fase pasajera y se les estuviera agotando, o si la pereza les estaba llevando a servirse del lenguaje táctil para evitar el cansancio de seguir inventando. En un momento dado la luz de la luna filtrándose a través de las vidrieras del techo le permitió observar que las figuras no sólo no se hablaban, sino que tampoco se tocaban y, sin embargo, parecían estar inmersas en un intenso diálogo, pues sus cabezas se dirigían al unísono hacia uno u otro, como si ése tuviera la palabra. A pesar de la incertidumbre y los nervios de saber qué ocurría, ninguno de los adultos se atrevió a intervenir. Era demasiado lo que estaba en juego: la forma de la futura o las futuras lenguas de Umbra, que debía desarrollarse en total libertad.

Llegado el momento, los niños pidieron la palabra para informarles de sus avances. Fue Greta la que habló, modulando cuidadosamente cada palabra en la lengua antigua de los ecos para que todos pudieran entenderla. Tras la intensidad de los días de escucha su expresión tenía una madurez y un cierto deje literario que la hacía parecer más mayor.

Nos trajisteis aquí para que nos convirtiéramos en la memoria viva del pasado. Nos lo habéis dicho muchas veces: Umbra se hunde en la oscuridad y queréis que despierte escuchando los mensajes de los hombres de otro tiempo. Nos hemos aplicado a fondo. Todos y cada uno de los ecos que hemos escuchado ahora vive en nosotros. Somos capaces de contarlos de viva voz o traducirlos. En ese proceso no hemos descubierto por qué recuperamos el habla precisamente nosotros, tan distintos, todos niños. Hemos buscado similitudes en nuestras vidas, parentescos en las familias, comparado nuestro entorno y no hemos encontrado ninguna pista. Recuerdo un eco que hablaba de los mapas, los papeles que utilizaban en el pasado para representar el terreno, y decía que al intentar interpretarlos la gente se fijaba en los detalles más pequeños para buscar el nombre de algún lugar, pero que los grandes accidentes geográficos pasaban desapercibidos. Puede que sea precisamente eso lo que nos ocurre. Hemos estado tan pendientes de encontrar algún parecido entre nosotros, que se nos escapa que somos idénticos en algo que no hemos podido ver.

Nos habéis dado la libertad más absoluta para explorar qué hacer con nuestra voz, que cada uno habíamos empezado a desarrollar en solitario antes de venir aquí. Al principio era divertido. Nos sorprendía que algo tan básico como una mano, que para mí debía sin duda decirse «taaj», para Boris era «krtz», para Véronique «eyshtrupicli» y para Lionel «pollllllll». Y cada uno estábamos convencidos de que no se trataba de algo que habíamos inventado de manera aleatoria, sino que se correspondía de una manera fundamental con la esencia de aquello que nombrábamos. Intentamos discutir todas las palabras que designaban lo mismo, pero no conseguíamos ponernos de acuerdo. Nos parecía que estábamos traicionando la verdad de nuestra relación particular con los objetos. Cuando llamaba «krtz» a mi mano, la mano no respondía, no se daba por aludida. Y cuando la llamaba «mano», como en la lengua del pasado, la mano parecía llenarse de polvo, como si la acabara de sacar de la tierra. Probamos también a nombrar sin voz, usando ritmos y música, pero tampoco funcionó.

Nos preocupamos, porque cada vez se iban alejando más nuestras lenguas respectivas. Si nos hubiéramos ido de aquí en ese punto, en Umbra habrían terminado por entenderse trece lenguas, cada una en una región, sin ninguna conexión entre ellas. Entonces recurrimos a Fran. Pensamos que al haber crecido rodeado de ecos y ser el único de nosotros que no puede hablar podía ejercer como juez, pero en su caso fue aún peor: ninguno de los sonidos le servía como representación. Nos decía que era como si estuviéramos poniendo un disfraz a las cosas y lo que nombrábamos era el disfraz, no lo

que había debajo. Eso nos hizo pensar mucho. Si estábamos creando una lengua, teníamos que hacerlo bien. Empezamos a ponernos en el lugar de Fran. Quizá nos había deslumbrado la capacidad de decir y no habíamos prestado atención de verdad a lo que hacíamos. Empezamos a pararnos a escuchar, a dejar de hablar. Hemos pasado todos muchos años así, rodeados de silencio, pero esta vez era distinto, porque no estaba impuesto. Nos callábamos para escuchar, preguntándonos si eso era lo que habíais salido a buscar vosotros cuando os fuisteis de las torres y empezasteis a recorrer las regiones, y eso nos dio una perspectiva totalmente distinta. Advertimos que en vez de nombrar y armar una gramática teníamos que empezar por el silencio, concentrarnos en el objeto y ver qué emergía de su superficie. Nos diréis que eso es simplemente un ejercicio de imaginación, que no hacía falta romper el escudo sonoro y recuperar la voz para llegar a esa conclusión, pero os equivocáis. El escudo impedía a cada cosa expresarse libremente, estar presente en el silencio. Y es que cada cosa tiene una manera de estar, hace oscilar el aire a su alrededor de formas imperceptibles, cada sentimiento y cada idea crea una vibración mínima en el interior del pecho y la mente. Esas ondas pueden reproducirse. Ésa es la manera más fiel de decir: reproducir el modo en que tiembla el espacio en torno a algo, o la mente en torno a una idea, elegir de ese estremecimiento ínfimo la parte que se corresponde a la forma, el sonido, el color o el movimiento, y combinarla. No se trata de telepatía, sino de bucear más hondo en el silencio y descubrir la capacidad de modularlo en frecuencias que parecen imperceptibles pero no lo son si uno se concentra y aprende a escuchar.

Hemos llegado a esta conclusión tras atravesar el silencio forzado y explorar la más absoluta libertad sonora. Nuestro lenguaje es una lengua de esencias y, por lo tanto, universal. Rechazamos el sonido no por desencanto ni por solidaridad con el silencio de los otros umbrios, sino porque nos parece una distracción. Lo que decimos cuando hablamos es una vibración arbitraria. Cada uno pensábamos haber llegado a la esencia pero, o la esencia es subjetiva, o nos equivocábamos, pues no conseguíamos ponernos de acuerdo. Era hermoso pensar en el salto mortal que daban las otras lenguas al apartarse de lo dicho y conseguir representarlo, pero en el fondo eso nos va alejando de la capacidad de comunicarnos. Ni las cosas ni las ideas surgen de la garganta para llegar a nosotros. Están falseadas por el habla.

Por eso llevamos un tiempo trabajando en convertir el silencio en lengua. Es la única opción en la que nos hemos puesto todos de acuerdo. A pesar de que no pueda usarlo, Fran nos escucha y nos entiende. Creemos que aunque no se levante el escudo sonoro, llegará un momento en el que Fran podrá

comunicarse con nosotros de la misma manera. Y es posible que, con el tiempo, el resto de los umbrios lo logren también, pues esta lengua no está basada en el sonido, sino en la vibración más leve que se pueda registrar.

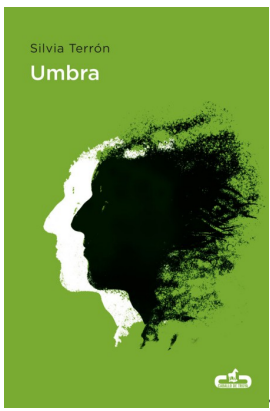
Nos contasteis que habíais empezado este proceso intentando precisar si los umbrios tenían la capacidad de escucha necesaria para percibir ecos que podían cambiarles la vida y, en cambio, nos encontrasteis a nosotros y pasasteis de la escucha a explorar nuestra voz. Al final resulta que teníais razón desde el principio: no es cuestión de aprender a hablar, sino de aprender a escuchar. Sentaos, vamos a intentar enseñaros.

Lo infraleve

El aire está cargado de restos de voz que se van disipando poco a poco, como el humo de unos fuegos artificiales. Los niños habían ido probándose las lenguas una tras otra frente al espejo pero ninguna les pareció adecuada para ir a la fiesta. En el armario abierto no quedaban más lenguas que ponerse. Como niños que son, al irse las habían dejado todas tiradas por el suelo, de cualquier manera. En la estancia vacía los adultos van recogiendo el desorden. Toman cada una con mimo y la van doblando para que no se arrugue. Piensan en que les gustaría caber en aquellos disfraces, en cuánto les habría gustado tener uno así.

Saben que los niños no volverán a ponérselos, que después de aquella noche les quedarán ya pequeños, pero no se deciden a tirarlos. Los guardan en una bolsa y la colocan en el altillo para que no les invada la sensación de pérdida y el recuerdo de los disfraces se vaya apagando poco a poco. Guardan no por preservar, sino para tentar al destino: todo lo que existe puede ser encontrado algún día.

Umbra es una metáfora lúcida e inquietante sobre el futuro de la especie humana, una reflexión sobre la voz y la comunicación, sobre la arqueología de un pasado remoto que es nuestro presente y la evolución futura de la especie.



«Seguís inhalando y expirando, y a través de la repetición todo se oxida. Es claridad lo que buscáis: querríais que las cosas no se degradasen. Que estuviera todo dicho y no hubiera lugar para lo no dicho en vuestras vidas. Para eso habría que agotar el instante y, una vez exprimido al máximo, detener el tiempo. ¿Pero qué haríais en un momento suspendido en el que no pudierais serviros de trucos: ni voz, ni eco, ni luz, ni historias? Lo eterno os viene grande.»

Umbra transcurre en un futuro en que los humanos ya no pueden emitir sonidos y el planeta ha quedado dividido en una región de luz y otra —llamada Umbra— de sombra. Los ecos de las voces de nuestro presente se fosilizaron en un mineral llamado «ecoral», que es la principal fuente de energía. Las clases altas rompen fragmentos de mineral para liberar el eco prisionero que suena una última vez antes de desaparecer. Pero el mineral escasea, por eso gran parte de la población de Umbra vive privada de voz y entre tinieblas, comunicándose de manera táctil.

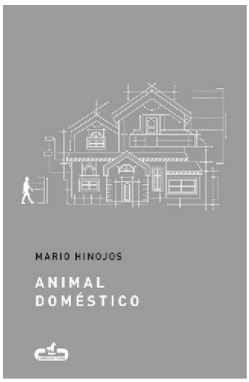
¿Cómo sobreponerse a ello? ¿Cómo reconstruir nuestra voz en un mundo de silencio y oscuridad?

Umbra **es la quinta apuesta de Mercedes Cebrián como editora de Caballo de Troya en 2018. Tras catorce años de andadura, el sello es hoy en día referencia entre los autores más jóvenes y ambiciosos. Cada año un editor invitado pone su impronta personal al catálogo.**

Silvia Terrón es poeta, periodista y traductora. Editora de poesía en La Cama Sol. Reside en París, donde dirige la revista literaria bilingüe *Alba Paris* y trabaja en diplomacia pública. Ha publicado tres poemarios: *La imposibilidad gravitatoria* (Ediciones Torremozas, 2009), *Doblez* (Ediciones Liliputienses, 2014) y *Las veces* (La Isla de Siltolá, 2015). *Umbra* es su primera novela.

web: silviaterron.com
Instagram: silvia_terron

Si te ha gustado *Umbra*...



Para entrar o salir de la ciudad sitiada

Sin música. *Chus Fernández*

Yosotros. *Raúl Quinto*

La vida periférica. *Roxana Villarreal*

Fuera de tiempo. *Antonio de Paco*

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

La pertenencia. *Gema Nieto*

Los primeros días de Pompeya. *María Folguera*

El estado natural de las cosas. *Alejandro Morellón*

La fórmula Miralbes. *Braulio Ortiz Poole*

Algunas ideas buenísimas que el mundo se va a perder. *Alberto Olmos*

La acústica de los iglús. *Almudena Sánchez*

Felipón. *David Muñoz Mateos*

La hija del comunista. *Aroa Moreno Durán*

Televisión. *María Cabrera*

Animal doméstico. *Mario Hinojos*

Madre mía. *Florencia del campo*

En la ciudad líquida. *Marta Rebón*

Y ahora lo importante. *Beatriz Navas Valdés*

Las ventajas de la vida en el campo. *Pilar Fraile*

Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

Edición a cargo de Mercedes Cebrián

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Silvia Terrón
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Wislawa Szymborska por el poema «Conversación con una piedra»[*], del libro *Sal* (1962), recogido en *Paisaje con grano de arena* (Lumen, 2005). Los derechos de la obra han sido cedidos mediante acuerdo con Houghton Mifflin Harcourt.
© Blanca Varela por el poema «El niño se miró al espejo»[*], de *El libro de barro* (1993-1994), recogido en *Donde todo termina abre las alas* (Galaxia Gutenberg, 2001)
© Joan Brossa y la Fundació Joan Brossa por el poema «La casa encantada»[*], publicado en la antología *La piedra abierta* (Galaxia Gutenberg, 2003). Los derechos de la obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors' Co.
© José Watanabe por el poema «El nieto»[*], del libro *El huso de la palabra*, recogido en Poesía completa (Pre-textos, 2008)

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15451-99-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

Umbra

Vera

Dimas

Coro

Los arqueólogos

Greta

Coro

Marcel

Misivas

Coro

Dimas

Ruego al Sol

Guardagujas

Las variantes del verbo evitar

¿Me voy a quedar vacía?

No me importa que se rompan

Coro

Terreno de juegos

Frida

Minué

Coro

Marcel y Greta

Madejas de polvo

Coro

¿Cómo definirías a un culpable?

Las Luciérnagas y Bárbara

Marcel y Greta

Mitad águila, mitad león

¿Se vuelven humo las flores al marchitarse?

Coro

Los traductores

Coro

Ventigallia (Alejandría)

Marcel

Pero ¡eso es hablar!

Registro sonoro

Coro

Greta

Trazas

Abeja reina en colmena desierta

Relevos

Rumor

Recoger el tablero

Caldo de cultivo

Deserción

La tubería escondida en el muro

Hermetismo

Aquí hay dragones

Fran

Lo contrario a un niño salvaje

El cómplice

Imaginar la fruta o el pueblo

Cuarteto

Dédalo

La escucha apagada de la cabeza bajo el agua

Él lo sabe escuchar, y lo libera

Coro

Registro sonoro II

La voz

Génesis

Lo infraleve

Sobre este libro

Sobre Silvia Terrón

Si te ha gustado *Umbra*…

Últimos títulos publicados

Entra en la ciudad sitiada

Créditos